

UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

**CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE
MÉXICO Y CENTROAMÉRICA**

T E S I S

Más allá del Sueño Americano. Jóvenes migrantes retornados en Las Margaritas, Chiapas

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
**DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANÍSTICAS**

PRESENTA

Iván Francisco Porraz Gómez

Comité tutorial

Directora Dra. María del Carmen García Aguilar
Dr. Alfredo Nateras Dominguez (UAM-Iztapalapa)
Dr. Daniel Villafuerte Solís
Dr. José Manuel Valenzuela Arce (COLEF)
Dr. Jesús Solís Cruz

2014 Iván Francisco Porraz Gómez

Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

1ª Avenida Sur Poniente núm. 1460

C.P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México

www.unicach.mx

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

Calle Bugambilia #30, Fracc. La Buena Esperanza, manzana 17, C.P. 29243

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México

www.cesmeca.unicach.mx

ISBN: **978-607-8410-04-0**

REPOSITORIO INSTITUCIONAL DEL CESMECA-UNICACH



Más allá del sueño americano. Jóvenes migrantes retornados en Las Margaritas, Chiapas. Por Iván Francisco Porraz Gómez se encuentra depositado en el repositorio institucional del CESMECA-UNICACH bajo una licencia Creative Commons reconocimiento-nocomercial-sinobraderivada 3.0 unported license.

Qué sonido es ese que se oye en la altura
Murmullo del lamento maternal
Qué hordas encapuchadas son esas que hormigean
Por llanuras infinitas, tropezando en las grietas
De una tierra limitada por el raso horizonte
Qué ciudad es esa sobre las montañas
Chasquidos y reformas y llamas en el aire violeta
Torres que se derrumban
Jerusalén Atenas Alejandría
Viena Londres
Irreales
(T.S. Eliot, 2000)

¿Dicen? Olvidan
¿No dicen? Dijeron
¿Hacen? Fatal
¿No hacen? Igual
¿Por qué esperar?
Todo es soñar
(F. Pessoa, 2006)

Siento escalofríos; Se hiela el corazón. El silencio, el miedo amordaza la vida. ¡Qué pasa que mi tierra ha perdido la palabra! Aquí dejo mi voz, ¡No la encadenen! Que vuele, Ande veloz el camino de la vida... Toque las puertas del pueblo; sacuda el corazón y rompa los oídos. ¡Que los brazos liberen su fuerza y hagan añicos las cadenas! ¡Levántese el pueblo y lave la cara sucia del país! Que vuelva la alegría e inunde los campos. ¡Qué pasa que mi tierra ha perdido la palabra! No encadenen la voz, Que vuele, Que viva, Que abra caminos, ¡Que rompa el amanecer! ¡No encadenen la voz Dejen que ande los caminos, Que busque los espacios, Que se renueve la vida en mi tierra! (Félix de Guarania, 1990)

Índice

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción-----1

Capítulo I: Juventud y migración. Una construcción teórica desde el “conjuro” situacional----- 16

- 1.1.- Del tema al problema: Abrir un paréntesis metodológico----- 18
- 1.2.- La juventud desde las ciencias sociales: problemas conceptuales y prácticos ----- 21
- 1.3.- Juventud migrante: las tensiones en su construcción conceptual----- 30
- 1.4.- La juventud del “sur del Sur” que emigra al Norte: un abanico que se abre y se cierra-- 38
- 1.4.1.- ¿Comunidad vs Sociedad? La práctica juvenil migratoria en el campo chiapaneco----- 45
- 1.5.- Migración de retorno: aproximaciones teórico-prácticas----- 51
- 1.5.1.- Jóvenes migrantes: Del retorno a los “múltiples retornos”----- 58
- 1.6.- La vulnerabilidad y el riesgo en el joven retornado. Entre la indefensión y el desafío---- 60

CAPÍTULO II: Las Migraciones Contemporáneas en la sociedad Chiapaneca: causas y efectos----- 67

- 2.1.- El estado de Chiapas: breves apuntes estadísticos----- 69
- 2.2.- La crisis rural en Chiapas: problemáticas y manifestaciones----- 83
- 2.2.1.- El llamado “problema de la tierra en Chiapas”----- 90
- 2.3.- Del campo a la ciudad: La migración interna en Chiapas----- 93
- 2.4.- Dinámica de la migración interestatal----- 102
- 2.5.- ¡Vámonos para el norte! La migración internacional de los chiapanecos----- 108

Capítulo III: Del sur al norte: La migración en Las Margaritas, Chiapas----- 116

- 3.1.- Contexto sociohistórico y cultural de Las Margaritas----- 121
- 3.2.- Radiografía de los conflictos y nuevos asentamientos en el municipio----- 130
- 3.3.- ¡Y se dejaron venir a la cabecera! La migración interna a Las Margaritas----- 133

3.4.- ¡Escuchamos hablar de un lugar donde se ganaba más paga: del Norte para arriba! La migración Margariteña a Estados Unidos-----	140
3.5.- De “primer migrante” a “pollero”-----	146
3.6.- Prepararse para el viaje a la otra frontera-----	150
3.7.- Dar el “brinco” a Estados Unidos-----	156

Capítulo IV: Jóvenes migrantes: la irrupción de nuevas trayectorias socioculturales-----

160

4.1.- ¡Díganle a mi familia que ya estoy en Lamont, California! Los migrantes margariteños en Estados Unidos-----	166
4.1.1.- El Perfil de los jóvenes migrantes margariteños y sus familiares-----	178
4.2.- Vivir en Estados Unidos. ¿En qué se emplean los jóvenes margariteños?-----	181
4.3.- El tiempo libre: del futbol a la cerveza y conocer “la hierba”-----	186
4.4.- Vivir con las “gringas” es otra cosa: la relaciones de pareja en Estado Unidos-----	190
4.5.- Entre la fascinación y el dolor del “billete verde”: los jóvenes migrantes margariteños-	195

Capítulo V. ¡Mi vida ya no es la misma, es mejor, no lo sé! Jóvenes migrantes retornados, familia y entorno local-----

202

5.1.- El retorno en tiempos de globalización y securitización-----	209
5.2.- “El fin del sueño o despertar a mi realidad”: el retorno desde la biografía de los jóvenes migrantes y de su entorno familiar y comunitario-----	216
5.2.1.- ¿Por qué se retorna?-----	217
5.2.2.- ¿Qué dicen los padres, vecinos y la sociedad margaritense de los jóvenes migrantes retornados?-----	223
5.2.3.- ¿Qué sientes tú de lo que dice tu familia y la comunidad por cómo retornaste?-----	226
5.3.- Un intento de comprensión analítica del retorno de los jóvenes migrantes margariteños: comunidad y familia-----	229
5.3.1.- Retorno y comunidad-----	230
5.3.2. Retorno y familia-----	237
5.4. Lo que está en juego ¿Qué cultura?-----	244
5.4.1. Los tatuajes y la vestimenta: las nuevas corporalidades en los jóvenes migrantes retornados-----	246
5.5. Vivir en la globalización o de la vulnerabilidad y el riesgo en los jóvenes migrantes----	252

Pensar la migración de retorno, pensar a los jóvenes migrantes del sur: algunas conclusiones para debatir	258
Glosario de términos	269
Bibliografía general	270

Introducción

La experiencia de los jóvenes migrantes retornados puede leerse desde múltiples aristas. Una de ellas puede ser desde la desterritorialización como metáfora del desarraigo, desarraigo de lo que fue “propio”, de “lo que ya no es igual”, y quizás, parafraseando a Castells, reconocer que la desespacialización como construcción y deconstrucción del mundo global corresponde a las nuevas generaciones, la de los jóvenes migrantes, la del joven del siglo XXI. La ajenidad del trabajo, de la vida y su sentido son los materiales que la globalización ofrece a los jóvenes migrantes para orientar y dar sentido a su existencia presente y futura, sin embargo, de manera velada o clandestina, los jóvenes reterritorializan su espacio vital, dotando a su condición social de una identidad construida con los precarios saberes y conocimientos adquiridos que, si bien se antojan frágiles, definen la producción de sentido para encarar, recrear, y producir los nuevos imaginarios en oposición, o como reapropiación de los productos que ofrece la globalización y su poder destructivo de la vida.

Por ello resulta estratégico recorrer este mundo vital de los jóvenes migrantes retornados, indagando sobre las formas en las que se apropian tanto de los espacios del centro desde donde son explotados o expulsados según el pulso económico, como de las periferias, sus lugares de origen, en las que se les niega el derecho al trabajo a la subsistencia, acaso por definírseles superfluos. Es una apropiación múltiple en sus formas, que develan resistencias y oposiciones, en las que si bien están en juego los mismos materiales de la cultura moderna global, la puesta en acción de sus capitales -la edad y la fuerza de trabajo-, los torna agentes que se movilizan, ponen en juego su capacidad de agencia, y definen, pese a su precariedad, los términos de su disidencia y el tamaño de sus interacciones con agentes e instituciones del entorno o contexto más amplio.

La historia, el contexto y las restricciones estructurales definen las trayectorias de vida de todo grupo social. Es inevitable no reconocer que en los jóvenes que emigran y retornan pesan las precarias condiciones materiales de vida, y los “marcos mentales” que al activar lenguajes, discursos y representaciones visuales de los poderes instituidos, minan, es la intención, toda capacidad de agencia y reconocimiento, y expanden el sentido de precariedad y

dañabilidad a jóvenes migrantes sujetos a una lógica perversa de uso, exclusión y desecho. Sin embargo, siguiendo la línea de Foucault, frente a esta nuda vida en la que la globalización los coloca, recuerdan que el discurso constituye pero a la vez deconstituye, abriendo la resistencia desde lo simbólico, que en tanto discurso, interpela, hace del no-lugar la subversión.

Es posible pensar que si no acaso, los jóvenes, sin que ellos mismos se den cuenta, sean actores de la construcción de un nuevo nomadismo, como los expresan Deluze y Guattari (2008), y lo que hoy registramos sea el desafío a la realidad que el poder, en cualquiera de sus escalas, les impone. Frente a la vertiente estatal que *disciplina*, los productos y elementos de la globalización –entre ellos las tecnologías comunicacionales- habilitados por la imaginación y el ansia de vivir, hoy posibiliten su contrario, el *indisciplinamiento*, es decir, ese nomadismo que para nuestros autores si bien significa *huida*, en paralelo también significa la búsqueda de “líneas de fuga” (Deluze y Parnet, 1980). Siguiendo la reflexión de Bauman (2010), digamos que los jóvenes de hoy, los jóvenes migrantes internacionales no le deben nada al Estado, y siendo más estrictos, tampoco le deben nada a la sociedad como conjunto, ni siquiera la confianza de antaño de certidumbre o esperanza posible.

Más allá del sueño americano. Jóvenes migrantes retornados en Las Margaritas, Chiapas, es una investigación doctoral que tuvo propósitos muy definidos, como era el adentrarse en la vida cotidiana de los jóvenes migrantes internacionales de un municipio aún ruralizado para, desde el campo de la cultura, reconstruir la experiencia vivida en un país que no era el suyo, y el vivir en los lugares de origen después de dicha experiencia, esto es, el retorno. El interés por el tema de los jóvenes y las migraciones internacionales, surge de las exploraciones sobre el “cambio social” en Chiapas, una entidad federativa que puede decirse es una de las más “subdesarrolladas del país” en atención a los indicadores que definen dicha medición. Me llamó la atención, cómo frente a las crisis económicas, la precariedad y la pobreza, esta entidad federativa registra profundas transformaciones en su esfera social y cultural, esferas que habían permanecido sin cambios significativos, y que se explicaban, dada su funcionalidad, por la perdurabilidad de la llamada “economía campesina” y su nicho comunitario, hoy en franca bancarrota.

En un trabajo exploratorio, me percaté de tres hechos: primero, el cambio mismo en la institución familiar. Todos o casi todos los hogares tienen aparatos de comunicación, particularmente televisión, aparatos de música y celulares; segundo, la recurrencia del registro de jóvenes que viven en la localidad con atuendos distintos al del tradicional campesino: algunos de ellos rapados, con pantalones estilo cholo, tenis, y algunos con algún tatuaje visible o aretes pequeños en las oreas o nariz, en otros casos, se registra el uso de las botas y camisas a cuadro, estilo norteño. Tercero, prácticamente la totalidad de los jóvenes, viven una movilidad espacial intensa: emigran porque en la comunidad o municipio simplemente no hay trabajo, el hecho más significativo es que buena parte de estos jóvenes, todos *varones*, viven la experiencia de la migración internacional. En el trabajo de campo exploratorio no encontramos registro de la práctica migratoria internacional en jóvenes mujeres, sí una intensa movilización de ellas, con fines laborales a entidades del sur, en particular a la llamada “Riviera Maya” en donde logran colocarse en el sector del turismo.

Asimismo, la investigación no consideró oportuno otorgarle una importancia sustantiva a la cuestión étnica, si bien el municipio de estudio es un municipio formado por comunidades indígenas de habla tojolabal. Las razones de no hacerlo obedecen al grado de mestizaje alcanzado por los jóvenes entrevistados, si bien algunos jóvenes hablan la lengua tojolabal, la comunicación generalizada, incluso al interior de las comunidades se realiza con el castellano. Debe decirse también que 1994 es un año parteaguas en Las Margaritas. La intensidad de las movilizaciones de las poblaciones de comunidades hacia la cabecera municipal y otros municipios propició que una mayoría de niños, hoy jóvenes, se hayan formado con la fluidez lingüística del español y con mundos de vida mestizo, aunque no todos. Los jóvenes que yo entreviste, poseen estas características, aun cuando la familia haya retornado a sus localidades de origen. Indudablemente, como se verá con el retorno, el peso de las tradiciones y las normas sociales comunitarias pesan y por supuesto se toman en cuenta. Esta decisión, no niega la importancia que tiene la cuestión étnica en fenómeno de estudio, pero está focalizada a comunidades que mantienen una identidad política zapatista.

En la definición de los sujetos de estudio, privan dos premisas: la primera es que el cambio social que experimenta la sociedad chiapaneca, en particular su población rural, es

producto de procesos de magnitud macro que se sintetizan en el concepto de “globalización”, por lo que el interés se centraría en las formas en las que la globalización, vía la migración internacional, altera, difumina o trastoca el mundo cotidiano de los jóvenes y su entorno, particularmente familiar y comunitario; segundo, que el campo cultural es el campo privilegiado para el análisis de los jóvenes, sus prácticas y construcciones identitarias, amén de que como señala Martin-Barbero (2010), en la tardomodernidad, “la cultura escapa a toda compartimentalización irrigando la vida social entera”.

Definido el sujeto y objeto de estudio, la opción metodológica estaba prácticamente definida, se privilegiaría el trabajo etnográfico y las biografías de los jóvenes, lo que no cancela echar mano de otros instrumentos de igual importancia. Los estudios sobre cultura y estilos juveniles ponderan las relaciones presenciales, o cara a cara, que es propia de la antropología, y del análisis microsociales y micropolítico por parte de la sociología. El trabajo etnográfico, se sabe, es complejo, a veces es cuestión de fortuna, el llegar en el momento adecuado y hacer los primeros contactos con las personas indicadas; a veces la parquedad de las respuestas y la experiencia del silencio que suple el habla como forma de externalizar sentimientos, se nos presenta como insalvable. No obstante, la fortuna de ser joven me permitió ganarme la confianza de los jóvenes desde la misma cabecera municipal y de ahí de sus comunidades.

Las primeras tensiones que registraba estaban referidas a la decisión de emigrar a Estados Unidos ¿Por qué emigran a dicho país? ¿Cómo lo hacen? ¿Con qué capitales cuentan? Indudablemente se tienden a privilegiar las causales en la pobreza, cuestión que es cierto, pero no totalmente. De ser cierta la tesis de que los pobres no migran, estos jóvenes no lo harían, pues son pobres, pero la edad y el capital del cuerpo, posibilita la osadía y la capacidad para hacer frente a los desafíos de una experiencia que los vulnera dada la incertidumbre, y los riesgos en ella implicada.

Un segundo cuerpo de tensiones que trae consigo la experiencia migratoria internacional ocurren en el lugar de destino, Estados Unidos, y tiene que ver no sólo con el hecho de que desempeñaran los trabajos más difíciles y mal pagados, migrantes de relevo y móviles, sino con las dificultades incluso de ser contratados. Pero el riesgo mayor es que se les

detenga y se les expulse. Un hecho paradójico para quien investiga, es que frente al reconocimiento de un mal trato de que son objetos por los nacionales y los contratistas, existe por parte de los jóvenes migrantes, una capacidad subjetiva para sortear esos comportamiento y apropiarse en el “tiempo libre” de esos productos culturales particularizados tan propios de la globalización y su sentido de mercadeo. El aprendizaje y la interiorización de elementos culturales desterritorializados e hibridizados ocurren en el breve o largo tiempo de estancia en el país norteamericano.

Finalmente un tercer grupo de tensiones que identifiqué tiene que ver con una paradoja en el comportamiento y las sensibilidades familiar y comunitaria con respecto al joven migrante que retorna: objeto de alabanzas y objeto de temor y miedo, comportamientos derivados ya del retorno *glorioso* del migrante, esto es con dólares y con “troca” o remesas enviadas, ya del retorno *sin gloria*, del fracaso de la empresa migratoria, ya del cambio cultural que trastoca y desordena lo social y sus tradicionales prácticas de comportamiento. Esta es una fase que marca y define el presente y el horizonte de futuro de los jóvenes con trayectoria migratoria. El procesamiento de este comportamiento familiar y comunitario no sólo abre una tensión conflictiva y violenta que se proyecta e interioriza en la conciencia del joven migrante, pues en su límite, no sólo se llega a una “expulsión silenciosa” del lugar de origen, sino que también abre cambios profundos en el seno de las sociabilidades familiar y comunitario, pues una tercera tensión deriva del comportamiento que se asume frente a quien regresa con “gloria” pero además trayendo consigo prácticas culturales no aceptadas por la comunidad, impactando las relaciones entre la familia del migrante y la comunidad.

Sintéticamente podríamos decir que los problemas identificados y las soluciones o no dadas, no tienen sentido de regularidad, son contingentes como contingente es el tiempo de la globalización. Pero lo que sí es cierto, es que la experiencia migratoria de estos jóvenes migrantes está construida con materiales que producen *violencias*. Son vulnerables, pero esa vulnerabilidad deriva, y es recreada a lo largo de la experiencia migratoria, de una concepción renovada de ser joven en el siglo XXI, tiempo de globalización en la que la visión de guerra define al mundo y sus relaciones. Jóvenes “superfluos” o “imprescindibles” diría Baumann, “nuda vida” diría Agamben. Pero esta “verdad”, deliberadamente construida por los poderes

imperiales, se enfrenta a otra verdad mucho más consistente, la de la “infiltración” ante el fracaso de la “resistencia” como dijo Kapuscinsky (Cayuela, 2002).

Con estas reflexiones y planteamiento primarios, me di a la tarea de una revisión del “estado de la cuestión” conceptual sobre la migración, la juventud y sus expresiones culturales, y la relación entre ambos. Estos campos temáticos se hizo evidente que no sólo no existe una teoría omnicomprensiva, ni teorías que correspondan con exclusividad a una disciplina de las ciencias sociales, sino también de que gran parte de la producción teórica está pensada para la realidad social de la sociedad moderna del Norte. Finalmente, la producción teórica, en ambos campos, guardan, ni duda cabe, una correlación con los contextos históricos, lo que explica que el desarrollo conceptual intenta caminar al igual que la sociedad y sus transformaciones, otra cuestión es que lo logre.

El capítulo I versa sobre este ejercicio de revisión teórica. Inicia con unas breves anotaciones metodológicas con la intención de precisar temas y problemas, y su abordamiento, en particular la centralidad del trabajo etnográfico y los conversatorios con los jóvenes migrantes de estudio.

Enseguida, como lo hace Arango (2003), que la naturaleza misma de las migraciones internacionales impide la construcción de una gran teoría, que la producción conceptual exige en paralelo su confrontación o su condicionamiento con el contexto sociohistórico. Sostiene, y estamos de acuerdo con ello, que desde el último cuarto del siglo XX se producen nuevas y viejas-nuevas teorías que intentan explicar y comprender una realidad migratoria internacional que registra cambios profundos.

Sin embargo, el balance que el autor realiza no es optimista. Hace evidente el declive o la incapacidad analítica de las dos grandes teorías, la neoclásica y la teoría de la dependencia, y no obstante que reconoce que el desarrollo teórico actual ha tendido a explicar las transformaciones sufridas por las migraciones internacionales, sostiene que se viene trabajando con marcos teóricos que más que nuevas teorías de la movilidad humana, son “versiones modificadas de líneas de pensamientos anteriores o de adaptaciones de marcos teóricos elaborados con otros objetivos” (Ibíd.: 10). De la revisión crítica que el autor hace de este

mosaico teórico, (la nueva economía de las migraciones laborales; la teoría de los mercados duales; la teoría del sistema mundial; las redes migratorias; el análisis de sistemas aplicados a las migraciones), es visible, diríamos una parcelización de un fenómeno que exigiría una visión articulada, pues la diversidad de temáticas, que se traduce en la idea de “experto en ..”, limita la posibilidad de un pensamiento alternativo en atención al tamaño de los desafíos. Como conclusión, es posible sostener que en las teorías de las migración están ausentes dos campos hoy vitales para comprender el fenómeno migratorio, como lo es la *política* y lo *político*, sugerido por el mismo autor y otros autores (García y Villafuerte, 2014), pero insistiríamos también en la ausencia de la perspectiva cultural, que hoy registra propuestas complejas y renovadas.

La revisión conceptual sobre los jóvenes y sus expresiones juveniles tienen una historicidad digamos, más constructivista. A diferencia de las teorías de las migraciones que tienen un fuerte basamento en la disciplina económica, las teorías sobre los jóvenes, no sólo tienen una historia más reciente, sino que nacen desde las problemáticas mismas de los jóvenes, como sujetos sociales y sujetos de representación, en contextos sociohistóricos determinados, cuya exigencia conceptual so pena de su parcialidad, exige la interdisciplina. Los primeros aspectos problemáticos como son desarrollados sintéticamente en el capítulo I, se refieren a la definición misma del término juventud, y a que su importancia analítica devenga de su doble condición de ser “futuro” y de ser “problema”, éste último en el marco de las teorías funcionalista y estructural-funcionalismo hegemónicas hasta bien entrado el siglo XX (Potthast y Carreras, 2005; Morin, 1969; Valenzuela, 2009; Islas, 2008; Nateras, 2000).

No hay una teoría sobre los jóvenes, hay teorías que caminan o intentan hacerlo a la par que la sociedad y las transformaciones sufridas por los jóvenes. Un ángulo conceptual tiene como punto de partida, tanto la identificación de conflictos entre los jóvenes y su entorno, como la necesidad de normativas institucionales en la formación educativa o laboral de los mismos. Otro ángulo conceptual parte de la tesis de que las disrupciones de los jóvenes al orden social, son expresiones de una dinámica propia que los torna productores de significantes y sentido que deviene en productores de las llamadas “subculturas juveniles” (Feixa, 2000).

La definición misma de jóvenes, decíamos, es problemática y diversa según la disciplina que se ocupe de ello: “una etapa prehistórica de turbulencia y transición, marcada por migraciones de masa, guerras y culto a los héroes”; una fase crítica, universal del desarrollo psíquico, que exige regulación para llegar a la etapa de la adultez” son definiciones que privilegian los cambios biológicos, intelectuales y cognitivas, de identidad y personalidad, sociales y culturales, morales y éticas valorativas (Islas, 2008; Feixa, 2006; Narváez, 2007). Se está en el campo de la teoría psicoanalítica, la teoría sociológica y la teoría de Piaget (Delval, 1998).

El abanico conceptual se amplía al reconocer tanto la importancia del contexto sociohistórico y el peso que en él juegan las relaciones de poder y dominio, como la centralidad que para la comprensión de la juventud y lo juvenil tiene el campo de la cultura (Valenzuela, 2009). En tanto la cultura es una producción social, en el marco de las teorías sociológicas y antropológicas, se definen enfoques relacionales que posibilitan la comprensión de los jóvenes y sus expresiones socioculturales desde las prácticas y las representaciones de los mismos. Los saltos cualitativos de los estudios de la juventud y lo juvenil se dan cuando se irrumpen las visiones dicotómicas propias del funcionalismo, el estructural-funcionalismo y marxismo, para dar paso al reconocimiento pluralista de las culturas juveniles vistas como procesos de subjetividad, intersubjetividad y corporalidad que accionan imaginarios, símbolos y forma de ser (Islas, 2008; Nateras, 2014). Indudablemente, la producción conceptual de los estudios sobre la juventud y lo juvenil no es una tarea fácil, pues el campo de la cultura es también un campo donde se debaten teorías y enfoques complejos; desde donde se nutre la producción conceptual de las subculturas juveniles, esto es, una producción que lleva a cuerdas tensiones y debates.

La definición de juventud y sus expresiones culturales, trae consigo la naturaleza de su campo conceptual y analítico: “*joven es aquel que es tenido por joven por su sociedad*”, dice el filósofo Manuel Cruz (2009), definición que debe ser entendida como una construcción teórica alimentada por los materiales culturales de signos muy variados. En suma, el significado de ser joven está dada por la construcción teórica de la juventud y ésta es una construcción social (Valenzuela, 2009). En el capítulo se intenta un acercamiento a las vertientes teóricas o

enfoques analíticos para abordar la relación entre migración y jóvenes de contextos aún definidos por sus componentes rurales, resaltándose, pese a su importancia, la ausencia de los estudios sobre los jóvenes rurales e indígenas.

Una reflexión que cruza la revisión conceptual es la complejidad que para las ciencias sociales tienen temas en íntima relación como la migración y la juventud. Son temas cuyo análisis recurrentemente confronta realidad y teoría, y ello, a la vez que nos da la sensación de liberarnos de la compleja producción conceptual, nos desafía, pues está en juego nuestra capacidad para un manejo lógico y articulado de las herramientas conceptuales a ser desplegadas en la comprensión analítica de una realidad en movimiento.

El segundo y el tercer capítulo constituyen una síntesis del contexto estatal y municipal que explican y definen una historicidad particular de la migración como fenómeno social, enfatizando los puntos de inflexión de su historia reciente que llevan a transitar a la migración laboral internacional, tarea asumida y delegada a su población joven. El estado de Chiapas, es un estado con una historia particular, su población mayormente con orígenes étnicos mayas, se integró a los procesos de acumulación de capital bajo las viejas tensiones de la unidad campesina y su economía, y el mundo de los finqueros, de empresas que controlan las grandes plantaciones, y una ganadería extensiva en los años sesenta y setenta. Este modelo entra en crisis en los años ochenta, pero sin que la economía estatal transite a patrones de acumulación fincados en la industria.

Colocada en los últimos lugares en los índices de desarrollo humano, los cambios impulsados desde el Estado se tornan en cambios “para que todo siga igual”. Sus semejanzas con los países centroamericanos es cada vez recurrente, no obstante que la incorporación de chiapanecos jóvenes al sistema migratorio México-Estados Unidos, es ciertamente reciente no sólo con respecto a muchas entidades del país sino también con respecto a la incorporación de los centroamericanos al circuito migratorio internacional. Sus particularidades explican estas diferencias pero también explican su acercamiento a cierta homogeneización en los impactos que hoy definen a esa variable que entraña relaciones asimétricas entre país expulsor y país de destino. En el capítulo tres se aborda el sentido de la particularidad de la migración

internacional de jóvenes de un municipio chiapaneco fronterizo que en el siglo XX vivió casi con exclusividad las migraciones al interior del territorio chiapaneco y las migraciones interestatales al sur y centro del país. En el siglo XXI es visible la incursión de sus jóvenes migrantes a entidades del norte, al centro turístico de la Riviera Maya y a Estados Unidos. En el capítulo se dan elementos indicativos de este evento narrados por sus propios actores.

El capítulo IV comprende el registro de la importancia de la migración laboral a Estados Unidos en este municipio chiapaneco. Son fuentes primarias, la radio local, *La voz de la Frontera Sur XEVEFS AM*, y extensión de casetas telefónicas en la cabecera municipal y después en algunas comunidades, hasta la comunicación por los teléfonos celulares privados. Con la radio, y posteriormente con las fuentes periodísticas, la migración internacional ocupa el espacio de lo público, interesa a la sociedad lo que ocurre con un evento que poco a poco va a transformar los mundos de vida de la cabecera municipal y sus localidades. Registrada la importancia del fenómeno, se da paso a la construcción del mundo vivido por el joven como migrante internacional, un proceso complejo porque implica no sólo abrirse a una experiencia desconocida en lo laboral, sino hacer suya, o arrebatarle al sistema un tiempo para una posible construcción identitaria, seleccionando el menú de productos culturales ofrecidos por el mercado. En suma, el capítulo recupera las vivencia y la internalización de prácticas y valores que bordan en la construcción de una identidad cultural migrante, visible en sus prácticas y expresiones corporales y lingüísticas.

El quinto capítulo, el último de la investigación, intenta sedimentar el recorrido analítico del fenómeno de estudio, con el tema y problema del “retorno”, al que en tiempos de globalización lo definimos como una fase en la que ponen en juego los imaginarios instituidos e instituyentes con los imaginarios abiertamente desafiantes de los jóvenes que tras la experiencia migratoria internacional no logran acomodar sus necesidades en el marco de lo dado, de manera que desde lo imaginario y sus capitales –el cuerpo y la edad- activan su capacidad de agencia y los términos de sus interacciones. Por ello, en ese capítulo se sostiene que los jóvenes migrantes retornados de estudio, con sus rebeldías, anhelos y esperanzas, obligan a reconocer que la sociedad no está cerrada ni está determinada, por mucho que los poderes globales así se los hacen entender a los jóvenes de los países periféricos.

En este capítulo, traemos al análisis la tensión entre la subjetividad y materialidad, lo que nos lleva a plantear, no a desarrollar, si los elementos de estos estilos juveniles tienen un carácter “emancipador” o de “alienación”, aludiendo a los contenidos de clase, poder y dominio que les envuelve. En términos de la investigación, optamos por resaltar esta tensión pero se mantuvo el reconocimiento del peso que juegan estructuras sociales, como la de la economía y la política, más densas y sistémicas, pese a las contingencias que hoy también las envuelve. En este sentido, sostiene la analítica del retorno, la tesis de la relación desnuda que hoy establece el capital con la fuerza de trabajo migrante joven, también establece en los nacionales, la *desconfianza* hacia estos trabajadores.

El retorno abre uno de los temas que nos parece importante en la analítica de las transformaciones sociales de los espacios locales derivadas de la migración internacional. las diversas formas en las que se conjuga el imaginario “imaginado” y el imaginario “construido”, decanta en la asunción de estilos juveniles visibles en el vestuario, los gustos, el lenguaje hablado y corporal y los gestos, que choca de manera violenta con el espacio social de origen. El joven retornado trae como suyo ese equipaje cultural; los conflictos con la familia y la comunidad tienen distintas magnitudes e intensidades, pero los jóvenes retornados movilizan sus escasos recursos para definir su disidencia y los términos de sus relaciones con sus padres, familiares, vecinos e incluso autoridades civiles o públicas. Es un campo que intentamos recuperarlo desde el análisis de las subjetividades de los jóvenes, donde nos muestran no sólo que los estilos juveniles son sólo una parte de su identidad cultural de ser joven, sino que tampoco se trata de optar por lo “uno” o lo “otro”, y que en términos de nuestros teóricos dirían que en la constitución de la subjetividad y el cuerpo están anclados procesos histórico-social y políticos. Son constituciones parciales y no necesariamente en positivo o en clave finalista (Parrini, 2012, Valenzuela, 2012). Por ello, la construcción de la trayectoria cultural migrantes de nuestros jóvenes de estudio, es una trayectoria fracturada y sin libreto que nos defina el final de su trama.

Concluimos este capítulo, reconociendo que las experiencias vividas por estos jóvenes migrantes están atravesadas por relaciones de poder imperial que excluyen y hacen suyo todo el

instrumental tecnológico, social y político para detener y expulsar a una población joven que ante el agotamiento de la resistencia y la emergencia de la violencia incontrolable en sus propios lugares de origen, se “infiltran” y traspasan fronteras con la mira del trabajo y traer o enviar los pocos dólares que se les paga. La dureza de las medidas de detención y expulsión, están a la vista de la “comunidad internacional” y son, desde el Derecho, legales y legítimas más no justas. La vulnerabilidad que hoy viven los migrantes internacionales jóvenes, cierra este capítulo. Es una vulnerabilidad perversamente construida al fracturar las distintas esferas de la vida social de los jóvenes, para dotarles los atributos de portadores de riesgos y no su contrario, esto es, que son ellos, los jóvenes, los sujetos de vulnerabilidad y su correlato con el concepto de violencia, en tanto ejercicio y padecimiento del daño. Recuperamos, sólo para puntear una agenda de trabajo en el futuro, dos planteamientos que son prometedores para el estudio de la vulnerabilidad en los jóvenes migrantes. Nos referimos a la analítica desarrollada por Judith Butler definida como una “ontología de los cuerpos” que lleva a definir la vulnerabilidad como una condición ontológica del cuerpo”, pero la vulnerabilidad definida diferencialmente entre los grupos de una sociedad, no es un hecho natural es creada, construida y regulada por el poder.

En suma los contenidos de la tesis con reflexiones finales en la que se exponen los pequeños hallazgos y las grandes lagunas o interrogantes de una realidad social tan compleja y tan urgente, como lo es el presente y futuro de los jóvenes migrantes internacionales que hoy emprenden una movilidad impresionante al interior del país en espera de la recuperación económica de los “gabachos”, para volar a la tierra del dólar. La investigación realizada, creo, puede contribuir al estudio de los jóvenes migrantes de México y en especial de Chiapas, una entidad federativa en abierta orfandad en la comprensión analítica y política de sus jóvenes, particularmente, es notable la ausencia de voces sobre el significado de la vulnerabilidad y la violencia que los les atrapa.

No quiero dejar ausente un sentir personal que me deja esta experiencia de investigación, y lo hago a propósito de los propios cuestionamientos que me iba formulando durante el proceso de investigación, y de una interrogante que me hizo un joven migrante retornado.

Como es lo propio de quienes iniciamos la labor de la investigación, angustias, ansiedades y crisis existenciales se apoderan del sujeto que investiga, ya Devereux (1999) nos ha mostrado algo de ello en su texto: *De la Ansiedad al método en las ciencias sociales del comportamiento*. El sentimiento de la *confianza* es el antídoto, y nos dota de cierta certeza para ir desentrañando una realidad y asumir la pasión frente a ésta. Indudablemente el investigador está marcado por una ideología, la clase social, su ocupación, e incluso tentado por las modas académicas, pensé que en algún momento debía sinceramente con el sentido que le doy a esas marcas.

No tardé en hacerlo, pues en una de las conversaciones, un joven migrante retornado me hizo una pregunta e inquirió en su respuesta: *¿Y vos cómo fue tu juventud primo o cómo es ahorita?* Intenté relatarle mi trayectoria juvenil y fue sorprendente las afinidades en el sentido de las viviendas entre ambos. Brevemente le narre que:

Nací en San Cristóbal de Las Casas, soy el menor de cuatro hermanos. Mi barrio, ubicado en la periferia de la ciudad es prácticamente una comunidad de parientes y vecinos entrañables; mis padres aunque no terminaron la primaria saben leer y escribir, mi madre con un trabajo estable como comerciante en el viejo mercado de la ciudad y mi padre, un “judío errante” a la búsqueda de trabajo, sin importar actividad y lugar preciso. La sensibilidad de mi madre y su sentido de socialización hicieron mella en mí, de mi padre, aunque sólo lo veíamos ocasionalmente, sus anécdotas me llegaron a intrigar y abrir mi gusto por conocer lugares y vida.

Continué mi relato ahora sobre mi juventud y mi formación profesional. Le comenté que estudié en escuelas públicas y era dado a relacionarme con los alumnos “más rebeldes”, también de mi pasión por “las maquinitas de video juego” y que me hice experto en “hacer bromas”¹. Le comenté sobre mi primera experiencia laboral, a partir de mi expulsión de la preparatoria por inasistencia. El castigo era el trabajo y frente al fracaso se hizo recurrente una conversación cotidiana que referenciaba la rebeldía de los jóvenes del tiempo presente. Le narré esta experiencia porque recurrentemente viene a mi mente:

Mi padre decidió llevarme de “chalán del peón”, rango que implicaba ser ayudante del peón del albañil, estuve en el oficio de la construcción alrededor de dos meses, un trabajo bastante duro. Los primeros quince días fueron los más largos que habían vivido; levantarme a las 7 de la

¹ De hecho ahora que lo pienso, la orientadora escolar nos enmarcaba como “adolescentes problemáticos”, por supuesto desde su visión adultocéntrica, que se reproduce en los discursos de trabajadora con la formación de psicóloga.

mañana, desayunar en la obra a las 10 y regresar a la casa hasta las 4:00 de la tarde hambriento, cansado y sucio: “el mundo de la construcción tiene su chiste” -me decían los albañiles-. Conocer ese ámbito donde encontraba otros jóvenes igual que yo, pero que su única oportunidad o expectativa de vida era trabajar, embriagarse los fines de semana, casarse, tener hijos y seguir trabajando, me enseñó a mirar diferente. Aunque ahí aprendí a ser más solidario, administrar el dinero que se me pagaba semanalmente. Inevitablemente hicieron presencia en mí los albúres, las primeras “caguamas” y un aprendizaje primario de defensa personal

Tiempo después mis padres acordaron darme una segunda oportunidad para regresar a la escuela, yo también volvía a pedirlo. Me inscribieron en el nuevo plantel del Colegio de Bachilleres de Chiapas no. 58, en la zona norte de San Cristóbal, conocido en ese entonces como la “perrera” o “CRIACH 58”, este último en alusión a una organización de taxistas locales en su mayoría indígenas de la misma zona. Muchos de los alumnos inscritos ahí habían sido sancionados o les habían dado de baja de otras preparatorias, por lo que mi vivencia estudiantil fue con compañeros “rebeldes” o “atrabancados”, como dice mi madre. Mi paso por la preparatoria fue incierto, pero logré terminarla, estudiaba de lunes a viernes y, algunos fines de semana, trabajaba de mesero en un restaurante en el centro de la ciudad.

El joven con quien conversaba hizo suya mi experiencia: de familia más pobre que la mía; reconocía la dureza del trabajo en la albañilería y en el campo, aunque reconocía que el trabajo era para mí un “castigo”, pues tuve la oportunidad de volver a estudiar. Su caso era distinto, apenas había podido concluir el sexto año de primaria. Su conclusión fue que compartíamos el hecho de que tanto él como yo “lo que intentamos es vivir como se pueda nuestra juventud, verdad”. Sus palabras fueron muy certeras, pues aunque en escenarios diferentes, nuestras realidades también se construyen con ese deseo intenso de vivir la juventud, revelarnos y reinventarnos. Me pidió le siguiera contando mi vida:

Llegó el momento de elegir una carrera universitaria, y la decisión fue un tanto azarosa. Mis padres, como es propio en el medio en que vivía, definían que ser maestro era lo más seguro; mis intereses en ese momento era ser agente de la extinta Policía Federal de Caminos, quizás porque ganaban muy bien y porque a veces quería sentir más adrenalina. La idea de la universidad vino después, aunque ya pensaba que debía seguir estudiando. Me comentaron de la carrera de antropología, que me parecía iba con mis intereses, por lo que solicité y obtuve ficha de ingreso en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Autónoma de Chiapas. Muchos alumnos con biografías similares a la mía, muchos venían de comunidades indígenas, hablantes de español pero también de tzotzil o tzeltal.

Le encontré el gusto a la universidad y a mi carrera. Empezaba a comprar libros y leer con cierto afán. Sentía gusto por el trabajo de campo y por los movimientos de protesta que se organizaban desde la Facultad, e inicié mi experiencia como militante en algunas movilizaciones estudiantiles frente a las injusticias que comete el Estado y los más ricos.

El joven que me entrevistaba me comentó lo chido que “ha de haber sido entrar a una universidad” y que le parecía bueno lo que yo estaba haciendo, pero a través de las pláticas con algo de diversión. Ese ejercicio me permitió reflexionar sobre mi propia trayectoria, acercándome al auto-socioanálisis, como lo llama Bourdieu. En ese momento quizás no lo pensé de esa manera, pero al estar escribiendo la tesis registré como uno también es desestructurado o descolocado, y de alguna manera representado de una forma peculiar, por esos otros jóvenes que “investigaba”. Tal como señala (Devereux, 1999: 39) una teoría del comportamiento que no pueda explicar también el comportamiento del observador en función de sí misma (...) es segmentaria, inconsecuente y autodestructora.

Termino señalando que mi acercamiento al tema de los jóvenes se ha ido acrecentando por algunas experiencias laborales, siempre precarias como precario es el trabajo y las condiciones laborales en un estado como Chiapas. Para los jóvenes, como fue mi caso, el problema que más pesa es el de no encontrar trabajo. Terminé la tesis de licenciatura y me veía como desempleado o como trabajador en el área de los servicios turístico. Afortunadamente tuve una breve contratación a través de un programa de cooperación de la UNICEF en Chiapas, para realizar trabajo de campo con jóvenes y sus familias en las zonas periféricas de la ciudad. Fue un aprendizaje rico por la simpleza o complejidad del mundo de los jóvenes en donde el sentido de la precariedad define todo. Al termino de ese breve contrato, y la necesidad de trabajo, me llevó a una universidad privada semiescolarizada, en donde experimenté las tensiones que viven los profesores con los alumnos, y a tratar de no caer en los esquematismos que suelen definir a dichas tensiones y hacer algunas propuestas pedagógicas y de contenidos con los alumnos. Los jóvenes empezaron a interesarme como campo de estudio, y ello fue posible al iniciar primero los estudios de maestría y después los de doctorado en el CESMECA-UNICACH. Queda en mi agenda, si ello es posible, continuar estas temáticas, en particular los estudios de los jóvenes abre un abanico complejo de problemáticas que urge analizarlo con fines de abrir espacios para su debate y su incidencia propositiva. Puedo decir que el tema y los problemas de los jóvenes es un tema que me sensibiliza no sólo por la indefensión y la producción de violencia en su entorno, sino por las enormes capacidades para interpelar, resistir y desafiar, y con la producción de sus subjetividades corporales simplemente decir ¡Aquí estamos!.

Capítulo I



Fuente: Archivo fotográfico particular

Juventud y migración. Una construcción teórica desde el “conjuro” situacional

La liminalidad esencial de la juventud, conjugada con la brevedad mayor o menor de su travesía, es lo que en resumidas cuentas le caracteriza, pero de manera diferente según las sociedades. (Levi & Schmitt, 1996)

Las primeras incursiones sobre los temas de juventud y migración, y su campo relacional, me llevaron a una literatura que no era propiamente la de una disciplina en particular, sino que desde distintas miradas se aborda no la integralidad de la temática, sea jóvenes o migraciones, sino líneas, dimensiones o componentes de éstas. Este hallazgo, válido para ambos temas, no sólo complejiza mi tarea, la de construir un “marco teórico”, cuyo desafío no es la particularidad de los dos temas sino la naturaleza de sus relaciones que desde la práctica y su contexto se asume conflictiva y paradójica. Por supuesto, no cancela mi responsabilidad de búsqueda teórica en el campo de los estudios sobre la juventud y lo juvenil; tampoco sobre el campo de las migraciones y las múltiples interpretaciones que les caracteriza y define. De esta aproximación conceptual deriva, en buena medida, el centro de mi investigación: jóvenes migrantes y la vivencia del retorno, no necesariamente voluntario.

En este capítulo analizo las principales vertientes que se han desarrollado por el campo de lo juvenil y la migración para decantar en la propuesta teórica de la juventud migrante retornada, por su naturaleza situacional, exige identificar el desarrollo conceptual y metodológico en atención a las dimensiones del espacio y del tiempo. Esta característica sui géneris de nuestros temas, nos lleva al final de la revisión conceptual a escudriñar los problemas metateóricos, con el propósito de poseer no sólo los hallazgos conceptuales que se definen con un sentido de regularidad sino también contar con las dimensiones epistémicas, gnoseológicas, filosóficas y metodológicas pertinentes que nos permitan no sólo elaborar un

tejido conceptual contextualizado, sino también encarar hechos no nombrados. En el fondo, en el contexto de la globalización visible en un desarrollo tecnológico y comunicacional nunca antes visto en la historia, o con más intensidad en tiempos recientes, creemos que existe un problema no encarado del todo por las ciencias sociales, definido por las tensiones entre la regularidad y la contingencia.

1.1. Del tema al problema: abrir un paréntesis metodológico

Los dos grandes temas y las líneas problemáticas abordadas (migración y juventud), me reafirmaron que el problema o los problemas de la investigación propuesta, debería devenir de los hallazgos de la realidad, así fuera en su fase exploratoria. Los problemas implicados sin duda alguna fueron múltiples, al igual que los tanteos con los que creía tener el problema en la bolsa. Ya tenía definido el tema migratorio, pero enfocarlo desde los jóvenes migrantes, había sido una decisión derivado de la visibilidad de su frecuencia. En una conversación con un joven que había sido migrante, que se hizo extensiva con la familia de éste, registré varios elementos que me llevaron a definir las problemáticas que justificarían la investigación.

Entre las anécdotas y las opiniones o impresiones de la esposa sobre la migración como fenómeno social en el municipio de Las Margaritas, y como experiencia personal, sobresalían las lecturas negativas sobre los migrantes jóvenes cuando éstos retornan, y el motivo o causa era el equipaje cultural traído por el joven migrante, al que se consideraba ofensivo y peligrosos para la sociedad local. En el parque central del municipio, pude también observar que jóvenes se concentraban para bailar o practicar el break dance. Intenté y logré hacerme partícipe, hasta llegar a comentar con pocos jóvenes sobre mis intenciones. Tuve la fortuna de “caer bien” y las pláticas con jóvenes retornados se hicieron recurrentes. El proyecto de investigación adquiriría forma al plantear que se abocaría al estudio de los jóvenes migrantes internacionales desde el ámbito de la cultura, y los problemas derivaban de las tensiones provocadas por las problemáticas del retorno, específicamente importaba el impacto cultural, que se define como el nodo desde donde comprender las relaciones fundamentales que dinamizaban el fenómeno de estudio.

Un problema desde la parcela de la realidad social “vivida” era un buen punto de partida, pues señala Sepúlveda “si la validez del conocimiento depende del grado de adecuación a la realidad, resulta necesario disponer de una estrategia que garantice el acceso a la realidad tal como es” (2011: 17), por tanto esa fue la siguiente tarea. La metodología poco a poco se fue gestando. Tomé la decisión de privilegiar las estrategias que conducen al conocimiento de las prácticas sociales y sus significados desde el marco de las *relaciones presenciales* con y entre los sujetos sociales, en tanto sujetos de conocimiento. En atención a ello, acudí en primer lugar a la *etnografía*,² como una estrategia que posibilita un conocimiento detallado de la vida y la historia de los actores sociales, que en nuestro caso hasta ese momento eran los migrantes retronados, sus respectivas familias, y actores sociales de su entorno inmediato.

El sentido antropológico de la etnografía, radica en la manera de observar y analizar, viabiliza y recuperar las dos fases de todo proceso social, esto es, la “objetivación” y la subjetivación de manera articulada y dinámica, en tanto trama y sentido de vida.³ Además, la etnografía permite al sujeto investigador una descripción detallada, de lo que se ve y no se ve, escuchando lo que se dice, preguntando, en sí, recogiendo datos accesibles para poder comprender el entramado social de un grupo de individuos. Respecto a ello, Hammersley refiere que las descripciones de las perspectivas de una categoría o grupo social particular, o de padrones de interacción dentro de un determinado lugar pueden ser muy valiosas porque, además, pueden cuestionar los prejuicios que los científicos sociales llevan en campo (1994:37).

Así poco a poco fui desarrollando la metodología de trabajo, sustentada en la búsqueda de explicaciones e interpretaciones sobre las expectativas y las posibilidades efectivas del migrante para construir proyectos particulares de vida que están en relación con el trabajo, pero también con la necesidad de romper con las instituciones tradicionales que les dota de

² Etimológicamente, etnografía es un término compuesto por la noción de descripción escrita (*grafía*) y la de un grupo de personas que conviven en un espacio delimitado y comparten una cultura (*ethnos*). Una descripción etnográfica sería, necesariamente, una descripción que se refiere a ese grupo de personas previa convivencia del etnógrafo con el mismo, hecho conocido como «trabajo de campo» (Cáceres, 1998:348).

³En el campo de la sociología un concepto clave desde dónde estructurar variables e indicadores sobre el mundo de las relaciones presenciales, es el de “mundo de vida” propio de las teorías fenomenológicas. En esta investigación, se contempla, en atención a la complejidad del fenómeno de estudio, considerar su pertinencia en tanto su afinidad con la estrategia metodológica etnográfica asumida.

imágenes del mundo y *sentidos* unitarios, para experimentar la búsqueda de otros *sentidos* propios fuera del ámbito familiar y comunitario.

El trabajo de campo constituiría parte esencial en la definición misma del problema o los problemas de investigación, las interrogantes tomaban forma ¿Qué significa ser joven migrante retornado? ¿Cómo se vivencia el retorno de los jóvenes migrantes en el lugar de origen?, ¿Cuáles son los imaginarios, las percepciones, los discursos y los conflictos que la comunidad tiene de sus jóvenes cuando éstos retornan? ¿Qué sienten y dicen los jóvenes retornados de las formas en que son vistos por su familia y vecinos? Estas primeras interrogantes complejizaban los aparatos conceptuales encontrados ¿Había necesidad de adjetivar de “rurales” o “indígenas” a los jóvenes migrantes de estudio? Que implicaba asumir esa decisión? Las respuestas por supuesto nos la dieron los conversatorios que ya estaba estableciendo con los jóvenes migrantes retornados.

Estas preguntas implicaron delimitar a mis actores primarios, definiéndolos con la categoría de *jóvenes migrantes retornados* definidos por su origen rural. Las dimensiones étnicas y de género femenina, serían reconsideradas en la medida de su registro dinámico en los problemas de nuestra investigación. Indudablemente la migración internacional está alterando estructuras familiares y de género, pues son visibles los cambios que experimenta la vida cotidiana de las esposas de los migrantes, y en particular las transformaciones apenas visibles pero que se proyectan con intensidad en la vida de las jóvenes margaritenses que cada vez más se incorporan con fines laborales a los movimientos migratorios interestatales. Es una deuda de esta investigación no dar cuenta de esta realidad que resulta igual o más compleja que la abordada.

La observación y las entrevistas están presentes en todo momento para producir la información, ya que como nos dice (Ángel, 2009: 33) “ambas técnicas comparten el supuesto de hacer accesible la práctica totalidad de los hechos, y generalmente se tienen como complementarias, para poder captar los comportamientos y los pensamientos, las acciones y las normas, los hechos y las palabras, la realidad y el deseo”. Aunado a ello, la observación y las entrevistas me llevaron a platear que no podemos reducir la etnografía solamente a nivel local, pues trabajar con jóvenes que están en constante movimiento implica elaborar un mapa, un

plano en movimiento, localizar las realidades fracturadas y discontinuas, trazar la circulación de contextos, plantear lógicas de relaciones, en tanto se necesita traducciones y asociaciones entre estos sitios.

Así el trabajo de campo es una interacción constante por lo que pensar de esa manera a los migrantes me sirvió para redefinir los campos de realidad con los que quería trabajar, entre los más importantes: i) la recuperación analítica de la vivencia o experiencia de los jóvenes en Estados Unidos; ii) la experiencia del retorno generalmente forzado; iii) las respuestas de la familia y la comunidad al joven que retorna trayendo consigo prácticas culturales o estilos juveniles que trastocan lo instituido; iv) la construcción intersubjetiva de los jóvenes retornados que lleva a la reinserción, al conflicto y a la expulsión silenciosa de la localidad de origen. Colocar en primer plano los distintos campos de la realidad de estudio, posibilitó el uso un tanto ecléctico de las teorías, aunque su elección intentó ponderar una relación común en sus principios metateóricos, fundamentalmente epistémicos.

1.2. La juventud desde las ciencias sociales: problemas conceptuales y prácticos

Los estudios sobre la juventud y lo juvenil, son relativamente recientes, aunque la literatura registra, en el tiempo, las diferencias de la producción académica entre los países desarrollados y países periféricos, como es el caso de América Latina, mismas que indicarían la falta de importancia del tema por parte de las ciencias sociales en nuestra región, concluyéndose, bajo una mirada historizada, que los jóvenes “no interesan mucho en cuanto sujetos, sino “solo en la medida en que representan un aporte o un problema” para los actores de su entorno inmediato, o actores de las escalas más amplias de la sociedad y la política (Potthast y Carreras, 2005: 7). A este respecto, Morin (1969: 169) indica que en el mundo contemporáneo han sido las generaciones jóvenes la vanguardia de los movimientos revolucionarios, en “1830, 1848 y 1871 en Francia, octubre de 1917 en Rusia, el octubre polaco y la revolución húngara en 1956, la insurrección argelina en 1954, etcétera”. En contraste, desde que Talcott Parsons caracterizara a la juventud, a su cultura, como “más o menos específicamente irresponsable”, el joven, como sujeto colectivo emerge problemático (Berger,

1973, tomado de Islas, 175). Ello, sin obviar que funcionalismo y estructural-funcionalismo son teorías que definen a la sociedad como esencialmente armónica, pero perturbada por agentes externos y, contingencialmente, por tensiones, desviaciones internas, que la sociedad misma se encarga de controlar, un teorema de estabilidad y equilibrio del sistema social que define lo contrario o anómalo en términos de desviación sujeta a reprimirla (Valenzuela, 2009, Nateras, 2002).

Desde estos motivos generadores del “interés” por el estudio de los jóvenes, se entiende no sólo la direccionalidad y la proyección de una mirada interesada, sino el sentido parcial de su comprensión e interpretación conceptual. Así, desde la segunda mitad del siglo XX ha sido el protagonismo de los jóvenes en la arena social y política lo que motivó el interés de sociólogos por el estudio de la juventud, y lo juvenil; desde esta arena, también el interés de actores políticos por el sentido problemático de su actuación, en tanto transgresores al orden social (Pérez Islas, 2008).

Sin obviar el sentido policial de la mirada institucional, debe reconocerse que los estudiosos de la juventud y lo juvenil desde el campo de las ciencias sociales, van a privilegiar el análisis de las formas y los contenidos de los “estilos de vida”, es decir, la construcción imaginaria, simbólica e identitaria construida desde el mundo de lo juvenil, enfatizando sus rasgos distintivos en atención a los procesos de cambio de la sociedad más amplia de la que forman parte (Islas, 2000: 315). Sin embargo, la literatura también da cuenta de su preocupación por la “regularidad” del tema, que hace posible una producción teórica cuyo desarrollo es posible identificar en el tiempo contemporáneo.

Es posible dirigir la mirada conceptual desde dos ángulos: el primero, situado en la producción de conocimiento sobre la juventud a partir de la identificación de conflictos entre los jóvenes y su entorno, y la necesidad de normativas institucionales en la formación educativa o laboral de los mismos; el segundo ámbito problemático, orientado a la comprensión de las disrupciones de los jóvenes al orden social, como expresiones de una dinámica propia y desde éstas su confrontación o conflicto con su entorno social, esto es, como productores de

significantes y sentido que deviene en productores de las llamadas “subculturas juveniles” (Feixa, 2000).

De acuerdo a Islas (2008), la concepción moderna de juventud se abre con la obra *Emilio* de Rousseau (1762) en la que desde el entorno de la educación, posibilitará el desarrollo de tres vertientes de pensamiento: la pedagógica, la psicológica, y la social, que aunque registran desarrollos paralelos, no necesariamente convergen. Sin embargo, existe consenso en reconocer que el hecho social de la juventud y lo juvenil, como tema de estudio de las ciencias sociales, mantuvo durante buena parte de la historia de la moderna sociedad capitalista un carácter periférico.

Desde el campo de la psicología, Islas, Feixa y otros autores registran la obra de Stanley Hall, *Adolescence: its Psychology and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*, (1904), como “el primer tratado teórico sobre la juventud contemporánea” (Feixa, 2006: 4). Se trata, nos dicen, de una teoría de sello darwiniano, que define a la adolescencia (de 12-13 a 22-25 años) “como una etapa prehistórica de turbulencia y transición, marcada por migraciones de masa, guerras y culto a los héroes”, una fase crítica, universal del desarrollo psíquico, que exige regulación para llegar a la etapa de la adultez (Islas, 2008; Feixa, 2006; Narváez, 2007). Así, el marco común desde dónde pensar y comprender la juventud y lo juvenil, parece estar dado por las transformaciones biológicas, intelectuales y cognitivas, de identidad y personalidad, sociales y culturales, morales y éticas valorativas (Dávila, 2004: 88 y 89). Este horizonte interpretativo se sintetiza, de acuerdo a Delval (1998), en la teoría psicoanalítica, la teoría sociológica y la teoría de Piaget.

Esta dimensión psicológica y la caracterización que ella hace de la adolescencia y juventud se sitúan en los fundamentos de la producción teórica sobre la temática, sin dejar de reconocer, en el caso de algunas vertientes, la importancia de otros sustentos básicos en la comprensión de ésta, como lo es el entorno o el contexto, afianzado en un modelo de sociedad moderna capitalista que entraña relaciones de poder y dominio (Valenzuela, 2009). En efecto, desde la vertiente social, se reconocerá el peso que las transformaciones sociales e institucionales tienen en la comprensión de la juventud y lo juvenil. No obstante, como se

indicaba, las investigaciones más sistemáticas sobre la juventud y lo juvenil se registran hasta el siglo XX. Desde la mirada antropológica, destacan los estudios de Margaret Mead (1928) y Ruth Benedict (1938) que reconocieron el componente cultural que tienen dimensiones tan naturales como la edad y el sexo. “La tesis que pareció privar fue que la edad -su desarrollo vivencial- es condicionada o modulada por el contexto cultural, lo que representó un avance en los estudios sobre la juventud con respecto a las perspectivas bio-psicológicas” (Islas, 2008: 5).

En el marco de la *Escuela de Chicago*, Islas y otros autores, destacan a dos autores, Rederic M. Thrasher y William Foote Whyte, cuyas investigaciones sobre las bandas juveniles, el primero, y sobre jóvenes en una vecindad italiana de Boston, el segundo, desarrollan enfoques relacionales entre el actor joven, como sujeto colectivo, las dinámicas grupales construidos por éstos, y el entorno del barrio y la ciudad. La perspectiva cultural e histórica y el desarrollo de enfoques y estrategias de método de escalas micro, constituyeron avances en la comprensión de los jóvenes y sus expresiones socioculturales, desde las prácticas y las representaciones de los mismos.

Desde la sociología, nuestros autores, destacan las dos vertientes identificadas por José Machado (2008), la generacional y la corriente clasista, cuyo fundamentación conceptual estará dada por el funcionalismo –edad cronológica y biológica-, y el marxismo– centralidad de las tensiones socialistas-burgueses y no la de jóvenes-adultos-. En la teoría funcionalista, la reflexión sobre juventud converge en la llamada “cultural juvenil” que en su expresión más acabada, se define como vivencias separadas de las de los adultos, cuyo conocimiento está orientado a la dirección, control o regulación de las tensiones entre dicha cultura y la cultura más amplia con fines sistémicos e integradores. Los desarrollos de la teoría marxista sobre juventud, “alcanza sus expresiones más acabadas en la década de los sesenta, momento álgido de los movimientos estudiantiles en Estados Unidos, cuyas tesis más importantes están referidas a la pluralización de las culturas juveniles, complejizadas por atributos que modifican la mera categoría de edad” (Islas: 2008: 13), y la definición de la juventud, como una etapa de desarrollo, en tanto emergente, un período opcional, no universal.

En paralelo a lo que Islas llama “el ala crítica norteamericana, registra también el aporte cultural británico, de ascendencia marxista, en particular a la llamada Escuela de Birmingham, en cuyo seno se construyó una teoría crítica de la cultura, y en el marco de ésta el estudio de las subculturas (juveniles), a partir de tres niveles: “histórico (problemática de clase); estructural o semiótico (los subsistemas simbólicos); y fenomenológico (la forma de vida de sus integrantes)” (Islas, 2008: 15). A este planteamiento de Pilh Cohen, se suma el aporte de Clarke y Tony Jefferson, quienes en el mismo campo de las subculturales juveniles sostiene que su estudio debe contemplar la perspectiva socio-histórica cultural concreta, “donde negocian su espacio, estilo y su *yo* con las estructuras hegemónicas como una lucha por controlar el significado” (Islas, 2008: 16).

En referencia a un libro colectivo, de Clarke, Hall, Jeferson y Roberts. “*Subcultures, cultures and classe*”, Islas refiere que se trata de un trabajo de precisión conceptual, y un análisis de la “juventud como metáfora del cambio social”, en tres niveles: la novedad cualitativa de la cultura juvenil, los aspectos más visibles del cambio social que fueron responsables de que emergiera, y el debate sobre la importancia de la cultura juvenil” (Islas, 2008: 16). Nuestro autor menciona a Dick Hebdige como continuador de la teorización de las subculturas juveniles “como forma de resistencia simbólica de los grupos dominados frente a los dominantes, aunque terminan siendo incorporadas a la cultura hegemónica”.

Desde la perspectiva francesa, Islas destaca a Edgar Morín para sostener que la comprensión de lo juvenil reclama un pensamiento complejo como el propuesto por el autor; y en referencia a Bourdieu, destaca la perspectiva constructivista de éste, y su crítica a definiciones de juventud como grupos homogéneos por el hecho de compartir un rango de edad. La propuesta de Bourdieu es la de “partir de una teorización sobre la estructura social y la producción de sujetos y, a partir de aquí, plantear los conceptos de clase, edad y generaciones” (Ibid: 18).

Esta descripción muy sucinta del itinerario del conocimiento sobre la juventud y lo juvenil, propicia a manera de una epistemología, dimensiones claves para orientar el sentido de su explicación y comprensión analítica e interpretativa. La primera, es de orden psicológico, en

el sentido de que la juventud es por su propia naturaleza una etapa que oscila entre la niñez y la adultez, en la que se visibiliza el extrañamiento y la rebeldía. Sin embargo, el llenado de esta etapa es eminentemente social y dirigido por los actores de su entorno y de la sociedad más amplia, que nos lleva al segundo postulado referido a la definición historizada del concepto de juventud, es decir, es “un concepto vacío de contenido fuera de su contexto histórico y sociocultural” (Valenzuela, 2009: 19); el tercer elemento, refiere el nicho “cultural” de sus contenidos y dinámicas, propio del campo de la juventud y lo juvenil, que supera la exclusividad de la categoría de edad y, sin llegar a ensanchar sus potencialidad analítica de variable única, definen un campo analítico con una relativa autonomía.

Estas dimensiones teóricas y metateóricas, como conjunto o particularizadas, explican la historia de la trayectoria seguida por los estudios de la juventud y lo juvenil: Europa y Estados Unidos, desde el lente de las transformaciones y cambios propios de la moderna sociedad capitalista. Los estudios y la producción de conocimiento sobre la temática intentan adecuar pensamiento y realidad, esto es, la interacción entre la realidad moderna occidental y un conocimiento comprometido en modular la regulación desde las experiencias concretas teniendo tras de sí la búsqueda de un horizonte de futuro fincado en el progreso. Entrañan, ciertamente, una concepción de la filosofía de la historia optimista fincada en la racionalidad cognitiva e instrumental, visible en el Funcionalismo y marxismo, que definen un pensamiento social fincado en el progreso en su vertiente de vida burguesa o en la disolución de ésta (Gellner, 1998).

Desde esta perspectiva, el pensamiento social sobre la juventud y lo juvenil asume, al menos en Europa y Estados Unidos, al calor de la mercantilización de la vida –particularmente la de los jóvenes-, una lectura de la cultura de los jóvenes, llámese “contra” o “subcultura”, con amplios márgenes de distancia con respecto al control y el disciplinamiento instituido como propio del orden social. Inevitablemente, esta “libertad” tiene sus límites y son de naturaleza sistémica, en el que lo sistémico también es contingencial.

Este marco de presupuestos explican las trayectorias y el horizonte de los estudios sobre juventud en los países occidentales; su contextualización posibilita la comprensión y la

explicación del desarrollo conceptual, así como desarrollos particulares de “tipear” las distintas generaciones de juventudes⁴. Por su extensión sistémica –la de sociedades capitalistas- estos presupuestos epistemológicos y teóricos, son recuperados por las ciencias sociales de los países periféricos, derivando en la asunción acrítica de éstos, o por el contrario, en una posición crítica y constructiva. La subsidiaridad del pensamiento social latinoamericano sobre la juventud y lo juvenil, no necesariamente es un hecho negativo, amén de una producción intelectual que se antoja cada vez más autónoma, en tanto el sujeto de estudio, los jóvenes, sólo se definen como señala Valenzuela (2009) desde sus contextos, desde una historia que le es propia, sin que ello signifique la no relación con los entornos más amplios.

Durante la primera mitad del siglo XX, coinciden los estudiosos, el conocimiento sobre la juventud en América Latina no sólo se fincó en el estructural-funcionalismo, con una orientación política de carácter normativo –identidad nacional, educación, defensa nacional-, y de control frente a las transgresiones juveniles que transitan por las transformaciones significativas de su entorno –procesos de industrialización, urbanización, desapego familiar y comunitario-, sino desde vertientes críticas que hacen referencia a la juventud como los sujetos del cambio social –revolución, guerrilla, reforma-.

Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo es visible el dominio conceptual del campo cultural en los estudios e investigaciones sobre la juventud, identificándose más allá de las dos grandes teorías, vertientes que refundan principios y tesis del pensamiento clásico a la luz de las profundas y aceleradas transformaciones propias de los procesos de globalización, cuya expresión queremos entenderla como la entronización del mercado en la vida social toda.

En este contexto abierto por la globalización o mundialización, visibilizada en la entronización del mercado en la sociedad planetaria, resulta pertinente abrir el expediente metatéorico que subyacen en las teorías sobre la juventud y lo juvenil y su pertinencia. *¿Qué es un joven?* se interroga Manuel Cruz para ofrecernos una respuesta que se define por su sencillez: *“joven es aquel que es tenido por joven por su sociedad”*, respuesta descriptiva que apunta al contenido

⁴La tipología de Feixa registra: 1) Generación A (adolescentes); 2) Generación B (Boy Scout); 3) Generación K (Komsomol); 4) Generación (Swing); 5) Generación F (Excéptica); 6) Generación R (Rock); 7) Generación H (Hippy); 8) Generación (Punk); 9) Generación T (Tribu); 10) Generación R (Red) (Feixa, 2006).

mismo de la definición, esto es, *su significado* “depende de un concepto, el de *juventud*, que, en cuanto tal, sólo puede ser entendido como una construcción teórica”, construcción que incorpora valoraciones culturales de muy variado signo (2007: 28 y 29) (subrayado nuestro).

Desde esta dimensión del tiempo de vida, la franja definida generalmente como adolescencia o juventud, es valorada en sentido positivo, cuyo rasgo fundamental es el hecho de “*tener toda la vida por delante*, de disponer todavía [...], del entero conjunto de posibilidades que a todos los humanos nos corresponden al nacer para que las aprovechemos o dilapidemos a voluntad” (Ibíd.: 29). Ello es un relato, dice el autor, pero está sólidamente instalado en el imaginario de la generación madura. Otra condición, propia de esta época de la vida, se visibiliza en el cuerpo propio, un cuerpo que hace posible que todo sea posible en tanto una de las etapas más experimentales. Sin embargo, como señala Valenzuela (2009) y también Cruz (2007), el significado del ser joven, está dada por la construcción teórica de juventud y, ésta, es una construcción social⁵.

Si los hilos que tejen realidad y concepto son los de la realidad social, histórica y presente, situándonos en el tiempo contemporáneo, de capitalismo global avasallador, siguiendo Cruz, la dificultad mayor de los jóvenes, es que “vienen obligados por las circunstancias a *vivir en el seno de un concepto* que *hoy* resulta probablemente *insostenible*, al menos con las determinaciones con las que se le caracterizaba antaño [...]. (Ibíd.: 40). Ésta tesis, sustentada en la volatilización del futuro, el abismo entre el mundo de la experiencia y el horizonte de expectativas, que deviene en el repliegue en sí mismo, no está orientada, por supuesto, a abandonar la idea de futuro, sino en “reconsiderarla de manera correcta”, esto es, verle “como un espacio que alberga el conflicto en su seno” (ibíd.: 41). En efecto, como señala Reguillo en el prólogo del libro de Valenzuela (2009), la negatividad puede ser vehículo para hacer transitar significaciones positivas productivas (Ibíd.: 13). Cruz es conclusivo:

“La pugna ya sólo puede ser pugna por el futuro, correspondiendo a los sectores que tradicionalmente alzaban la bandera de la transformación la responsabilidad de reabrirlo, de hacer surgir de su seno los elementos para neutralizar lo peor de lo que se avecina. En todo

⁵ Véase Construcción sociohistórica de l@s jóvenes, primera parte del texto citado de Valenzuela (2009).

caso, limitarse a negar el futuro, declararlo *desaparecido* sin más, es como regalárselo a los enemigos” (ibíd.: 41).

Desde estos planteamientos, el constructo conceptual sobre juventud, recorre itinerarios propios y particularizados, en los que se busca lo específico de la situación presente –los contextos en sus distintas escalas-, que posibiliten el vínculo entre experiencia y horizonte de futuro hoy perdido, acaso por otra gran disociación que hoy caracteriza al mundo global, la que se pensó se daría entre *regulación* y *emancipación*, promesa fallida del pensamiento de la modernidad y de su Estado liberal democrático.

En esta tesitura, acaso la primera tarea sea la de interrogarnos ¿De qué Juventud estamos hoy hablando? Para, en la búsqueda de su respuesta, ir descartando que el actor que define la juventud ya no es el joven “revolucionario” de los años setenta; tampoco el joven “promesa” de la nación, o el joven sujeto de “oportunidades” del Estado bienestarista para su integración al mundo laboral y social, como expresión de progreso y modernización; tampoco el joven cuya fuerza trasgresora le permiten la construcción “vívida” de un mundo cultural propio, liberado de las fuerzas del mercado. Que lo mucho o poco de cierto que tenga este reconocimiento de lo que hoy *no es* el joven del mundo globalizado, nos lleve a reconocer que las diversas definiciones vertidas sobre la juventud y su actor protagónico, es hoy *insostenible*, como apunta Cruz, no nos exime de la tarea de su particularidad, su diferencia, desde el espacio físico y social.

En otras palabras, el joven no es un actor genérico, indistinto u homogéneo; sobre él, pesan las marcas internas y externas: la etnia, la clase, el género, y del mundo de donde *es*: del Norte o del Sur. Ello no invalida la construcción de un concepto pertinente y sostenible de juventud en su expresión concreta, esto es, definida por una lógica de poder, y su contraparte trasgresora, que refiere a las dinámicas y a la mirada de los propios actores, lo joven y lo juvenil, para encarar la direccionalidad impuesta por el mercado y el Estado en su tarea de control policial, cuando de irrumpir los límites ordenadores se trata. Tampoco excluye, importante remarcarlo, una consideración que tanto Valenzuela como Cruz colocan en el centro de un pensar crítico: la tensión entre concepto y tiempo. El concepto que la teoría y el discurso gubernamental hoy vienen manejando es un concepto fracturado, no corresponde al

contexto global y neoliberal cuyos hilos con los que se teje son los de la *biopolítica*, en su sentido fuerte, sistémico, y quierase o no los de una *biopolítica menor* o de una *biocultura*, en el sentido de Agamben, (2006) y Valenzuela, (2009).

Si estamos de acuerdo con ello, el camino conceptual a la par de la realidad que la demanda para su explicación y comprensión, está prácticamente allanado; las opciones teóricas y metodológicas, aunadas al sentido reflexivo y creativo del investigador, están dadas. Ello no excluye una consideración que tanto Valenzuela como Cruz colocan en el centro de un pensar crítico: la tensión entre tiempo y concepto, esto es, insistimos, el concepto de juventud como construcción social es un concepto fracturado que no corresponde al contexto global y neoliberal que hoy le modula.

En esta tesitura, acaso la primera tarea sea la de caracterizar, con los elementos que le dan contenido, el concepto pertinente y sostenible de juventud en su expresión concreta, definida por una lógica de poder, y su expresión trasgresora, que refiere a las dinámicas y a la mirada de sus propios actores para encarar la direccionalidad de su presente y futuro impuesta por el mercado y el Estado.

1.3. Juventud migrante: las tensiones de su construcción conceptual

En el mundo contemporáneo, como señalan Hopenhayn y Morán (2007) “resuena el oleaje de las migraciones de jóvenes”, y ello altera los enfoques y construcciones conceptuales que daban cuenta de una cierta “normalidad” entre la relación migración y familia. La migración es hoy un fenómeno de masas, y la realizan los jóvenes en su mayoría en tiempos recientes.

Definir teóricamente a la juventud migrante es una tarea pendiente en los estudios y entre los estudiosos del fenómeno migratorio. Aunque subyacen posiciones teóricas relativamente definidas por las distintas disciplinas que configuran el abanico de las ciencias sociales, en la definición del concepto migración pesan dimensiones como el espacio y lo

social, según ejerzan funciones de expulsión, tránsito o recepción, y por supuesto, de manera importante, la dimensión temporal (Herrera, 2006: 23).

En su abordaje conceptual, el fenómeno migratorio internacional decanta, entre otras estrategias, en dos programas de investigación, definidas de alguna manera por escalas microanalítica y macroteórica. En el primer programa, propio de la sociología, la antropología y otras disciplinas cercanas, las claves para dotar de contenido al término migración, son las variables tiempo, distancia y ambiente sociocultural, de manera que se le define como “un cambio permanente de residencia” (ClarenceSenior, Beijer, citados por Herrera, 2006: 23); o “como la transición física de un individuo o un grupo de una sociedad a la otra, que incluye el abandono de un estadio social para entrar en otro diferente” (Eisenstadt, citado por Herrera, 2006: 23). Distancia y cambio sociocultural en su dinámica concreta y simultánea son dimensiones básicas para este programa.

Estas condiciones contextuales pesan en la estructuración de un marco teórico como sustento para una investigación sobre una realidad social, y los actores que la hacen posible, en particular si enfatizamos que la mayor parte de las investigaciones asumió al sujeto migrante como un sujeto homogéneo, dotado, eso sí, de las condiciones físicas para su incursión en un mercado laboral no propio de su país, lo que supuso que mayormente eran migrantes de edad adulta y jóvenes “maduros”, como ciertamente ocurrió durante muchos años de experiencia migratoria en México. La visibilidad de actores de la nueva migración diferenciados por edad, etnia y género, replantea diversas tesis hegemónicas en el estudio de las migraciones, como por ejemplo la misma contundencia otorgada a la dinámica social, la decisión individual exclusiva de migrar, o el definir impactos homogéneos en el actor migrante.

Siguiendo la trayectoria histórica y contemporánea del fenómeno migratorio y su interpretación conceptual, se puede registrar a la *Escuela de Chicago*⁶ que hizo del fenómeno migratorio un campo de investigaciones contextualizadas por los procesos de industrialización que tenían lugar en el norte de Estados Unidos, procesos que fueron centro de atracción de migrantes provenientes del sur de ese país y de otros continentes, abriendo un abanico de

⁶Por escuela de Chicago, Ribas entiende, a la comunidad científica que trabaja en dicha ciudad en los años veinte, cuyos precursores fueron Robert Park y Ernest Burgess, sumándose, en el campo de la ecología urbana, Roderick McKenzie (2004: 24).

problemas ligados a la inmigración, como la pobreza y los problemas raciales y étnicos (Ribas, 2004: 23).

Específicamente, para Ribas, la *Escuela de Chicago* es pionera en los estudios sobre la migración, y marca los ejes de atención de las investigaciones realizadas en los países del Norte. Destaca, desde esta Escuela, el inicio de los estudios de las migraciones y las relaciones étnicas, y los dos grandes cambios en su abordaje, como lo es el desplazamiento de la <<raza>> hacia la <<cultura>>, y el interés por los rasgos interculturales existentes entre los grupos. Desde este marco interpretativo, indica la autora, la *Escuela de Chicago*, sentó las bases para los enfoques dinámicos de la transformación de las culturas llamadas tradicionales y permitió tratar el grupo étnico como una variable que interviene en un continuo proceso de negociación entre varios grupos, proceso analizado desde una perspectiva interaccionista, que permite reconocer la importancia de las dimensiones simbólicas y subjetivas en las relaciones interétnicas (Ibídem: 27 y 28). En suma, la armadura central de los estudios privilegiados, fueron:

El futuro de los inmigrantes, las relaciones entre grupos étnicos y raciales, su inscripción en la ciudad y su asimilación a la sociedad norteamericana [...]. En el período que va de 1914 a 1932 se produjeron 42 tesis relacionadas con estas materias, inscritas en el departamento de sociología” (Ribas, 2004: 29).

En el marco de este enfoque, en atención al campo sociocultural, y en una escala más amplia que involucra a las sociedades del Norte, las dimensiones de la raza y de las relaciones interétnicas, se acuerpan en las dos tradiciones sociológicas de la migración: *Race Relations*, que aborda los temas referidos a la amplitud y efectos del racismo y la discriminación, y la lucha política contra ambos, en el Reino Unido y Estados Unidos, y la *sociología de las migraciones*, con un campo amplio de temáticas, en Francia⁷.

⁷ Siguiendo a Ribas (2004), la escuela norteamericana registra su núcleo en las tesis sociológicas de la asimilación; la más antigua e influyente, la pluralista, y la tesis socioeconómica, centrada en las interacciones entre la raza y la clase. La tesis asimilacionista se explica en la hegemonía de la cultura dominante americana y en la ética transformadora del *American way of life*, en la que se configuran conceptos como pluralismo étnico, estratificación social, ciudadanía incompleta, Estado nacional, Estado de bienestar, conceptos que en una perspectiva funcionalista, concluye que en la migración “se produce una descontextualización. Las costumbres de origen adquieren una función simbólica difusa, y las minorías acaban por transformarse en <<grupos culturales simbólicos>>” (Ibídem: 53). La tesis pluralista, apuesta por el resurgimiento de las etnicidades en la sociedad estadounidense, haciendo de la etnicidad el campo que posibilita su construcción como un modelo operativo para la sociedad norteamericana, reconociendo otras formas culturales y sus propias identidades. Finalmente, la tercera

Una derivación de estas corrientes, a principios de los años ochenta, es la orientación analítica hacia el ámbito familiar y poco a poco hacia la juventud crecida en los países receptores de migrantes, es decir, un sector producto de la inmigración tanto en Estados Unidos y Europa. Según Rea *et al.* A partir de la década de los noventa la estigmatización de los jóvenes surgidos de la inmigración sale a la luz a través de testimonios individuales en la prensa y se expresa progresivamente bajo la expresión “discriminación en la contratación”. Afecta a los jóvenes que acumulan estigmas: hijos de inmigrantes, de obreros, hijos de colonización-descolonización, hijos de musulmanes o habitantes de “ciudades-gueto” (2009:138).

Esta generación de jóvenes, que se ha llamado “Segunda Generación de Inmigrantes”, mostró una mayor complejidad de la inmigración, visible en la diversidad del sujeto migrante; en la arena pública hacen acto de presencia activa al protestar por mejores oportunidades en los países receptores, por ejemplo los mexicanos en EU, o los musulmanes y sudamericanos en Europa, entre muchos otros. Sin embargo les ha tocado padecer más los infortunios de la precariedad laboral pero también del estigma por el hecho de ser hijos de inmigrantes. Por tanto, la experiencia acumulada de la primera generación de los inmigrantes adultos, resulta trascendental para el presente inmediato de sus hijas e hijos⁸.

Esta segunda generación parecía haber tenido la satisfacción de nacer y crecer en los países de acogida, sin embargo con las fuertes restricciones migratorias de los países receptores, el sentido de la no pertenencia y la discriminación se impone con tensiones significativas en la sociedad local. En este sentido Portes y Rumbaut refieren:

tesis integra marxismo y pluralismo, considerando la clase y la etnia como categorías intercambiables, que se refuerzan mutuamente. Defiende a los explotados en busca de la justicia social y argumenta la existencia de una diversidad cultural compleja en la sociedad norteamericana.

Con respecto a la Escuela francesa, la autora apunta, que las referencias sobre las integraciones y la etnicidad dentro del campo sociológico no son muy extensas, su fuerte basamento en el marxismo hizo que la sociología francesa desconfiara en temas relacionados con el culturalismo (ibídem: 64). Sin embargo, destaca, como representante de esta escuela a Bourdieu y su propuesta conceptual en torno a la construcción social de la integración, y a Abdelmalek Sayad, que clarifica conceptualmente la dialéctica de la emigración/inmigración.

⁸ Un libro fundamental en el tema es el de Alejandro Portes y Rubén G. Rumbaut. Legados (2009), la historia de la segunda generación inmigrante.

Una mayoría de los jóvenes de la segunda generación aseguran sentirse discriminados en la escuela y otros ámbitos. La principal fuente de discriminación se halla en los compañeros de estudios, los profesores y los vecinos de raza blanca. Pero también en este punto se da una considerable variabilidad entre nacionalidades (2011: 66).

Otra forma de discriminación en la sociedad receptora son las diferencias físicas con respecto a los blancos, ya que según nuestros autores supone un obstáculo en la senda ocupacional y de adaptación social diferente a la población negra y latina. En años recientes, un grupo que ha estado visible en el debate tanto político, como académico dentro de los estudios de la juventud migrante, han sido los llamados *dreamers*, una población que ha llegado en las últimas décadas a EU y que representan 2.1 millones, llegaron siendo niños y buscan beneficiarse de la aprobación de la ley denominada DreamAct⁹ (por sus siglas en inglés).

Desde este marco, es posible ponderar y evaluar que se necesita mayor producción conceptual ya no sólo de la migración internacional que hoy se reconoce es multicausal, sino también los actores centrales que en este momento constituyen la gran mayoría de población en la sociedad tanto de origen como receptora: la juventud migrante. Numerosos estudios han reconocido que la migración es una práctica que la realizan fundamentalmente los jóvenes, un reconocimiento avalado por las cifras nacionales, que proyecta un decrecimiento sostenido de población joven en el país. Si ello es así, la comprensión analítica de esta relación debe trascender el diagnóstico y alcanzar una explicación y comprensión integral, sustentada en una construcción conceptual y metodológica propia.

Las primeras interrogantes para incursionar en este desafío, tiene que ver con la claridad de los problemas que plantea dicha relación en el contexto contemporáneo. Las preocupaciones en torno a esta relación son diversas. Por ejemplo, a través de los datos estadísticos y sus proyecciones, entre 2000, 2005 y 2010, el número de jóvenes que salieron de México cada año fue de 220 mil, cifra que representa 38 por ciento del total de la migración internacional del país.¹⁰

⁹ Esta ley que poco a poco ha sido obstaculizada por las autoridades de EU, busca que se beneficie a miles de jóvenes que llegaron con sus padres, para poder obtener una residencia temporal y cursar dos años de estudios superiores tras finalizar la *highschool*. En la actualidad, sólo aproximadamente el cinco por ciento de los 80,000 menores indocumentados que anualmente se gradúan de *highschool* continúan con sus estudios en la universidad (Excelsior, 06 de mayo de 2013).

¹⁰ CONAPO. Indicadores socio-demográficos, 2005-2030.

Las cifras de las dos últimas décadas tanto en el ámbito mundial como regional y nacional registran el peso significativo que hoy tiene la migración joven, y ello abre un campo de investigación hasta hoy poco explorado. Se trata de nuevos campos problemáticos que obligan a reconsiderar en paralelo los lugares de origen y llegada; las condiciones en las que se emigra o se transita; y por supuesto los impactos que el fenómeno produce en los inmigrantes jóvenes en las sociedades receptoras, los impactos que sobre ellos/as pesa la deportación involuntaria y los impactos propios de un retorno voluntario. De nueva cuenta, los estudios *in situ* cobran su importancia, en atención no sólo a condiciones estructurales sino en términos de las dinámicas y sociales y culturas y sus expresiones en acciones, práctica y trayectoria de vida individual y colectiva de los jóvenes migrantes.

Otro elemento a considerar en esta tarea de re-construcción teórica “situada” es, que junto al contexto de la migración contemporánea, “nueva migración”, en palabras de Castles y Miller (2004), además de reconocer los alcances y las limitaciones de la teoría¹¹, es la incorporación de la dimensión política en el estudio migratorio, no sólo porque <<las migraciones son criaturas de la política>> (Davis, 1988, citado por Arango, 2003: 23), sino porque la migración actual, se realiza en circunstancias totalmente distintas a la del siglo pasado. Hoy, las migraciones de los jóvenes, en condiciones de irregularidad, que le define el estatus de “ilegal, “indocumentado”, “sin papeles”, están, frente a políticas migratorias subsidiarias de “seguridad nacional”, definidas por el sentido de la *vulnerabilidad* y el *riesgo*. Se está en presencia de procesos migratorios en la que el sujeto migrante entraña el riesgo de ser tratado como “terrorista” o simplemente migrante *no deseado* por la sociedad de llegada, visible en un lenguaje metafórico y mediático que expresa la “invasión” o la presencia del “enemigo en casa” y, con ello, lograr la legitimidad social de políticas de naturaleza securitaria, como el control tecnificado de las fronteras y la penalización de la inmigración irregular (García, 2011 y 2013).

Este es el tiempo de los jóvenes migrantes del Sur que sueñan llegar al Norte, en donde el renacimiento del léxico propio del Estado-nación cobra nuevos bríos, como los de fronteras

¹¹A este respecto, Arango, indica: “[...] las teorías suelen ser parciales y limitadas, en el sentido de que sirven para explicar una faceta o un aspecto de las mismas o para arrojar luz sobre determinada característica o, bien, son aplicables a determinados tipos de migraciones en ciertos contexto y no en otros” (2003: 24).

territoriales, soberanía y ciudadanía, que los coloca en el viejo esquema, propios de los Estados autoritarios y su constructo de “derecho penal del enemigo”, los ubica como sujetos vulnerables con marcos de negociación restringido y posibilidades para desde las periferias ingresar a grupos con actividades ilícitas

Debe reconocerse, en un esfuerzo por recuperar el sentido de las lecciones marxistas, que las principales tensiones entre las teorías que intentan modular el sentido explicativo y comprensivo del fenómeno migratorio, son las mismas tensiones que definen su campo más amplio, como lo es el de la sociedad capitalista mundial o global, en sus distintos ámbitos (Marx, 1998, Wallerstein, 2001, Ianni, 1998). Las concepciones del cambio social, por ejemplo, se trasminan al campo explicativo de las migraciones, derivando ciertamente en tensiones particulares pero éstas tienen su origen en una escala tanto macro como meso y micro. El recuperar este planteamiento, que nos sitúa en el campo de la economía y su materialidad vivencial, nos lleva inevitablemente a las concepciones teóricas derivadas de la economía neoclásica y su contrario, la perspectiva histórico-estructural propia de la teoría capitalista crítica, sustentada en la historia y la propia dinámica de mundo hoy globalizado. En suma, lo que intento decir, es que en el marco de su particularidad, la migración internacional irregular de los jóvenes, comparte estructuras propias de la migración internacional como fenómeno general, y ésta a su vez, está modulada por los cambios y las continuidades de orden estructural de la sociedad capitalista global (Ianni, 1998).

Castles y Miller (2004) ciertamente registran que estamos frente un nuevo mapa mundial de flujos y conexiones totalmente distinto al que prevalecía con anterioridad, entre los que destacan, en los lugares de llegada, el Norte, el modo de valorar a los inmigrantes y el surgimiento y afianzamiento de las políticas restrictivas de ingreso y permanencia, que hoy se incrementan ante la fortaleza de un derecho autoritario que violenta al mismo Estado constitucional liberal-democrático del que suelen ufanarse. A fuerza de los hechos, recuperamos el planteamiento de Mármora (2002) que indica que la valoración de la migración como tema o problema mundial obedece al doble proceso de <<funcionali-

disfuncionalidad>> en el que las migraciones están involucradas¹², pero agreguemos, para ser más específicos, que obedece a factores propiciatorios externos en el que el Estado y el capital transnacional modulan y orientan lo que es propio a la lógica del capital y el mercado, como lo es la liberalización de los factores del capital, con excepción de la fuerza de trabajo, que como señala Virno (2003), el valor de uso que los jóvenes migrantes ofrece, no existe fuera de ellos, el capital se tropieza con ese <<cuerpo viviente>>, esto es, con el “insuperable tabernáculo de lo que ciertamente importa: el trabajo como subjetividad”¹³.

El planteamiento de Mármora, lo traduciríamos en la actuación aparentemente contradictoria de los gobiernos como lo es el de instaurar políticas que fomentan la permisibilidad laboral irregular y a la vez instauran políticas de detención, deportación, redadas y penalizaciones carcelaria con fines de higiene social (García y Porras, 2009). Siguiendo a Agamben, diríamos que este es el rostro de la *biopolítica* particularizada a una masa laboral de inmigrantes; una *biopolítica* que instaura y practica modos y formas de resarcir las tensiones entre la necesidad manifiesta de fuerza de trabajo y el costo social y político de alojar en sus territorios a esa masa corporal viviente inseparable de la potencia de producir. Pero, digamos también, siguiendo a Valenzuela (2009), que son igualmente estos jóvenes los que con imaginación y la edad dislocan los muros externos e internos, e incluso las decisiones de deslegitimación absoluta como han sido las decisiones recientes de políticas migratorias de Estados Unidos para con los migrantes de México y de los países centroamericanos.

Concluimos este apartado, con un señalamiento importante para nuestros fines: el migrante fue para la mayor parte de las teorías, un sujeto individual homogéneo, cuya práctica se torna colectiva. Aunque la mayoría de las interpretaciones registraron que los migrantes, en

¹² Para el autor, el análisis de las disfuncionalidades permite entender las vinculaciones de estos movimientos de población con el nuevo orden económico mundial y con los viejos desórdenes. Maneja la hipótesis de que la desaparición de la bipolaridad ha determinado un nuevo orden político mundial que se intenta consolidar, pero que sigue asentado en viejos desórdenes económicos y sociales, causa fundamental de los principales movimientos migratorios internacionales. El análisis de las funcionalidades hace referencia a la necesidad de *interpretar las alarmas a partir de las percepciones, proyecciones y conciencia colectivas que se generan alrededor de los actuales fenómenos migratorios* (55 y 56).

¹³ “El cuerpo viviente, desprovisto de cualquier dote que no sea la pura vitalidad, deviene el *sustrato* de la capacidad productiva, el *signo* tangible de la potencia, el *simulacro* objetivo del trabajo no objetivado. Si el dinero es el representante universal de los valores de cambio, la *vida* es el equivalente intrínseco del único valor de uso “no materializado en un producto”” (Virno, 2003: 171-172).

especial los migrantes laborales, eran los que estaban en edad de trabajar, razón por la cual las diferencias de las personas migrantes terminaba por obviarse. Sin embargo, los cambios en el fenómeno migratorio y sus actores, visibilizan la importancia cada vez mayor de jóvenes, mujeres, infantes, y una porción de éstos, definidos por sus orígenes rurales e indígenas.

1.4. La juventud del “sur del Sur” que emigra al Norte: un abanico que se abre y se cierra

Una de las tareas más complejas de la investigación social es la construcción comprensiva y explicativa de la realidad en atención a la selección de una o varias teorías, cuyos sistemas conceptuales y categoriales exigen la construcción recurrente de mediaciones, pues como apunta Lindón: “La construcción del objeto de investigación es el desafío de la investigación social, en tanto consiste en fusionar la teoría y la realidad en un proceso en el cual la teoría se va redefiniendo al tomar nuevos contenidos en función de los procesos sociales” (1998: 6).

Como bien apunta la autora, la realidad se va tejiendo con los conceptos teóricos, de modo que estos últimos se van redefiniendo. En este proceso, resulta importante, a través de la investigación situada, espacial, temporal y socialmente, dar cuenta de este ejercicio de articulación teoría-realidad social a investigar. Los actores centrales de esta investigación son los jóvenes migrantes de la cabecera y localidades de un municipio ancestralmente de origen indígena “tojolabal”, hoy prácticamente todos hablantes del castellano con modos y mundos de vida propio del mundo mestizo, salvo la salvaguarda de ciertos rituales religiosos y políticos que les ha sido funcional ante la maraña del mundo moderno, aunque adheridos a ésta. Se trata de jóvenes que muchos sin transitar por el mundo de lo urbano en el interior del país se integran a los flujos migratorios internacionales –Estado Unidos- bajo el estatus de irregulares. La experiencia migratoria internacional es bastante reciente, tanto en la región, como en el estado de Chiapas.

Con la tarea a medias, lecturas de la bibliografía sobre juventud, realicé mis primeras incursiones de trabajo de campo, tratando de encontrar el prototipo de joven o un modelo de joven en atención a la teoría. No fue así, observaba lo que ya Valenzuela (2009) apuntaba, que

lo juvenil está en un proceso de negociación pero también en disputa, además de las visiones del exterior o heteropresentaciones y las autopercepciones que los jóvenes crean. Sin embargo, registré similitudes entre la zona urbana, aún harto ruralizada, y la zona propiamente rural. Pocas diferencias en cuanto a condiciones sociales se refiere, crisis rural y crisis de empleo en la cabecera, aunque compartiendo hechos novedosos, la cada vez más emigración interestatal e internacional y el revuelo de las remesas y los retornos, con sus triunfos y sus fracasos. Los mundos de vida de los jóvenes, salvo estas novedades, con la estrechez económica de los padres, intentado que los adolescentes y jóvenes estudien, y éstos con la euforia de recorrer “mundo”, tensiones que generalmente culminan en una negociación familiar y el resultado, la emigración inmediata o su suspensión temporal. En las comunidades esto es un poco más difícil, la falta de tierra apresura las salidas con fines laborales, la posesión de éstas da más margen al padre para negociar y aplazar el evento de la emigración. Un hecho notable, es el registro de la incorporación de las mujeres al campo de la educación (secundaria, preparatoria y carreras técnicas), y al mundo laboral, generalmente interestatal, aunque muy dirigido: la Riviera maya.

Es evidente que la población joven rural tiene como necesidad inmediata el insertarse en el mercado laboral y el mayor problema para ello es la ausencia de dicho mercado en el entorno inmediato. Me sorprendió registrar a muchos jóvenes con experiencia migratoria y el peso que esta experiencia tiene en el entorno familiar y comunitario. Es como la “comezón” que “cuando te da no dejas de rascarte”, me dijo un padre de familia que ve la emigración como algo inevitable, “con razón y sin razón”, aunque más con razón, porque los “hijos no quieren sufrir los pesares que han pasado sus padres”.

Es inevitable este impulso de movilidad de los jóvenes. Me preguntaba recurrente ¿Quiénes son los jóvenes? Y las respuestas de los que yo consideraba jóvenes, me dejaba acongojado, parecía que joven era el estudiante, pero no el que tenía 18 o 25 o 29 años. Parecía que la definición obedecía al tamaño de las responsabilidades: el casamiento y la procreación, resultada definitoria para que un joven que tenía 18, 24 o 26 años dijera que ya no lo era, pero lo más importante es que tampoco le importaba como se le definiera, aunque los ideales y sueños de la migración sí los marcaba: los casados se iban para enviar remesas y construir el patrimonio consabido: la casa o el mejoramiento de ésta y recursos monetarios para satisfacer

las necesidades de manutención; en los no casados, y más “chavales”, priva algo de este propósito, para ayudar a los “jefes”, pero junto con ello, el deseo manifiesto de conocer y vivir experiencias que en el lugar de origen no son posibles.

La vivencia experimentada en el campo me dejaba asombrado. Trataba de hacer comparaciones entre los jóvenes de la cabecera municipal, semi-urbanizada, y los jóvenes de las comunidades rurales, donde de alguna manera el mundo de las sociabilidades están aún marcadas por rasgos del mundo tradicional. Mi sorpresa es registrar la indistinción, esto es, un cambio de alguna manera propiciado por transformaciones del mundo rural y claro está por la experiencia migratoria de sus habitantes. La migración con fines laborales está permitiendo una práctica cotidiana que conjuga nuevas formas de pensar y sentir compartida y nuevos mecanismos de participar en el seno familiar y comunitario. El modo de vivenciar lo juvenil está cambiando, aunque la idea de ser joven no esté del todo clarificada¹⁴.

La abundante y a la vez escasa bibliografía al respecto da cuenta de los cambios en los espacios rurales, y uno de ellos es la pérdida paulatina de las fronteras entre los espacios rural-urbano, en donde, en casos extremos, que no es el nuestro, lo urbano invade lo rural, en tanto que la reproducción social y biológica se realiza prácticamente en su totalidad a través de los recursos monetarios de los migrantes en los distintos mercados, regional, estatal o internacional.

Otra dimensión difícil de deshilvanar es la cuestión étnica. Resulta difícil definir que estamos hablando de migraciones indígenas, y difícil también no hacerlo, más aún, decir que esta dimensión produce formas distintas de vivenciar lo juvenil en la migración. Lo cierto es que toda la población de la región tiene orígenes indígenas, habida cuenta de un proceso precario de mestizaje y del peso del propio proceso de cambio social de la región y sus habitantes, en el que el predominio del castellano se impone hasta con cierta naturalidad. Por otro lado, pesa el origen indio del sur del Sur: “para los norteños todos los de Chiapas somos

¹⁴ Las juventudes rurales, también están construyendo y se apropian de espacios sociales adecuados a sus necesidades, articuladas entre el espacio físico (rural), experiencias propias, opciones y oportunidades para el desarrollo, así como expectativas. Los espacios producidos, puede verse la influencia que los jóvenes tienen respecto al espacio físico que habitan. Feixa dice que los jóvenes transforman la ciudad por “estar ahí”, y yo creo que también han cambiado los espacios rurales, un tanto por la globalización y otros factores como la migración, pero también porque son los y las jóvenes rurales agentes de cambio.

indios, también los de otros estado”; “En el norte de los güeros gringos, también somos indios, pues todos somos prietos”.

La literatura sobre las migraciones indígenas, para recuperar una de las particularidades y diferencias de los migrantes, dan cuenta de que el proceso de integración al circuito migratorio internacional es de vieja data, como es el caso de los mixtecos de Oaxaca (Velasco), pero se intensifica en la última década del siglo pasado y la presente, y ello marca una distinción en el modo de vivenciar lo juvenil en la migración (Urteaga, 2008, 2010; Cruz, 2009, 2012).

En la necesidad de nombrar y definir a los migrantes jóvenes de nuestra investigación, que son espacial y socialmente rurales en los que priva una cultura en la que se conjugan elementos y prácticas indígenas, campesinas y modernas, cuyas condiciones materiales de vida están fincadas en la recurrente pobreza y precariedad. No los define la inercia ni la homogeneidad, el sentido dinámico y de cambio es perceptible, en la reconstrucción de prácticas, principios y valores aprendidos de las generaciones pasadas, y a veces aparentemente inalterables, con lo aprendido en su experiencia migratoria en sus distintas escalas, aunque debe decirse que la migración internacional no es un fenómeno generalizado, está siendo importante, mayormente en los jóvenes, pero no como lo es como la migración interestatal. Sin embargo, en esa escala aún menor, la euforia de la experiencia vivencial migratoria se traduce en lo cultural, en la “norteñización” que modula lo juvenil rural, polarizando, a veces inevitablemente, la práctica cotidiana y los valores entre generaciones, es decir transformaciones en las relaciones sociales que poco a poco se manifiestan en las formas de sociabilidad de espacios como la escuela, el parque central, y centros recreativos, entre otros, que van complementando en su relación con la familia, la cuadra donde se vive o la misma comunidad. Subyacen también en los imaginarios entre los que aún no migran, el cómo salir del lugar donde se nace, trasladarse a las ciudades y asirse, por qué no, del “sueño americano”.

Lo que la literatura de las ciencias sociales registra, particularmente la antropología y la sociología, es que el fenómeno migratorio en los espacios rurales e indígenas, en tanto colocar a los jóvenes rurales e indígenas en espacios extraños al resguardo espacial y sociocultural comunitario que le es propio, no es un hecho menor, en tanto trastoca los roles tradicionales

de un ser joven rural apenas perceptible por las responsabilidades asumidas en los años tempranos, apenas a veces pasando la adolescencia.

Los desafíos analíticos no son problemas menores, y como señalamos en el primer párrafo, aquí también nos enfrentamos con el problema de la nominación, de la clasificación, de los límites o potencialidades de determinados marcos conceptuales y categoriales para desplegar la categoría de jóvenes, y juventud con etapa social. La tesis de Valenzuela (2009: 19) en el sentido de que la juventud “es un concepto vacío de contenido fuera de su contexto material y sociocultural” es también altamente válida para el caso de la juventud adjetivada: “juventud migrante”, “juventud rural”, “juventud rural indígena”¹⁵.

En los inicios del siglo XXI los estudios sobre la juventud migrante en la ciudad afianzan nuevas miradas conceptuales, al intentar una descripción casi fenomenológica de las oleadas de jóvenes migrantes de áreas rurales que se movilizaban hacia distintos núcleos urbanos en el país en búsqueda de mejores oportunidades de empleo y educación, entre otros (De la Peña, 2004; Esteinou, 2005; Ariza, 2005; Urteaga, 2008 y 2010).

Maritza Urteaga Castro Pozo ha sido una de las investigadoras que más ha contribuido en esta línea. Señala que en el marco de las migraciones del siglo XX y principios del XXI, se registra un peso predominante de jóvenes mestizos e indígenas en la construcción de la denominada *cultura migrante* (2008: 7). Como en muchos trabajos anteriores, la autora otorga centralidad analítica a la unidad familiar, desde donde plantea la posibilidad de identificar el papel que los jóvenes están jugando en los arreglos, las estrategias y las respuestas que desarrollan para enfrentar la agresividad económica de su entorno.

El reconocimiento de las transformaciones familiares generadas por la migración de sus miembros jóvenes, posibilita una explicación más realista de los múltiples factores que, en el seno de ésta y de la comunidad, se activan para dar vida a un espacio social como expulsor de

¹⁵En el ámbito Latinoamericano hay algunas discusiones acerca de la definición conceptual de la juventud rural. Es decir, ha existido un intento en definir a la juventud rural, que van desde los que establecen límites geográficos (número de habitantes para definir a lo rural y la juventud), hasta los límites etarios (edad de los y las jóvenes rurales). Ciertamente, la mayoría son definiciones empíricas, el problema ha sido su transformación en concepto o categoría.

fuerza de trabajo conectado ahora por las remesas y los flujos de productos y códigos culturales que se interiorizan o se rechazan entre sus integrantes.

Rosario Esteinou es otra investigadora cuyo trabajo analítico aborda la compleja relación entre juventud y migración, en la que media la variable educativa. En su trabajo denominado *Ser joven en un contexto semirural y semiurbano*, parte de una premisa: la importancia que tenga la educación formal como expectativa entre los jóvenes y en la cultura local estará condicionada por el hecho de que se trate de una sociedad tradicional o moderna (2005:108). Es decir, para la autora la educación formal es contemplada para muchos jóvenes como un mecanismo de movilidad social y como un medio para salir de la pobreza.

Asimismo, plantea que la educación entraña un distanciamiento de los valores que rigen el mundo rural, tales como el apego a la tierra. En tal sentido es probable que se esté dando un vaciamiento del contenido rural del campo y de sus perfiles, conformándose un nuevo tipo de “ruralidad” (2005: 121). Esteinou concluye que hay una gama muy variada sobre los alcances que tiene la educación. Cada uno de los jóvenes tiene un alcance distinto, según lo que perciben que es y será su realidad inmediata, y según aquello para lo que la educación tendrá una utilidad. De esta forma, la variable rural está matizando las expectativas que tendrán los jóvenes y su horizonte respecto de la educación (2005:124).

Una variable más en el estudio de las juventudes ha sido la experiencia transnacional de jóvenes rurales. Un trabajo relevante en este sentido es el de Robert Courtney (2006), quien, en un capítulo de su libro *México en Nueva York, vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, describe cómo en el pueblo de Ticuani, un pequeño municipio del sur de Puebla enclavado en la región mixteca de México, la creación de pandillas mexicanas en Nueva York y la incorporación de muchos jóvenes han traído consecuencias e importado problemas sociales, como el consumo de drogas y la violencia. Courtney refiere que cuando algunos migrantes menores de edad se encontraron con problemas legales o adscritos a las bandas en Nueva York, huyeron a Ticuani, y se dedicaron a una vida de pandilleros prácticamente sin que la población de los otros jóvenes locales y varones adultos pudieran hacer algo para evitarlo.

Al igual que el trabajo anteriormente referido, existe una amplia literatura sobre la utilización de la perspectiva transnacional en localidades del medio rural (Velasco, 2009;

Besserer, 2008 y 2009; Paris Pombo, 2009, entre otros), muchos de ellos, señalando los fuertes vínculos que se producen entre el lugar de origen y el receptor, la gobernabilidad transnacional y el fortalecimiento de la identidad entre los grupos étnicos.

Por último, una vertiente descriptiva y microanalítica, son las investigaciones que engarzan juventud y migración internacional, cuyo análisis está sustentado en el seguimiento de la trayectoria cotidiana de los jóvenes rurales, priorizando una estrategia etnográfica y sociológica que dan cuenta de la materialidad y las transformaciones subjetivas vividas o encaradas por el joven migrante, en particular en los lugares de llegada –Estados Unidos y Canadá- y en los lugares de retorno –su lugar de origen- (Cruz, 2010; Solar, 2010; Porraz, 2010, entre otros).

En esta misma perspectiva se encuentra los trabajos que aluden a la llamada generación 1.5 (jóvenes nacidos en México pero formados desde los 10 años en Estados Unidos); la generación -1.5 (niños nacidos en Estados Unidos pero criados durante varios años en México) y por último jóvenes de segunda generación. El análisis gira en torno a los cambios que se producen entre esta población respecto a la identidad, educación y trayectoria de vida (Vargas, 2010; Maya, 2010, Narváez, 2010, entre otros).

De acuerdo con Urteaga (2008) existen dos campos privilegiados en los estudios de las juventudes indígenas y rurales: los que focalizan su atención en las juventudes indias en la nueva realidad emergente y aquellos que se centran en los y las jóvenes migrantes en las ciudades.

Los estudios sobre las juventudes migrante indígenas y rurales priorizan cinco ejes fundamentales:

- a) Debates sobre la construcción de la categoría, vivencias y trayectoria de vida de los jóvenes migrantes indígenas, es decir, los contenidos específicos y particulares que se hacen en los grupos indígenas sobre sus jóvenes y ellos mismos en tiempos actuales.
- b) Un segundo campo de análisis es el de los jóvenes migrantes indígenas que se movilizan a las grandes urbes en México (Distrito Federal, Guadalajara, Monterrey, entre otros), donde el marco de referencia gira en torno a las condiciones materiales y simbólicas que se encuentran y se reproducen en estas ciudades.

- c) Un tercer eje de estudio es sobre las y los jóvenes migrantes rurales y sus nuevas condiciones en las transformaciones económicas y sociales en las últimas décadas, mismas que hacen referencia a los cambios en las estrategias de reproducción biológica y social de la unidad familiar y el papel que juega el joven dentro de ellas.
- d) Una cuarta arista en el tema es el que se relaciona con las vivencias del cuerpo y la sexualidad entre los jóvenes rurales, entre ellos destaca los embarazos a temprana edad y sus consecuencias, así como las vulnerabilidades frente a enfermedades como el VIH-SIDA.
- e) Un último eje, hoy en boga, es la relación de las juventudes rurales y su incursión en los circuitos migratorios internacionales. Si bien es cierto que la perspectiva transnacional y las pandillas juveniles ha sido un campo muy abordado, existen otros estudios que están profundizando sobre el tema del retorno voluntario o involuntario, las generaciones juveniles 1.5, -1.5 y de segunda generación y sus problemáticas que encuentran en las ciudades receptoras o incluso en sus lugares de origen.

Este breve recorrido por algunos estudios sobre las juventudes migrantes tanto rurales y las juventudes indígenas, corroboran la importancia y la mayor visibilidad de los y las jóvenes con experiencia migratoria y sus cambios referidos a la de elementos que se apropian e incorporan en la construcción de nuevas formas de ser joven en el campo mexicano, derivado de factores como la globalización, los medios de comunicación, la escuela y la misma migración. Juega un papel importante, no hay que olvidarlo, las presiones que agobian al medio rural entre ellas las políticas y transformaciones económicas de naturaleza neoliberal, que paradójicamente crea y repele al migrante, y en el caso de los jóvenes, desde cualquier espacio o entre la bruma del ruido y la prisa de las ciudades están creando una nueva forma de ser y vivenciar la juventud.

1.4.1 ¿Comunidad vs Sociedad? La práctica juvenil migratoria en la sociedad rural de Chiapas

Desde las teorías de la modernización, el proceso de cambio social opera cuando las sociedades agrarias se van transformando en sociedades industriales, y cuando la migración obedece al llamado de las ciudades y su economía industrial, en tanto sus espacios de origen no registran el impulso de la industrialización y la complejidad espacial como en la ciudad. El

tránsito de lo rural a lo urbano, por decirlo de algún modo, puede estar ilustrado por las teorías de la modernización que suponen la dicotomía folk-urbano o tradicional-moderno. En ambos casos, se trata de un proceso de cambio social propio de la sociedad moderna capitalista, que colocado en el plano mundial, supone que las sociedades no desarrolladas, una vez en el carro de la modernización, más temprano que tarde alcanzarán el estatus de “desarrollados” que privan en las sociedades del Norte.

En las ciencias sociales hay una clara herencia¹⁶ de la clásica distinción analítica que hizo Tönnies entre *Gemeinschaft* (comunidad) y *Gesellschaft* (sociedad), que llevó a la distinción de la ciudad como el prototipo de las relaciones de sociedad (individualizadas, heterogéneas, fragmentarias y anónimas, cuyos integrantes cuentan con orientaciones lógicas y racionales), distinción que define su estudio -en forma de antinomia-, como diferente de aquellas relaciones que ocurren en el espacio social tradicional (colectivo, homogéneo, integrados e íntimos), definidas como el prototipo de la “comunidad”. Aunque es la antropología la que abre un amplio debate sobre la organización social tribal, en la sociología, la distinción comunidad-sociedad, tuvo su paralelo entre solidaridad mecánica y solidaridad orgánica aducida por Durkheim, arrebatando a la primera las ideas de interdependencia y cooperación que son propias de la sociedad segmentaria -primitiva- para colocarlas en la segunda, que corresponde a la sociedad moderna (Gellner, 1998: 41).

Sin embargo, y pese al trabajo de la antropología por entender lo que era propio de la organización social de las sociedades tribales y colonizadas, el triunfo de un pensamiento moderno único y lineal fincado en el progreso o desarrollo, no sólo gestó la separación de la sociedad moderna occidental de su propio pasado, sino que desde esta concepción moduló a la par una concepción de las sociedades no europeas, particularmente sometidas a las primeras, en términos de atraso. Este planteamiento desarrollado por Gellner (1998), posibilita articular una tesis que tiene continuidad histórica: La concepción de atraso interno en el seno de la sociedad moderna occidental, se desplazó como concepción interpretativa de las sociedades no occidentales, sometidas al colonialismo y a la descolonización después, se trata de un atraso fincado en el sentido de inferioridad cuyo despliegue es el racismo teórico y práctico. Es esta

¹⁶Derivado del estructural-funcionalista, muchos estudios fomentados por las escuelas de Chicago y Harvard sobre la población indígena en América Latina y México.

matriz del pensamiento moderno, el que modula las interpretaciones centro-periferia, pero que se repite al interior de las mismas sociedades periféricas, o postcoloniales, como es el caso de las comunidades rurales indígenas (Van Dijk, 2003; 2007).

Bajo esta tesitura, buena parte de la producción antropológica centrada en las sociedades indígenas de América Latina, y en particular en México, estuvo enfocada en la construcción conceptual y metodológica para establecer la diferencia cultural de los pueblos indígenas y las sociedades mestizas modernizadas, en atención al modelo occidental propuesta y abstrayéndose de toda referencia histórica contextual.

En el presente, frente a la progresiva mercantilización de la vida social, se pone en cuestión las nociones mismas de comunidad-sociedad; el campo de acción del mercado penetra de distintas maneras en las comunidades rurales que, sin haber sido cerradas, constituían espacios modulados por una estructura social menos diferenciada y estratificada cuya salvaguarda estaba de alguna manera instituida por formas de sociabilidad fincadas en relaciones con dispositivos para regular y controlar las tensiones internas y externas. Este modelo de estructura social entró en crisis en el mundo rural, y con ello la concepción que se tenía del mismo. Las conexiones y dependencias entre comunidad y sociedad, derivado del mercado y de lo que Castell define como la “revolución informacional” no sólo tornan inservibles conceptos y categorías que sustentaban la contraposición comunidad-sociedad, sino que también, en paralelo al trastocamiento de formas de organización social, tiende a generar nuevas formas de organización y de relaciones sociales que transforman prácticas y acciones individuales y colectivas no teorizadas. Este es el principal registro de un proceso desencadenado por la globalización, pero debe reconocerse que estamos en presencia de un proceso que no es lineal ni simétrico, ni continuo (Vallespín, 2000)¹⁷.

La mayoría de los estudios rurales en América Latina, y en particular en México, enfatizan los impactos que la globalización y el neoliberalismo generan en la economía y en la sociedad rural, y de cierta manera hay un reconocimiento del debilitamiento de las formas

¹⁷ Vallespín, sostiene que el término globalización encubriría la pretensión del “centro” por subvertir la autonomía de lo local en nombre de sus intereses, valores y formas de ver el mundo. De ahí la pertinencia del término “glocalización, que refiere que lo global es local y lo local es global. En atención al promotor del término globalización, lo global es aquello que por definición puede localizarse en cualquier parte, aunque a su vez tenga un origen local. Lo local no se opondría así a lo global, sin que sería uno de sus elementos constitutivos (2000: 50).

tradicionales de la acción social, fenómenos que han intentado acuerparse en la llamada “nueva ruralidad”. Desde esta perspectiva, es posible definir a la juventud del campo como el prototipo de esta “nueva ruralidad”, esto es, individuos que deberán responder a los problemas, y a los desafíos abiertos por el contexto global, en el que priva la ausencia de la responsabilidad estatal y un contexto de pérdida del tradicional resguardo familiar y comunitario.

La rapidez de los cambios en tiempos actuales y la visibilidad de los jóvenes en los mercados de trabajo y las metrópolis, desafía a las ciencias sociales, y como ya señalamos los estudios e investigaciones son incipientes y registran una producción conceptual igual de incipiente. Una de las primeras tareas es la descripción de la complejidad del fenómeno de estudio, y en ella subyace, inevitable en esta etapa, la contraposición entre lo rural-urbano, indicando la debilidad conceptual para denominar hechos, prácticas y procesos relativamente emergentes, modulados por dinámicas que se mueven entre la contingencia y la regularidad. A este respecto Urteaga indica:

Es cada vez más difícil dar cuenta de “lo nuevo” usando conceptos antropológicos construidos en la modernidad. Términos como contacto, cultura materna, patrones culturales, tradiciones culturales, modernidad, remiten –deseándolo o no- a conceptos cerrados y homogéneos de cultura, a culturas aisladas y no en interacción. Por ejemplo, cultura materna hoy no puede obviar la presencia de los medios de comunicación dentro del hogar y los pueblos indios; la presencia de la escuela primaria y, en muchos casos secundaria, el ir y venir de los migrantes y las migrantes jóvenes, la creación de nuevas necesidades y expectativas de vida, etcétera, con todas las implicancias que estas situaciones tienen sobre las vidas de los sujetos de estas transformaciones, como en los patrones culturales contemporáneos de las etnias en sus lugares de origen (2008, 677).

Este abanico de eventos nuevos en la vida social del contexto chiapaneco, trastoca las formas en las que se entretajan las relaciones endógenas de confianza, amistad y parentesco, consanguíneo y ritualizado, y los diversos significados de identidad, pertenencia y lealtad. Estos elementos sustantivos de las “culturas íntimas” registradas por Claudio Lomnitz (1995) se han transformado e incluso evanecido por dinámicas sociales volátiles o desechables que el mundo global exige. Sin embargo, son estas pequeñas culturas “íntimas” hoy trastocadas, las primeras armas que tienen los jóvenes del campo para sostenerse emocionalmente en los ambientes hasta entonces extraños del mercado laboral y de las ciudades. La dialéctica posterior a la incursión de los jóvenes en la experiencia migratoria, produce inevitablemente, como señala

Caputo (2000), expresiones culturales que ya no caben en el modelo situado en la escala local, lo que provoca los cambios en los contextos locales.

Yanko González (2003) plantea que el sujeto joven de zonas rurales o semirurales enfrenta ciertas contradicciones en su constitución como tal, ya que el grupo de edad cuenta con débiles espacios culturales propiamente juveniles y un periodo de moratoria o postergación de la asunción de roles adultos diferenciales. Asimismo, el autor señala que la emergencia de los sujetos juveniles rurales son una *hipérbole de su propio reacomodo en tiempos recientes* (González, 2004).

En esta tesitura interpretativa de la realidad de los jóvenes rurales hoy, se registra el reconocimiento de rechazar definiciones o atribuciones homogeneizantes, reconociendo su diversidad y diferencia en atención a los contextos particulares que les define. Por ejemplo, Pacheco (2009:53), señala que los jóvenes rurales conforman diversas juventudes rurales en el país, entre las que distingue, la juventud rural de la frontera norte, la del pacífico occidental, la del México árido, y las juventudes del sur y zonas indígenas, que las distingue las diferencias culturales, étnicas, sociales, regionales y socioeconómicas convertidas en diversidad de oportunidades para construir espacios de socialización (2009:53).

Especial atención merecen los estudios que han colocado a la migración interestatal e internacional, en particular la migración de la población joven, como otro de los vectores principales en las transformaciones sufridas en el contexto del campo.¹⁸ Lourdes Pacheco refiere que a través de la migración “los jóvenes rurales no sólo obtienen dinero, una manera de sobrevivir, sino que el tránsito desde lugares rurales a otros lugares rurales de mayor desarrollo, o hacia centros urbanos dentro o fuera del país, los convierte en migrantes de estructuras sociales homogéneas a estructuras sociales diferentes. Es ese paso el que convierte a las migraciones en una fuente de expectativas y comparaciones entre formas de vida diferentes” (2009:57). La autora apunta a una reestructuración de las relaciones en el campo o la gestación de una nueva ruralidad en el país y el papel que en ella ocupan los jóvenes rurales

¹⁸ La temática indígena en la ciudad va en ascenso, existen algunos trabajos que son importantes en este contexto. Entre los que destacan a los jóvenes otomíes en la ciudad de Guadalajara (Martínez, 2002, 2004, De la Peña 2004). Los realizados por Anguiano (2002) entre los estudiantes Huicholes en la ciudad de Tepic y los de Maritza Urteaga (2008, 2009 y 2010) en la Ciudad de México donde hace importantes contribuciones al estudio de los jóvenes migrantes en la ciudad.

migrantes, mestizos e indígenas; observa que una de las particularidades de ser joven rural en la actualidad es “asumir la aventura de la migración” a fin de concretizar “la percepción subjetiva del éxito”. (Pacheco 2003).

Las descripciones de la experiencia migratoria juvenil, aunque intentan ofrecer una mirada integral de ésta, tiende a privilegiar el ámbito de los cambios culturales, sin embargo, frente a la ausencia de una definición precisa de cultura, se puede optar por asumir a la cultura –global y neoliberal- como expresiones de un rompimiento mecánico con la estructura social tradicional y sus dispositivos integradores, para configurar un sujeto individualista independiente, modulado por una diversidad de estilos de vida, y valores orientados al consumo y el ocio. Esta mirada, que de suyo privilegia una concepción del mundo global, debe matizarse e incluso contraponerse con una lectura que explique dicho cambio y no hacer de este, el cambio cultural, un recurso de investigación.

La cultura importa, pero la reconstrucción de las biografías de los jóvenes migrantes confrontados con las tensiones de un mundo que parece todo ofrece, exige estar acompañado de los datos que revelan la dureza del mundo real que define la opción por determinados estilos de vida y no otros. En su dimensión más profunda “la práctica juvenil migratoria” de los jóvenes, si de adjetivarse se trata, puede leerse en términos de desafíos, oposición y respuestas no esperadas de jóvenes que hipotecan sus mejores años a cambio de su vivir cotidiano que altera, enfada y a veces desquicia a quienes afanosamente pretenden quitarles el pasado, pero sobre todo, el futuro.

Desde nuestra perspectiva los jóvenes migrantes están no sólo introduciendo importantes cambios en el campo o la ciudad, sino creando nuevos espacios. Tal como señalamos, la globalización está generando rupturas espaciales, pero también los jóvenes desde cualquier trinchera están reconfigurando o re-apropiándose de nuevos espacios que configura la identidad de juventud migrante, haciendo uso de capitales diferenciados, como la información de los medios de comunicación, la socialización y formación en la escuela y la vivencia de la migración.

La socialización de la migración ha sido un factor también impulsado por los jóvenes que regresan. La plaza, el parque, el mercado, y distintos espacios públicos, se convierten en

escenarios de socialización verbal, donde se muestran y se divulgan los nuevos repertorios adquiridos y vividos fuera de las fronteras simbólicas de su lugares de origen: se hace gala de demostrar que se salió de la comunidad para ir a los “estados”, hacer saber que se *fue* o se *es* migrante. Contar los relatos de la experiencia del éxito del cruce, las vivencias en el “gabacho”, hace de esos hombres y mujeres rurales salir del anonimato y convertirse en héroes instantáneos ante la admiración de los más jóvenes que no han migrado pero aspiran a hacerlo. La experiencia migratoria juvenil no es homogénea. Es recordado con éxito pero también se recuerdan las penalidades sufridas en el tránsito o el desembarco al lugar de destino, pero como quiera que sea el espejismo de la vida posible en otros lugares como Estados Unidos, está presente.

En suma, tomar en cuenta como un eje de reflexión al sujeto migrante contemporáneo implica reconocer que la construcción de los sujetos sociales es, desde luego, dinámica, contingencial (Feldman Bianco, 2011), y en el caso de la juventud rural migrante se transita, tal vez, a “nuevas etnicidades” o a la reconfiguración de nuevos “paisajes étnicos”, como dice Appadurai, o a una “nueva ruralidad”, como define a la sociedad rural de hoy Hubert de Gramont.

1.5. Migración de retorno: aproximaciones teórico-prácticas

Desde el Sur, el joven migrante es una construcción del sistema capitalista moderno, y desde el sur del Sur, de ésta y de la globalización. Desde la perspectiva de su incorporación a los mercados laborales, su integración estuvo definida por dinámicas ocupacionales que exigieron la pervivencia de la unidad doméstica rural con fines de garantizar una mano de obra barata y funcional a las exigencias de la acumulación de capital (Wallerstein, 2001). En el tiempo global, se exige el mismo cometido, mano de obra barata y disponible, o mejor, flexible, pero trayendo consigo transformaciones que amenazan la supervivencia de la economía campesina familiar de antaño y con ella las sociabilidades que sostenían su organización social. En estas transformaciones, los impactos mayores ocurren en la población

joven, particularmente el estrato de jóvenes en mejores condiciones físicas para integrarse a los mercados laborales.

Dar cuenta de este proceso resulta esencial, y es la puesta a prueba de la producción conceptual, y su capacidad para articular teoría y práctica. El último apartado de nuestro marco teórico, tiene este propósito. La teoría y sus propuestas metodológicas intentan modular la comprensión y explicación del joven migrante “retornado”, lo que supone un resultado de procesos sistémicos y contingenciales que lo inducen, amén de la decisión libre y voluntaria de quien retorna. Treinta o veinte años atrás, hablar del retorno, más aún del retorno de jóvenes, en el sistema migratorio México-Estados Unidos, resultaba innecesario, o casi innecesario, pues la economía norteamericana era la que marcaba – aún marca- las pautas de las entradas de trabajadores mexicanos, adultos y jóvenes, mayormente hombres, pero presente también las mujeres. La teoría económica, como hemos señalado, contribuye a importantes desarrollos analíticos en el estudio de las migraciones y desde su perspectiva la cuestión del retorno obedece a una contradicción de la demanda laboral o a la decisión individual del sujeto migrante.

Desde esta perspectiva la práctica migratoria suele caracterizarse como un proceso social que transcurre por etapas: viaje, cruce, destino y retorno, es decir caracterizada como un proceso lineal, en el que el retorno –individual- es considerado como la última fase del ciclo migratorio. Así, para la teoría neoclásica el retorno puede representar una falla en el cálculo de los costos de migrar y no alcanzaron ganancias suficientemente elevadas para compensarlos; para la teoría de la nueva economía el retorno es visto como la consecuencia lógica de un cálculo estratégico, y no como prueba de que los objetivos de la migración fueron logrados con éxito (nueva economía); para la teoría transnacional, el retorno refiere una etapa más en un sistema circular de relaciones e intercambios económicos y sociales, sistema que puede estar dotado de un conjunto de relaciones e intercambios económicos y sociales que posibilitan la fluidez de información y conocimientos que facilitan la experiencia de la reintegración (Herrera, 2009).

Desde la teoría transnacional, el retorno es una fase más compleja, esta perspectiva permite pensar “los vínculos regulares y sostenidos en el tiempo a través de las fronteras

nacionales”, y el retorno, que “idealmente” ocurre cuando el migrante ha acumulado suficiente cantidad de recursos financieros o informativos, o cuando las condiciones en el lugar de origen parecen favorables, se torna en una práctica que conjuga diversos elementos que posibilitan distintas modalidades de retorno. La teoría transnacional, recupera elementos de la práctica migratoria que definen un retorno promisorio, en el que se contempla como fase previa, las visitas periódicas, el envío regular de remesas, e incluso el desarrollo de “identidades transnacionales (como la doble nacionalidad) y con éstas, la desterritorialización de la ciudadanía, el establecimiento de vínculos de los gobiernos con sus diásporas (Portes, 2006). El retorno, desde el transnacionalismo, se le define, en suma, como una pieza más de la experiencia de atravesar diversas fronteras y de circular por diferentes lugares, o dicho de otro modo, como *parte de la experiencia de las movilidades humanas entre sociedades desiguales* (Glick-Schiller y Wimmer, 2003). Finalmente desde las teorías de las redes sociales, el retorno se puede explicar, al modo de la teoría de la causalidad acumulativa, cuya enunciación sería así: “a mayor experiencia acumulada de retorno en la familia, la comunidad y el país de origen, existen mayores posibilidades de que se dé el retorno a nivel personal” (Durand, 2004: 110)

Estas teorías sustentan diversas investigaciones que a la luz de la realidad migratoria, espacialmente situada y contextualizada, exigen la incorporación de variables e indicadores que no sólo tensan el modelo conceptual original, sino quedan como evidencias de realidad que exigen su incorporación en la reflexión conceptual y metodológica.

En el contexto Latinoamericano recientemente se empieza a prestar interés analítico sobre los retornados, como es el caso de los bolivianos, peruanos y colombianos que han migrado hacia España. El análisis se centra también en la potencialización de las regiones de origen de los migrantes, así como la migración cíclica entre países del Cono Sur y España. Destacan los trabajos realizados por De la Torre Ávila (2011) que centra su análisis en tres variables o ejes condicionantes para las posibilidades de retorno de las y los bolivianos residentes en España. El autor recupera la noción de -estimulantes e inhibidores- para la decisión de retornar al lugar de origen: 1.-*Puede contar con ahorros importantes cuya inversión no se dirige a Bolivia principalmente*, 2.- *Concentraría a la mayoría de los bolivianos radicados en España, según*

fuentes citadas. Las mismas fuentes también señalan un índice de regularización cada vez mayor. 3.- El más proclive al retorno vulnerable tras un proyecto migratorio fallido.

Un trabajo importante sobre el tema es el de Lorena Izaguirre (2011), cuyo núcleo de análisis está centrado en dos aproximaciones a la migración de retorno en los países de Ecuador y Perú. La autora busca identificar el modo en que el retorno de los migrantes ecuatorianos y peruanos en sus respectivos países es definido “desde arriba”, esto es, desde la acción de los Estados, a partir del diseño de políticas e iniciativas públicas en la materia. La autora hace un contraste con estas apropiaciones de la cuestión desde lo público -que tienden a reducir a los migrantes a su capacidad de agentes económicos-; también explora los contenidos de algunas “narrativas del retorno” recogidas desde la experiencia de algunos migrantes que retornaron. Es a partir de sus lógicas de acción que se ponen en evidencia trayectorias y estrategias diversas que dan cuenta de la multidimensionalidad de la experiencia del retorno y de los perfiles diferenciados involucrados en él.

En el caso centroamericano, Ricardo Falla, en su libro *migración transnacional retornada* (2007), argumenta que la migración retornada ha sido un tema olvidado. Se ha privilegiado siempre el estudio de la migración en una dirección. Y si del retorno se trata, se han estudiado las remesas, tanto económicas como sociales, pero no el retorno de las personas, que son agente de transformación en los países receptores. Su investigación intenta iniciar el estudio de la migración retornada, analizando los casos de la juventud indígena de Zacualpa, Quiché, Guatemala. Un tema central en el argumento de Falla es que la identidad se va reconfigurando a lo largo del viaje de los y las jóvenes mayas de Zacualpa. Asimismo la opción de retorno nace de una autovaloración de su experiencia y de su país de origen.

En suma, Ricardo Falla considera que los jóvenes han experimentado un proceso de cambio al compartir su experiencia migratoria en EU y el retorno a su pueblo. Para algunos jóvenes existen posibilidades de hacer un cambio en su pueblo a partir de la participación política y en las actividades grupales al interior de su pueblo, y por otro lado, hay jóvenes que intentan romper con las relaciones caciquiles de su pueblo e ingresar a la arena política para promover desde ahí el cambio.

La literatura sobre el retorno de migrantes mexicanos se ha enfocado fundamentalmente en las áreas rurales y en zonas donde la migración es de larga data¹⁹, algunos autores refieren que hasta mediados de la década de los ochenta la mayoría de los migrantes mexicanos con destino a Estados Unidos procedían de las localidades rurales del país (Durand y Massey, 2003). El tema del retorno en las investigaciones en México es generalmente abordado desde el vínculo que se establece entre migración y desarrollo, en el que se privilegia la inserción económica y productiva del migrante retornado (Zahniser, 1999; Durand, 2004; Cobo, 2008; García y Orozco, 2009; Moctezuma, 2010)²⁰.

En lo particular, destacamos el trabajo realizado por Lindstrom (1996) que concluye que el retorno genera oportunidades económicas para las comunidades de origen que los reciben y sus impactos dependen del tiempo de estadía en Estados Unidos; la investigación de Zahniser (1999), aplica un modelo de regresión múltiple, con el afán de identificar los factores que intervienen al momento de la toma de decisión de retornar, en la que conjuga factores macro relacionados con las condiciones de México y los Estados Unidos, y factores micros, como las características sociodemográficas de los retornados y sus familias, y las probabilidades del retorno, concluyendo que el retorno forma parte de la dinámica migratoria pero en sentido inverso. Otras investigaciones analizan dimensiones muy puntuales del retorno, como pueden

¹⁹ En el centro-occidente de México, por ejemplo, el retorno estaba constituyendo cambios a nivel familiar con importantes repercusiones en el ámbito comunitario. De ahí que algunas explicaciones que se han presentado respecto al impacto de las remesas en ciertas comunidades de alta incidencia migratoria también pudieron esclarecer la importancia del capital social al momento de leer los efectos socioculturales del retorno (Alfaro e Izaguirre; 2010).

²⁰ David Lindstrom (1996) refiere que el retorno de los migrantes genera favorables oportunidades económicas para las comunidades que los reciben, puesto que la inversión de los capitales que traen consigo establece nuevas dinámicas económicas. Es decir, desde su punto de vista los efectos socioeconómicos del retorno hacia el lugar de origen de los migrantes dependen del tiempo de estadía en Estados Unidos. Es posible apuntar que este estudio constituye uno de los primeros acercamientos cuantitativos a la temática del retorno marcando así la perspectiva investigativa de estudios posteriores.

En la década de los años noventa el dilema del retorno se situaba en la eventualidad de pensar la reinserción de los migrantes a sus lugares de origen (Espinosa, 1998). En ese sentido, Zahniser (1999) ha demostrado, que existen factores macroeconómicos asociados a las condiciones tanto de México como de Estados Unidos, los cuales intervienen en la toma de decisiones. Por lo tanto, establece relación entre las características sociodemográficas de los retornados y sus familias y las probabilidades de retorno aseverando que la migración de los mexicanos hacia Estados Unidos era un proceso de doble orden; es decir, que en la trayectoria migratoria el retorno forma parte de una misma dinámica, en la que se reinicia el proceso pero en sentido inverso y, por tanto, se ingresa nuevamente a una fase de toma de decisiones. No obstante, en el caso mexicano parece ser que el interés académico por estudiar el retorno adquiere relevancia en la medida que se fue centrando en las remesas y el tipo de inversiones que realizaban los migrantes al retornar, ya sea a sus lugares de origen o algún otro sitio dentro del territorio nacional (Alfaro e Izaguirre; 2010).

ser las causas del retorno (Massey y Espinosa, 1997), o la reinserción con fines de inversión productivos (Ramírez, 2000; Moctezuma).

Aunque de manera breve, se puede decir que este es el estado de la cuestión en los estudios sobre la migración de retorno. Como bien señala Ricardo Falla la migración de jóvenes retornados es un tema que ha sido olvidado en los análisis del fenómeno migratorio, un vacío que se percibe en los ámbitos estatal, nacional e internacional, pues no sabemos casi nada acerca de este segmento de la población, aunque el dato estadístico revele que son miles de jóvenes. En los trabajos que hemos referido anteriormente sólo dan cuenta de algunos casos y no existe un abordaje teórico a profundidad acerca del tema, la mirada es básicamente desde la economía y enfocada en el tema del desarrollo local y migración.

En el marco de los análisis de la migración de retorno se han privilegiado temas como: a) el de las posibilidades del llamado desarrollo “translocal”, a partir de la reinserción de las élites educadas como es el caso de algunos países del Cono Sur, en donde se construyen programas para que sus migrantes retornen a su lugar de origen y se inserten en la economía de sus lugares de origen, y al rol de la familia y del capital social en el retorno. Sobre estos temas, se han llevado a cabo estudios en Europa, América del Sur, así como en algunos países africanos, y en el caso de México se ha estudiado el vínculo con el desarrollo local²¹; b) recientemente se comienzan a documentar experiencias de los retornados, relativamente exitosos, que asumen una participación directa en la política y administración pública local, bajo un manto civilista y de liderazgo social; y c) el de las ausencias de condiciones que hagan posible la reinserción plena de los retornados. Es el caso de los jóvenes que no tienen posibilidades de empleo o de continuar estudios; lo mismo ocurre para el caso de los niños retornados que encuentran serias dificultades para su reinserción en las instituciones educativas.

En el caso de la migración de mexicanos a Estados Unidos, dice Ballesteros (2002) que el retorno está condicionado por las condiciones estructurales, particularmente las que ejercen los mercados de trabajo, en México y EU. Sin embargo, también existen otras razones que

²¹ Véase las publicaciones realizadas y coordinados por García Zamora, *Migración internacional, remesas y desarrollo local en América Latina y el Caribe*, entre otros, con este enfoque.

pesan en el retorno del migrante, una de ellas, que promueve el retorno y posiblemente se puede dar más en el caso de los migrantes con responsabilidades conyugales, son los fuertes lazos familiares permanentes a través del establecimiento de comunidades transnacionales (Smith, 1993; Portes, 1997; entre otros). Asimismo y de acuerdo con Espinoza (1998) en la migración mexicana existe un proceso de negociación constante en el ámbito doméstico entre el establecimiento y el retorno, principalmente por el reforzamiento de los lazos que facilitan la incorporación del emigrante tanto en los mercados laborales, como en la sociedad de destino. En este sentido, hay que señalar lo que sugiere Hondagneu-Sotelo (2010) que plantea la “tensión” entre el establecimiento y el retorno en el interior de los hogares y refiere que en el caso de las mujeres consolidan el asentamiento de las familias en los Estados Unidos y muestran una menor propensión a regresar, a diferencia de los hombres. Estas mismas evidencias las encuentra Sara Curran y Estela Rivero (2003).

En términos generales, puede decirse que lo hasta aquí abordado han sido dimensiones privilegiadas en el análisis de la migración retornada. Sin embargo, la experiencia del retorno en su diversidad actual, registra cambios sustantivos que no han sido incorporadas en la reflexión conceptual. La migración internacional de la última década del siglo pasado, pero en particular en los años del presente siglo, se distingue por dos hechos que reestructuran las lecturas del retorno ya sea desde las teorías económicas, las del transnacionalismo o las de las redes sociales. El primer hecho es la centralidad que hoy registra la migración “irregular”, “indocumentada” e “ilegal”; el segundo, lo es la importancia que tiene sobre todo después de los atentados del 11s, el paradigma de la “seguridad nacional” en las agendas nacionales e internacional (García, 2010 y 2013). Se trata de un enfoque que privilegia la dimensión política del fenómeno migratorio, en tanto que el retorno se registra en una decisión directamente de los Estados receptores en aras de la seguridad nacional de los nuevos enemigos, los terroristas, el narcotráfico y los migrantes del Sur. Tan sólo por citar un ejemplo, el Parlamento Europeo (2008) instituyó una Directiva de Retorno que afecta a los migrantes del Sur; alienta el retorno voluntario, pero impone el retorno forzado, o sea la expulsión de migrantes extra-comunitarios en situación “ilegal”.

El caso de Estados Unidos y sus mecanismos de control, contención y expulsión de migrantes indocumentados es otro ejemplo ampliamente registrado por diversos analistas, pero

que en la actualidad sus expresiones de violencia institucional trastocan el Estado liberal-democrático para transitar a un Estado autoritario, policial y militarizado que instaura un “derecho penal del enemigo” (Portilla, 2005). Los controles, blindajes y cierres de fronteras con las más sofisticadas tecnologías, el fortalecimiento de estrategias biopolíticas, y la invocación al “estado de excepción” constituyen hoy el escenario impuesto por los Estados de Norte receptor, y en este escenario se mueven hoy los jóvenes migrantes del Sur (García, 2011).

1.5.1. Jóvenes migrantes: Del retorno a los “múltiples retornos”

Los migrantes retornados no son homogéneos en cuanto a sus experiencias y vivencias. Algunos se sienten como sujetos trashumantes intentando encontrar un espacio que se le negó históricamente en sus lugares de origen. Otros más son vistos como el migrante ejemplar que logro hacerse de un patrimonio, y otros no son vistos con admiración, ya que para algunos adultos los jóvenes migrantes retornados, especialmente los solteros son identificados como sujetos que ya no acatan las normas locales, que traen costumbres que violentan el espacio comunitario y las principales conmemoraciones locales y en casos extremos se les define como “pandilleros” que consumen algún estupefaciente²².

Dado que el retorno difícilmente puede encuadrarse en un modelo analítico cerrado, obviando su naturaleza dinámica, en atención a contextos que claman la contingencia y la irregularidad, resulta pertinente hablar de “múltiples retornos”. Ya que la realidad caleidoscópica es la que exigen ampliar la noción de retorno y re-direccionarla hacia la idea de “múltiples retornos”, que no se limiten exclusivamente al regreso físico de los migrantes (Izaguirre; 2011).

Según Ballesteros (2002) se han elaborado diversas tipologías de la migración de retorno. Una de las más importantes es la que registra la distinción entre retorno

²² Un trabajo importante es el Robert Courtney (2006), que señala como algunos migrantes menores de edad se encontraron con problemas legales o las bandas en Nueva York, huyeron a Ticuani una comunidad enclavada en la sierra de Puebla, y se dedicaron a una vida de pandilleros prácticamente sin que la población de los otros jóvenes locales y varones adultos pudieran hacer algo para evitarlo.

<<permanente>> y retorno <<ocasional>>. Este último sería el realizado por los emigrantes que regresan por un corto período de tiempo a visitar a sus parientes, y participar de los eventos familiares o comunitarios como cumpleaños, fiestas del pueblo, matrimonios de amigos y parientes, etcétera. “Tales visitas no implican ninguna actividad económica o empleo sino un periodo de relajación y placer” (Ballesteros, 2002: 20). En su contraparte, el retorno permanente se refiere a la decisión del migrante de establecerse en su lugar de origen sin la intención de migrar de nuevo o poder hacerlo. Es decir, en la migración de retorno se conjugan numerosos aspectos para pensar el regreso: falta de empleo en el lugar de destino, condiciones precarias de salud del migrante, y objetivos alcanzados para migrar, entre otros, (King, 1986; Gaillard, 1994; Ballesteros, 2002, Durand y Massey, 2003, entre otros), sin embargo pueden existir otros factores, entre los que destacan las prácticas institucionales de los Estados receptores.

Las deportaciones son un caso de migración forzada. Éstas la realizan las autoridades de los países receptores en las fronteras, al momento del cruce, o en el país receptor en calidad de inmigrante irregular. El retorno aquí no es decisión del migrante sino de las autoridades receptoras, son éstas la que lo llevan a regresar a su nicho. Las deportaciones, realizadas por el gobierno norteamericano, son como señala Guillén (2001), el componente de la interacción con México, que “se rechaza con mayor tenacidad que nunca”, visibles en el endurecimiento de la barda fronteriza, la legislación de los estados criminalizando inmigración indocumentada, y las deportaciones no sólo de quienes intentaban o acababan de ingresar, sino de mexicanos que ya residían en ese país.

Otros hechos que pueden definirse como retorno forzado, es la recesión económica de 2008 y 2009 que no sólo inhibió la emigración irregular, sino la salida de los que ya habían ingresado, violando derechos fundamentales como la unidad familiar.

El retorno entendido como el regreso a casa por la fallida empresa de llegar transitar o llegar al lugar de destino, además de la decisión gubernamental de asumir la deportación y la expulsión, ocurre también por la recesión económica de los últimos años que no sólo inhibió el flujo migratorio hacia EE. UU., sino propició el regreso de quienes ya estaban dentro ante la falta de empleo; también por las trampas y engaños de quienes asumieron el compromiso de

“pasarlos” e incluso “colocarlos en trabajos establecidos de acuerdo con los empleadores. Son todas, situaciones que conllevan al retorno forzado.

En relación a la migración de retorno, King (1986) plantea concebirla con base en criterios socioculturales²³ que nos llevan a analizar el retorno no como el punto final de un proceso, ni tampoco bajo un contexto lineal propio del fenómeno migratorio, sino como un hecho que está posibilitando transformaciones en el contexto de origen. En ese sentido, los jóvenes migrantes retornados transportan bienes culturales, capital social y conocimientos, que normalmente no son valorados tan positivamente por los lugareños y familiares —en particular cuando los capitales traídos impactan contra lo establecido—, lo que les lleva a experimentar el rechazo y la exclusión. Esta circunstancia constituye un quiebre generacional con sus prácticas muchas veces divergentes con los parámetros sociales y culturales establecidos. En suma, la práctica del retorno exige sopesar el papel estratégico los jóvenes migrantes, pues como señala King: “la migración de retorno es el capítulo más grande no escrito en la historia de la migración” (King, 2002: 7).

1.6. La vulnerabilidad y el riesgo en el joven retornado. Entre la indefensión y el desafío

Jóvenes, jóvenes rurales, jóvenes rurales —indígenas- migrantes, son términos cuya comprensión convoca a las escalas conceptuales y las de tiempo y espacio, es decir, lo “históricamente determinado”. Situados en las sociedades del mundo global —y neoliberal— resultaría sumamente fácil definirlos como los actores constreñidos a un mundo lejano del presente y sin sentido de futuro, a no ser la extensión del presente, definido por la mercantilización de todas las esferas de la vida social y el exacerbado individualismo. Sin embargo, es y no es así. La historia y la realidad presente es mucho más compleja, y reclama el desde *dónde* se conoce y para *qué* se conoce.

Son los tiempos de la globalización neoliberal los que les ha tocado vivir a los jóvenes de hoy, en particular el de los jóvenes que emigran al norte, sociedades que demandan el

²³ Otro de los presupuestos teóricos de este tipo de estudios fue la llamada *orientación cultural del migrante*, o la *cultura de la migración*, así como las llamadas *remesas sociales* propuesta por Peggy Levitt (2000).

trabajo de los jóvenes del sur, pero a la vez, instrumentalizan el control y politizan la inmigración irregular creando un sentimiento antiinmigrante cuya intensidad se puede relacionar con el éxito de los partidos de la derecha, que promueven y atraen a sectores importantes de la sociedad con discursos de abierta oposición a la inclusión de los inmigrados en materia de derechos civiles, políticos y sociales del otrora bienestarismo, y con posiciones que favorecen la penalización de los ilegales, violentando el derecho internacional de los derechos humanos (García, 2012).

Las dimensiones de la realidad mundial, regional y nacional que articula estructura y coyuntura, hoy condensada en la mundialización o globalización, que como realidades mundiales definen tanto la economía, y los mercados laborales en atención a exigencia de acumulación, como la política –léase Estado- y su cometido de regulación, control y orden. Se trata de estructuras que frente a coyunturas diversas, entre las que destacan los atentados terroristas, las crisis económicas y el crimen organizado redefinen las grandes estrategias internacionales como las de la seguridad nacional y el antiterrorismo, trastocan estructuras normativas propias de la modernización como las contenidas en el Derecho Internacional de los Derechos Humanos.

Los jóvenes, los jóvenes migrantes y los jóvenes migrantes retornados, se encuentran en un tiempo, que a diferencia de los adultos que se asumen incapaces de revertir la subversión de su mundo cotidiano tradicional, lo asumen como un tiempo paradójico, ni negro, ni blanco. Quizás este es el sentido de la propuesta de Valenzuela (1999) al confrontar los conceptos de *biocultura* y *biopolítica*, el primero como “elemento central en la redefinición y reposicionamiento de los jóvenes en la sociedad global, frente a otros jóvenes y frente a ellos mismos”; el segundo, en tanto política de la vida, reduciendo el cuerpo a territorio de “control y sometimiento” (Ibíd.: 24)²⁴.

Con respecto al concepto de biocultura, Valenzuela señala:

²⁴ “El término <<biopolítica>> fue introducido por Michel Foucault [...] en la década de 1970 [...]; dedicado a las transformaciones del concepto de <<población>> entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Para Foucault, fue en aquel momento cuando la vida –la vida en cuanto tal, la vida como mero proceso biológico-comenzó a ser gobernada, administrada políticamente” (Virno, 2003: 82).

“[...] refiere a la semantización del cuerpo y la disputa por su control, pero también su participación como elemento de resistencia cultural o como expresión artística [...] también alude a la confrontación de la condición de la biopolítica, en la que el cuerpo es territorio de control y sometimiento. [...].

“entiendo a la biocultura como la centralidad corporal que media procesos sociales más amplios y abreva, pero no se reduce a la dimensión de disciplinamiento y de política analizada por Foucault” (Valenzuela, 1999: 24).

Este planteamiento de Valenzuela, coincide con el de Agamben, quien reconoce que en el trasfondo de las políticas contemporáneas, aplicadas a *nudas vidas* atrapadas en las categorías y dispositivos de un poder que las trata como a tales: vidas expuestas y administradas, está la *biopolítica*, pero en paralelo registra “una política menor, como contrapunto a la del adversario”, “enfrentándose al poder allí donde se ejerce, buscando el *bios* de su *zoé*”. La coincidencia con el planteamiento de Valenzuela es inequívoca:

“La biocultura implica la dimensión biopolítica definida desde el conjunto de dispositivos establecidos por los grupos dominantes para controlar, disciplinar y generar cuerpos disciplinados que actúen de acuerdo con sus intereses, [...] pero también implica la biorresistencia, definida como el conjunto de formas de vivir y significar el cuerpo por parte de personas y actores y grupos sociales en clara resistencia, disputa o desafío a las disposiciones biopolítica”

La densidad teórica, en especial metatéorica, que entraña el estudio de las relaciones entre juventud y migraciones, intentamos definirla como compleja y desafiante. Quizás sea pertinente concebir a la juventud “como metáfora del cambio social” en el que está implicado el análisis de la genealogía de la cultura juvenil y sus expresiones actuales, desde los jóvenes y sus prácticas; el discernimiento de las dimensiones centrales del mismo cambio social, y el debate social sobre la importancia de la llamada “cultura juvenil”. Son ejes analíticos que se mueven, como ya señalamos, entre las distintas escalas de espacio y tiempo.

Referirnos al joven migrante retornado, implica la mirada etnográfica y sociológica de los jóvenes rurales en el contexto del movimiento migratorio México-Estados Unidos, que posibilita desde los propios migrantes jóvenes, construir las razones de la decisión de emigrar y de sus resultados con el retorno, en términos de la cuantía de remesas y ahorros y en términos de los logros y fracasos del joven y de éste para con su familia. El diálogo abierto con los

jóvenes migrantes retornados permite también entender desde sus narrativas las formas discursivas sobre cómo se defienden en los ámbitos de conflictos, que van desde el hogar, la comunidad, hasta las instituciones gubernamentales y privadas en los contextos más amplios, incluyendo su confrontación en el país de llegada donde se difumina el racismo, la discriminación, la violencia y la intolerancia en el discurso y la práctica como conductas y comportamientos normalizados de la sociedad receptora. Y en este juego de un vivir incierto, la vivencia de la amenaza del retorno, por la vía de la detención y la expulsión. Retornar, significa muchas cosas para el migrante, puede ser el triunfo, el fracaso o la pérdida de libertad, sin posibilidades de negociación para su permanencia.

En atención al tiempo, el retorno y la forma de éste, traduce una experiencia derivado de su contacto con otros universos simbólicos, que puede traducirse en nuevas formas de representaciones sociales o en formas conflictivas de reinserción social y laboral en su localidad de origen. ¿Cómo viven este proceso de reinserción? ¿Qué les significa asumir determinados estilos desde su condición juvenil en el espacio de origen?

Es decir, los espacios de origen son escenarios también de las transformaciones del bienestar y del mercado de trabajo, pues poco a poco han alterado las formas tradicionales de relacionarse entre individuo y sociedad. El análisis micro-meso-y macro, del retorno, desde la mirada del mismo joven migrante, en tanto pone en juego una experiencia que bien puede ser multidimensional o restringida, en atención al tiempo vivido como tal, en el que se ponen en juego contactos personales, repertorios culturales que se aprenden y se hibridizan, resultan dimensiones de valía para la investigación misma.

De esta manera la reinserción de los jóvenes retornados como se dijo anteriormente puede ser vivida de maneras múltiples. Entre estas formas de ser joven migrante retornado en un espacio rural están la confrontación de las normas tradicionales que van desde cuestionar o postergar la llamada “moratoria social” y poder constituir un hogar propio: decidir ser soltero o soltera, establecer una relación con alguien, cuántos hijos e hijas tener, decisiones que en generaciones anteriores no se cuestionaban, ya que se asumía como algo natural: las relaciones maritales o el “robo de la muchacha” a temprana edad, procrear los hijos “que Dios mandaba” y con ello asumir las labores cotidianas según el género. Sin embargo, no todos los jóvenes migrantes retornados deciden romper la tradición, pero un número considerable de jóvenes

migrantes retornados están creando nuevas alternativas y con ello tomando decisiones que inciden en vivir de manera distinta, ellos mismos y hasta generar nuevas relaciones de pareja, es decir bioresistencias como se refería anteriormente.

Los “múltiples retornos” nos ayuda a entender que aunque la mayoría de los jóvenes que retornan encuentran un espacio acogedor en su comunidad de origen, existen experiencias contrarias, es decir, que se percibe negativo para el joven retornado, sobre todo en aquellos que adoptaron prácticas culturales que los hace diferentes en la comunidad, propiciando una percepción de rechazo, al ser considerados como un factor de peligro, lo que obliga a salir nuevamente de sus lugares de origen, y enfrentarse a un espacio, del que tal vez intentó desprenderse al haber decidido el regreso a su casa²⁵. Aunque en el municipio de Las Margaritas los jóvenes no enfrenta tal situación de manera generalizada, no debe perderse de vista la vulnerabilidad y los riesgos que jóvenes, con un origen campesino, enfrentan al ser arrojados a un espacio social que no integra, sino excluye y discrimina, arrojándolos a pequeñas comunidades de pandilleros como forma de sobrevivencia, con resultados a veces lamentables.²⁶

Asumir determinados estilos de su condición juvenil adoptadas fuera del lugar de origen también puede llevar a la exclusión. Lo jóvenes migrantes retornados han sido parte de ello en sus nichos pues la vulnerabilidad y exclusión se reproducen a nivel micro²⁷. Tal como nos dice Saraví:

²⁵ Por ejemplo en el municipio de San Pedro Michoacán dos jóvenes presuntamente migrantes fueron encarcelados ya que fueron acusados por “quebrantar” las normas de convivencia de la comunidad. (Cuarto Poder, 8 de febrero de 2010).

²⁶ Respecto a ello, está el caso de las Maras en Centroamérica, México y Estados Unidos, en donde pertenecer a éstas implica un desarraigo de la familia y la incorporación a los «homies» del barrio, el grupo primigenio y la señal más inteligible de lealtad y pertenencia. Además señalar, la vulnerabilidad de caer en las drogas, por ejemplo un estudio hecho por el DIF y los Centros de Integración Juvenil (CIJ) en algunas ciudades del país reveló que los menores de entre 12 y 17 años de edad que no tenían ningún contacto con las drogas en México y que vivieron y trabajaron durante más de tres meses en Estados Unidos ahora consumen marihuana, cocaína, crack, metanfetaminas, éxtasis, solventes inhalantes y heroína. El 62% de los jóvenes mexicanos que son deportados iniciaron el consumo de drogas en Estados Unidos, (*El Universal*, octubre 2007).

²⁷ La exclusión de los jóvenes en México y en otros ámbitos es un asunto que no es nuevo, sin embargo en los últimos años se ha agudizado, Domínguez comenta respecto a ello: “ya sea por obcecación ideológica de los sectores más conservadores de la sociedad, o por omisiones atribuibles al desentendimiento del Estado y las elites económicas por ofrecerles opciones de inserción en el mercado de trabajo, acceso a la educación y a los servicios públicos, las estadísticas parecen indicar que hay un exceso de población joven que se percibe como prescindible y

La exclusión social representa el núcleo de una “nueva cuestión social” en la medida que nos plantea interrogantes y desafíos respecto a sociedades de manera esquizoide se adhieren a un modelo homogéneo y globalizado pero que a la vez producen y reproducen interiormente múltiples micro y mesoespacios de exclusión (21:2009).

Desde la perspectiva de los jóvenes migrantes retornados, existen problemas que se refieren a las trayectorias y desplazamiento en tiempos y espacios situados, pero también sienten exclusión en sus propias familias cuando no se logró un bien patrimonial, lo que lo lleva a ser estigmatizado como fracasado, más aún cuando fue retornado de manera forzada, es decir repatriado. Un aspecto más, es que numerosos jóvenes se insertan en el ciclo migratorio internacional en condiciones de vulnerabilidad y riesgo por su edad, misma que en comunidades rurales puede iniciar desde los 15 o 16 años; y por someterse a un desplazamiento en el que deben sortear numerosos obstáculos que violentan sus derechos humanos y que los obliga a producir imaginarios y prácticas defensivas y/o de resistencia a una violencia que se asumirá como un “costo” normalizado.

Por tanto, el mundo propiamente construido por los jóvenes de cara a este contexto mundial, nacional y regional descrito. Son ellos quienes procesan esa “libertad” que hoy les ofrece la globalización neoliberal, despojada de los sustentos mínimos para ejercerla en su sentido amplio y dignamente humano; son ellos los que encaran y desafían esa hostilidad siempre latente de la sociedad “receptora”; los que encaran riesgos en las que se juega la propia vida frente a los dispositivos de contención policial y militar en las fronteras, en suma, los jóvenes migrantes que osan minimizar las crisis de sentido y desafiar con la construcción de nuevos espacios y formas de vivenciar su condición juvenil, sin obviar que algo hay del pasado, ese sedimento cultural acumulado, que parece perdido frente a las innovaciones que tampoco son ajenas a la mercantilización, a la dominación y al poder, que tienen de inédito hacer de las desigualdades algo puramente personal y de la estabilidad el fracaso para “normalizar” la precariedad y flexibilidad laboral cuando es alcanzada (Sennett, 2000).

muchas veces como causa de los problemas sociales (2010: 28).

Si la cultura juvenil con su diversidad y desparpajo no importa, terminaríamos concluyendo que el mundo no importa. Y este es el debate siempre postergado, no más pero tampoco menos, a sabiendas que se juega una tensión que el pensamiento moderno previó su desarrollo en la dialéctica entre emancipación y regulación, pero que los jóvenes del siglo XXI –con un fuerte sentido de clase y diferenciación social- reconocen su falsedad y la confrontan.

CAPÍTULO II



Fuente: Archivo fotográfico particular

Las Migraciones contemporáneas en la sociedad Chiapaneca: causas y efectos.

Migrante es el participio presente del verbo migrar. Y en cuanto tal, contempla la acción misma del migrar, la acción presente y no acabada de moverse de un territorio a otro. El mismo verbo migrar no se contempla como tal, sino solamente en sus acepciones de inmigrar y emigrar. ¿Límites de un idioma? Quizás o tan sólo límites del lenguaje que aún no es capaz o no quiere ser capaz de explicar –y reconocer– un fenómeno real: el del migrante. MatteoDean (2011).

En este capítulo se presenta una caracterización de la historia contemporánea de las migraciones de Chiapas, que registran al menos tres fases, definida la primera por las migraciones internas que se sostienen hasta prácticamente la primera mitad del siglo XX; la migración interestatal que empieza a cobrar importancia en la segunda mitad del mismo siglo, y la migración internacional (Estados Unidos y Canadá) que se registra de manera emergente en las dos últimas décadas siglo pasado y en el presente. La migración interna, es de larga data, y entre las causas que la propician destacan dos hechos: la demanda de mano de obra abierta por las plantaciones y la búsqueda de tierras agrícolas, en ambos hechos la población emigrante o colonizadora es la población indígena asentada en regiones que se caracterizan por la pobreza y la escasez de tierras aptas para la agricultura. La migración interestatal es un movimiento que involucra a la población chiapaneca en general al igual que la migración internacional, pero en la que es visible por sus impactos la migración de indígenas a los Estados Unidos.

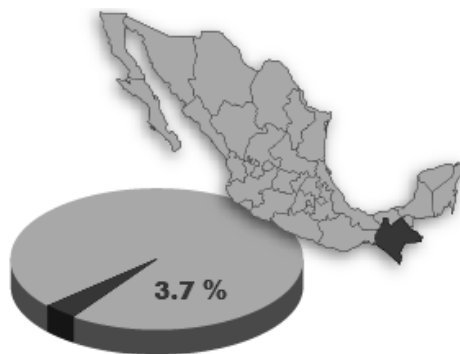
Las migraciones –interestatal e internacional– tienen entre sus causas primarias una economía desruralizada, el impulso de políticas de liberalización productiva y comercial y una prolongada crisis del sector agropecuario, acompañado de un proceso de reconversión productiva y la precarización laboral. Las condiciones socioeconómicas de Chiapas y sus problemas estructurales son elementos primarios para entender el fenómeno migratorio. Su

población es aun predominantemente rural, la unidad económica campesina privó como la unidad reproductora de fuerza de trabajo temporal e hizo de la tierra el recurso vital para la subsistencia. Ponderar con la fuerza de los datos las condiciones materiales y sociales de Chiapas es parte del cometido de este capítulo, como también lo es un análisis de los tres ciclos migratorios, que permitan entender las condiciones que propiciaron el paso o tránsito de la migración interna a la migración interestatal e internacional, ponderando sus causas y sus impactos diferenciados.

2.1 El estado de Chiapas: breves apuntes estadísticos

Chiapas está situado en el suroeste de la República Mexicana; colinda al norte con el estado de Tabasco, al sur con el océano Pacífico, al oriente con la república de Guatemala y al poniente con los estados de Oaxaca y Veracruz. Su extensión territorial es de 75,634.4 Km², superficie que representa el 3.7 % del territorio nacional.

Mapa No. 1. Ubicación de Chiapas

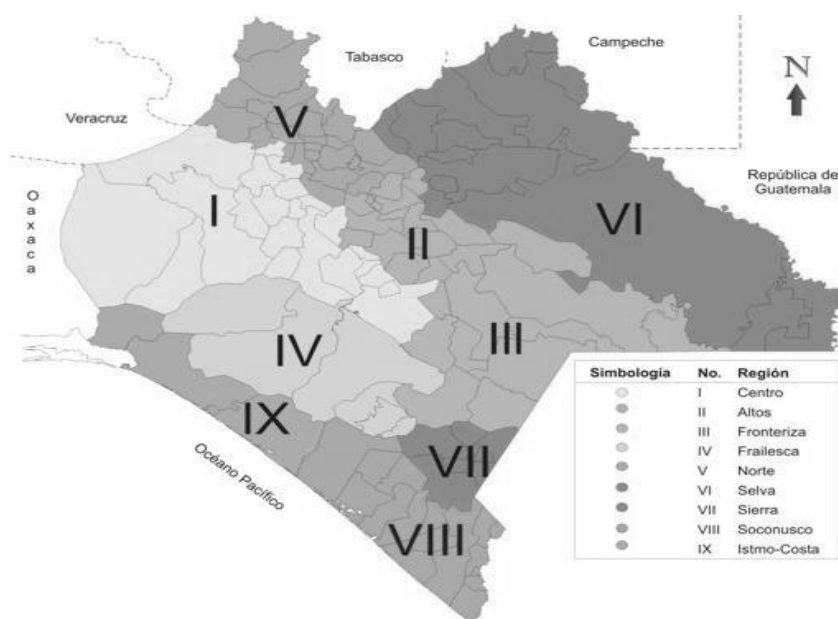


Fuente: INEGI, 2010

La división política del estado es de 122 municipios, de los cuales cuatro (Belisario Domínguez, Emiliano Zapata, El Parral y Mezcalapa) fueron reconocidos en el 2011. Se

compone de nueve regiones económicas²⁸: Centro (I), Altos (II), Fronteriza (III), Frailesca (IV), Norte (V), Selva (VI), Sierra (VII), Soconusco (VIII) e Istmo-Costa (IX) (Ver mapa 2). Las principales ciudades en el estado son: Tuxtla Gutiérrez, capital del estado, San Cristóbal de las Casas, Tapachula y Comitán. En sentido, la concentración de la población en 2010, estuvo en 18 localidades mayores a 15 mil habitantes, que concentraron más de 30 por ciento de la población del estado, dentro las que destacan: Tuxtla Gutiérrez, Tapachula, San Cristóbal de las Casas, Comitán, Cintalapa, entre otras.

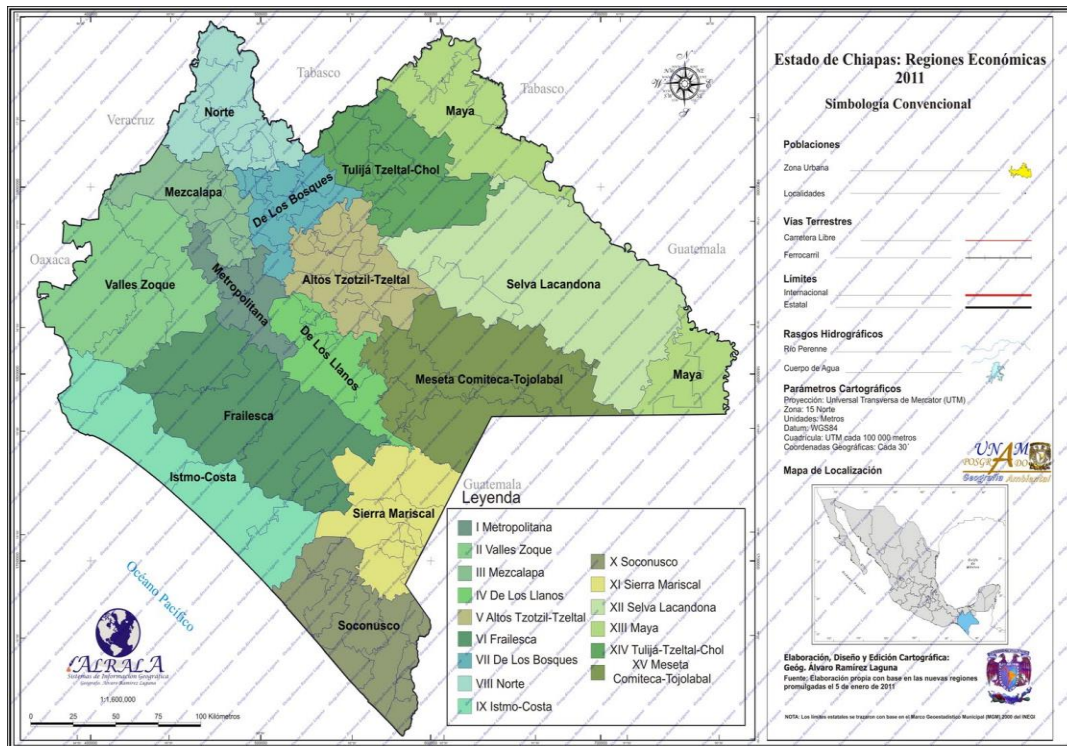
Mapa No. 2. Regiones en el estado



Fuente: Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal, 2005

Mapa No. 3. Nueva regionalización de Chiapas

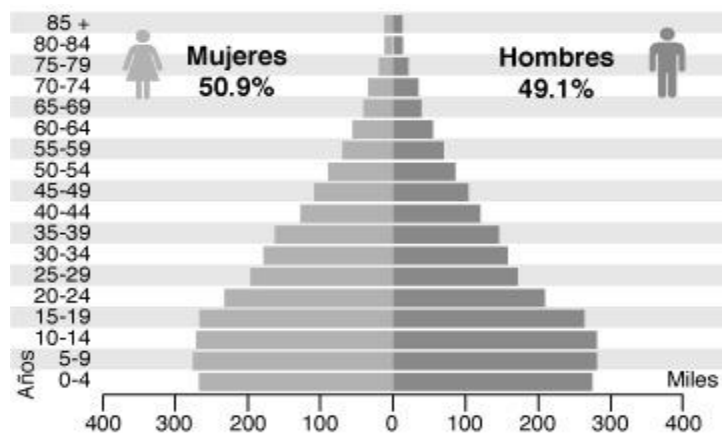
²⁸Desde enero de 2011 el gobierno del estado promulgó una nueva regionalización, se divide en 15 regiones económicas: *Metropolitana, Valles Zoque, Mezcalapa, De los Llanos, Altos Tsotsil-Tzeltal, Frailesca, De los Bosques, Norte, Istmo-Costa, Soconusco, Sierra Mariscal, Selva Lacandona, Maya, Tulijá Tzeltal Chol, Meseta Comiteca Tojolabal* (Ver mapa 3).



Fuente: CEIG, Chiapas 2011

La estructura de la población según datos arrojados por el Censo de Población y Vivienda 2010 contabilizó, a 4 796 580 personas residentes en el territorio chiapaneco, lo que indica un crecimiento promedio anual de 2% en el periodo 2000-2010. Del total de residentes en Chiapas en 2010, se contabilizaron 2 352 807 hombres (49.1%) y 2 443 773 mujeres (50.9%), lo que significa que hay 96 hombres por cada 100 mujeres (INEGI, 2010).

Gráfica No. 1. Habitantes por edad y sexo en Chiapas



INEGI. Censo de Población y Vivienda 2010.

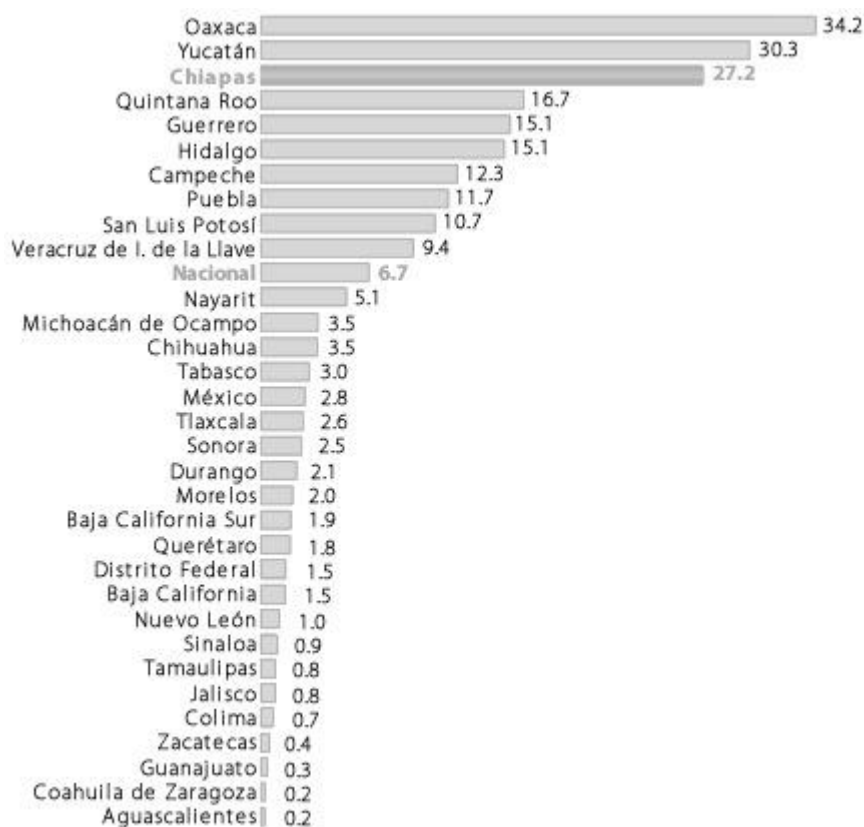
La pirámide de población del censo 2010 tiende a ensancharse en el centro y a reducirse en la base: la población de 0-14 años ha disminuido y ha incrementado la población de 15-64 años. En 2010 la población menor de 15 años representa 34.7 por ciento del total, mientras que la población en edad laboral (15 a 64 años), constituye 60.3 por ciento, y la población en edad avanzada representa el 5 por ciento de los habitantes. En contraste, en el año 2000 la participación de estos grandes grupos de edad era 39.5, 56.8 y 3.7 por ciento, respectivamente. Es importante señalar las implicaciones del cambio demográfico, ya que la población en edad laboral está creciendo de manera acelerada, crecimiento que presionará al mercado laboral. Según Viqueira (2008) desde mediados de los noventa se han venido incorporando al mercado de trabajo más de 30,000 varones anualmente. El mismo autor ha proyectado que hasta 2020 seguirá siendo muy elevando el número, 17,000 hombres anualmente, además de ello hay que señalar que las mujeres en edad laboral incrementan el dato señalado (Ibíd, 2008).

Chiapas tiene una de las poblaciones más jóvenes del país con una edad mediana de 22 años (INEGI, 2010). De 1990 a 2010 la población joven en Chiapas aumentó de 898 mil a 1.3 millones, no obstante, su proporción con respecto al total se mantuvo de 28 a 27.8 por ciento. En este sentido, de acuerdo con la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2009, en el primer trimestre, Chiapas tenía 4.5 millones de habitantes; de ellos, 26.1 por ciento son jóvenes de 15 a 29 años de estos; 550 mil son hombres y 623 mil mujeres. Por lo que se refiere a la composición por edades de los jóvenes se observa que tienen un mayor peso los adolescentes

de 15 a 19 años de edad²⁹, ya que representan 43.2 por ciento del total de la población joven; le siguen los de 20 a 24 años con 29.4 por ciento y, aquellos de 25 a 29 años registran 27.4 por ciento.

Con respecto a los grupos étnicos los datos del censo 2010, señalan que en Chiapas viven 1 141 499 personas de 5 años y más que hablan alguna lengua indígena, este número significa 27.2 por ciento del total de la población de este grupo de edad. Es el tercer estado con mayor número de hablantes de alguna lengua indígena según datos de la siguiente gráfica.

Gráfica No. 2. Población que habla alguna lengua indígena



FUENTE: INEGI, Censo de Población y Vivienda 2010.

Entre 1990 y 2010 se incrementaron en 425 mil personas, al pasar de 716 mil a 1.1 millones de hablantes de lengua indígena. En el estado de Chiapas las lenguas tzeltal y tzotzil

²⁹Aunque a partir de los 18 años ya son adultos según la legislación vigente, en los datos estadísticos generados en México se les considera como adolescentes.

siguen siendo las más habladas; de 1990 a 2010 se incrementan de 36.1 a 37.9 por ciento, y de 31.7 a 34.5 por ciento, respectivamente; este incremento les permite una mayor presencia entre las principales lenguas habladas en el país. Le sigue en orden de importancia la lengua chol, que no varía su participación en las últimas dos décadas. Las lenguas zapotecas, kanjobal, mame y tojolabal han ido perdiendo participación porcentual en los últimos censos; siendo el kanjobal la de mayor pérdida al pasar de 1.4 en 1990 a 0.5 por ciento en 2010.

En lo que corresponde a educación, Chiapas, Guerrero y Oaxaca han sido y continúan siendo los estados con el menor promedio de escolaridad en varias décadas. Numerosas condiciones han contribuido a ello, desde las deficiencias de los normalistas en su carrera profesional, la dispersión poblacional, hasta la falta de recursos para construir escuelas en las zonas más alejadas del estado de Chiapas³⁰.

Según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), de la población chiapaneca de 15 años y más, 29 por ciento no contaba con instrucción escolar en 1990; para el 2000 se redujo a 22.9 por ciento y posteriormente, para el 2005, su participación era de 20.4 por ciento. Por otra parte, la población de 15 años y más con primaria completa registró una tendencia ascendente al pasar de 13 por ciento en 1990 a 17.3 en el año 2000 y el 17.6 por ciento en el 2005. Entre 2000 y 2005 se produjo una caída en el ritmo de crecimiento, de tal manera que en estos cinco años sólo aumentó en 0.6 por ciento, en tanto que de 1990 a 2000 fueron 4.3 puntos porcentuales, casi medio punto porcentual por año.

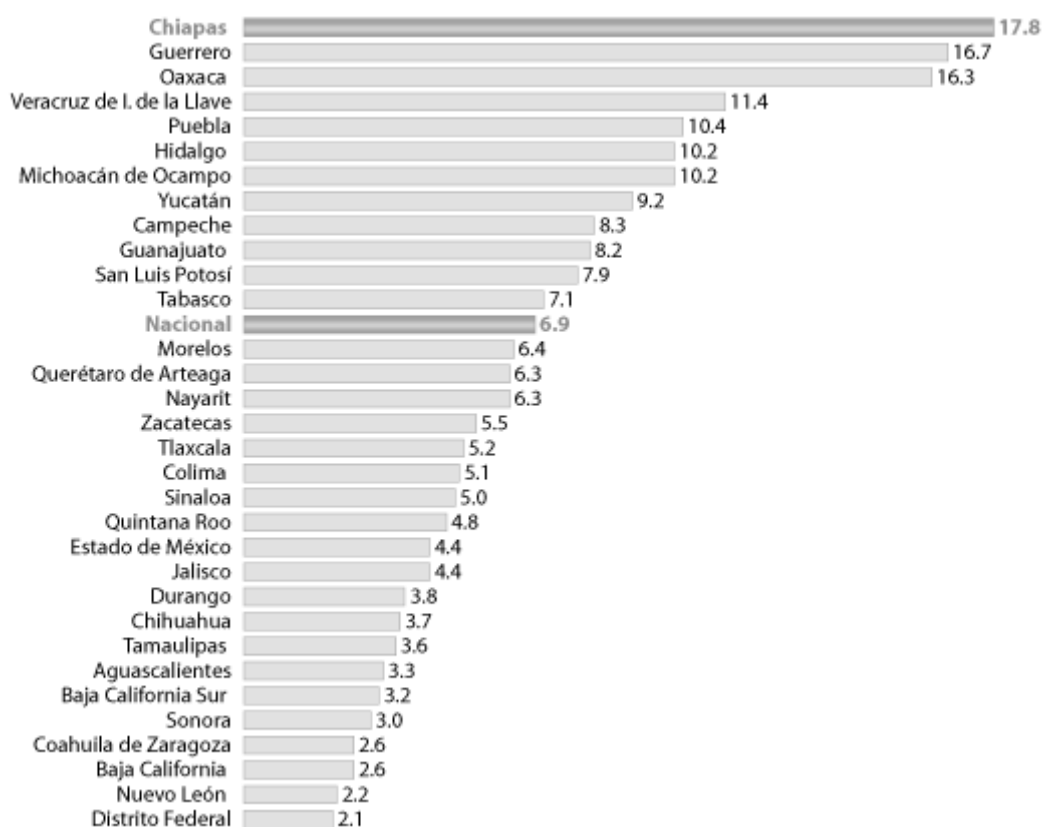
El punto crítico del problema educativo en Chiapas se encuentra en el nivel básico. Según datos del Censo de Población y Vivienda 2010, la asistencia escolar de la población joven se ha incrementado en los últimos 20 años, al pasar de 21.6 por ciento en 1990 a 34.1 por ciento en 2010, es decir en el último año uno de cada tres chiapanecos asistió a la escuela.

La tasa de analfabetismo para los hombres y las mujeres jóvenes (15-29 años) es de 5.3 y 8.4 por ciento, respectivamente; sin embargo, conforme aumenta la edad, la tasa de analfabetismo tiene un componente mayor de mujeres que de hombres. De tal modo que para

³⁰ Mi intención no es entrar en el análisis de cada uno de los factores que inciden en la problemática educativa, sino, revisar algunas estadísticas que nos muestren el panorama complejo en el sector educativo en el estado.

las personas de 75 años y más, 47 de cada 100 hombres son analfabetas, mientras que en el caso de las mujeres sube a 65 de cada 100, esto indica que la brecha entre los sexos de esta generación es de 17.4 puntos porcentuales (INEGI, 2010). La siguiente gráfica refleja la problemática descrita y ubica a Chiapas con 17.8 por ciento, el estado con mayor número de analfabetas por encima de la media nacional que es de 6.9. Es decir 18 de cada 100 chiapanecos de 15 años y más no saben leer, ni escribir, mientras a nivel nacional son 7 de cada 100.

Gráfica No. 3. Analfabetismo en Chiapas



Fuente: INEGI. Censo de población y vivienda 2010.

El Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, en sus indicadores de educación, señala que el rezago educativo en Chiapas pasó de 43.2 puntos en 1990 a 32.9 el año pasado, un avance de diez puntos en dos décadas, lo que nos indica que sigue manteniéndose como el estado con mayor rezago educativo. Chiapas es seguido en este rubro por Oaxaca, con (29.9); Michoacán (28.5) y Guerrero (27.9). En comparación con el

Distrito Federal, que se encuentra en el último escaño con 9.4 puntos en materia de rezago educativo, la entidad del sureste presenta una brecha de 23.5 puntos del puntero en esta categoría (CONEVAL, 2010). Para la población de 16 años o más nacida hasta 1981, el rezago educativo se ubica en 51.9 el año 2010 (20 años antes, la cifra era de 64.2), mientras que en el caso de la población nacida a partir de 1982 y mayor de 16 años el **rezago educativo** es de 42.8 (diez años antes, se ubicaba en 61.2).

En lo que respecta a la salud, el mismo informe refiere que **Chiapas** presentó en el 2010 un rezago de 43.2 puntos, lo que coloca al estado en el quinto lugar entre los más excluidos en este rubro. Los estados con mayor rezago en acceso a salud son Puebla (50.4), Guerrero (46.1), Michoacán (44.4) y Oaxaca (44.3). Después de Chiapas, siguen en la lista Veracruz con 40.1 y Estado de México con 39.3.

En este mismo sentido, el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social reportó que entre el 2008 y 2010 hubo una mínima reducción del porcentaje de la población con las carencias sociales en materia de rezago educativo, carencia por acceso a los servicios de salud, carencia por acceso a la seguridad social, carencia por calidad y espacios de la vivienda y carencia por acceso a los servicios básicos en la vivienda (CONEVAL, 2010).

En lo que corresponde a las actividades económicas más importantes en el estado son las agropecuarias, las comerciales y las turísticas, y las más escasas son las industriales. Las de mayor rentabilidad o que contribuyen más al estado son las relacionadas con el comercio y el turismo. Chiapas reportó 1.9 millones de trabajadores en 2012, principalmente en las actividades agropecuarias y otros servicios, lo que representó 11.4 por ciento y 2.7 por ciento respecto al personal ocupado en esos sectores a nivel nacional.

Por unidad económica las empresas y negocios captan el 51.85 por ciento de la Población Económicamente Activa Ocupada, las instituciones públicas el 10.81 por ciento y el sector de los hogares el 37.12 por ciento.

El mismo informe refiere que en la tasa de ocupación en el sector informal en Chiapas al tercer trimestre de 2012 es del 22.0 por ciento en relación a la PEAO, que equivale a 411,107 personas, con un aumento de 1.5 puntos porcentuales en relación al mismo trimestre del año anterior. A nivel nacional la tasa es del 29.2 por ciento con un crecimiento de 0.5 puntos porcentuales en el mismo periodo (ver cuadro 1).

Otro dato alarmante que se deriva de este informe es que la población ocupada sin acceso a las instituciones de salud en Chiapas es de 1'550,086 personas que equivalen al 83.0%, lo que ubica al estado en el tercer lugar a nivel nacional con mayor porcentaje de población sin acceso a este servicio, donde la media nacional es del 64.56 por ciento.

Por nivel de ingreso la PEA ocupada en Chiapas se distribuye de la siguiente manera: la población que percibe hasta 1 salario mínimo (s.m.) es de 634,464 personas (33.97 por ciento); con más de 1 y hasta 2 s.m. 441,598 personas (23.65 por ciento); con más de 2 s.m. 512,947 personas (27.47 por ciento) y las personas que no reciben ingresos totalizan 275,293 (14.74 por ciento). Por tanto Chiapas es la entidad con mayor porcentaje de población que gana hasta un salario mínimo a nivel nacional y el tercer lugar en porcentaje de personas que no recibe ingresos por su labor.

Igualmente Chiapas presentó la mayor tasa de condiciones críticas de ocupación³¹ a nivel nacional con un 31.41% en relación a la PEAO, en tanto que el porcentaje más cercano a nuestra entidad corresponde a Tlaxcala con 19.92% y la media nacional se ubica en 11.93 por ciento. En relación al mismo trimestre del año 2011 se tiene un aumento de 0.49 puntos porcentuales y en relación al segundo trimestre de 2011 un aumento de 3.67 puntos (ver cuadro 1)

³¹ Este dato se refiere al porcentaje de la población ocupada que se encuentra trabajando menos de 35 horas a la semana por razones de mercado, la que trabaja más de 35 horas semanales con ingresos mensuales inferiores al salario mínimo y la que labora más de 48 horas semanales ganando hasta dos salarios mínimos (ENOE, 2012).

**CUADRO NO. 1: POBLACIÓN Y TASAS COMPLEMENTARIAS DE OCUPACIÓN Y
DESOCUPACIÓN
POR ENTIDAD FEDERATIVA DURANTE EL TERCER TRIMESTRE DE 2012**

Entidad	Población		Tasa de:							
	Ocupada	Desocu- pada	Partici- pación ^{1/}	Desocu- pación ^{2/}	Ocupación Parcial y Desocu- pación ^{2/}	Presión General ^{2/}	Trabajo Asala- riado ^{3/}	Subocu- pación ^{3/}	Condiciones Críticas de Ocupación ^{3/}	Ocupación en el Sector Informal ^{3/}
	(Personas)		(Estructura porcentual)							
Nacional	48,437,76	2,468,162	59.7	4.8	11.8	8.9	62.0	8.9	11.9	29.3
Chiapas	1,942,767	42,873	58.4	2.2	8.8	7.6	42.4	7.8	31.41	22.0

^{1/} Tasa calculada respecto a la población en edad de trabajar.

^{2/} Tasas calculadas respecto a la población económicamente activa.

^{3/} Tasas calculadas respecto a la población ocupada.

Fuente: Elaboración propia con datos del INEGI.

El Producto Interno Bruto (PIB) del estado fue de cerca de 261 mil millones de pesos en 2011, con lo que aportó 1.9 por ciento al PIB nacional. Sin embargo, las actividades terciarias, entre las que se encuentran los servicios inmobiliarios y el comercio, aportaron 62 por ciento al PIB estatal. Es decir, que el sector de servicios turísticos sigue representando uno de los mayores ingresos en el estado.

Durante el tercer trimestre de 2012, la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo informó que la Población Económicamente Activa de Chiapas de 15 a 29 años, fue de 592 mil personas, estos jóvenes representan 35.4 por ciento de la fuerza de trabajo total. De éstos, 567 mil se encontraban ocupados y la mitad de ellos ubicados en localidades menores a 2 500 habitantes (49.9%), el 20.6 por ciento en ciudades de 100 000 y más habitantes, 14.9 por ciento en localidades de 2 500 a menos de 15 mil, y 14.6% en áreas de 15 000 a menos de 100 mil habitantes.

De los jóvenes ocupados, 45.8 por ciento labora en el sector terciario (servicios y comercio), 39.2 por ciento en el primario, 14.7 por ciento en el secundario. Por su posición en la ocupación, la mayor parte de los jóvenes ocupados (54.0%) son personas subordinadas y remuneradas (306 mil); los trabajadores no remunerados representan 31.1 por ciento (176 mil); los trabajadores por cuenta propia, 12.3 por ciento (70 mil); y los empleadores (patrones) 2.6 por ciento, sumando casi 15 mil jóvenes. Estos datos corroboran una gran vulnerabilidad

laboral para la juventud chiapaneca, si bien la mayor parte de ellos se inserta en el sector de servicios y comercios, generados por el turismo. Existen 176 mil jóvenes que no perciben ingresos en la actividad que realizan específicamente en el campo, ante ello una salida es la migración interestatal e internacional.

Si bien es cierto que Chiapas es un estado rico en recursos naturales y en otros insumos que se generan a partir de ellos³², su paradoja es que también se registra como una de las entidades más pobres del país. Datos proporcionados por Villafuerte con base en los indicadores presentados por el CONEVAL (2010), refieren que Chiapas sigue siendo el estado con mayor número de pobres de las entidades federativas del país. Más del 78% de su población vive en condiciones de pobreza. Supera a Guerrero con 11 puntos porcentuales y a Oaxaca con 11.2 puntos. Chiapas tiene casi 1.5 millones más de pobres que Guerrero y poco más de 1.2 millones que Oaxaca (320: 2013)

El mismo autor señala otra cifra que refleja la situación de la realidad chiapaneca, ya que de los “122 municipios que componen el estado, 37 por ciento presenta un nivel de pobreza que va de 90.3 a 97.3 por ciento de la población”. Asimismo, la situación es más crítica en 48 municipios que registran a su población en la pobreza extrema, cuando no se tiene garantizado las mínimas condiciones para subsistir como: la alimentación. “De los 48 municipios que presentan niveles de pobreza extrema, 27 de ellos tienen entre 60.5 y 80.5 por ciento de su población en estas condiciones, los demás municipios se sitúan entre 40 y 60 por ciento, cabe destacar que en los primeros 27, con municipios mayoritariamente indígenas, donde destacan fuerte problemas como: agrarios, religiosos hasta diferencias políticas” (321y 322: 2013).

De 2008 a 2010 el porcentaje de población en situación de pobreza aumentó de 77 por ciento a 78.4 por ciento, y el de pobreza extrema disminuyó de 35.6 por ciento a 32.8 por

³² Según la Comisión Federal de Electricidad la generación de energía tiene varias fuentes. La primera de ellas y la más antigua son las hidroeléctricas, entre las más importantes por su capacidad de generación se encuentran la de Chicoasén, en Chiapas, Manuel Moreno Torres, que genera 2,400 MW, la del Malpaso en Tecpatán, Chiapas, El Infiernillo, en La Unión, Guerrero, que produce 1,000 MW, le sigue Aguamilpa, en Tepic, Nayarit, la cual es capaz de generar 960 MW. Para tener una idea de la generación de electricidad que se produce en el estado, se equipara a toda la electricidad producida por el conjunto de países centroamericanos (Villafuerte, 2006).

ciento. En 2010 de acuerdo con el estudio de Medición de la pobreza 2010 del Consejo Nacional para la Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL), los municipios en Chiapas que tuvieron el mayor porcentaje de población en pobreza fueron: Aldama, (97.3); San Juan Cancuc, (97.3); Chalchihuitán, (96.8); San Andrés Duraznal, (96.5); Santiago el Pinar, (96.5) y Sitalá, (96.5).

La pobreza y el desempleo³³ en Chiapas son dos de los graves problemas que históricamente han afectado a la mayor parte de la población. Según Villafuerte y García la crisis económica y social durante los noventa es considerablemente más dramática que la ocurrida durante la llamada década perdida de los ochenta; la vulnerabilidad de los grupos sociales más desprotegidos es evidente y el desgarramiento del tejido social es el más grave fenómeno del presente siglo (1998: 118).

En este sentido, la llamada crisis de los noventa en el estado decantó en numerosos conflictos, poniendo en evidencia las fuertes debilidades del mismo. Por otro lado, la historia de Chiapas parece tener regiones y productos que tienen auge y después de un tiempo comienza la crisis, por ejemplo regiones como el Soconusco y la Sierra y sus cosechas de café, plátano y cacao, o en las regiones como la frailesca y el centro del estado con sus cosechas de maíz.³⁴ Aunado a la crisis en los principales productos agrícolas de exportación, la crisis financiera y económica de principios de los noventa del siglo XX llevó al surgimiento de movimientos sociales, como el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Entre los años de 1993 y 1994, la economía chiapaneca presentó un crecimiento de 4%. Sin embargo, durante 1994 se produjo una serie de factores³⁵ que provocaron que la economía interna fuera en declive, deviniendo en una fuerte caída en la actividad productiva de tal manera que durante el periodo de 1994-1995 el producto interno bruto retrocedió en -0.26 y entre 1995 y 1996 apenas aumento el 1% (Villafuerte, 2006 y 2009).

³³ Desde la información oficial no hay desempleo en Chiapas, la tasa como señale en el cuadro de arriba es del 2 por ciento, por lo que desde el punto de vista de la teoría económica prácticamente en Chiapas existe pleno empleo. El problema principal es el subempleo, junto con la informalidad y la precarización laboral.

³⁴ Sobre este tema profundizaré más adelante.

³⁵ Dentro de los cuales destacan el levantamiento armado del EZLN, la devaluación del peso, entre otros.

En los años posteriores se comienza a generar un proceso de recuperación aunque lento y con altibajos. El gobierno federal de Ernesto Zedillo intenta reactivar la economía pauperizada y facilita que empresarios tanto locales y nacionales lleguen a invertir a Chiapas con apoyo de recursos federales³⁶.

De esa manera, en el periodo de 1996-1997 el crecimiento del PIB fue de 4.6% y de 4.7% entre 1997 y 1998. Sin embargo, la situación no cambió por completo, la economía chiapaneca continuaba con serios problemas productivos y de inversión que se reflejaban en una diversidad de problemas sociales, que se agudizaron en el periodo 1998-1999 donde la actividad económica únicamente creció en el 2.1%, para el siguiente periodo hubo una pequeña recuperación de 3.9%. En el periodo 2000-2001 nuevamente cae el crecimiento a 1% (Villafuerte, 2006 y 2009).

En años posteriores surgen iniciativas que intentan reactivar la inversión en Chiapas, sobre todo en el sector turístico y en servicios ambientales, buscando atraer la inversión extranjera. El megaproyecto del Corredor Biológico Mesoamericano es un ejemplo de ello: en 1997 se integró esta iniciativa, la cual proponía enlaces entre las áreas protegidas de Centroamérica y un desarrollo de bajo impacto para mantener los corredores entre ellas.

En el 2001 el sector terciario creció de manera importante, con lo que su contribución al PIB estatal fue de 63 por ciento del total estatal, de manera que llegó a constituirse como el sector más importante de la economía, desplazando a la agricultura. Su contribución al PIB en 1970 era de 41.6 por ciento, lo que sin duda alguna muestra que hoy es el sector que más contribuye al crecimiento y la generación de empleos, a esto hay que agregar el fuerte crecimiento de la economía informal (Villafuerte, 2009). Para año 2003 el proyecto turístico Mundo Maya, con recursos de aproximadamente 47 millones de dólares que provenían del Banco Interamericano de Desarrollo, se constituyó en una iniciativa que buscaba reactivar la economía (Villafuerte, 2009); posteriormente, con la construcción del aeropuerto internacional Ángel Albino Corzo en la ciudad de Chiapa de Corzo –zona conurbada con la capital del

³⁶ En ese momento se hablaba del llamado fondo Chiapas, iniciativa propiciada por importantes inversionistas como el grupo Modelo, Maseca, Escorpión, Bital y Santander, sobre ello véase a Villafuerte (2003).

estado— en el periodo de 2004-2006 esperaba ampliar más la cobertura aérea y así incentivar al turismo nacional e internacional.

En los años siguientes el crecimiento económico en el estado fue precario, en este sentido el mismo autor comenta:

Durante el periodo 2003-2010 la tasa de crecimiento del PIB de Chiapas en términos reales fue del orden de 1.37 por ciento promedio anual, además de una caída en el año 2009 de -3.17 por ciento como resultado de la crisis económica mexicana. Este crecimiento, de por sí muy bajo, contrasta con el crecimiento de la población que entre 2000 y 2010 registró una tasa promedio ligeramente por arriba del 2 por ciento, aunque en el ámbito urbano fue de 3.54 por ciento (328:2013).

Durante el sexenio de Juan Sabines Guerrero (2006-2012) se mantuvo la misma lógica económica de tratar de incentivar la inversión foránea. El proyecto de la anterior administración de Pablo Salazar de abrir la economía chiapaneca sigue en la misma línea, aprovechando la construcción del llamado Puerto Chiapas, iniciativa que intentaba atraer a grandes cruceros con turismo internacional, ampliar la capacidad del nuevo aeropuerto para el arribo de vuelos de compañía extranjeras, y en materia social se propuso la construcción de las llamadas “ciudades rurales sustentables” que buscaban combatir la pobreza y la dispersión poblacional; se crearon varios programas para reactivar el campo, por lo que fue declarado el “sexenio del campo”, por supuesto sin ningún éxito pues mucho de lo que se ofreció fue un discurso mediático que no se reflejó en inversión pública y programas consistentes³⁷.

De acuerdo con Villafuerte pareciera que Chiapas entró a la globalización por la puerta trasera, pues los productos de exportación más importantes (café, mango, plátano y ganado vacuno) han perdido terreno en el mercado internacional. En tanto su población ha visto sufrir más las consecuencias de muchas de estas políticas fallidas. El neoliberalismo ha destruido la

³⁷ Un problema más fue el desfaldo que hicieron algunos alcaldes de las cuentas públicas de los ayuntamientos, así como el gobernador saliente. En este sentido, la revista Proceso refiere que en Chiapas actualmente, la deuda pública asciende a 16 mil 500 millones de pesos, aunque, según el Secretario de Hacienda, Carlos Jair Jiménez Bolaños, es 3 mil millones de pesos menor, es decir, de 13 mil 500 millones de pesos (28 de septiembre de 2012). Asimismo hay señalar que el estado se ubica dentro de las 10 entidades más endeudadas del país: Chiapas, Coahuila, Quintana Roo, Nuevo León, Chihuahua, Nayarit, Veracruz, Michoacán, Sonora y Distrito Federal. El 20 de diciembre del año pasado 72 municipios chiapanecos, de los 122 que conforman el estado de Chiapas se han declarado en quiebra, no hay ninguno hasta el momento que tenga finanzas sanas, advirtió el presidente de la Comisión de Hacienda del Congreso local, Emilio Salazar (*Diario Milenio, 21 de diciembre de 2012*)

economía campesina agudizando más la pobreza, condición que contribuye más a la emigración (327:2012).

La pobreza sigue siendo una constante en el estado, a lo que se suma el subempleo y desempleo, así como la migración a otros espacios que tienden a ser más recurrentes en numerosos municipios de Chiapas. Pese al fuerte rezago social y económico, se pueden observar dos realidades o contradicciones: primero, el drama de la pobreza, la falta de empleo y el rezago educativo que muchas comunidades chiapanecas padecen. La segunda, mediatizada por la propaganda gubernamental y reproducida en la mayoría de los medios de comunicación donde es común encontrar cifras oficiales del estado que constantemente aluden a los grandes logros alcanzados, como nunca en la historia de Chiapas, acompañados del colofón “hechos no palabras”, que evidentemente esconde una cruda realidad que aparece en la información de algunas de las instituciones federales y organizaciones no gubernamentales: mayor pobreza, rezago educativo, falta de cobertura en materia de salud, que siguen colocando a Chiapas en el primer lugar en rezago social.

Estas vicisitudes de Chiapas tienen un correlato añejo, que explica la situación del presente en la entidad, es por ello que en el siguiente apartado describo algunos factores trascendentales que inciden en la migración chiapaneca, como son las crisis en el campo (falta de tierra, retiro de los subsidios y la llamada reconversión productiva), aunado a lo anterior, están las crisis en la ciudades, los conflictos políticos y religiosos que también son fundamentales.

2.2 La crisis rural en Chiapas: problemáticas y manifestaciones

Chiapas es una entidad federativa que jugó un papel importante en la producción agropecuaria y forestal. Los cultivos de maíz, café, la ganadería bovina, las maderas preciosas, entre otros, la convirtieron en abastecedora de alimentos y materias primas de entidades del centro del país que habían emprendido un desarrollo industrial. Paradójicamente, el potencial de materias primas no derivó en un proceso de industrialización en Chiapas, el desarrollo industrial ha sido

nulo. Derivado de la producción agropecuaria la fuerza de trabajo estuvo hasta fechas recientes constreñida al sector rural situación que derivó en que la movilidad de su población laboral se dio durante varias décadas predominantemente al interior del mismo de las regiones de producción rural.

Sin embargo, los problemas del campo chiapaneco han ido erosionando sus bases materiales, provocando un deterioro en las condiciones de vida de la población rural, en este sentido Villafuerte y García refieren:

El más grande inversionista en Chiapas era el Estado, por lo que al adelgazarse ha contribuido a la profundización de la crisis, arrastrando al “sector empresarial”, a los productores del campo y a la gran masa de campesinos que, mal que bien, mediante subsidios, podía proveerse de sus precarios medios de vida. (1998:118).

Aunado a lo anterior, la tierra en Chiapas es escasa y ya no existe tierra apta de ser cultivada, así como subsidios por parte del estado para garantizar las cosechas. De igual manera, el aumento excesivo de insumos químicos, el deterioro de los suelos y la baja rentabilidad de los cultivos, han incrementado la conflictividad agraria en los ejidos y comunidades. Nuevamente los mismos autores refieren:

La crisis rural en Chiapas, desde finales de la década de los ochenta, es profunda y de carácter estructural. El modelo de agricultura de plantaciones y de ganadería extensiva tocó fondo con la apertura comercial y la desregulación económica, misma que eliminó subsidios y diversos apoyos a la producción y comercialización (2006: 104).

Ese modelo agro-productivo hizo crisis en los noventa del siglo pasado, su población aún no logra contabilizar el drama que hoy vive la mayoría de ellos, los recursos brindados por la naturaleza poco a poco fueron insuficientes, los hombres y las mujeres de maíz, como se les dijo durante mucho tiempo, pasaron a ser hombres y mujeres nómadas en busca de tierra y trabajo para cubrir sus necesidades básicas.

En el contexto de una economía poco dinámica y diversificada, el sector agropecuario y forestal entró en una profunda crisis, esto derivado del bajo nivel tecnológico con que se trabajaba, la falta de apoyos gubernamentales, el deterioro de los precios y la crisis económica

en el país en la década de los noventa. El Censo General de Población de 1990 reflejaba la importancia de la actividad agropecuaria que concentraba el 57 por ciento del total de la población económicamente activa (PEA); otro indicador según Villafuerte y García (1998), con base en los datos censales del noventa, era la importancia social que tenía la producción rural al considerar que de un total de 303 mil 275 unidades de producción registradas, 37.1 por ciento se clasificó como de autosubsistencia. La agricultura tenía bajos índices de producción y de productividad, asimismo era considerada como una agricultura temporalera, poco tecnificada, y constantemente su población registraba crecimiento, lo que ocasionaba más presión en las demandas de tierra ante la imposibilidad de encontrarse con un mejor empleo. Nuevamente nuestros autores señalan:

La producción lo integraban doce cultivos (maíz, café, plátano, caña de azúcar, cacao, soya, mango, cacahuate y sorgo), sin embargo en términos de la ocupación del suelo, del empleo, de mano de obra y del valor de la producción, el maíz y el café junto con la actividad ganadera, determinaron la actividad socioproductiva (Ibídem: 120).

El maíz representaba uno de los granos más importantes en las cosechas del estado. En los ochenta, Chiapas era el tercer abastecedor en la producción nacional, datos arrojados por Villafuerte y García señalan que 66 por ciento de la superficie total estaba cosechada, poco más de 710 mil hectáreas, y su producción significaba 56 por ciento del volumen total generado por el grupo de los 12 cultivos. Asimismo, comentan que en la producción de este grano estaban involucrados 290 mil productores, es decir, casi 300 mil jefes de familia que, multiplicado por cinco miembros, darían un millón y medio de personas que vivían del cultivo. La producción maicera generaba más de 24 millones de jornales que impactaban las economías de las regiones productoras (Ibídem: 120).

Entre los años de 1987 y 1989, los créditos otorgados por el extinto Banco Rural sufrieron una fuerte caída en tres productos que eran importantes en la estructura de la economía rural chiapaneca: maíz, café y soya. Villafuerte refiere que el cultivo más afectado con el recorte de los créditos fue el maíz, ya que en 1989 solamente recibió el 27.5% de los

recursos ejercidos en 1987³⁸. Un elemento más que viene a profundizar el problema de los básicos es el comportamiento de los precios de garantía en términos reales, que desde 1982 presentaron una tendencia a la baja, con excepción de los años 1984, 1985 y 1987 (2006: 22).

La producción de maíz ha sufrido cambios importantes en las últimas tres décadas, de ser considerado el granero del sureste durante el gobierno de López Portillo, Chiapas fue perdiendo ese lugar hasta ser desplazado por otros estados del centro y norte del país. Respecto a ello Villafuerte dice:

Así, tenemos que durante el periodo 1998-2003 tanto la superficie cosechada como la producción se incrementaron notablemente. El promedio de la superficie durante el periodo indicado fue de 938 mil hectáreas y la producción alcanzó un promedio de un millón 899 mil toneladas. A partir de 2004 la producción y los rendimientos han venido disminuyendo, al grado que en 2011 se previó la importación de más de 300 toneladas de maíz procedentes de Sudáfrica para cubrir la demanda interna de 2012 (331: 2013).

El café era el segundo cultivo en importancia en el estado. Este aromático mantuvo económicamente a una buena cantidad de productores y jornaleros, además de incentivar la economía del estado. Villafuerte y García nos dicen que las más de 280 mil hectáreas cultivadas generaron entre 27 y 37 millones de jornales promedio al año con importantes flujos de fuerza de trabajo de origen centroamericano (entre 70 y 90 mil trabajadores anuales) (1998:120).

Hasta mediados de los noventa del siglo XX, en este cultivo estaban involucrados cerca de 83 mil productores, de los cuales 68 mil 413 pertenecían al llamado sector social, es decir comuneros y ejidatarios que representaban 86.6 por ciento del total y que en conjunto cultivaban una superficie de 164 529 hectáreas, 67.7 por ciento del área cafetalera (Ibídem, 121). De estos, 30 mil productores cultivaban hasta 1.9 hectáreas y el resto de dos a cinco hectáreas (Villafuerte, 1994). La producción del café se concentraba en buena medida en la región del Soconusco, Betancourt y Arévalo (1994), refieren que 32% del área cultivada se encontraba en esta región.

³⁸ Para darnos una idea de la disminución, en 1987 el Banco Rural otorgo un crédito por 734 millones de pesos, al siguiente año disminuyo considerablemente al darle 672.0 millones, en 1989 la reducción fue drástica pues sólo se le dio 202.0 millones de pesos. (Gobierno del estado, 1990)

Entre 1989 y 1990 el café se convirtió en un trago amargo para muchos productores de este grano, y más aún para los miles de jornaleros que vieron sucumbir nuevamente sus esperanzas de mejorar sus condiciones de vida. El café, al inicio de la década de los noventa, poco a poco se fue desmoronando ante la liberalización comercial, por ejemplo la Organización Internacional del Café eliminó el sistema de cuotas de exportación. Ante ello, en México el INMECAFE y otras instituciones gubernamentales pierden poco a poco su función regulatoria.

En ese contexto se comienza a generar un proceso de sobreproducción mundial y empiezan a emerger grandes controladores de las importaciones del grano, principalmente de Estados Unidos y Europa. En este sentido, Villafuerte y García nos dicen que estas medidas conjugaron y proyectaron sobre los productores todos sus efectos destructivos. Para el llamado sector social las consecuencias han sido desastrosas, sobre todo en aquellos que se ubican en el rango de hasta diez hectáreas, que representaba 98 por ciento de los productores cafetaleros de Chiapas. Para los menos, o sea el llamado sector empresarial, que tampoco es homogéneo pero que se puede ubicar en el rango de más de 30 hectáreas, ha significado un proceso de deterioro en el manejo de las empresas y en algunos casos la venta o embargo de las propiedades por parte de los acreedores (1998: 124).

Otro problema que se presentó entre los productores, derivado de la baja producción, fue el endeudamiento con bancos privados y la llamada banca oficial. Nuevamente los autores señalan:

El problema de las carteras vencidas y el consecuente cierre de las fuentes de financiamiento se intentó resolver, entre 1989 y 1991, con programas emergentes, instrumentados por Fidecafé y Bancomext para los productores-exportadores, y por el Instituto Nacional Indigenista y Pronasol para los productores “marginales” del sector social (Ibídem: 126).

En suma, Chiapas sufrió las consecuencias de una de las peores crisis que se tengan memoria, sólo equiparable a la de los años 1929-1933, cuando los países productores como Brasil tuvieron que deshacerse de sus cosechas. En el caso de Chiapas los pequeños y medianos cafecultores, incluso los grandes, padecieron los bajos precios internacionales

bajando drásticamente sus ingresos e incrementando sus deudas, al tiempo que se redujo el empleo de jornaleros, frente a lo cual buscaron otras alternativas económicas, como fue la migración interestatal e internacional (Villafuerte y García, 1998). Nuevamente los autores refieren:

Después de cinco años consecutivos de bajos precios (del café), que iniciaron en 1989, se logró una recuperación satisfactoria a partir de 1995; sin embargo, la bonanza pronto terminó, en 1997 comienza un nuevo ciclo de precios bajos y, hoy, los productores todavía no logran reponer los costos de producción, mucho menos obtener ganancias a pesar de la significativa recuperación que se observó en el ciclo cafetalero 2004-2005 (2006: 110).

Por otra parte, una actividad importante que se constituía dentro de las que más aportaba en la economía chiapaneca fue la ganadería bovina. Villafuerte et al. (1997) refieren, con base en cifras censales del INEGI que entre 1940 y 1950 se produjo un crecimiento extraordinario en la superficie de pastos en seis estados del trópico (Campeche, Chiapas, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz, Yucatán) al pasar de 3.6 millones de hectáreas a casi 5.2 millones, lo que significó un incremento de 42.4 por ciento.

En el caso de Chiapas la ganadería alcanzó para 1970, 1975 y 1980 una participación en el producto interno bruto (PIB) sectorial de 32.4, 29.9 y 28.2 por ciento respectivamente. Entre 1970 y 1980 la ganadería paso de 2 a 2.9 millones de cabezas en una superficie de poco más de 2.5 millones de hectáreas³⁹ (Villafuerte y García, 1998: 121).

Del mismo modo que en su momento los cultivos de café y maíz fueron importantes en la economía chiapaneca, la ganadería bovina inicia un declive a finales de la década de los ochenta. Dentro de los principales factores que provocaron esta situación se encuentran: la reducción en los créditos para seguir fomentando el ganado y los precios que comenzaron a tender a la baja. Una razón más que comienza a manifestarse en la crisis fue el incremento en la movilización del ganado a otros lugares de la República Mexicana e incluso a nivel internacional como fue Estados Unidos. “En 1995, después del conflicto armado, las

³⁹ Habrá que señalar que si bien la ganadería se distribuía en casi todo el territorio Chiapaneco, existieron dos importantes regiones denominada de vieja tradición: la Istmo-costa, el Norte y Centro del estado. Más adelante se incorporan la región Frailesca y la Selva. Esta última mantuvo un crecimiento constante a principios de los noventa y su expansión fue en territorios considerados ejidales.

estadísticas oficiales registran el traslado fuera de la entidad de 394 mil 361 animales, con lo cual la crisis que ya era evidente se profundizó más con el estallido social de 1994”⁴⁰ (Villafuerte, García y Meza, 1997).

Otro fenómeno que comenzó a darse, según refieren nuestros autores, fue un proceso de reestructuración de los espacios ganaderos en función del potencial forrajero, pues algunas regiones como la Selva ampliaron sus áreas de pastos, otras se mantuvieron y otras se redujeron, pero el saldo neto es una ampliación del área ganadera. En este sentido puede hablarse de un proceso de “ganaderización” en las áreas ejidales y de la “desaganderización” en el sector privado (Ibídem, 1997).

A finales de la década de los ochenta comenzaba a gestarse una fuerte crisis en el estado que continuara de manera más drástica en los primeros años de los noventa y que siguen arrastrándose hasta nuestros días, ese viejo fantasma del “Chiapas rezagado” sigue deambulando sexenio tras sexenio afectando a numerosos grupos de su población. Como he descrito de manera sintética, en Chiapas han existido regiones que tuvieron gran auge y posteriormente un fuerte declive, productos como el maíz, el café, la ganadería bovina, entre otros, han sido pilares en la economía; sin embargo poco a poco colapsaron, dentro de los numerosos factores que han incidido están los llamados problemas estructurales, que van desde la poca visión de los gobiernos en Chiapas para equilibrar los desajustes económicos, sociales, entre otros, provocados por el gobierno federal que respondían más a intereses de particulares tanto nacionales como extranjeros, que a las necesidades de la población que demandaba recursos y subsidios para sobrevivir.

La crisis del Chiapas rural es pues “un espejo trizado”, como bien nos dicen Villafuerte y García (1998), pues en primer momento se ve reflejado en el nivel de la producción y de los ingresos, la fallida inversión pública y la poca o nula inversión privada, en el otro refleja los efectos más dramáticos de su población que sobrevive con las mínimas condiciones día a día. Aunado a ello estarán los conflictos por la falta de tierra que es un “viejo problema-nuevo, de

⁴⁰ Algunos propietarios de ranchos en Ocosingo y Las Margaritas me comentaron que además de las invasiones de sus ranchos también hubo robo de ganado hacia algunos propietarios de esas zonas, presuntamente por simpatizantes del EZLN, poco después que estallara el conflicto (Diario de campo, 2009).

nunca acabar”, mismos que traerán conflictos sociales y políticos, en el siguiente apartado describiré sobre ello.

2.2.1 El llamado “problema de la tierra en Chiapas”

La cuestión agraria en Chiapas es un problema que parece no agotarse y más aún cuando se ha trasladado a otros ámbitos que transitan desde los conflictos políticos hasta el religioso. Un aspecto que recuerda José Alejos sobre este tema, lo expresa de la siguiente manera: “un espacio de fundamental importancia en la conformación de las identidades étnicas en Chiapas ha sido sin duda la problemática agraria, pues es allí donde la mayoría de la población interactúa en una forma más intensa y conflictiva” (1999:50)⁴¹.

La tierra en Chiapas ha sido uno de los temas de mayor conflicto. En este sentido, la tierra está íntimamente ligada al problema del desarrollo de la sociedad rural y las necesidades del modelo económico que se ha conservado sin cambios sustantivos en las últimas dos décadas (Villafuerte et al., 2002).

Aunado a ello, las políticas implementadas por los gobiernos federales han fragmentado más el campo chiapaneco, pues resultaron fallidas, de corto alcance, respondiendo más a necesidades clientelares que a la resolución del mismo. Por su parte, las autoridades locales que han servido más como intermediarias, ajustándose más a intereses personales que a la búsqueda de soluciones para su población, un factor más es el que ha sido descrito por algunos autores como “los finqueros, hacedores de la historia de los problemas del campo” que tenía enorme fuerza y poder político hacía finales del siglo XIX y en los años sesenta⁴² del siglo XX.

Aun con todo el reconocimiento de la trayectoria particular que tuvo la reforma agraria en Chiapas y la diversidad de actores en conflicto, incluyendo el Estado, no podemos obviar el

⁴¹ Para profundizar en este aspecto véase también un importante análisis del capítulo “La tierra como discurso” en *La tierra en Chiapas, viejos problemas nuevos* (Villafuerte et al., 2002).

⁴² Véase los trabajos de Benjamín (1995), Ruz (1992), Gómez y Ruz (1992).

crecimiento de la población que ha venido presionando sobre un recurso crítico como es la tierra: en las últimas décadas pasó de 1 570 000 habitantes a 4 796 580, un incremento de 150 por ciento (Villafuerte, 2009). El incremento de la población ha provocado la fragmentación de la tierra, de la misma forma la ausencia de empleos en otras actividades en el estado sigue provocando la movilidad de su población, sin embargo la tierra sigue siendo un foco rojo en Chiapas. En zonas de la región selva aún continúan disputas entre “terratenientes” y campesinos, o incluso entre estos últimos por una fracción de tierra.

El Tratado de Libre Comercio de América de Norte (TLCAN), produjo un escenario todavía más complejo, llevó a un cambio sustancial en todos los órdenes donde la política agraria no fue la excepción⁴³. En este sentido, la reforma al artículo 27⁴⁴ de la constitución es un buen ejemplo, ya que provocó problemas más drásticos en cuanto a la dificultad de reparto de tierras, generando invasiones masivas en el periodo de 1994-1997.

La dotación de tierras, mediante procesos de negociación con las organizaciones campesinas y la constitución de figuras financieras, se convirtió en un paliativo institucional para muchas organizaciones que ante tantas dificultades para mediar con las autoridades estatales sexenio tras sexenio, encontraron como la vía más rápida de obtención de tierras la invasión o el “paracaidismo”, una vieja práctica que fue siendo instaurada por Erasto Urbina.⁴⁵ Un claro ejemplo de ello, lo relata en una entrevista un antiguo dirigente de la CIOAC que manifestó que 80 por ciento de las tierras en posesión ejidal han sido logradas por esa organización por la vía de la invasión (Reyes Ramos, 1998:36).

Los conflictos agrarios incentivaron un recrudecimiento de la violencia en varios sectores de la población chiapaneca, pero destacan algunos producidos por las invasiones en la zona de influencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en la selva, la zona de los Chimalapas y en la Reserva de Biosfera de Montes Azules. La demanda de muchos campesinos por una porción de tierra era permanente, tan sólo en 1986 la Secretaría de

⁴³ Política que se trató más de un programa de contención social, pues la compra de tierras a los propietarios y su posterior venta o dotación a los campesinos solicitantes fue una solución endeble (Reyes Ramos, 1998)

⁴⁴ La modificación provocó nuevas formas de incorporación de suelo ejidal al desarrollo urbano legal y ordenado que operan a nivel nacional.

⁴⁵ Sobre este tema véase a García de León (1998).

Reforma Agraria informo que había 71 mil solicitantes de tierra distribuidas en regiones como: Norte, Altos, Soconusco y Selva (Villafuerte, 2006).

El crecimiento de la demanda fue constante y de manera abrupta. En el sexenio de Pablo Salazar (2000-2006), se reconocía que el EZLN mantenía invadidos 275 predios en los municipios de Ocosingo, Las Margaritas y Altamirano, también indicaban que 669 grupos y organizaciones distintas al EZLN habían solicitado la compra de 71 000 hectáreas, que corresponden a 276 predios invadidos, de los cuales 22 por ciento ya están invadidos (Villafuerte, 2001: 228).

Nuevamente nuestro autor refiere que entre 2001 y 2007 se observan cambios significativos en la posesión de tierra, mismos que son reportados en los censos. En el primer censo (2001) se registra la existencia de 291, 945 ejidatarios y comuneros, además de 92, 282 posesionarios. La superficie censada fue de 3 millones 611 de hectáreas, por lo que la tierra per cápita alcanzó las 10.6 hectáreas. En el 2007, el número de ejidatarios aumentó a 351 mil 933 y la cantidad de posesionarios fue de 148 mil 768. La propiedad censada fue de 4 millones 440 mil 837 hectáreas, obteniéndose una superficie por persona de 8.8 hectáreas. Por tanto el número de ejidatarios y comuneros aumentó casi 23 por ciento en sólo 6 años, mientras que el número de campesinos se incrementó en 30 por ciento (2013: 329 y 330)

En el sexenio del gobernador Juan Sabines Guerrero (2006-2012) los conflictos continuaron en diversas zonas. Datos oficiales de la Secretaria de Reparto Agrario (SRA) (2010) anunciaron que el Gobierno Federal había invertido más de 840 millones de pesos para resolver conflictos agrarios en Chiapas. Esto para atender y resolver 16 conflictos agrarios prioritarios en la entidad. Queda claro que la SRA en Chiapas sigue recibiendo solicitudes de tierra para numerosos campesinos y sus hijos.

En suma, y con base en nuestros autores citados, podemos aludir que el problema de la tierra en Chiapas tiene una carácter estructural, ya que sexenio tras sexenio los llamados “viejos problemas” son invocados nuevamente por las generaciones de campesinos que siguen sin tierra y seguirán heredando esos problemas, mientras la respuesta gubernamental sigue

otorgando paliativos a algunos sectores a cambio de favores políticos, manteniendo nula disponibilidad de mejorar la situación en el campo chiapaneco. Como bien afirma Villafuerte:

El problema de la tierra no tiene solución en sí mismo; es decir, la solución de los problemas del campo está relacionada con un nuevo proyecto de desarrollo; para eso se necesita ir más allá de las medidas puestas en práctica por los gobiernos anteriores; no se puede continuar haciendo obras con un sentido político, sin articularlo con un proyecto de desarrollo de largo aliento (2007: 231).

En medio de la compleja problemática de Chiapas está el modelo que priva a nivel mundial, que ha desestructurado las economías nacionales, como bien dicen González Montes y Salles (1995) la adopción del modelo neoliberal supuso una reestructuración histórica de la política agropecuaria del Estado mexicano; reestructuración neoliberal que acarreó la retirada del Estado como interlocutor; gestor y proveedor de recursos y servicios a los productores agrícolas⁴⁶.

Hasta aquí he presentado algunos factores estructurales que han incidido en la migración chiapaneca, como son las crisis en el campo (falta de tierra, retiro de los subsidios, la llamada reconversión productiva, la falta de empleo, la precarización laboral, baja dinámica económica, etc.). En el siguiente apartado describiré los principales movimientos al interior del estado, llamada también migración interna, donde privará la constante movilización de la población chiapaneca que se va en busca de un empleo, tierras para cosechar, hasta por conflictos políticos y religiosos que también serán fundamentales.

2.3 Del campo a la ciudad: La migración interna en Chiapas

“Todos somos migrantes desde hace mucho acá en Chiapas” es una aseveración de un joven migrante chiapaneco que recorre o detalla la problemática de la movilidad de él y su familia. El

⁴⁶ Esto también se logró evidenciar en Chiapas pues como nos dicen Villafuerte y García: “La reducción de los subsidios generalizados en el campo y el cambio de subsidios indirectos a directos, sobre todo en materia de granos básicos, llevó a una recomposición de las áreas productivas maiceras, provocando una disminución progresiva en los rendimientos por unidad de superficie”(2006, 105).

migrar a otros espacios es una constante en la población chiapaneca como lo ha sido para la humanidad entera. Sin embargo, algo paradójico en Chiapas es que desde el siglo XVI algunas de sus ciudades -Chiapa de Corzo⁴⁷, Comitán⁴⁸, San Cristóbal de Las Casas⁴⁹, entre otras-, se han convertido en polos de atracción, que no han sido duraderos, ni permanentes, ya que es recurrente que fracasen en repetidas ocasiones derivado de los modelos de desarrollo establecidos. Respecto a ello Juan Pedro Viqueira dice: “Así, cada apuesta económica ha supuesto una nueva articulación entre las diferentes regiones de Chiapas y el predominio y la posterior decadencia –más o menos profunda- de un centro urbano distinto” (2008:60).

⁴⁷ Conocida como “Chiapan”, lugar que por sus condiciones geográficas fue un centro importante en su tiempo, derivado de la ubicación del río Grijalva, fue un lugar donde se desarrolló la producción agrícola, hasta el comercio. Sin duda, esta ciudad mantuvo un momento económicamente importante para Chiapas, atrajo a muchos habitantes de otras zonas, asimismo mano de obra indígena que utilizaban en la construcción de las casas de los españoles, así como de iglesias como la de Santo Domingo y San Sebastián. Sin embargo derivado de epidemias y otras catástrofes poco a poco fue disminuyendo su población, e incluso migrando a otros espacios. Además de los problemas de violencia en la década de la revolución, el traslado de la capital a Tuxtla Gutiérrez comenzó a inhibir su crecimiento (Viqueira, 2008: 70).

⁴⁸ Un importante núcleo económico y de gran concentración de población chiapaneca y de otros lugares fue Comitán. En el siglo XVIII la economía de este lugar tuvo un gran auge pues sus haciendas a través del ganado, maíz y el azúcar incentivaron el desarrollo del lugar (Ruz, 1992, Lenkersdorf, 1992, Viqueira, 2008). Esta vocación productiva en esos años atrajo a más españoles y también a indígenas tojolabales que poco a poco fueron siendo despojados de sus tierras y quedaron como peones acasillados en las fincas de esa región. Viqueira refiere que en 1838 Comitán se había convertido en el municipio más poblado de Chiapas, posición que mantendría hasta 1900 (2008:73). La ciudad de Comitán fue decantando poco a poco en su economía y población. Algunos autores refieren que las haciendas no pudieron mantener una economía más próspera, y no hubo una industria que la incentivara, posteriormente con la revolución y la reforma agraria las fincas fueron desmanteladas por lo que lo que producía sólo era para la economía local y de subsistencia.

⁴⁹ San Cristóbal de Las Casas, fundada el 31 de marzo de 1528, ubicada en la región Altos de Chiapas, en un valle de montaña a 2100 msnm, es otra ciudad que fue un núcleo importante para muchos poblados de su alrededor. La ciudad atrajo a muchos españoles, además de mexicas, tlaxcaltecas y guatemaltecos, los “indios amigos”, como Jan de Vos los describe en su libro *San Cristóbal, ciudad colonial*, fueron quienes acompañaron a los españoles para someter a los sublevados de esta antigua zona a cambio de terrenos en la periferia de la ciudad (1986). Estos grupos consideraban que debían ser tratados como vecinos y no como sirvientes, puesto que habían llegado en calidad de conquistadores a invitación de los españoles.

La ciudad que fue creciendo y mantuvo su auge económico derivado de la recaudación de impuestos a los indígenas que se asentaban en sus alrededores, o como algunos autores refieren de una “economía parasitaria” (Blasco, 2001). Es decir, la economía regional, según Villafuerte et al. (1999), subregiones como San Cristóbal se convierten en verdaderas “fabricas” de peones asalariados, que para mantener a un número de jornaleros en forma constante y segura, se crean mecanismos como “el sistema de enganche”, el acasillamiento y las tiendas de raya, que hasta entrando los años setenta constituyen una realidad en algunas regiones del sistema como el norte y Tapachula. estuvo mucho tiempo controlada por españoles y mestizos de San Cristóbal. Por ejemplo, Viqueira nos dice nuevamente: “Después de varias escaramuzas políticas para romper el monopolio de San Cristóbal sobre los indígenas de Los Altos, los cafecultores del soconusco tuvieron que ceder y aceptaron contratar a sus trabajadores estacionales valiéndose de los enganchadores de la ciudad” (2008:81). Terminando este control del monopolio y tras perder la categoría de capital de Chiapas en 1892, la ciudad tuvo una fuerte recesión económica y su población fue disminuyendo derivado de no tener más actividades que sostuviera la economía regional.

Tapachula, es un ejemplo notable de lo referido anteriormente, la llamada *perla del soconusco*, fue una de las zonas que con la penetración de capital nacional y extranjero en el siglo XIX tuvo un gran auge económico en Chiapas⁵⁰. Este gran proyecto que se dio en ese contexto era liderado por capitales norteamericanos, alemanes, japoneses, entre otros. Con el llamado *boom* cafetalero y de otros productos agrícolas la mano de obra local era insuficiente por lo que se incrementa la movilización de la población alteña de Chiapas y de la región de Comitán. Muchos campesinos indígenas tzeltales y tzotziles, se dirigían a dicha región debido a la escasez de mano de obra en temporada de cosecha. Estos desplazamientos llegaron a ser muy importantes. Por ejemplo, a mediados de la década de los veinte del siglo pasado se dirigían año con año a la recolección del café en el Soconusco alrededor de 20 mil indígenas de Los Altos (Rus citado por Jáuregui y Ávila 1995:73).

Otro dato que refleja la importante producción del Café en aquella región fue la superficie sembrada. Se estima que entre 1908 y 1946 la superficie sembrada con café se incrementó en casi 300 por ciento, al pasar de 7,000 a 27,000 hectáreas, obteniéndose en el último año una producción de 167, 000 quintales en la región de Tapachula⁵¹ (Villafuerte et al., 1999: 20).

El Soconusco fue un espacio que provocó una dinámica de movilidad importante, pues la vida económica de las fincas logro propiciar estos cambios. Un dato relevante es el que proporciona Viqueira:

En 1880 la población del soconusco sólo representaba un 7.2 % del total de Chiapas, para 1940 ese porcentaje se había incrementado al 18.2 % (2009: 87). El mismo autor dice que entre 1910 y 1930, el porcentaje de habitantes del soconusco que vivían en ranchos y haciendas se mantuvo del 43% y el 46%, una cifra bastante elevada (2009: 89).

Además del café existieron otros productos que potencializaban la zona, el hule fue importante hacia 1910. Para este año, el estado de Chiapas junto con Tabasco concentraba

⁵⁰ En 1874 el gobierno de Porfirio Díaz incentivó la migración de capital extranjero para dotarles de tierras aptas para cosechar. Entre 1900 a 1950 se consolidó fundamentalmente por una agricultura típica de plantaciones, orientada básicamente al mercado mundial. Esta agricultura se estructuró a partir de tres productos: café, hule y plátano, que se localiza en la región de Tapachula (Villafuerte et al., 1999: 20).

⁵¹ Villafuerte refiere que las fincas alemanas eran la que más poseían tierras hacia 1969, por ende eran las que más producían más de 100 mil quintales.

50% de las plantaciones de hule en el país (Ibídem, 20). Ante la constante baja de los precios del hule y la presencia de otros países productores de este material, se comienza a generar un proceso de sustitución de hulares por plantaciones bananeras⁵² a finales de la década de 1920.

La crisis agrícola en esa región comenzó a gestarse poco a poco, las plantaciones bananeras y de algodón comenzaron a decaer a mediados de 1950. Las plagas endémicas y otros factores terminaron eliminando del mercado el cultivo del algodón, las plantaciones bananeras continuaron sin embargo en menor medida, ya que otros países comenzaron a producir y los precios fueron decayendo en el mercado internacional. Posteriormente con la llamada crisis del café, muchas fincas fueron quebrando a principio de 1990.

A nivel demográfico también comenzaron a registrarse cambios importantes, ya que tras el derrumbe de muchas fincas y los principales productos cosechados en esa zona se frenaron los desplazamientos de la población alteña y de otros campesinos en el estado. Hacia 1980 prácticamente se había reemplazado la mano de obra de Los Altos por fuerza de trabajo guatemalteca, que llegaban a la zona de Tapachula en busca de empleo y huyendo de la violencia y la pobreza en sus lugares de origen. Sin embargo, el crecimiento demográfico de Tapachula se rezagó notablemente en comparación con Tuxtla Gutiérrez, que adquirió un ritmo vertiginoso (Viqueira, 2009: 90).

Un caso similar fue el que ocurrió en las fincas cafetaleras y ganaderas de la zona del Grijalva y Cuxtepeques⁵³ en la Sierra Madre de Chiapas, aunque en menor medida, asimismo la mayoría de los campesinos que se empleaban eran de la región Frailesca, Centro y algunos de Los Altos.

El gobierno federal de Díaz Ordaz utilizó como una válvula de salida la dotación de tierras a las familias que se asentaran en la selva chiapaneca, algunos estudiosos han denominado a este proceso “la colonización de la Selva Lacandona”. Xóchitl Leyva y Gabriel

⁵² La producción y comercialización de este producto no escapa de las manos del capital extranjeras. Aquí aparecen en orden cronológico la Winberg Banana Co., la United Fruit Co., la Southern Banana y la United Brands, que a través de una relación de contrato dominan la producción y comercialización del banano (Villafuerte et al., 1999: 21)

⁵³ Sobre este tema, véase a Antonio García de León (1985).

Ascencio señalan que la selva fue poblada por habitantes de otras partes del estado e incluso del país: “A Palenque llegaron choles y tzeltales de norte. A Ocosingo vinieron algunos tzotziles de Los Altos de Chiapas, zoques de los Valles Centrales y choles y tzeltales del norte. A las Margaritas se desplazaron tzotziles, tzeltales de Los Altos y los propios tojolabales del municipio” (1996: 51). Julián Rebón refiere que “en 1970 había en la zona entre 40,000 y 100,000 migrantes, en la actualidad cuenta con cerca de 150, 000 habitantes habiendo concluido la migración por la falta de tierra” (2001: 25).

La dinámica poblacional en el estado ha sido de constantes movimientos internos desde hace unos siglos. Sin embargo, se han incrementado a partir de 1970, derivado de la crisis del campo, por lo que los campesinos se marchan en busca de mejores condiciones para su bienestar y de su familia; a la crisis económica se añade la conflictividad religiosa y derivada de la actividad de los partidos políticos.

En 1970 la agricultura en la depresión central de Chiapas alcanzó un importante desarrollo en la productividad, a tal escala que se le llegó a conocer como el “granero del sureste”. La ciudad de Tuxtla Gutiérrez por tanto comenzó a ofrecer insumos para el campo, herramientas y maquinaria agrícola, así como electrodomésticos para los propietarios de ranchos de sus alrededores (Viqueira, 2009).

En este sentido Villafuerte *et al.*, refieren que para 1970 se comienza a perfilar el sistema de ciudades, pasando a ser más importante Tuxtla Gutiérrez con 66, 051 habitantes, aunque no difiere sustancialmente de Tapachula cuyo tamaño de población es de 60, 620, sus tasas de crecimiento son de 5.1 % y de 4% respectivamente. En tanto San Cristóbal no alcanza a ser ni la mitad de ellas; comienzan a crecer también otras pequeñas localidades alrededor de Tuxtla (1999:27).

Numerosos campesinos, en su mayoría alteños, comienzan a laborar en algunos ranchos pero también en las obras de infraestructura emprendidas por el Estado. La explotación petrolera en el municipio de Reforma, al norte del estado, fue uno de los paliativos que se generaron para aprovechar dicha mano de obra, asimismo la construcción de presas

hidroeléctricas como la Angostura en 1969, que concluyó a mitad de la década de los setenta, posteriormente la de Chicoasén en 1974 y concluida a principios de la década de los ochenta. En este sentido, Viqueira nos dice: “Los campamentos de Chicoasén albergaron hasta 5000 trabajadores y durante el periodo de mayor actividad en esa presa llegaron a trabajar en ella 18,000 personas” (2009: 104). Con las obras de la hidroeléctrica más grande de América Latina en esos años, hacia 1980 Tuxtla se perfila como una ciudad importante sobrepasando los 100,000 habitantes y quedando en segundo lugar la ciudad de Tapachula (Villafuerte et al., 1999).

La edificación de las presas significó la movilidad de amplios sectores de la población de Los Altos, indígenas tzotziles y tzeltales en su mayoría, sin embargo también propició la migración forzada de los habitantes de las tierras donde se construyeron estas obras. La industria de la construcción siguió en otras zonas derivado en una infraestructura urbana y con ello se incrementó la demanda de mano de obra⁵⁴, es así como inicia la ampliación de colonias y edificios en Tuxtla Gutiérrez que al terminar muchas de esas construcciones nuevamente los campesinos siguieron quedándose sin empleo⁵⁵.

Durante la década de los setenta también se agudizaron los problemas políticos y religiosos en algunos municipios de la zona Altos de Chiapas, originado por un creciente clima de desigualdad social y económica que se generó en el estado, comienzan a registrarse las primeras expulsiones masivas de indígenas de San Juan Chamula⁵⁶ a la ciudad de San Cristóbal⁵⁷, particularmente en los años 1974 y 1976.

⁵⁴ Un dato importante es el que refieren Jan Rus y George Collier (2002): hacia 1980 se habían creado 17 mil nuevos empleos en la industria de la construcción formal en Chiapas.

⁵⁵ El panorama continuaba siendo desolador para muchos de ellos, pues habrá que recordar que en Chiapas el reparto agrario no destruyó el latifundio en los setenta y siempre fue inestable, tanto que no termino. Aunado a lo anterior, existen otros factores como el crecimiento de la población, una agricultura con bajos índices de productividad y poco tecnificada. Por tanto y de acuerdo con Antonio García de León: La historia particular del siglo XX significó para Chiapas no solamente un destino rural sino también una conflictiva de atrasos contrapuestos, acomodados en capas discontinuas, lo que hoy se llama “problema de la tierra” (2002:41).

⁵⁶ Su extensión territorial es de 82.00 km² que representa el 2.17% de la superficie de la región Altos. De acuerdo a los resultados que presento el II Censo de Población y Vivienda en el 2005, el municipio cuenta con un total de 55,852 habitantes. El índice de marginación en el municipio es Muy Alto, según datos de CONAPO.

⁵⁷ Ver los trabajos de Robledo (1997), Morquecho (1992), Angulo (2003), Calvo (1991), Betancourt (1997), Pérez (2005), Paniagua (2001).

A raíz de estas movilizaciones, comenzaron a manifestarse numerosos cambios en la geografía del lugar. Es decir, las décadas de 1970 y 1980 registraron migración interna de grupos indígenas a la ciudad. Según Palacios Gámaz (2009) “aproximadamente 35 mil indígenas salieron de sus comunidades y se asentaron en la periferia de la ciudad, principalmente, provenientes de San Juan Chamula. Tal como menciona Betancourt estos grupos iniciaron el crecimiento de asentamientos indígenas tanto rurales como del tipo “marginal-urbano”” (1997:31). Además, de innovar las estructuras económicas, sociodemográficas y culturales de la ciudad (Rus 2002:6).

Los años setenta y ochenta son importantes en cuanto al éxodo de grupos indígenas, derivado de las expulsiones en algunas comunidades de Los Altos. El lugar predilecto de estos grupos fue la periferia de San Cristóbal, centro económico, político y religioso de la región. La presencia de estos nuevos asentamientos impactó en todos los ámbitos de la vida social, tanto de los que llegaron como de la población originaria del lugar. En este sentido la relación campo-ciudad⁵⁸ debe pensarse como espacios que se conectan en relaciones económicas, sociales, políticas, entre otras.

Las ciudades del sureste mexicano, como las de Chiapas, han crecido en parte por la inmigración constante de población rural, que reconstruye su vida en las periferias de los centros urbanos. Y es que muchas poblaciones rurales han sido absorbidas por el crecimiento urbano sin haber sido integradas del todo a las actividades económicas y políticas de la ciudad, no sólo no se integran a éstas a actividades, tampoco a las dinámicas y organización social. Tan es así que al asentarse en la ciudad reproducen las formas de organización y vida social de sus lugares de origen, haciendo que los intentos por la integración resulten aún más complejos, incluso acontezca en mayor exclusión⁵⁹. Hubert C. de Grammont refiere que ha habido una multiplicidad de conceptos de especialistas en las áreas rurales y urbanas para denominar y analizar este fenómeno, desagrarización, pluriactividad, rurbanización, periurbanización, conurbación, suburbanización, urbanización periférica, urbanización regional, yuxtaposición

⁵⁸ De Grammont nos dice: “La relación campo-ciudad es ahora mucho más compleja que la vieja relación dicotómica, caracterizada por el intercambio desigual y la migración de los pobres del campo hacia las ciudades para conformar ejército industrial de reserva” (2004:279).

⁵⁹ Jan Rus y George Collier mencionan que de 1980 a 1988 la población urbana de Chiapas aumentó de 700 mil a 950 mil.

urbano-rural, urbanización difusa, espacios intermedios, entre otros, (2010:2). Es decir, y de acuerdo con nuestro autor, la variedad de conceptos refleja un esfuerzo por denominar el fenómeno urbano-rural, sin embargo habrá que profundizar las condiciones históricas y espaciales para analizar estos dos ámbitos en cualquier región o contexto situado. En este mismo sentido y para el caso de Chiapas, Escalona menciona:

Se podría decir, incluso, que la propia estructuración de relaciones urbano-rurales se ha modificado en las últimas tres décadas en Chiapas, con el crecimiento de la población “indígena” inmigrada a las ciudades (antes espacios identificados fundamentalmente como “ladinos”), acompañado del crecimiento de los servicios y la educación, además de la llamada “economía informal” en esas ciudades (2001: 61).

Por tanto, muchas ciudades de Chiapas se han convertido en un punto de encuentro y de contacto entre la población indígena mayoritariamente desplazada y las personas oriundas del lugar, que no necesariamente son indígenas o del mismo grupo étnico⁶⁰.

Otro factor por el cual se registraron importantes movimientos poblacionales en la geografía chiapaneca fue el movimiento social del 1 de enero de 1994, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). El levantamiento armado del EZLN provocó que ciudades como: San Cristóbal de las Casas, en Los Altos, Ocosingo ubicada en la región selva, Comitán y Las Margaritas ambas ubicadas en la región fronteriza de Chiapas, crecieran rápidamente por los intensos flujos migratorios hacia estos núcleos urbanos.

Según Cruz y Robledo (2001), las ciudades de Comitán y Las Margaritas se convirtieron en receptoras de la población indígena que fue desplazada a partir de 1994. Presumiblemente, dicha población se ha incrementado hasta en un 40% a raíz del levantamiento zapatista, tanto por quienes llegaron a las ciudades como por los que ya habitaban ahí y ahora aceptan abiertamente hablar lenguas mayencas.

⁶⁰ Un ejemplo de ello es el que se registra en los sesenta en la población indígena de San Cristóbal de las Casas, la cual fue identificada como proveedora de productos hortícolas, así como de mano de obra empleada como mozos en viviendas mestizas. Angulo (1994) refiere que aun después de la primera mitad del siglo XX, las características de las relaciones sociales y económicas establecidas entre la población originalmente citadina y la indígena, creaban una barrera que limitaba a éstos últimos a radicar en la ciudad, con excepción de aquellos que prestaban servicios domésticos.

Las ciudades mencionadas anteriormente, que eran consideradas pequeñas, tuvieron cambios importantes en la estructura de sus núcleos llamados urbanos. Iniciando con la migración de campesinos indígenas hacia las principales ciudades de Chiapas, ello a raíz del movimiento zapatista, pero también convocadas por políticas gubernamentales o por movimientos espontáneos, en atención a las necesidades de tierra o trabajo, así como por conflictos políticos.

La migración interna de chiapanecos, es decir, dentro de las fronteras estatales, tiene varios siglos. En diferentes momentos y por diversas causas se han registrado desplazamientos de población entre regiones y municipios de la geografía chiapaneca. Varias ciudades fueron importantes centros económicos para mucha población que se asentaba temporalmente para trabajar. Sin embargo, como se ha descrito brevemente también se registró movilidad de su población para buscar tierras en áreas territoriales entonces poco pobladas como la Selva Lacandona, y también motivados por problemas políticos y religiosos. Respecto a ello, García, Basail y Villafuerte afirman:

La migración interna en Chiapas ha estado relacionada con la demanda de mano de obra del mercado laboral (por ejemplo en las zafras cafetaleras o azucareras), la construcción de infraestructura carretera u otro tipo, los procesos de colonización y poblamiento de la selva, así como los conflictos religiosos, agrícolas y políticos, incluso armados (2007: 148).

En suma, la migración interna en Chiapas se produjo de regiones altamente pobladas a regiones con baja densidad demográfica, convocada por políticas gubernamentales o por movimientos espontáneos en atención a sus necesidades de tierra o trabajo. Es decir, algunas ciudades de Chiapas, se convirtieron en el centro rector de numerosas localidades indígenas ubicadas en las montañas circundantes, pero también de muchos habitantes que llegaron habitarlas lo cual provocó una “urbanización tardía” como dice Viqueira (2008). Sin embargo, también se presentaron desplazamientos forzados por conflictos políticos y religiosos que provocaron importantes movilizaciones. En el siguiente apartado describiré los principales desplazamientos interestatales de chiapanecos hacia las ciudades del centro y norte del país.

2.4 Dinámica de la migración interestatal

El panorama del mundo rural en la geografía chiapaneca es complicado y tiende a ser de los ámbitos más empobrecidos. A nivel municipal, de los 122 municipios que conforman el estado muchos de ellos se encuentran en un grado alto de marginación, 39 en grado medio, 15 en muy alto, ocho en bajo y sólo uno en muy bajo (Coneval, 2010).

Otro dato relevante que corrobora esta problemática es que, a pesar de las cifras difundidas por algunos medios de comunicación del estado, y también privados, que ponen énfasis en que Chiapas tiene una tasa baja de desempleo, con relación al promedio nacional: 2.21 por ciento frente a 4.85 en el mes de septiembre de 2013. Sin embargo, Villafuerte refiere que si bien las estadísticas corroboran el dato, no se menciona que el principal problema es la subocupación, el empleo informal y la falta de remuneración a un sector importante de la población ocupada, indicadores que se relacionan con la débil estructura económica que se arrastra desde muchos años atrás (2011: 15).

Lo que se puede vislumbrar desde hace algunos años en Chiapas es la llamada creciente precarización laboral. Resultado de lo que nuevamente el autor dice, por una parte, está la crisis del campo y el consecuente desplazamiento de la población hacia zonas urbanas y, por otra, de la permanencia de una estructura económica que genera un mercado laboral reducido y precario⁶¹ (Ibídem: 15).

Ahora bien, en el caso de Chiapas una de las expresiones de la pobreza estructural ha sido desde los años setenta la multiplicación de los conflictos agrarios, y aunque el reparto agrario continuó, incluso a un ritmo más elevado que en las décadas anteriores, el número de campesinos sin tierras siguió creciendo inexorablemente (Villafuerte, et. al, 2002; Viqueira,

⁶¹ Esto no sólo ha sido un problema endémico de Chiapas pues hay que señalar que el problema del campo mexicano es de vieja data. Asimismo, C. De Grammont (2008) refiere que en 1992 el 65 por ciento de los hogares rurales eran campesinos, es decir las actividades agropecuarias eran el eje de su economía, sin embargo la proporción para 2004 había descendido hasta en un 31 por ciento, es decir que más de la mitad de los hogares rurales (69%) ya no eran campesinos. Nuestro autor también indica que a mediados de la década de 1980 la agricultura representaba la mitad del ingreso de las familias campesinas, proporción que en 2004 sufrió una disminución a menos de una tercera parte.

2008). El anuncio del fin de la reforma agraria en 1992, resultado de la reforma del artículo 27 de la Constitución, terminó con las esperanzas de decenas de miles de campesinos que habían luchado por acceder a un pedazo de tierra. La crisis agrícola, particularmente la crisis en los precios internacionales del café y en los granos básicos, como el maíz, terminó arruinando a muchos productores campesinos e indígenas; a ello se aúna la precariedad del sector secundario que lo hace incapaz de generar empleos en las ciudades (Viqueira, 2008; Villafuerte y García 2006, 2007 y 2009).

Frente a este panorama desolador, parte de la población rural se vio en la necesidad de trasladar sus capacidades físicas e intelectuales a otras actividades económicas. Es decir, los salarios han sustituido a la agricultura como fuente principal de los ingresos en los hogares del campo (Burstein, 2007: 12). Por tanto, la pluriactividad laboral y la multiplicidad de ingresos caracterizan a todas las sociedades rurales en México (Arias, 2009).

Este contexto explica la migración de chiapanecos a entidades del país y a los Estados Unidos. Es una migración laboral con propósitos específicos de subsistencia para contrarrestar la pobreza, exclusión social y marginación como elementos constitutivos de la migración interestatal. En los estados del sur (Campeche, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Quintana Roo, Tabasco, Yucatán), refieren algunos autores que la migración parece haber sido la principal respuesta a la crisis de las producciones agrícola y forestal tradicionales (café, chicle, henequén, madera), la degradación de los niveles de vida y el deterioro del consumo de la población rural (Castellanos y Paris Pombo, 2002, Córdova Plaza, 2002; Viqueira, 2008; Villafuerte y García 2006, 2007 y 2009).

La migración interestatal o también llamada interna en el país ha experimentado una importante transformación tanto en su nivel y en la dirección de flujos. Si bien es cierto que el llamado esquema económico mundial ha propiciado cambios en la geografía mexicana como en otros países, también lo es la ausencia de una voluntad política y del Estado para dinamizar el campo.

Otro elemento para la movilización de grandes contingentes de población en México, ha sido las actividades industriales que se localizan más en ciudades intermedias que en las grandes metrópolis, como antes, y el sector manufacturero se ha convertido paulatinamente en establecimientos maquiladores, con lo cual ahora sólo se hace parte del proceso de producción global en nuestro país, cuando antaño la mayoría de las fases de la fabricación tenía lugar dentro del territorio nacional (Partida, 2010: 327).

En el caso de Chiapas, la migración interestatal registra en los últimos años una mayor diversidad de lugares de destino. De acuerdo a Pimienta Lastra y Marta Vera (2005), en su estudio basado en las encuestas del INEGI, reportan que en 1970 residían fuera de la entidad chiapaneca 90 578 personas. Las entidades receptoras más importantes eran el Distrito Federal y el Estado de México, siguiéndole en importancia los estados vecinos de Tabasco, Veracruz, Puebla y Oaxaca.

En un principio la diversificación de los flujos migratorios interestatales era inequitativo pues de las 32 entidades federativas predominaron algunos estados con captación de migrantes. Es notable que el Distrito Federal y el Estado de México, en conjunto, después de haber sido, en 1965-1970, los lugares de llegada de población de 19 de los 32 traslados más numerosos, incluido el intercambio entre ambos, cada vez arriben ahí menos desplazamientos: 10 en 1985-1990, nueve en 1995-2000 y siete en 2000-2005; por el contrario, de ellos partieron tres, 11, 11 y 12, respectivamente de las corrientes más numerosas (Partida, 2010: 331). El papel protagónico de la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM), sin embargo, se mantiene en los cuatro periodos, ya que el Distrito Federal y el Estado de México han participado en 22, 21 y 20 de las 32 corrientes más voluminosas, respectivamente, aunque de manera paulatina se ha ido hacia el otro lado de la moneda (Ibídem, 2010: 331).

En la década de los noventa aparecen nuevas entidades receptoras, como es el caso de Quintana Roo y Jalisco. Muestra del acelerado desarrollo turístico en el primer estado. Patricia Arias señala que “en 1995, por ejemplo, aunque la mayor parte de indígenas a Cancún eran mayas de la península, le seguían en orden de importancia de acuerdo a la lengua que hablaban, los zapotecas, nahuas y tzotziles. Castellanos y Paris Pombo refieren que en el mismo lugar se

concentraba más del 70 por ciento de los habitantes del norte de Quintana Roo, mientras que sólo 10.2 por ciento reside en el medio rural” (2007: 137).

Datos más recientes señalan que debido a la atracción laboral generada por la oferta turística e inmobiliaria de la zona se ha reportado un crecimiento acelerado en los últimos decenios pero también se ha exacerbado las desigualdades. De acuerdo con estimaciones, para 2011, del Instituto Municipal de Planeación de Benito Juárez, Cancún, tan sólo en esta ciudad existen más de 860 mil habitaciones, casi 250 mil más que lo reportado por el INEGI en el censo de 2010. La tasa de crecimiento, en la zona norte de Quintana Roo, se constituyen como las más altas de América Latina; llegan, incluso, a registros anuales por encima del 25% anual (Vanegas, 2011: 19 y 20).

En cuanto a la migración y el empleo de chiapanecos se considera que realizan una migración pendular. Dentro de las migraciones interestatales, los llamados movimientos pendulares son movimientos temporales que generalmente no producen un cambio de residencia. En este sentido nuevamente la autora comenta que los estados que más aportan migrantes pendulares son Chiapas, Yucatán y Tabasco. Su inserción es lenta y con alto nivel de desarraigo. Las condiciones de vida son precarias y el nivel socioeconómico del migrante es bajo; por tanto, tampoco hay interés de crear la plataforma de ajuste (Ibídem: 20).

Un dato reflejado en el trabajo de campo es que la mayoría de los chiapanecos se inserta en las actividades de la construcción o remodelación en la zona hotelera, se les identifica con el sobrenombre de “chiapitas”, como lo dice un entrevistado “chaparritos pero corpulentos para el trabajo pesado”. Tal sobrenombre también está cargado de una connotación peyorativa y discriminatoria por ser indígenas. En el caso de algunas mujeres nos comentaban que la mayoría de ellas son contratadas como empleadas domésticas y en labores de limpieza en la zona hotelera, así como en la venta de artesanías, y los muchos niños se empleaban como “chicleritos” en Cancún, Chetumal, Isla Mujeres, entre otras.

En el caso de Jalisco, la expansión de la agroindustria tequilera y el posterior *boom* internacional del tequila durante la década de los noventa del siglo pasado, provocó que la

actividad agrícola diera un vuelco considerable. La sobreproducción del agave y el posterior incremento de fábricas productoras de la conocida “bebida espirituosa” generaron una importante transformación industrial y económica en varios municipios de la región (Hernández, 2010). A raíz de todo este proceso, el mercado laboral sufrió alteraciones, de manera que para cubrir la demanda de mano de obra local y regional, algunos de los empresarios tequileros llevaron a decenas de jornaleros desde el sureste mexicano a finales de la década de los noventa.

Los primeros migrantes en aparecer en la región de destino, en su mayoría provenían de Palenque. Con el paso del tiempo y el establecimiento de redes de migración, comenzaron a llegar personas provenientes de Ocosingo, San Cristóbal de las Casas, Las Margaritas, Tuxtla Gutiérrez y Tapachula, así como de otras comunidades aledañas a estos sitios y regiones de Chiapas, las cuales, con el paso de los años, han llegado a tener una presencia destacable en esta región del país (Hernández 2010).

Un destino más ha sido la ciudad fronteriza de Tijuana, en el trabajo de campo realizado en aquella ciudad era común encontrarse a chiapanecos que trabajaban en la industria de la maquila, asimismo en la venta de chicles en la famosa avenida Revolución y calles aledañas (Diario de campo, 2011). En este sentido, Rentería *et al.*, refieren que desde “los años sesenta, la industria maquiladora ha repercutido en el desarrollo socioeconómico de la ciudad fronteriza de Tijuana, que contaba con 568 plantas, donde laboraron más de 162,000 trabajadores, muchos de ellos originarios de los estados de Sinaloa, Sonora, Jalisco, Nayarit y Michoacán. No obstante, en fechas recientes se ha modificado el patrón de migración siendo originarios de los estados de Veracruz, Oaxaca y Chiapas los que han llegado a la ciudad. En el caso del último, más de 12,000 chiapanecos asentaron en Tijuana entre 2000 y 2005” (2009:10)

Un sector más que recibió a miles de jornaleros fue el de la agricultura empresarial, ubicado principalmente en el occidente y noroeste del país, la demanda de sus productos en el mercado internacional propició un incremento en la demanda de mano de obra barata sobre todo de campesinos del sureste del país que no contaban con tierras o no tenían apoyo gubernamental para trabajar sus parcelas.

En el año 2000 las entidades del norte figuran como lugar de destino de muchos chiapanecos: 20 214 se desplazaron al estado de Baja California; y cerca de 20 500 lo hicieron a Tamaulipas, Chihuahua, Sonora, Sinaloa y Coahuila⁶².

De acuerdo con la información del censo de población del 2000, se sabe que la mayor parte del flujo se compone de jornaleros agrícolas que se asientan en los campos de alta rentabilidad del noroeste del país⁶³. En efecto 76% de la población económicamente activa de centro norte en 2000 –que cinco años antes residía en el sureste- se desempeñaba como jornalero agrícola (Partida, 2010: 340).

Por otra parte, De Grammont y Lara (2005) refieren que el jornalero se ha expandido en algunas zonas del norte y con ello el trabajo a largo plazo y el flujo. El jornalero que se practica por campesinos jóvenes, la mayoría de ellos sin tierra, sin dejar de residir en sus lugares de origen pero con una gran movilidad social⁶⁴ (Arias, 2009: 26).

Cabe señalar que la mayor parte de la población migrante, tal como mencionan Pimienta y Vera, se encuentra en edades productivas. En el año 2000, la proporción de migrantes internos tenía entre 15 y 49 años de edad. Asimismo, en Chiapas la proporción de migrantes internos varones es de 48.5%, la de las mujeres alcanzó 51.5% (2005:27).⁶⁵ Es decir,

⁶² Según Arias (2009) los estados del norte del país son los que generan la mayor demanda de jornaleros. Sinaloa y Baja California son importantes estados que cosechan jitomate y otras hortalizas, en el caso de Sinaloa se estima que alrededor de 150, 000 jornaleros y jornaleras se concentran en la cosecha, mientras que en Baja California lo hacen 35,000 (Barrón, 2007).

⁶³ En este sentido, Arias nos dice: Las empresas agroindustriales de Sinaloa y Sonora han incrementado su participación y especialización en la producción de hortalizas de exportación y también de granos básicos como el maíz (2009:21).

⁶⁴ No obstante, el Estado de México, con 49 990 migrantes chiapanecos y Quintana Roo, con 31 818, siguieron siendo las entidades importantes de recepción (García y Olivera, 2006).

⁶⁵ García y Olivera (2006) han documentado que hacia la frontera norte muchas jóvenes solteras de 15 y 25 años deciden no sólo prolongar la distancia en el lugar de destino, cuando no el arraigo definitivo, sino que también optan por permanecer solteras o casarse después de los 24 años o más, ya no con un miembro de la localidad o del estado, sino con un migrante de otra entidad federativa.

que es posible que estén emigrando parejas jóvenes sin hijos o quizá sólo el jefe (a) del hogar o ambos padres⁶⁶, como un *modus vivendi* de supervivencia familiar.

Los datos del último censo de población, 2010, reporta que Chiapas es uno de los primeros lugares en migración interestatal, su saldo migratorio se incrementó considerablemente, con ello han aparecido nuevos flujos. Miles de personas se desplazan día a día de regiones menos desarrolladas hacia las más desarrolladas, de la que los chiapanecos también han sido partícipes, y de manera importante⁶⁷.

Hasta aquí he presentado un breve esbozo de la migración chiapaneca en el territorio mexicano. En suma, con base en los datos de Pimienta Lastra y Vera (2005) y otros autores, puedo decir que desde los años setenta es visible una tradición migratoria interestatal, primero a los estados del centro, y a partir de los noventa, su posterior tránsito hacia la zona turística de Quintana Roo y hacia algunos estados del norte de la República, todo ello generado por un clima de incertidumbre social, económica, entre otros, en el estado y ante la falta de encontrar un empleo, así como escasez de tierras para los campesinos jóvenes, entre innumerables factores señalados. En el siguiente apartado describiré la incorporación de las oleadas de chiapanecos en la migración internacional, específicamente la dirigida a Estados Unidos.

2.5 ¡Vámonos para el norte! La migración internacional de los chiapanecos

...la gran diferencia entre México y Estados Unidos, es que allá hay un poco más de trabajo, por eso muchos se van porque ven eso, y si van a entrar a trabajar en el campo si está bien pero trabajan ocho horas pero bien pagados, no digamos, es que muchos dicen que Estados Unidos está de la patada que van a sufrir, sólo se sufre uno la pasada, la hechura de comida, que lavas tu ropa, para buscar renta, claro, se

⁶⁶ Sin embargo, no se descarta que en los últimos años se encuentre migrando familias enteras, más en el caso de los jornaleros donde ya es visible el trabajo infantil que es redituable en términos económicos para la propia familia.

⁶⁷ Sin embargo, en los últimos años también es visible una migración forzada principalmente en la ciudades del norte de país, producto de la delincuencia organizada y los problemas que se han gestado en aquella región, en buena parte muchos residentes de esa zona se convierten en migrantes definitivos en espacios del centro y sureste del país, proceso también que decantara en un nuevo proceso de movilización interna en México.

pasan necesidades de por sí, no digamos que no, tienes que pagar algo por llegar a un país donde dicen que somos extraños... (Benja, migrante margariteño, 2011)

El epígrafe anterior, relato de un migrante chiapaneco, tiene numerosos significados de las personas insertas en los flujos migratorios internacionales. Así como se internaliza y se aceptan los costos que ha de llevar a cuesta día a día, la discriminación, la violencia y el trabajo constante, también se asume que es mejor estar allá que quedarse en el lugar de origen y seguir padeciendo los infortunios de la precariedad de la vida cotidiana.

En este marco, la frontera México-Estados Unidos representa un espacio de encuentro-desencuentro, de diálogo-conflicto, pero también de sueños, pesadillas y realidades para los miles de trashumantes que día a día intentan atravesarla⁶⁸.

El fenómeno migratorio internacional en el contexto chiapaneco, si bien es considerado reciente por algunos académicos e instituciones federales, ha ido cobrando fuerza en varios municipios del estado en las últimas décadas. Existen algunas evidencias de la presencia de chiapanecos en Estados Unidos desde 1925, reportadas por el Departamento de Trabajo en Estados Unidos (Jáuregui y Ávila, 2007:21). Villafuerte y García (2012) han encontrado también algunos casos de chiapanecos que han gestionado los beneficios del programa bracero en el municipio de Villa Corzo y otros de la región frailesca.

Los años setenta y ochenta del siglo pasado también se reportaba que algunos chiapanecos comenzaban a cruzar Estados Unidos. Rus y Guzmán (1996), referían que en los años setenta se escuchaban historias de jóvenes chamulas que iniciaban el tránsito y cruce a

⁶⁸ La migración internacional, y su intensificación en el presente, un fenómeno intrínseco a la globalización y al esquema neoliberal de la economía mundial, presenta nuevas características que lo diferencian del modelo de la migración clásica, entre las que destacan la direccionalidad de los flujos de los países del sur a los países del norte; la incorporación de mujeres, niños y jóvenes al circuito migratorio en condiciones de alta vulnerabilidad y riesgo; el control excesivo de las fronteras de los países del Norte, y la externalización de éste, hacia los países de tránsito del sur; y, como una consecuencia de la cerrazón de las políticas migratorias para permitir los flujos migratorios, el crecimiento sostenido de una migración internacional de carácter irregular o indocumentada (García y Villafuerte, 2010).

EU, hacia finales de los ochenta y principios de los noventa los mismos autores señalan la presencia de chamulas en la ciudad de California⁶⁹.

Durand y Massey (2003) mencionan que las llamadas nuevas regiones migratorias comenzaron a nutrirse de comunidades rurales, varias de ellas indígenas de los estados de Chiapas, Hidalgo, Puebla, Tlaxcala, Veracruz que iniciaron su travesía migratoria después del IRCA conocida también como la ley Simpson-Rodino, pero en condiciones mucho más desventajosas y peligrosas.

Es decir, la mayor parte de chiapanecos en EU se inserta a los flujos migratorios en la década de los noventa, pero en el 2000 se generaliza en todo el estado con mayor intensidad, numerosos analistas del tema concuerdan que está relacionada a ciertos elementos contextuales que se suscitan en los ámbitos políticos, económicos, sociales y naturales en la entidad (Angulo 2011; Aquino 2010; Lastra y Marta Vera 2005; Rus y Rus 2008; Jáuregui y Ávila 2007; Viqueira, 2008; Villafuerte y García 2006, 2007 y 2009).

En párrafos anteriores he descrito el problema de la tierra como una de las principales hipótesis plateadas por los estudiosos de la migración en Chiapas⁷⁰, además de la caída de los precios del café en los noventa, que también he descrito. Otros factores más se unirán, fue el levantamiento armado de 1994⁷¹, el cual provocó una movilización y desplazamiento hacia otros sitios al interior del estado y fuera de él. Los desastres naturales también influirán como el huracán, *Mitch* registrado en 1998 que sin duda fue de los ciclones tropicales más poderosos

⁶⁹ Rus y Rus (2008) refieren que en la región costa y Sierra es donde ocurrieron movimientos masivos de chiapanecos hacia el vecino país del norte.

⁷⁰ La falta de tierra para heredar a los jóvenes campesinos, es una constante en las entrevistas que sostuve con algunos jóvenes chiapanecos, ya que ello los obligó a tomar la decisión de migrar, para otros fue la falta de interés por trabajar la tierra. En este sentido, nos comenta un joven: “En mi caso lo que me obligó a migrar fue que mi papá pues ya no tenía mucha tierra, les tocó a mis hermanos casados, que tienen sus hijos pues, pero a mí no me dieron porque ya no tenía, no había tierra. Otros mis primos tenían tierras sus papás pero ya no la quisieron trabajar porque no deja ya, por eso se fueron también y otra cosa que te hace moverte también en nuestro caso como solteros es irse a ver otros lugares, otras gentes y salir del pueblo” (Entrevista realizada en julio de 2011, Las Margaritas, Chiapas).

⁷¹ Es decir, el movimiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas generó algunos conflictos: desplazamientos, enfrentamientos entre campesinos y propietarios rurales, y por ende, tuvieron que huir numerosas personas de sus comunidades de origen, de la selva y las montañas de Chiapas a centros urbanos como Tuxtla Gutiérrez o a las cabeceras municipales de regiones como la selva, fronteriza, Altos, entre otras. Lo resaltado anteriormente tuvo repercusiones negativas en la agricultura y ganadería.

y mortales que se han visto en Centroamérica y parte del sureste de México; el huracán *Stan* en octubre de 2005, que provocó graves estragos entre la población chiapaneca. En este sentido Angulo refiere:

Las corrientes migratorias de estos estados emergentes, incluidas las chiapanecas, están sometidas a exigencias de mayor intensidad en cuanto a condiciones laborales y sociales y controles migratorios en los lugares de destino, lo que ha exigido la aplicación de nuevas prácticas por parte de estos actores así como también responder con cambios y ajustes en sus estrategias tanto migratorias como de organización en sus familias y comunidades de origen (2011: 1).

Los factores anteriormente referidos dan un panorama de la influencia en los flujos migratorios de la población chiapaneca hacia estados del norte de México, de manera particular, a Estados Unidos. Un dato que refleja la importancia de la migración internacional es el proporcionado por Villafuerte y García (2006) que para el 2003⁷² Chiapas llega a ocupar el sitio 12 de las 29 entidades federativas y en ese mismo año ocupa el lugar 11 en captación de remesas. Además la tendencia hacia el crecimiento, en 2004 rebasa a Zacatecas, al obtener poco más de 500 millones de dólares.

El peso de la remesas es importante en la economía de estado, en el año de 2004 representaron aproximadamente el 4.5 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) de Chiapas, asimismo se encontró por arriba del promedio nacional que fue de casi el 2 por ciento (Villafuerte, 2008).

A partir del año dos mil la migración chiapaneca hacia Estados Unidos paso de ser periférica a ser referente central en la agenda de las ciencias sociales, pues en el campo se constataba una y otra vez cómo en los miles de hogares chiapanecos varios de sus miembros se insertaban en los flujos migratorios. En este sentido Jáuregui y Ávila muestran que el número de chiapanecos que fue a Estados Unidos a trabajar creció de manera exponencial, ya que entre noviembre de 2002 el número de emigrantes alcanzó la cifra de 41, 945, hasta alcanzar un

⁷² Villafuerte y García (2009), refieren que en 2003 las remesas fueron de un monto de 360 millones de dólares y en 2006 se había multiplicado por dos, al rebasar los 800 millones de dólares (Ibidem: 8).

monto de 62 061 en 2003, es decir el crecimiento fue siete veces más que lo registrado en el quinquenio de 1990 a 1995 (2007:23).

Villafuerte y García nos dicen que la migración de chiapanecos al norte de México y los Estados Unidos es una realidad que está transformando rápidamente el mundo social de la entidad. Al respecto, analizan la información de las encuestas sobre migración en la frontera norte: “la de 1994 revela que 22,777 chiapanecos emprendieron el viaje, de éstos 16,785 lo hicieron a la frontera norte y 5,992 a los Estados Unidos; en 2003 las cifras se multiplicaron por tres, es decir, 69,750 migrantes, a diferencia de 1994, 15,922 viajaron a la frontera norte, y 53,827 a los Estados Unidos” (2009: 7).

En cuanto a los cruces fronterizos destacan tres principalmente para llegar a Estados Unidos: el primero Tijuana- San Diego, que fue importante en los noventa para muchos migrantes mexicanos y chiapanecos que buscaban cruzar. Derivado de los controles de seguridad en ese cruce surgieron otros como el Sasabe-Arizona, Nogales-Arizona, entre otros que han ido adquiriendo importancia. Un dato relevante en mi trabajo de campo fue constatar que quienes emigraron siendo jóvenes⁷³ en los noventa reconocen que la decisión de dejar la comunidad para ir a los Estados Unidos fue de ellos, por tanto los riesgos y las inseguridades se afrontaron individualmente. Quedarse en algún lugar del norte de México, porque no se logró pasar la frontera estadounidense, significó la incorporación forzosa a una pandilla y, con ello, someterse a sus reglas y códigos. Quienes emigraron en esta primera década del siglo XXI, reconocen casi lo mismo, con la salvedad de que ahora la partida inicial es grupal, “hasta con coyote” comentan; también el hecho de que algunos “paisanos” ya viven en las ciudades fronterizas, lo que hace menos traumático el desembarco, y que quienes han tenido que quedarse en alguna ciudad del norte del país, han encontrado opciones laborales aunque con salarios muy bajos y sin derechos o con derechos mínimos en las condiciones de trabajo. Asimismo, registran ahora una mayor socialización sobre los avatares de las travesías al norte del país y de éste a los “estados”.

⁷³ Mayoritariamente los jóvenes entrevistados que emigraron en los años noventa del siglo pasado lo hicieron en una edad de entre 17-27 años, aunque tenemos los relatos de dos jóvenes que lo hicieron siendo casi niños: 15 años.

La movilidad de los chiapanecos es de forma itinerante, van de un empleo a otro. Si bien muchos chiapanecos se dirigieron a los campos de cultivo californianos, otros se desplazaron hacia los casinos en Biloxi, King City y Florida, donde también relataban que trabajaron en el campo. También han sido ayudantes de albañil, jardineros, entre otros, en Mississippi, New York y en Iowa, EU. La búsqueda de lugares para trabajar se ha hecho gracias a algunas redes que han ido tejiendo, por ejemplo en California y Florida hay muchos chamulas; en New York, Pennsylvania, Ohio e Illinois hay muchos “primos Tojolabales” de Margaritas y algunos “compas” de la Trinitaria, refería un migrante.

Derivado de la crisis económica en EU, nos dice Villafuerte (2011), se denota una fuerte caída de las remesas entre 2008 y 2009, que fue de -24%, de manera que los hogares con migrantes dejaron de recibir, en el último año, 192 millones de dólares. En 2010, las remesas siguieron una tendencia negativa, aunque la caída fue menor con relación al año anterior; en esta ocasión, fue de -5.6%. Sin embargo, en comparación al monto recibido en 2008, hay una caída de 28.3 %.

Producto de esa crisis también las deportaciones y repatriaciones en el estado también comienzan a manifestarse. Villafuerte y García (2009) refieren que la cifra sobre deportados que entre 1995 y 2000 se multiplicó por cinco veces. Indican que en 2003 la Patrulla Fronteriza había capturado a 36,834 chiapanecos, que representaron 8.64% del total nacional.

En 2010, el Instituto Nacional de Migración (INM) comenzó a publicar datos importantes: en ese año, fueron repatriados 469,273 mexicanos; para Chiapas, la cifra fue de 19,276 personas, de la cuales 2,054 eran mujeres. Las cifras proporcionadas por el INM, hasta abril de 2011, hacen ver que las repatriaciones continúan con el mismo ritmo que el año anterior, pues hasta este momento la institución hace referencia a 160,226 repatriaciones para el país; sólo 6,645 corresponden a Chiapas. Con esta cifra, el estado se coloca dentro de las 10 entidades con más repatriados, encabezadas por Michoacán (16,618), seguido de Oaxaca (14,892), Guanajuato (13,023) y Puebla (9,666); el resto son Jalisco, Estado de México, Veracruz, Distrito Federal y Chiapas, con menos de siete mil repatriados (Villafuerte, 2011).

En 2012 la misma institución reportó que ocurrieron 16 mil 773 repatriaciones de chiapanecos que vivían en la Unión Americana, equivalente al 5 por ciento del total, 12 por ciento más comparado con el ejercicio anterior. A nivel nacional ocupó el décimo lugar general, por arriba de Sinaloa y debajo del Distrito Federal (INM, 2012)

En efecto, las remesas, las detenciones y deportaciones nos dan un panorama complejo del fenómeno migratorio en Chiapas. Estas disparidades me hacen reflexionar sobre dos elementos que caracterizan las migraciones contemporáneas en Chiapas: por un lado muestran que el carácter de entidad “emergente⁷⁴” en el sistema de los flujos migratorios internacionales dificulta su análisis, pues muchas veces se carece de información estadística agregada y desagregada del fenómeno; por el otro, que muchos jóvenes campesinos sigan como ciudadanos errantes en busca de un paraíso para sobrevivir y atenuar la pobreza.

Como señalan distintos estudiosos sobre el fenómeno, Chiapas, al igual que otras entidades del sur de México, se inserta en los flujos migratorios internacionales, específicamente a los Estados Unidos y Canadá, en los años noventa, pero su crecimiento es continuo y tiende a incrementarse (Durand, 2003; Villafuerte y García, 2009).

Por tanto, si bien la migración internacional es un fenómeno “emergente” en Chiapas, al igual que en otras entidades del sureste y sur del país, empieza a cobrar importancia en la última década del siglo pasado, y obedece a diversas causas, entre las que destacan la crisis agrícola de larga data en Chiapas, el recrudescimiento de la pobreza y el desempleo, los cambios en los mercados laborales nacional e internacional, así como el desarrollo de las comunicaciones que posibilita el flujo de ideas e información en una escala global, e incluso la posibilidad del disfrute de lo juvenil rural en otro contexto. Esta última idea se abordará más adelante.

En suma, mi interés en este capítulo fue mostrar como los chiapanecos han migrado por distintas razones dentro de las fronteras estatales desde hace algunos siglos, y recientemente se incorporan en la migración interestatal e internacional en condiciones de alta

⁷⁴ Lo describo como emergente entre comillas, sin embargo considero que ya no lo es pues tiene más de 20 años.

vulnerabilidad social y riesgo. El pronóstico es que seguirá incorporándose más mano de obra en edad laboral, campesinos jóvenes migrantes al mundo del trabajo en su escala internacional. En consecuencia, las tensiones entre lo rural-urbano se polarizarán aún más, tendiendo a soportar la desposesión de los medios de vida con los paliativos generados por la migración.

La movilidad hacia espacios laborales lejanos, implica también el abandono por largas temporadas de sus lugares de origen, trayendo consigo transformaciones sustantivas en el propio migrante, en la familia y en el entorno comunitario inmediato, como el caso del migrante chiapaneco. En el siguiente capítulo me centraré al espacio de Las Margaritas Chiapas y su incursión, especialmente, en la migración internacional.

Capítulo III



Fuente: Archivo fotográfico particular

Del sur al norte: la migración en Las Margaritas, Chiapas

En inmensas caravanas, marchan los fugitivos de la vida imposible. Viajan desde el sur hacia el norte y desde el sol naciente hacia el poniente. Les han robado su lugar en el mundo. Han sido despojados de sus trabajos y sus tierras. Muchos huyen de las guerras, pero muchos más huyen de los salarios exterminados y de los suelos arrasados. Los náufragos de la globalización peregrinan inventando caminos, queriendo casa, golpeando puertas: las puertas que se abren, mágicamente, al paso del dinero, se cierran en sus narices. Algunos consiguen colarse. Otros son cadáveres que la mar entrega a las orillas prohibidas, o cuerpos sin nombre que yacen bajo tierra en el otro mundo a donde querían llegar. Eduardo Galeano (2004).

Dada la intensidad migratoria internacional en años recientes, estudiosos de la migración internacional del país definen al estado de Chiapas, junto con Veracruz y Puebla, como entidades que configuran el último ciclo de la migración internacional mexicana (Mestries, 2003; Durand, 2003; Villafuerte y García, 2006). Aun cuando las investigaciones sobre el fenómeno de la emigración interestatal e internacional en Chiapas son relativamente recientes, sus resultados, corroborados en campo, registran la intensidad del fenómeno y la complejidad del mismo en las distintas regiones del estado. Sin embargo, el proceso migratorio, al menos en Chiapas, no sigue un patrón lineal o ascendente, más bien su comportamiento es inestable, sujeto mayormente a los dictados de una economía que vive la estocada de la crisis económica mundial.

Sin obviar las principales mediaciones que explican el comportamiento migratorio internacional chiapaneco, en este capítulo intentaremos bosquejar algunas ideas y datos que

permitan dar una idea ordenada del fenómeno migratorio en el municipio de estudio, Las Margaritas, municipio integrado a la región Fronteriza de Chiapas, una región que cuenta con una historia poblacional que por varias décadas del siglo XX la definieron como tierra de colonización, de albergue de chiapanecos indígenas, de mexicanos de otras entidades y de refugiados guatemaltecos. Sin duda alguna, todas las regiones de Chiapas dan cuenta de movilizaciones internas intensas en el tiempo reciente, en particular de las regiones indígenas como la de Los Altos de Chiapas, y la Sierra de Chiapas, pero la particularidad del tiempo presente es que la movilidad se intensifica en prácticamente todas sus regiones, incluso la región Fronteriza, que fue tierra que albergó a su propia etnia, la tojolabal, la totsiles y tzeltales de las tierras alteñas; a kanjobales o mames de la Sierra chiapaneca o de Guatemala a través del refugio en la segunda mitad de los ochenta.

El movimiento zapatista de enero de 1994 y sus desenlaces coyunturales definen también al municipio de Las Margaritas; la movilidad de su población se intensificó, numerosas familias de las comunidades cercanas a la zona de conflicto se trasladaron a la cabecera municipal y la propiedad de la tierra se desestructuró, finiquitándose las últimas fincas que aún persistían -más con el afán de linaje que con fines empresariales-. En suma, se alteraron y se intensificaron los flujos migratorios tradicionales hasta culminar con la migración laboral hacia Estados Unidos, evento que las autoridades no le han dado la debida importancia, pero que la población directa o indirectamente participa en el proceso migratorio internacional viene dando cuenta de ello. Es una historia social que hoy hace referencia al sujeto migrante que define una travesía y un soporte social y particular que lo hace posible, la familia, y que los configura como una “industria de la migración”. La narrativa local poco a poco va incorporando un conocimiento del ámbito cotidiano, que es propio del mundo migratorio, como las rutas y los cruces en la frontera norte, los polleros y los actores que configuran eslabones de una cadena más amplia que constituyen la llamada “delincuencia organizada” –de la que deviene la extorsión y el “secuestro”, hoy tan ampliamente comprendido por quienes en algún momento intentaron o apoyaron la experiencia migratoria internacional-, y al mismo tiempo, de las remesas y los logros y triunfos de quienes como héroes desafiaron con el “sí se puede ir al otro lado”. Como soporte de esos relatos, es posible identificar a hombres jóvenes transitar por las calles con los atuendos del clásico “norteño” o del “cholo” y “rebelde” que

hizo suya las expresiones estéticas de ese mundo moderno o posmoderno, como gesto de rebeldía o acomodo.

En este capítulo, que da cuenta de la historicidad de Las Margaritas, sus avatares, sus potencialidades pero sobre todo, sus carencias y las ausencias del ansiado desarrollo, intentamos la reconstrucción del fenómeno migratorio internacional. Este esfuerzo es producto de la estancia en el municipio y en muchas de sus comunidades o localidades, aplicando entrevistas a veces informales, pero también formales y estructuradas. Desde abajo, desde quienes iniciaron y quienes continúan la experiencia migratoria en el lugar de estudio, es posible dar una lectura, que dista de las lecturas generales sobre la migración internacional en el caso de Chiapas, una de las entidades que hoy finalmente se integra al circuito migratorio de escala internacional, en un contexto y momento crítico, en el que es difícil aventurar horizontes migratorios definidos.

La extensa literatura sobre el fenómeno migratorio internacional contrasta con la sencillez de la gente que día a día construye esta experiencia; son personas, jóvenes en su mayoría, que dan cuenta de la diversidad de aristas que caracteriza el fenómeno de estudio. Son la economía, la estrechez y las penurias, razones para decidirse a emigrar, pero no las únicas. Por eso decidimos reconstruir esta experiencia migratoria del municipio de estudio desde quienes la han hecho posible. Se rompen, a veces, las verdades vertidas sobre los enemigos de la migración referidas a las redes o tráfico de migrantes. Sin duda alguna es cierto la malignidad del tráfico de personas; no obstante, en el espacio local lo que identificamos son redes que desde lo local se han ido complejizando hasta ser parte de redes más amplias, pero que en el espacio local, por ser sus participantes del mismo lugar, deben cumplir sus promesas de “polleros”, asegurar el “brinco” so pena de sanciones por la sociedad local que confió en ellos. Ello no implica el registro de otras experiencias migratorias negativas, como ha sido el “secuestro” de migrantes ya en tierras estadounidenses, aunque sin llegar a consecuencias mayores.

Cuando se arma el rompecabezas del municipio y su gente se entienden los distintos sentidos y significados de la experiencia migratoria, y en el caso de nuestro estudio, nada parece conducirnos a decir la última palabra.

3.1 Contexto sociohistórico y cultural del municipio de Las Margaritas

Como pueblo y cabecera municipal, Las Margaritas se creó mediante un decreto del 9 de diciembre de 1871, promulgado por el Gobernador del Estado, Pantaleón Domínguez. La historia registra que fue el propio jefe político del Departamento de Comitán quien hizo la delineación y demarcación del fundo legal del nuevo asentamiento, concediendo a cada familia de indígenas tojolabales suficientes tierras para casa y sitio. Hasta antes de dicha fecha, Las Margaritas era una rancharía de Comitán, por lo que su historia prehispánica, colonial e independiente ha estado ligada a ésta.

La historia prehispánica registra en el valle de Aguacatenango, cerca de la región comiteca, evidencias de ocupación de recolectores y cazadores desde antes de 2000 a. C. y restos cerámicos desde el período 1600-1400 a. C. (Gómez, 2001, Escalona, 2009). Sus pobladores se identifican por su filiación mixe-zoque y un desplazamiento paulatino por poblaciones mayenses venidas de las tierras bajas de la cuenca del Usumacinta. Las expresiones arqueológicas que se extienden por toda la región de Comitán, o de los Llanos, una región situada “entre la Selva Lacandona, la cuenca del alto Grijalva, los Cuchumatanes guatemaltecos y Los Altos centrales de Chiapas”, definen su importancia como zona de paso entre las cuencas de los grandes ríos y las zonas montañosas de Chiapas y Guatemala, y desde el 900-1200 d.C, “zona de encuentro lingüístico donde confluían los hablantes de tzeltal con los coxoh –hablantes de otra lengua o por lo menos de una variante tzeltalana-, con los tojolabales o chañabales, y posiblemente ya con los chujes” (Ramos, 2000: 36).

La densa historia colonial en la región de Los Llanos está marcada por la impronta de la religión, visible no sólo en los vestigios de los templos establecidos en Comitán, La Trinitaria, Copanaguastla, Soyatitán, Coapa, Coneta y Aquespala, en la que domina la

arquitectura dominica del siglo XVI, sino en la configuración de las llamadas *haciendas*. En efecto, la historia da cuenta de que junto a la religión, españoles procedentes de Guatemala y México se establecieron como encomenderos en Ciudad Real, y en Comitán, pueblo de hablantes de tzeltal, cavil coxoh y tojolabal (Ruz, 1983). Llegados a mediados del siglo XVI, los dominicos fueron los que establecieron las primeras haciendas en Los Llanos que hicieron de Comitán una zona importante por la producción de sus haciendas, y con ellas, la presencia de españoles propietarios de las estancias que devino en los siglos XVII y XVIII en un proceso de ladinización que trajo consigo el sistema hacendario, pero también porque Comitán era lugar de paso estratégico sobre el Camino Real, pues como señala Ramos, “Comitán poseía la ventaja sobre la capital provincial, Ciudad Real, de estar más cercana y accesible a Guatemala, de donde Chiapas dependía en aquella época”. (Ibid: 38).

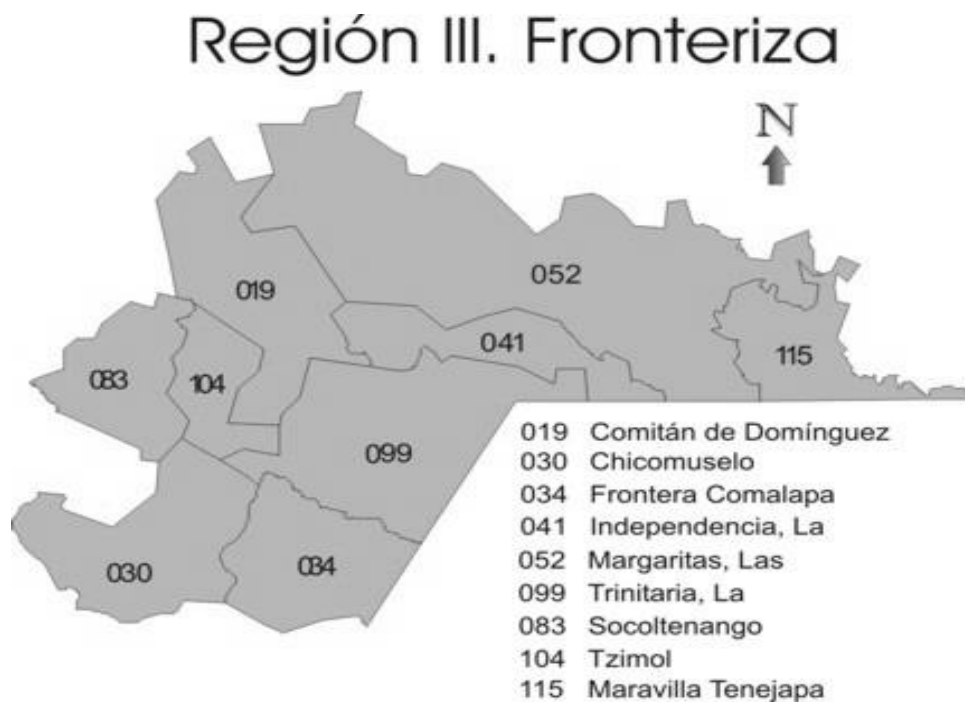
Junto con Comitán y otros municipios como la Trinitaria y la Independencia se configura como pueblo de lenguas y culturas diversas, particularmente signadas por grupos tojolabales y chujes, de ascendencia maya. “Según la tradición oral, llegaron de Guatemala expulsados por los chujes, lo que explicaría añejas relaciones sociales, intercambios y parentescos culturales con pueblos de los Cuchumatanes guatemaltecos” (Ramos, 2000: 33). La mayoría de los chujes habita en Guatemala. En Chiapas se registra población chuj en la zona de los lagos de Montebello, del municipio de La Trinitaria, un pueblo fronterizo de lengua parecida a la tojolabal; es uno de los grupos étnicos menos numerosos de Chiapas.

La región Fronteriza, donde se ubica el municipio de Las Margaritas, tiene una extensión de 12 790 Km² y representa el 7.03% de la superficie estatal. “Abarca parte del municipio de Motozintla, el extremo suroriental del valle del Grijalva y de Los Llanos de Comitán, y parte de la selva Lacandona que se encuentra en el municipio de Las Margaritas” (Viqueira, 2002:32). El Programa Fortalecimiento Municipal (FORTAM, 1983) refiere que los municipios que forman parte de la región fronteriza están distribuidos en por lo menos tres regiones fisiográficas: los valles centrales, que comprenderían los municipios de La Trinitaria, Tzimol y Socoltenango; el bloque o altiplano central, dominado por la ciudad de Comitán y sus alrededores; y las Montañas de Oriente o zona de las Cañadas, constituida por la accidentada parte oriental del municipio de Las Margaritas (Cfr. Cruz y Burguete 2000: 100).

El tipo de vegetación en la región se caracteriza por su diversidad, la cual incluye selva alta perennifolia (al extremo oriental del municipio), selva baja perennifolia, bosques deciduos (en el extremo sudoriental), bosques de hojas planas y duras y bosques de hojas aciculares o escamosas (Cruz y Burguete 2000: 100). Hay que señalar que actualmente grandes extensiones de tierra en la región han sido afectadas por el desmonte y la tala inmoderada.

La región Fronteriza está integrada por 9 municipios: Comitán de Domínguez, Chicomuselo, Frontera Comalapa, La Independencia, Las Margaritas, La Trinitaria, Socoltenango, Tzimol y Maravilla Tenejapa⁷⁵ (ver mapa 4). Comparte una porción de su territorio, como parte de la frontera sur, con la República de Guatemala. Las ciudades rectoras son Las Margaritas y Comitán de Domínguez; esta última concentra 141 013 habitantes. El índice de analfabetismo de esta región es de 23.4 por ciento.

Mapa No. 4. Municipios de la región fronteriza



Fuente: Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal, 2005.

⁷⁵ La conformación de la región ha cambiado hace algunos años, sin embargo, me parece más pertinente en esta investigación utilizar la anterior.

Cabe señalar que en la región coexisten diversos grupos étnicos: tzeltales, tojolabales, chujes, cakchiqueles, jacaltecos, choles, entre otros, además de mestizos provenientes de otros estados de la República, sin olvidar a la población refugiada guatemalteca provenientes de diversos departamentos y aldeas del occidente guatemalteco, y hablantes de lenguas mayas (Cruz y Robledo, 2001: 146).

Algunos autores consideran que los primeros pobladores de esta zona son hablantes de Tojol-ab'al⁷⁶. Gudrun Lenkersdorf refiere que “el asentamiento más antiguo donde pueden ser ubicados los tojolabales es aquel que se conoció como Pantla, ubicado en la parte norte del municipio de Las Margaritas (entre los actuales ejidos de Veracruz y La Libertad). La localización geográfica del grupo se dificulta en la medida en que durante la Colonia los españoles encargados del proceso evangelizador tuvieron pocos recursos e interés para ahondar en las diferencias de las múltiples lenguas mayenses” (1989: 80). La autora señala que la región tojolabal previa a la llegada de los europeos habría abarcado desde la cuenca superior del Grijalva hasta los Lagos de Montebello, y en el norte, posiblemente hasta el actual Altamirano.

Otros autores señalan que la población tojolabal no se asentó en pueblos antiguos, por el contrario, se establecieron en la región como trabajadores de las fincas y haciendas, (Ruz, 1983; Gómez y Ruz, 1992; Van Der Haar, 2002; Escalona, 2009). Las fincas, indica, “dominaron la región desde el periodo colonial (siglo XVI hasta principios del XIX) y hasta el siglo XX. Sin embargo, a mediados de ese siglo la finca perdió su importancia como espacio de reproducción social, como resultado de la reforma agraria, dejando lugar a las comunidades y las familias tojolabales. Es decir, las actuales familias tojolabales adquirieron visibilidad durante el reparto agrario” (Escalona, 2009: 23 y 24).

Asimismo, Ruz señala que en las fincas existían dos tipos de peones: el “acasillado” (trabajador sujeto por sus deudas) y el “baldío”, que indicaba quien trabajaba las tierras para beneficio de otro, es decir, laboraba de “balde” (Ruz, 1983; Gómez y Ruz, 1992). De cada finca que se desmembraba surgieron dos y hasta tres ejidos a los que se les denominó colonias. Cuadriello y Megchún (2006) refieren que en los decenios de los cuarenta, cincuenta y sesenta

⁷⁶ Según Antonio Gómez (2005) Tojol-ab'al: lengua correcta, lengua verdadera; de toj: recto, correcto; de abál: palabra. Asimismo, constituye uno de los 27 grupos mayenses de México y Centroamérica.

del siglo XX, pasado el reparto agrario del periodo cardenista, el ritmo de la dotación ejidal en la zona tojolabal aminoró su marcha. A pesar de todo, lenta pero infatigablemente la finca perdió su hegemonía local durante ese periodo (sobre todo, en las llamadas tierras frías tojolabales). Los antiguos nombres de propiedades privadas como El Retiro, San Mateo o Santiago, pasaron a formar parte de la memoria histórica de los habitantes de flamantes ejidos como Plan de Ayala, Veracruz o Veinte de Noviembre (2006: 16, 17).

En cuanto al aspecto económico, la región cuenta con una importante reserva de recursos naturales, ya que es poseedora de una gran cantidad de bosques, agua y petróleo, además de la diversidad florística y de faunística. Según un estudio de Cruz y Robledo (2001), las ciudades de Comitán y Las Margaritas son centros de una región nodal, con una gran capacidad de oferta de bienes y servicios, algunos de ellos muy especializados (distribución de refacciones automotrices y electrodomésticos, medicamentos, fertilizantes químicos, entre otros), al mismo tiempo que son el punto de enlace hacia espacios nodales de otras regiones, como San Cristóbal hacia el centro de la entidad, o La Trinitaria, Frontera Comalapa, Ciudad Cuauhtémoc y La Mesilla en la frontera serrana con Guatemala, o hacia Motozintla, Huixtla, Tapachula y Frontera Hidalgo, en la región de El Soconusco-en la frontera costeña-nuevamente con Guatemala (2001:147).

“En el aspecto económico, la región posee una importante reserva de recursos naturales, pues almacena la mayor cantidad de bosques, agua y petróleo, además de su gran diversidad florística y de fauna. Y es de relevancia geopolítica, pues representa tanto los límites del Estado nacional como la presencia histórica y social de Centroamérica, en el marco de los graves y profundos cambios socio-políticos que se registran en la zona” (Ibíd. 147).

Situado en los límites del Altiplano Central y de las Montañas del Norte, el municipio de Las Margaritas tiene una extensión territorial de 5,307.8 km². Limita al Norte con los municipios de Ocosingo y Altamirano; al Sur con los Municipios de La Independencia, Maravilla Tenejapa y la República de Guatemala; al Este con Ocosingo y, al Oeste, con los municipios de Chanal y Comitán. Ruz menciona que en la región se pueden distinguir “tres áreas geográficas y humanas diferentes, producto de la ubicación del municipio entre las tierras

altas y las tierras bajas de la Selva Lacandona: la montaña en el noroeste, los valles en el suroeste, y las tierras bajas entre las regiones este y sur” (1982:68).

El municipio de Las Margaritas es el más grande de la región Fronteriza; representa el 41.49% de la superficie de la región. Es el segundo municipio más grande del estado; además, cuenta con un total de 398 localidades agrupadas en ocho microrregiones (ver mapa 5), de las cuales 397 son rurales y una urbana.

Mapa No. 5. Microrregiones

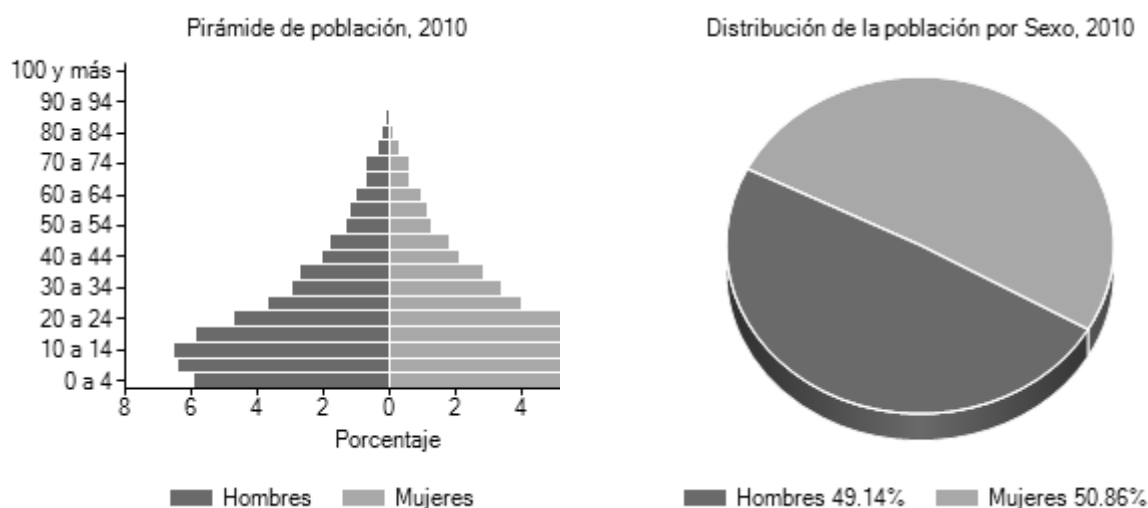


Fuente: e-local, enciclopedia de los municipios.

El municipio de Las Margaritas tiene una gran cantidad de ríos que se entrecruzan, iniciando por el Jataté, tributario del Usumacinta. Además, en la parte sureste destaca el afluente de Santo Domingo y otros más. En la zona norte se encuentra el Tzaconelha y en la zona de los valles se encuentra el río K'abasatik o K'abastatik, también conocido como Río de la Soledad. La zona oeste es bañada por las corrientes del río Comitán (Ibíd.: 70).

Las Margaritas, de acuerdo al último informe del INEGI 2010, cuenta con una población total de 111 455 habitantes; representa el 21.82% de la población regional y 2.22% de la estatal; el 49.14 por ciento son hombres y 50.86 por ciento mujeres. *Su estructura es predominantemente joven, 66% de sus habitantes son menores de 30 años y la edad mediana es de 17 años.*

Gráfica No. 4. Distribución de la población de Las Margaritas



Fuente: INEGI, 2010

Del total de la población, 47,219 personas de 5 años o más hablan alguna lengua indígena, es decir, representan el 40.38% de la población total. En la actualidad -y de acuerdo con Cuadriello y Megchún-, “90 por ciento de los 37 667 tojolabales que viven en el sureste de Chiapas se localizan en los municipios de Las Margaritas y Altamirano, el resto se distribuye de forma dispersa en los municipios de Comitán, Maravilla Tenejapa, Ocosingo, La Independencia y La Trinitaria” (2006: 3 y 4).

El nivel de marginación en el municipio es muy alto, con un índice de 1.219. Ocupa el segundo lugar en el contexto estatal, mientras que en el nacional ocupa el lugar 296. El siguiente cuadro nos muestra los principales indicadores de marginación.

Cuadro No. 2. Indicadores de Marginación

Las Margaritas	2005	2011
Población total	98,374	111,484
% Población de 15 años o más analfabeta	30.22	26.06
% Población de 15 años o más sin primaria completa	55.45	48.27
% Ocupantes en viviendas particulares habitadas sin drenaje ni excusado	4.17	1.73
% Ocupantes en viviendas particulares habitadas sin energía eléctrica	12.12	10.75
% Ocupantes en viviendas particulares habitadas sin agua entubada	33.69	38.79
% Viviendas particulares habitadas con algún nivel de hacinamiento	67.72	59.88
% Población en localidades con menos de 5 000 habitantes	82.45	81.36
% Población ocupada con ingresos de hasta 2 salarios mínimos	89.40	82.60
Índice de marginación	1.13440	1.21918
Grado de marginación	Muy alto	Muy alto
Lugar que ocupa en el contexto nacional	341	296
Fuente: Elaboración propia con base en estimaciones del CONAPO , Índices de marginación 2005; y CONAPO (2011)		

De acuerdo al Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, Chiapas ocupó el primer lugar de las 32 entidades del país en porcentaje de población en pobreza y en pobreza extrema y forma parte de las tres entidades con mayor pobreza en el país. Por su parte, el municipio de Las Margaritas es uno de los que más evidencian esta

realidad, ya que 75,339 habitantes viven en pobreza extrema, es decir, el 60.76 por ciento del municipio. De sus 398 localidades, 136 tienen un grado de marginación muy alto, que representa el 34.61 por ciento; 143 localidades se encuentran en un grado alto, que representa el 36.39 por ciento (CONEVAL, 2012; SEDESOL, 2013).

En el ámbito educativo, Las Margaritas es uno de los municipios con mayor problema de analfabetismo. El municipio presentó un índice de analfabetismo en el año 1990 de 47.92 por ciento, en síntesis, casi la mitad de sus habitantes no sabían leer y escribir. Diez años después, en el 2000, el censo arrojó 35.18 por ciento. Para el año 2005 el índice registró 30.19 por ciento, mientras que en el 2010 fue de 25.96 por ciento (INEGI, 2000, 2005 y 2010).

En el año 2000, la población mayor de 15 años representó el 35.78 por ciento que tenían primaria incompleta; 18.92 por ciento completó los estudios de primaria y 13.96 por ciento cursó algún grado de instrucción posterior a este nivel. Para el año 2005 el censo del INEGI refiere que la población de 6 a 14 años que no asistía a la escuela era del 14.51; en el 2010 este mismo grupo alcanzó el 11.16 por ciento. En cuanto a la población de 15 años y más con educación básica incompleta, los datos son más críticos ya que en el 2005 fue 82.69 por ciento, mientras que para el 2010 alcanzó el 77.95 de su población.

En lo que respecta a salud el municipio registra graves problemas. El porcentaje de población que no es derecho-habiente a los servicios de salud fue de 83.75 para el 2005, mientras que para el 2010 fue del 40.92; a pesar de la reducción, muchos margaritenses siguen excluidos de los servicios de salud. (SEDESOL, 2013; Secretaría de salud, 2012).

En el año 2000 la Población Económicamente Activa (PEA) ocupada fue de 26,380 habitantes, distribuyéndose por sector de la siguiente manera: sector primario 77.07 por ciento; sector secundario el 6.41 por ciento; sector terciario el 14.66 por ciento. En cuanto a los ingresos, en el municipio se registraron los siguientes resultados: el 43.87% de los ocupados en el sector primario no obtenían ingresos y sólo 0.23 por ciento recibieron más de cinco salarios. En el sector secundario, 9.32 por ciento no recibían salario alguno, mientras que 2.61 por ciento recibieron más de cinco. En el terciario, 10.65 por ciento no reciben ingresos y el 9.98 por ciento obtuvo más de cinco salarios mínimos de ingreso mensual. En el año 2005 la Población Económicamente Activa Ocupada (PEAO) fue de 32 707 personas, siendo el sector

primario el más importante. De esta población, 29 240 personas recibieron hasta 2 salarios Mínimos, mientras que sólo 3 467 personas recibieron más de 2 salarios Mínimos (INEGI, 2000 y 2005).

Para el año 2011 el CONAPO reportó una población económicamente activa ocupada de 33, 862, dicho de otro modo, 46.17 por ciento de la PEA total. Las actividades primarias siguen siendo las más importantes ya que 33,916 habitantes se encuentran en este sector. En cuanto los ingresos, la población ocupada que percibe hasta 2 salarios mínimos es de 82.60 por ciento.

Cuadro No. 3. Población de 12 años y más según condición de actividad económica, 2010

		Total	Ocupada	Desocupada		
			[4]	[5]		
Estatal	3,424,551	1,645,564	1,607,252	38,312	1,760,280	18,707
Municipal	74,214	34,264	33,862	402	39,540	410

Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, 2010⁷⁷

El municipio de Las Margaritas, como muchos municipios de la entidad, registra graves problemas como la pobreza y marginación de sus habitantes, por lo que debe reconocerse que es uno de los factores causales que hoy definen la emigración interestatal e internacional. La pobreza es portadora de conflictos y la región también se define por la diversidad de tensiones que ha traído consigo su historia reciente.

⁷⁷ Notas: [2] Total de la población de 12 años y más. Incluye la que especificó su condición de actividad económica y la no especificada. [3] Población económicamente activa: Personas de 12 años y más que trabajaron; tenían trabajo pero no trabajaron o; buscaron trabajo en la semana de referencia. [4] Población ocupada: Personas de 12 a 30 años de edad que trabajaron o que no trabajaron pero sí tenían trabajo en la semana de referencia. [5] Población desocupada: Personas de 12 a 30 años de edad que no tenían trabajo, pero buscaron trabajo en la semana de referencia. [6] Población no económicamente activa: Personas de 12 años y más pensionadas o jubiladas, estudiantes, dedicadas a los quehaceres del hogar, que tienen alguna limitación física o mental permanente que les impide trabajar. [7] Población de 12 años y más que no especificó su condición de actividad económica.

3.2 Radiografía de los conflictos y nuevos asentamientos en el municipio

La región fronteriza, al igual que otras regiones de Chiapas como La Selva, enfrenta problemas económicos y sociales relacionados con sus recursos naturales, su uso y manejo. De Vos (1992) refiere que los primeros están relacionados con la explotación irracional de los recursos forestales que se ha realizado en la selva desde mediados del siglo pasado, cuando se establecieron las “monterías”; después, con la expansión de la frontera agrícola y el surgimiento de las fincas cafetaleras, la “milpa que camina”, y la producción ganadera⁷⁸. La presencia activa de Petróleos Mexicanos en la selva también contribuyó a la devastación de selvas y bosques, pues desde 1984 se realizaron trabajos exploratorios; en Marqués de Comillas se han explotado cinco pozos: Lacantún-1, Tzeltal-1, Bonampak-1, Lacandón-1 y Chajul-1 (Cruz y Robledo, 2001b).

La movilidad poblacional ha sido una constante, tanto en la región como en el municipio de Las Margaritas. Como mencioné en el capítulo anterior, la migración a la selva fue intensa y de gran calado para la formación de nuevas comunidades que modificaron el territorio mismo. Hacia 1930 comenzó una gran oleada de campesinos de los Altos de Chiapas y Tojolabales que fueron durante muchos tiempo la mano de obra de las fincas en el mismo estado (Acevedo, 1992). En la llamada colonización participaron algunos mestizos sin tierra que buscaban hacerse de un pedazo de tierra, mismos que después se convertirían en pequeños ranchos (véase Van der Haar, 1998).

Rodolfo Lobato (1979) señala que durante los años de 1960 se produjo otra gran oleada migratoria importante, sin embargo esta había sido incentivada por el mismo Estado para crear nuevos centros de población ejidal y colonias agropecuarias, en ella participaban numerosos campesinos indígenas tzeltales de Bachajón, Chilón, algunos campesinos de Oxchuc, algunos Chóles de Yajalón y campesinos tzotziles. A estos grupos se sumaron

⁷⁸ De Vos (2002) también menciona que las migraciones a la Selva Lacandona se incrementaron principalmente en el período de 1940 a 1950, aunque se prolongó hasta 1970; ya que fueron incentivadas por programas gubernamentales de colonización y dotación de tierras, esto como parte de una estrategia para mitigar los conflictos agrarios y poblar territorios hasta entonces vírgenes en los municipios de Ocosingo, La Trinitaria, Palenque, Las Margaritas y La Independencia, con población campesina de diversas partes de Chiapas y de entidades de la República mexicana.

campesino de otros estados del país, Michoacán, Tabasco, Puebla, Veracruz, entre otros (Leyva y Ascencio, 1996).

Como ya señalamos, Las Margaritas fue espacio privilegiado por el sistema de fincas en el estado. Se establecieron desde la época de la Colonia y, con sus altibajos durante las reformas liberales en el siglo XIX, perduran hasta la época revolucionaria. De acuerdo con Escalona (2009) esta forma de propiedad perduró mucho tiempo, existiendo cambios importantes en el régimen de servidumbre.

El reparto de tierras a los indígenas tojolabales es producto de la reforma agraria del gobierno federal después de la revolución mexicana. Un proceso que en Chiapas duró hasta bien entrado el siglo XX, acompañado de fuertes movilizaciones campesinas desde los setentas en las que se exigió el fin del régimen de servidumbre instaurado por los finqueros.⁷⁹

En la formación de los nuevos ejidos y comunidades en la Selva Lacandona, los campesinos e indígenas tuvieron el apoyo de la diócesis de San Cristóbal de la Iglesia católica, quienes participaron activamente en las movilizaciones campesinas que le llevaron a confrontaciones directas con el gobierno del estado de Chiapas y los propietarios de fincas cafetaleras y ranchos ganaderos. Durante la segunda mitad del siglo pasado, la región fronteriza y las regiones Selva y Norte, sufrieron cambios de alguna manera centralizados por la lucha agraria, sin embargo, en paralelo, la zona fronteriza en particular, se transforma en un frente de expansión tanto de los grupos religiosos protestantes como de neocatólicos; estos últimos, seguidores de una pastoral indígena comprometida socialmente y derivada de la teología de la liberación (Fábregas, 1985).

Derivado de la conversión religiosa que se incrementa a partir de los años setenta, se comienzan a gestar conflictos entre las comunidades de la región. En el municipio de Las Margaritas, municipio que se ha caracterizado por ser, junto con el municipio de Chamula, espacio de recurrentes conflictos religiosos, la cuestión religiosa ha estado íntimamente

⁷⁹ Los conflictos agrarios que se multiplicaron en Chiapas a partir de 1970 también fueron vivenciados por la población del municipio. Aunque el reparto agrario continuó, incluso a un ritmo más elevado que en las décadas anteriores, el número de campesinos sin tierras seguía creciendo inexorablemente (Viqueira, 2008). El anuncio del fin de la reforma agraria en 1992, resultado de la reforma del artículo 27 de la Constitución, acabó con las esperanzas de decenas de miles de jóvenes campesinos que habían luchado por recibir tierras, dado que no encontraban trabajo en las ciudades (Viqueira, 2008; Villafuerte y García 2006, 2007 y 2009).

articulada con los conflictos agrarios, pero en particular, con los conflictos políticos entre la Diócesis de San Cristóbal y el gobierno del estado (Rivera, et. al, 2005).

La fuerte presencia de la pastoral de la Diócesis de San Cristóbal en el municipio y el relativo equilibrio que ésta mantenía con la Iglesia Presbiteriana se altera con la diversidad de ofertas religiosas no cristianas en los años setenta y ochenta. El punto inicial de un conflicto religioso deviene con la negativa de algunas familias -o miembros de éstas- de cooperar para las fiestas tradicionales en atención a los “usos y costumbres”, y la reacción de la autoridad comunal va en el sentido del respeto a la tradición o la expulsión de quien la contravenga. A pesar de todo, se registran hechos previos que van a definir el peso y la fuerza de los actores externos que intervienen en la resolución del conflicto religioso. Tensiones internas por la presión sobre la tierra, la fuerza de organizaciones campesinas y sociales articulados a una sigla partidista -que limitan otras ofertas organizativas y políticas-, posibilitan que la respuesta gubernamental afiance algunas salidas ventajosas para unos y otros, como es el caso de la exigencia de tierras para los conversos no cristianos en otros lugares cercanos o lejanos a la comunidad de origen y la apropiación comunitaria de las tierras de los expulsados.

Los liderazgos de las instituciones religiosas se registran en la misma esfera de la política local, particularmente en los tiempos electorales. A este respecto es ilustrativo que en Las Margaritas, donde el PRD había logrado triunfos importantes, el partido terminará reconociendo (en la campaña electoral local de 2000) las afectaciones sufridas por los creyentes no cristianos por parte de su militancia, ofreciendo cambios importantes en materia de libertad religiosa. En suma, la religión es una dimensión que hoy ocupa un lugar importante en la dinámica del municipio de estudio -y en muchos otros municipios del estado de Chiapas-.

Una parte sustantiva de la dinámica política en el municipio de estudio gira en torno al ejercicio del gobierno local como espacio primario desde donde se gratifica a los líderes de los gremios que apoyaron al gobernante entrante, a comunidades que dieron su apoyo tras solicitar la construcción de obras y servicios básicos; de los que destacan la regularización de la tenencia de la tierra, apoyos a la producción y a la comercialización, entre otros, así como servicios educativos, de salud y sanidad ambiental. Sin embargo, la lucha política también externa una realidad sociohistórica que devela carencias estructurales que difícilmente pueden ser superadas por las administraciones de gobierno local o estatal. Este déficit de desarrollo material, en un

contexto de crisis y de globalización, intensifica la movilidad poblacional y propicia, cuando no la rebelión, el alejamiento de la población de las instituciones políticas y la supeditación de los que no tienen nada a las instituciones responsables de los magros apoyos sociales.

Las Margaritas, su porción selvática, fue protagonista en 1994 con el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). En algunas de sus localidades se registraron violentos enfrentamientos entre militares y militantes zapatista, entre simpatizantes del EZLN y algunos grupos paramilitares o miembros de partidos u organizaciones contrarias al EZLN.

En suma, derivado de los estudios realizados en la región y en el municipio de estudio, de las estadísticas oficiales y del trabajo de campo, se puede caracterizar al municipio de Las Margaritas como un territorio cuya dinámica económica, demográfica, política y sociocultural está definida por los procesos de movilidad poblacional: ha sido receptor de población de otras regiones de la entidad chiapaneca, acogió un importante contingente de población guatemalteca bajo el estatus de refugiada y su cabecera municipal es receptora de población de otras localidades y de localidades de municipios cercanos. Las Margaritas también es un espacio que se identifica como producto de la presión demográfica y una progresiva crisis de sus unidades productivas de subsistencia, un espacio expulsor de población joven y en edad laboral hacia otras entidades del país, y ahora, a distintos lugares de los Estados Unidos.

3.3 ¡Y se dejaron venir a la cabecera! La migración interna en Las Margaritas

A mediados del siglo XIX dos milperías que se encontraban al este de Comitán⁸⁰ poco a poco se convirtieron en pueblos y posteriormente en asentamientos administrativos municipales: Las Margaritas y La Independencia⁸¹ (Ruz, 1992). Como todo asentamiento

⁸⁰ La ciudad de Comitán, ubicada también en la región fronteriza, fue un importante asentamiento durante el periodo colonial. En este lugar se encontraban los dueños de las fincas, civiles y religiosos, tenían sus casas urbanas, tiendas y monasterios (Ruz, 1992).

⁸¹ Otra versión del cronista de la ciudad, alude que el origen de Las Margaritas es incierto, sin embargo menciona que: Se remontan al año de 1717 cuando campesinos indígenas de Comitán denunciaron estos terrenos al Rey de

poblacional de la época, se comienza a construir un eje articulador para la mayoría de la población: la iglesia,⁸² en cuyo recinto se empezó a venerar a la Virgen de Santa Margarita, cuya fiesta Patronal del municipio se celebra cada 20 de julio con una tradicional feria que dura más de una semana. El recinto se encuentra erigido en el centro del lugar. Así transcurrieron varios años hasta que, por decreto emitido con fecha 9 de diciembre de 1871, Las Margaritas obtuvo la categoría de pueblo.

La cabecera municipal se fue conformando poco a poco. La mayoría de las casas eran de finqueros que llegaron a esa zona, mismos que comenzaron a controlar el poder político, económico y social; dentro de estas familias sobresalen los apellidos: Villatoro, Pinto, Argüello, y Guillen, entre otros. Alrededor del primer cuadro, junto a la presidencia municipal, se hallaban la iglesia y las casas de los finqueros. Fue tierra de fincas, dice don Manuel: “mis papás decían que habían muchas fincas, la Soledad, la Aurora, Cimarrón, Medellín, la Floresta, entre muchas más que rodeaban el pueblo de Margaritas (Cabecera municipal, enero de 2009). Con la construcción de casas se crean algunos barrios cerca del cuadro principal, tales como La Pila y el barrio Guadalupe, mismos que hasta ahora mantienen sus nombres⁸³ .

España, Carlos III (1716–1788); según el libro “Las Margaritas a través de la Historia” de Artemio Campos Gordillo, Tintonishac es el lugar que se cita en los títulos de los terrenos medidos en 1717 por don Antonio de Rivera, y que los primeros pobladores fueron estos campesinos quienes se establecieron, principalmente, en San Joaquín, San Mateo y Jotaná (hoy Plan de Ayala), (2010:15).

⁸² Un hecho que describe el cronista, que basa sus relatos en las actas de acuerdos municipales, es que la construcción de la Iglesia Católica en honor a Santa Margarita dio inicio en el mes de diciembre de 1843 y que el encargado de invitar a los naturales fue don Domingo Gordillo (Salazar, 2009). Sobre la fundación de la iglesia de la patrona Santa Margarita, me comentaba un señor del barrio de Sacsalum cómo fue a “establecer su iglesia”; el relato tiene similitudes con algunas leyendas de carácter religioso del establecimiento de algunos pueblos en Chiapas: “Me acuerdo que mis padres contaban que un día toda la gente se preparaba para la romería de Zapaluta (hoy la Trinitaria), entonces que un matrimonio tojolabal que estaban alistando sus cosas para irse, recibieron una visita en su casa de una señora bien bonita y que quería posada, la invitaron a su casa pero no quiso quedarse prefirió el zaguán, al otro día se despertaron y la señora se había ido pues, entonces se fueron para la romería y cuando entraron a la iglesia del Padre Eterno que es el patrono de Zapaluta vieron una imagen que se parecía a la señora que vieron una noche antes, de ahí empezó su fiesta de Santa Margarita y también construyeron su templo, por eso es la patrona de los campesinos y de la mujeres que están embarazadas para que todo salga bien” (Manuel, entrevista realizada en Las Margaritas, enero de 2009).

⁸³ Hacia el año de 1919 se comienza a trabajar en una pequeña calzada o brecha que conectará a Comitán con Las Margaritas. Salazar refiere que el presidente municipal de Comitán informó al de Margaritas que se habían iniciado los trabajos de la calzada del camino que conducía de Comitán a este pueblo, ya que en tiempos de lluvia se volvía fangoso por lo que se invitaba a vecinos, a los hacendados, para cooperar con trabajos personales o alguna cantidad económica para dicha obra (2009:80). Posteriormente se construyen y oficializan las primeras escuelas en la cabecera municipal; después la construcción del servicio médico sanitario y la oficina de correos. En 1923 comenzó a funcionar la agencia de correos y unos años después, en 1928, se instaló la primera vía telefónica que conectaría a Comitán y Margaritas (Ibídem, 2009).

En la década de los treinta del siglo pasado se conforman otros barrios: San Sebastián y Sacsalum (tierra blanca en tojolabal). En este sentido, Escalona menciona que Las Margaritas quien tuvo algunos barrios de población tojolabal desde su fundación, pero que es referido en el siglo XX como un asentamiento no indígena se convirtió en el centro comercial y administrativo para las fincas más cercanas, además de ser asiento de casas y tiendas de los dueños de las fincas y sus administradores (2009:56). Es así cómo comenzó a crecer la cabecera municipal de Las Margaritas, que fue declarada ciudad en la década de los ochenta del siglo pasado (en el gobierno de Juan Sabines Gutiérrez).

Con el paso del tiempo las vías de comunicación necesitaron de mayor cobertura y conexión con otros lugares. Los habitantes cuentan que en 1970 se llevó a cabo la pavimentación de la carretera que comunicaría con la ciudad de Comitán; algunos de sus habitantes recuerdan que trabajaron en ella y que la empresa Dragón construyó dicha obra y llegó de la Ciudad de México, lo que da idea de que se refieren a la construcción de la Carretera Panamericana que llegará a entroncar con Guatemala⁸⁴.

El ocaso del sistema finquero o hacendario hizo de las Margaritas un espacio propicio para la colonización informal e institucional. Los procesos de movilización con fines agrarios fueron acompañados de la formación de organizaciones campesinas locales, y posteriormente, organizaciones de cobertura nacional de campesinos sin tierras, emprendiéndose las primeras movilizaciones en demanda de tierra y años más tarde por el poder político local⁸⁵. Cruz y Burguete registran la presencia de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC) y la Unión de Ejidos Lucha Campesina. Asimismo, en el norte de la región tojolabal, en el municipio de Altamirano, tuvo presencia la Organización Campesina Emiliano Zapata-Coordinadora Nacional Plan de Ayala (OCEZ-CNPA). Común a los movimientos sociopolíticos de resistencia y/o contestatarios, estas organizaciones tuvieron

⁸⁴ Escalona (2007) refiere que el Estado mexicano fue haciendo su aparición a través de sus instituciones; las escuelas y clínicas comenzaron a verse en la cabecera municipal como en algunas localidades, la interacción cotidiana hizo que la población pasara de ser monolingüe a bilingüe, así como a emplearse en diferentes actividades diferenciadas de la agricultura, programas gubernamentales relacionadas con la educación bilingüe.

⁸⁵ Mendoza (1995) refiere que el antiguo Instituto Nacional Indigenista (INI) y el entonces departamento de Asuntos Agrarios y Colonización crearon un ambicioso proyecto para reacomodar en 200 000 hectáreas a 10 000 familias indígenas de los Altos de Chiapas, proyecto que se cumplió de manera parcial⁸⁵. (Cfr. Cruz y Burguete 2001: 143).

escisiones, derivando en la formación de nuevas organizaciones, muchas de las cuales mantuvieron su independencia respecto al gobierno, como fue el caso de la Unión de Ejidos Pueblos Tojolabales, que nació de una escisión de Lucha Campesina (2001:143).

En este sentido, Rus nos dice que a principios de los años ochenta -y a raíz de la crisis en el estado- la emigración fue más intensa en la región de la Selva Lacandona y en la porción colindante a ésta de la región Fronteriza, como es el caso de Las Margaritas, que registró un crecimiento de población importante, al pasar de 25,316 habitantes en 1980 a 86,586 en 1990 (Rus, 2012: 1163). De esta forma, muchos de estos migrantes son choles del norte del estado, mames de la frontera entre México y Guatemala, tzotziles y tzeltales de Los Altos de Chiapas; poco a poco van apareciendo nuevos asentamientos en el corazón de la Selva: Nuevo Huixtán, Nuevo San Juan Chamula, entre muchos otros.

Otro evento que conmociona la demografía de la región Fronteriza, y dentro de ella el municipio de estudio, está dado por la trágica guerra civil en los países de Centroamérica, en particular Guatemala, El Salvador y Nicaragua. A partir de 1982 miles de refugiados se empezaron a asentar en campamentos a lo largo de la línea fronteriza. Sergio Aguayo refiere que cifras del ACNUR y COMAR –organizaciones que atendieron a los refugiados, además de la presencia activa de la diócesis de San Cristóbal y un número importante de Organizaciones no Gubernamentales (ONG)-, registran que aproximadamente llegaron a Chiapas entre 60 y 80 mil personas en calidad de refugiadas, mayoritariamente guatemaltecas, de las cuales se trasladaron 25 mil personas a campamentos en Tabasco, Campeche y Quintana Roo (1985: 60).

Además de la inmigración de población guatemalteca que arribó a esta región, las ciudades de Comitán y Las Margaritas, los dos principales centros urbanos del área fronteriza entre México y Guatemala, se han convertido también en receptores de la población indígena desplazada a partir de los conflictos políticos y socio-religiosos. El proceso de desplazamiento reciente más importante ocurrió en 1994 a raíz del conflicto zapatista en áreas sensibles de la región y el municipio de Las Margaritas.

El movimiento zapatista aceleró un proceso ya visible a fines del siglo pasado y principios del siglo XXI: la migración campo-ciudad definida en su momento por la

precariedad rural, por conflictos agrarios, y conflictos sociopolíticos y religiosos después. Esta diferenciación entre campo-ciudad debe matizarse en Chiapas, pues la mayoría de sus municipios urbanos siguen registrando un paisaje rural apenas distorsionado por la definición de cabecera municipal como centro receptor de las oficinas y personal de la administración pública, así como la instalación de una abrumadora actividad comercial (mayormente de carácter informal). Los conflictos suscitados por el movimiento del EZLN se tradujeron en la confrontación entre zapatistas y simpatizantes zapatistas por un lado, y no zapatistas por el otro, sin que en estas confrontaciones estén presentes las tensiones de vieja data. El hecho concreto fue la salida masiva de pobladores de numerosas comunidades trasladándose principalmente a las cabeceras de Las Margaritas y Comitán; situación que puso en crisis a las autoridades locales, pues los primeros lugares de llegada fueron los espacios deportivos u otros espacios públicos.

De acuerdo con información del plan de desarrollo municipal y una entrevista realizada a la directora de la Secretaría de Desarrollo Social Municipal,⁸⁶ la llegada masiva de población de las comunidades del municipio a la cabecera municipal se dio mayoritariamente con el movimiento zapatista de 1994, momento en que numerosas familias provenientes de las localidades de la selva y otros lugares se asentaron, y posteriormente se organizaron para demandar servicios públicos, dando lugar a la formación de un nuevo anillo periférico que rodeó a los asentamientos más añejos del municipio. A este respecto, Guillermo, un habitante de la cabecera municipal, refiere:

Yo llegué en el 94 aquí a Margaritas, pues antes vivía en una comunidad de Altamirano pero allá tuvimos que salir por el conflicto zapatista, habían rumores que nos iban a quitar nuestras tierras y como no éramos simpatizantes tuvimos que salir y ya me vine para acá en Sacsalum, me acuerdo que en ese tiempo vino bastante gente a Las Margaritas a refugiarse aquí, por eso puedes ver que estos barrios del periférico son más grandes y algunos con sus construcciones de madera todavía... (Junio de 2010, cabecera de Las Margaritas).

Don Santiago Vázquez también comenta a este respecto:

Cuando fue el levantamiento de los zapatistas se dejó venir mucha gente de varios lados: Altamirano, Ocosingo (municipios colindantes con Las Margaritas) y de otros lados más lejanos de Las Margaritas como: la zona de la Selva y las cañadas, algunos se regresaron después de que pasó el conflicto y otros ya se instalaron por estos rumbos de la cabecera, por eso puedes ver a mucha gente en los barrios de la periferia, mi papá tenía algunos terrenitos

⁸⁶ Enero de 2009 en Las Margaritas, Chiapas.

aquí en Sacsalum y los vendió con algunos tojolabales y otras personas, sí, así fue pues (Junio de 2010, cabecera de Las Margaritas).

Como señalan las personas entrevistadas, una numerosa porción de la población que se desplazó a la cabecera de Las Margaritas se instaló en el barrio Los Pocitos, anexos de San Sebastián y Sacsalum. En este nuevo barrio viven mayormente las personas que fueron expulsadas por conflictos religiosos que ocurrieron en poblados como Saltillo, Chacala, Plan de Ayala, entre otros. Respecto a ello, Sebastián, habitante de este barrio, comenta:

Había gente aquí en el barrio de Los Pocitos pero eran unos pocos, me acuerdo que a partir de los noventa llegó bastante gente en su mayoría hablantes de tojolabal, nosotros somos de Plan de Ayala y tengo otros mis primos en Saltillo que también vinieron ya que en ese tiempo hubo mucha bronca por las religiones, yo soy presbiteriano y voy a una iglesia en el barrio de San Sebastián... pero así fue que creció más este barrio si te das cuenta vas a ver hay muchas casas hechas de madera y otras que poco a poco van siendo de material de cemento porque esas personas también llegaron hace algunos años acá en la cabecera, son nuevos como nosotros (Junio de 2012, cabecera municipal de Las Margaritas).

En el barrio de San Sebastián ocurrió lo mismo. En los primeros años de los noventa este barrio registró un crecimiento importante; aunque el gobierno local no cuenta con datos de su crecimiento, en la memoria de algunos pobladores de la cabecera municipal priva la percepción de su crecimiento exponencial. San Sebastián es conocido porque alberga una estación de radio, La Voz de la frontera sur (**XEVFS AM**), perteneciente al Sistema de Radiofusas Culturales Indigenistas de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI). Anteriormente cerca de la estación era difícil ver casas, pero a partir de los noventa los campos poco a poco fueron poblados por personas que fueron desplazados en otros espacios.

En entrevistas que sostuve con la Secretaria de Desarrollo Social Municipal comentaba que muchos asentamientos en Sacsalum y San Sebastián eran irregulares y apenas unos años atrás fueron resolviendo la propiedad de la tierra, sin embargo quedaban pendientes alrededor de 200 casos solamente en estos lugares.⁸⁷ La ciudad de Comitán también experimentó el mismo proceso; barrios como el Cedro, Jerusalén, Linda Vista, Jordán, Plan de Ayala, entre otros, se fundaron y ampliaron con población desplazada por el conflicto zapatista.

⁸⁷ Un informe del PNUD (2012) sobre desplazados por conflicto armado refiere que en el municipio de Las Margaritas fueron desplazados 3,367 personas, 723 familias.

Es notable la diferencia entre la cabecera municipal y sus localidades, y aun cuando después del 94 el paisaje de la cabecera municipal se ruralizó, sus diferencias son importantes. La cabecera municipal cuenta con una gran variedad de establecimientos comerciales que ofrecen diversos artículos como son: alimentos, abarrotes, calzado, vestido, muebles, etc.; cuenta además con los servicios de hospedaje, restaurantes, servicios bancarios. Por otra parte, en lo que respecta al ámbito educativo alberga numerosas escuelas de nivel básico y en el nivel medio superior se encuentra dos preparatorias. Recientemente en la cabecera municipal se inauguró, con instalaciones propias, una sede de la Universidad Intercultural de Chiapas (UNICH), la primera universidad intercultural del estado, cuya sede central se encuentra en San Cristóbal de Las Casas. Asimismo, el municipio cuenta con una unidad médica federal. El censo del INEGI de 2010 reportó que en la cabecera municipal viven 20, 786, habitantes, lo que representa el 18.64 por ciento de la población total del municipio (ver cuadro 4).

Cuadro No. 4. Principales localidades

CABECERA MUNICIPAL DE LAS MARGARITAS	20,786	18.64
CARMEN VILLAFLORES	422	0.38
JALISCO	1,915	1.72
JUSTO SIERRA (SAN FRANCISCO)	1,386	1.24
NUEVO HUIXTÁN	943	0.85
PLAN DE AYALA	3,164	2.84
VEINTE DE NOVIEMBRE	2,207	1.98
YASHA	1,862	1.67

Fuente: Elaboración propia con datos del INEGI, 2010.

Como comentarios analíticos sobre este proceso de movilización poblacional con ejes multicausales definidos por las variables estructurales y coyunturales o políticas, se puede decir que Las Margaritas constituye un espacio social -complejo en su diversidad social y cultural- que ha dado lugar a dinámicas conflictivas ante la ausencia de un actor público capaz de impulsar un reordenamiento socio-territorial que haga de la cabecera un espacio habitable. La diversidad de problemas que experimenta la población en la cabecera en términos de sus déficits de servicios públicos, derivan no sólo de la degradación o debilitamiento que hoy viven las instituciones locales como la familia, las iglesias, las escuelas y los distintos espacios en

donde se movilizan recursos, sino de la ausencia tan profunda de procesos económicos que dinamicen y autonomicen la vida social. Si no hay impulsos económicos la dependencia hacia el Estado se hace inevitable pero también insostenible, y es lo que ha propiciado que en la misma cabecera municipal se re-empresen estrategias migratorias hacia otras entidades del país y en particular hacia los Estados Unidos.

En este sentido Viqueira (2008) y otros estudios del fenómeno migratorio refieren que ante la falta de oportunidades en las ciudades, los jóvenes chiapanecos han decidido ir al país vecino del norte a ganarse la vida a pesar de las dificultades y sacrificios que esta opción supone. Incluso, miles de campesinos chiapanecos que recibieron tierras entre 1994 y 1998 se apresuraron a venderlas para conseguir el dinero necesario para su viaje como migrantes clandestinos a los Estados Unidos.

3.4 ¡Escuchamos hablar de un lugar dónde se ganaba más paga: del Norte para arriba! La migración Margariteña a Estados Unidos

La literatura sobre la migración internacional en Chiapas tiende a situarla en momentos económicos críticos o ante sucesos naturales que destruyen los escasos recursos materiales que la población posee para la subsistencia; en momentos más recientes, es frecuente el cuestionamiento de la emigración de los chiapanecos más pobres, hecho que estaría explicando que si hay emigración laboral a Estados Unidos, ésta corresponde a personas que tienen los recursos para financiarse el viaje. Algunas interrogantes se generan también con respecto a las razones de por qué los chiapanecos no habían emigrado con fines laborales hacia Estados Unidos, aun cuando han visto a cientos de guatemaltecos, salvadoreños y hondureños transitar la frontera sur de México rumbo a Estados Unidos, y por qué lo hacen ahora. Sin duda, muchas de estas interrogantes quedan por ahora sin respuestas, o las respuestas son diversas en atención a la diversidad de eventos que lo han hecho posible. Desde luego el peso de las restricciones estructurales, pero en la medida en que estamos hablando de una sociedad que no autocentra su desarrollo, el entorno nacional e internacional modula o define la naturaleza de

las respuestas a dichas restricciones. En tanto, intentaremos situar el fenómeno en el municipio de estudio.

En las entrevistas que realicé, los “primeros migrantes” registrados en la cabecera municipal y en algunas comunidades datan de los años noventa, aunque casos particularizados dan cuenta de una migración hacia Estados Unidos a mediados de los ochenta. Estas fechas coinciden con los principales trabajos sobre la emigración de chiapanecos a los Estados Unidos⁸⁸, que argumentan la salida masiva de chiapanecos por las consecuencias de fenómenos naturales (huracanes), la crisis económica (café y otros), el movimiento zapatista, entre otras.

En el trabajo de campo realizado en algunas localidades de Las Margaritas conocí a un grupo de personas que hicieron la travesía a mediados de los ochenta, algunos de ellos aseguran haber sido los primeros en migrar a EU. Un habitante del ejido Veracruz comentó:

“Yo fui en 1986, trabajaba en petróleos y ganaba poco, no ahorra, un amigo me comentó que en el norte había un lugar donde se podía ganar más paga, que sólo era cuestión de llegar a la frontera y cruzar a otro lugar para conseguir chamba y mejor pagado; en ese tiempo no se escuchaba de mucha gente que fuera, yo fui uno de los primero que fue para allá, recuerdo que nos fuimos tres, otro de un lugar que se llama Nuevo Nicaragua, yo de aquí de Veracruz y otro de aquí de las montañas (Ejido Veracruz, enero de 2009)”

Otro habitante de la cabecera municipal también compartió conmigo los detalles de su partida a EU. Al igual que el anterior relato, escuchó hablar de los Estados Unidos como un espacio ubicado en el norte, del que sólo tenían referencia por ganar más dinero e incluso comentaron que describían a los dólares como “billetes verdes y que costaban más”. La socialización de la migración comenzó por compartir con otras personas que eran ajenas a su lugar de origen, por ejemplo, los guatemaltecos que transitaban por Comitán para ir a EU o algunos que se asentaron en Las Margaritas. Respecto a ello refiere que:

“En el 87 me fui para allá, trabajaba fuera de acá de Margaritas, siempre me ha gustado trabajar en muchas partes. Me acuerdo que estaba trabajando aquí por Tabasco y ahí escuché hablar de Estados Unidos por un compa guatemalteco, me dijo que se ganaban billetes verdes, pregunté

⁸⁸ Véase Rus y Guzmán López, *Chamulas en California*; Villafuerte y García, "Crisis rural y migraciones en Chiapas"; Villafuerte, "Migración y desarrollo en el área del Plan Puebla Panamá"; Jáuregui y Ávila, 2007, Viqueira, 2008, entre otros.

cómo se iba para allá y medio me orientaron, me regresé a Las Margaritas y le platicué a mi esposa, así es que conseguí algo de lana y pues agarré mis “chivas” y me fui para el norte.” (Las Margaritas, febrero de 2009).

Ambos migrantes tardaron poco en EU; los lugares donde llegaron fueron el Norte de Carolina y poco después se aventuraron al estado de Florida, en distintos momentos. Para ellos lo difícil fue cruzar el desierto, con la salvedad que no existían tantos controles de seguridad como ahora.

Sin embargo, a principios y mediados de los noventa se empiezan a registrar más casos de migrantes que emprendían el viaje, muchos de ellos siendo jóvenes.⁸⁹ La mayoría de los migrantes reconocía que la decisión de dejar su lugar de origen para ir a los “estados” fue de ellos. En su travesía era necesario establecerse en algún lugar del norte de México, en caso de no lograr pasar la frontera; algunos jóvenes encontraron cobijo con algunos grupos juveniles, con ello, tuvieron que someterse a sus reglas y códigos pero, como bien decía un migrante, era una necesidad ante el desconocimiento de la vida cotidiana en el norte del país. Respecto a ello, Julio Sánchez refiere:

Me fui a Estados Unidos porque un señor de Tapachula me contó de ese lugar, decía que del norte para arriba hay lugares donde se ganaba buen billete. Entonces, junté cierta cantidad de dinero y me fui para EU. A la edad de 15 años migré. Casi como un millón de pesos de los de antes fueron los que gasté para ir a EU. Para ir a EU ahorita se requiere tres mil quinientos dólares, pagando coyote, hotel, comida, entre otros.

En 1989 me fui para Estados Unidos. Primero me fui para Tuxtla y de ahí a la ciudad de México y de ahí no sabía para dónde ir. Estuve algunas horas en la central de camiones pero no sabía para dónde ir, después me acordé que el señor de Tapachula me dijo que tenía que irme a Tijuana y busqué donde dijera el nombre. Pregunté sobre el boleto de Tijuana y yo le pregunté a la señorita que me vendió el boleto y qué hay después de Tijuana pues no sabía que era frontera, ella me dijo pues Tijuana es frontera y tú para dónde vas, le contesté para allá, y después que sigue le dije a pues muy cerca de Tijuana está Estados Unidos, sí está bien cerquita, entonces yo me alegré mucho. Porque en ese tiempo casi nadie de por aquí llegaba para allá, de Chiapas no habían muchos y de Las Margaritas ya tiene como unos siete años que empezó a salir más gente...

Yo me quedé en Tijuana como dos meses, la vida ahí es muy difícil. Tuve que aprender a vivir en la calle, porque en ese tiempo también en Tijuana era bien duro la vida, mucha violencia. Y

⁸⁹ Mayoritariamente, los jóvenes entrevistados que emigraron en los años noventa del siglo pasado lo hicieron en una edad de entre 18-27 años.

pues yo tuve que entrar a las gangas, los cholos o no sé cómo le llaman aquí a esas pandillas. Solamente así aprendí a vivir en la calle, porque si estás tú solo es más difícil sobrevivir, por eso es que me junté con ellos, porque nos dábamos apoyo y además teníamos un lugar donde dormir. Pero te voy a decir que nada es de a gratis, porque tenía que robar para ellos a cambio de eso me daban seguridad y pues éramos como una gran familia ya que nos protegíamos y también nuestro territorio, por eso mismo tuve que entrarle a la pandilla porque no tenía como sobrevivir.

Me acuerdo que cuando conocí a los de la ganga fue porque me asaltaron y me golpearon. No me quitaron nada porque no llevaba nada, entonces me preguntaron que para donde iba y les dije que no tenía familia, y que quería cruzar para el otro lado. Uno de ellos dijo tráiganselo y me llevaron a comer unos tacos porque no había comido nada. Pero en la noche el mismo que me llevó me dijo “tú y tú se van en tal esquina y quiero que me traigan la lana que se chingaron de los tacos y algo más” y también dijo “enséñenle que tiene que hacer”, entonces no fuimos con el otro, en la línea de Tijuana y San Diego asaltábamos a los comercios para que después me dieran comida y seguridad... (Enero 2010, cabecera municipal de Las Margaritas, Chiapas).

Otro joven nos comenta:

Yo me fui en el 96, con otros compas, ya estaban algunas líneas de transporte que salían a México y de allá para el norte del país. Me fui con el apoyo de mi papá, en el autobús encontré mucha raza que iba a lo mismo que yo. Nos fuimos en autobús, de una línea que ya ofrecía los viajes al norte. Nos fuimos a Tijuana y gracias a Dios sólo estuve cinco días ahí, pues uno de los que iba ya tenía contacto, pagamos y nos cruzaron, sí, a San Diego, pero luego nos llevaron a California.

Estos testimonios dan cuenta del imaginario que se tenía acerca de Estados Unidos, pero también de las circunstancias en que viajaron los primeros migrantes chiapanecos hacia ese destino. Era visible la ausencia de redes sociales que les permitiera encontrar cobijo y apoyo solidario, en caso de ser víctima de las inclemencias y la violencia del entorno inmediato. Se registran también dificultades para la construcción de redes sociales receptoras de migrantes en las entidades del norte; aunque se han encontrado pequeños grupos de conocidos y familiares asentados en la ciudad de Tijuana, no obstante, la mayoría están dispersos.

Asimismo, como un rasgo distintivo del joven migrante rural se constata que los valores identitarios y principios comunitarios no sólo se despliegan como obstáculos en el vivir global, sino también en *tierra de nadie* se activan y se tornan en un factor individualizado que frena la caída a un mundo de violencia y vicios.

Como se ha dicho, la migración margariteña se viene registrando desde los noventa, aunque hay algunos que iniciaron la travesía migratoria unos años antes, los llamados

“primeros migrantes”; en contraste, en la segunda década, el mayor número de jóvenes emigraron siendo adolescentes, en algunos casos, “casi niños”. La edad de éstos oscila entre los 15 y 20 años.

En la primera década del siglo XXI se registra la partida mayoritariamente grupal, “hasta con coyotes locales”. En la década anterior muchos *coyotes* eran ubicados en Comitán y Frontera Comalapa, ambos municipios ubicados en la región fronteriza, e incluso del vecino país de Guatemala. Asimismo se comienzan a gestar algunas redes con algunos “primos-paisanos” que se instalan en las ciudades fronterizas, lo que hace más fácil el desembarco -mencionaban algunos entrevistados-. Los que comenzaron a quedarse en alguna ciudad del norte del país poco a poco fueron encontrando opciones laborales, principalmente en el comercio informal o en las maquilas, aunque con salarios muy bajos y sin derechos (o con derechos mínimos en las condiciones de trabajo). Se percibe también una mayor socialización sobre los avatares de las travesías al norte del país y de éste a los “estados”.

Jóvenes migrantes de la primera década del 2000:

Desde que salí de mi casa entendí que el futuro y mi destino eran responsabilidad mía.

Me fui con varios compañeros, pero la pasada en la frontera norte estuvo cabrón, yo no llegué, es más ni siquiera atravesé ni un metro, se nos vinieron encima. Me quedé en Tijuana, y la verdad no sé porque, si uno sabe que Tijuana es México, uno está temeroso, como si no fuera mi país. Es de locos. Como le decía, desde que salimos de Chiapas, no lo hicimos solos, venía un “coyote” con nosotros. De todas maneras, quedarme sólo fue para juntar algo de dinero y volver a intentar. Yo siempre me dije: de que la hago la hago.

Me fui cargado de esperanzas, imagínese si no. Pero las esperanzas se van acabando en cada trámite que uno tiene que atravesar. Empecé a entender el consejo de un compa: desde que sales de la comunidad todos van a querer chingarte, enténdelo bien, todos. Ya no crucé, me quedé en Tijuana. Después de intentar encontrar un trabajo, me junté con otros igual que yo, jodidos, pero otros igual de jodidos también nos amenazaban. Se vive al día, a veces ni para comer, sí robé. Le entré a la droga y al trago, pero lueguito supe que no era lo mío, me regresé. Aunque ahora ya hay conocidos, estaba decidido a no intentar irme, aquí la voy hacer me decía, a ver cómo, pero mejor me quedo. Pero después, a los dos años, me vino otra oportunidad, aquí no se puede hacer nada, seguir igual de jodido pensé. Por eso me volví a animar. (Diciembre de 2009, cabecera municipal)

Otro migrante nos comenta:

“Sí, de aquí saliendo de nuestro lugar Margaritas teníamos que llegar con nuestro “coyote” propio incluso comiendo de lo mismo hasta Altar Sonora, con “coyote” es más seguro, a veces ofrecía ayuda, él buscaba el carro, en este caso cuando sale aquí los anuncios que están en las oficinas de viajes a Tijuana ahí nos contrataba un carro para que fuéramos todos juntos, dos camiones a veces se iban. (Diciembre de 2009, cabecera municipal).

Así las redes, aunque frágiles, fueron comenzando a ser utilizadas por algunos migrantes. Por ejemplo, se registran algunos casos donde las iglesias evangélicas fueron utilizadas como estrategia; algunos migrantes de la cabecera municipal que no tenían los recursos suficientes para pagar a un “coyote” desde su partida, se apoyaron en ellas para llegar hasta la frontera norte. En este sentido, refiere un migrante:

Salí de Las Margaritas para Tuxtla Gutiérrez, ahí conocí un señor que fue buena gente conmigo trabajé dos semanas con él y me acuerdo que íbamos a la iglesia de adventistas, te diré la verdad yo era católico pero ahí fui porque este señor me invitó, un día estaban platicando con unos señores de la iglesia que fueron para allá y que unos hermanos los ayudaron en México y después en otro lugar de más allá por el norte, pensé que era una buena estrategia para llegar a los Estados Unidos, y dije ni modo voy a dejar de ser católico. Así es que me fui con otro compa a la ciudad de México, ahí nos recibió una hermana y estuvimos unos días ahí, después esa hermana nos apoyó a contactar a otra persona de la misma congregación que vivía en Ciudad Obregón y ahí estuvimos como unos días haciendo labores en su iglesia.

De ahí Salí para Altar, Sonora, al llegar me encontré con algunos de mis paisanos que habían pagado al Coyote desde Chiapas, ellos me apoyaron y tuve que pagar algo de lana para que me pasaran, así fue cómo llegué a “los Estados”, pero la verdad fue buena la estrategia de convertirme de católico a adventista por un rato (Diciembre de 2009, cabecera municipal de Las Margaritas).

Los que denomino “primeros migrantes” de la década de los ochenta fueron creando estrategias como socializar con quienes habían tenido experiencia migratoria, algunos de ellos guatemaltecos, incorporándose a las iglesias protestantes y estableciendo redes de apoyo, entre otras. Poco a poco esas estrategias se hicieron más dinámicas para llegar hasta la frontera norte. Al igual que los que emigraron en la primera mitad de los noventa, el cruce no fue “tan” traumático -comentaban algunos- y un número importante de los entrevistados dijo que el cruce lo habían realizado desde Tijuana; no obstante, de acuerdo a la narrativa de los jóvenes migrantes de la segunda década, del 2000 en adelante, los lugares del cruce se diversificaron: Altar, Sonora, Nogales, Nuevo Laredo, Agua Prieta, y Tijuana, y sus relatos son impactantes: *“es como atravesar el infierno para llegar a la gloria, así lo sentí”*, nos dice un joven. Con todo, el

recordar el cruce fronterizo es como volverlo a vivir y lo narran con un sentido, ya de desafío, ya rememorando las penalidades sufridas.

3.5 De “primer migrante” a “pollero”

En la migración margariteña a Estados Unidos también existen personas que después de realizar la travesía, a su regreso se dedicaron a ser prestamistas, intermediarios, “polleros” e incluso choferes del llamado *trasporte turístico*⁹⁰. Los especialistas en el tema migratorio han llamado a ésta, la “industria de la migración”, es decir, “un conjunto de personas especializadas en diversas tareas que se ganan la vida organizando los movimientos migratorios” (Castles y Miller, 2004: 144).

En este apartado describiré la experiencia de dos margariteños, uno de una comunidad cercana de la cabecera municipal y otro de un municipio colindante. Ambos radican en la cabecera municipal de Las Margaritas y tras estar varios años en Estados Unidos, conocer las rutas en aquella nación y en México, así como vincularse con otras redes, regresaron al lugar de origen y se dedicaron a “pasar gente para el otro lado” -como ellos dicen-.⁹¹

La migración de los mexicanos a Estados Unidos tiene un patrón heterogéneo, de acuerdo a la inserción temporal y espacial de sus diferentes regiones. En concordancia con Heckman: “el patrón migratorio va variando en el transcurso del tiempo, y dependen de las regulaciones legales existentes, la vigilancia, los regímenes de la frontera, las reacciones de los contrabandistas y los migrantes a estas condiciones y las características físicas de las áreas fronterizas” (2006:304)

La falta de acuerdos migratorios entre México y EU, la situación de pobreza que se da en muchas partes de México, la crisis económica del vecino país que se registró hace unos años y la decisión de fortificar su frontera sur sustentada en un estruendoso aparato ideológico que define a los “enemigos”, están propiciando que día a día muchos migrantes formen parte del

⁹⁰ Medio de transporte utilizado por muchos migrantes para ir a la frontera norte y otros lugares de la República.

⁹¹ Por respeto y cuestiones de seguridad evitaré los nombres de los entrevistados y ocultaré sus lugares de origen.

llamado tráfico de personas⁹² al verse impedidas por conseguir una visa o un trabajo de manera legal en EU. Si algo es producto de la globalización, es esta aparente contradicción de los países del Norte, en particular de Estados Unidos, que clama el libre mercado pero fortifica sus fronteras bajo el pretexto de la seguridad nacional y la entrada a su territorio de posibles “terroristas”.

Según Heckman el tráfico de personas emerge a partir de la existencia de fronteras y porque su cruce sólo es posible bajo determinadas condiciones legales a las que muchas personas que desean emigrar no pueden acceder (2006:320). El mismo autor señala que a pesar de no conocer la entraña de la organización del contrabando, existe una hipótesis entre los académicos y la opinión pública que el tráfico de personas está en manos de organizaciones mafiosas piramidales, bien estructuradas y con mucho apego a otras organizaciones criminales (venta de armas, drogas, entre otras) en las que están relacionados países de origen, tránsito y destino en muchas partes del mundo (2006: 310-321).

En una proporción menos compleja, hemos registrado que en la zona de estudio existen experiencias que tienden a la construcción social de un *hacer posible el paso*, que no *tráfico* de personas (lo que alude a redes criminales en el sentido penal que causa su práctica). Como ya he referido anteriormente, los primeros migrantes en Las Margaritas iniciaron la travesía al norte aventurándose ellos mismos a trazar una ruta migratoria, incorporando las informaciones sobre pequeñas redes e instituciones religiosas que coadyuvan en el tránsito y que culmina en el asentamiento de algunas personas en las ciudades fronterizas. Algunos migrantes sabían de la existencia de polleros centroamericanos que transitaban la región para llevar migrantes de Centroamérica, y en no pocas ocasiones solicitaron el servicio de éstos.

Dos entrevistas realizadas en el municipio de estudio son estratégicas para comprender los distintos mecanismos que posibilitan el *hacer posible el paso*. Los llamados “primeros migrantes” en el municipio comenzaron a formar sus propias redes a nivel local, esto derivado de la experiencia acumulada. En ambas entrevistas coincidían en que las rutas migratorias las fueron conociendo durante el tiempo en el que estuvieron en Estados Unidos, que fue entre 7 y 10 años. Las redes para transportar a los migrantes las conocieron en la frontera norte de

⁹² Artola (2005) entiende la facilitación de la entrada ilegal de una persona en un país, con el fin de obtener directamente o indirectamente un beneficio financiero o de orden material. El mismo autor refiere que no se debe confundir con la trata de personas ya que, aunque son temas relacionados, refieren a problemáticas distintas.

México y otras en el vecino país. Según comentaron, poco a poco se fueron conectando desde el nivel local hasta llegar al internacional, como nos dice uno de ellos:

“Mira esto es una bronca que está bien establecida desde hace tiempo y que en muchos casos no conocemos a los meros, meros pues, pero lo que te puedo decir es que tenemos contactos en varios lados por ejemplo aquí en Margaritas hay muchos que ya fueron para el “otro lado” y ya quieren pasar gente, pero no es tan fácil porque no conocen a los contactos en la frontera, allá en el norte, el que va a caminar con ellos el desierto, el contacto donde van a llegar en Estado Unidos, está todo bien hecho para que pasen pues.” (Julio de 2011, cabecera municipal de Las Margaritas)

De acuerdo con Aquino Moreschi, cualquier red está formada por diferentes actores entre sí, distribuidos localmente o internacionalmente, especializados en algún fragmento del trayecto del viaje hacia “el otro lado”: los que reclutan y forman los grupos de personas, los que organizan autobuses de Chiapas hasta la frontera norte, los choferes, los acompañantes, los guías en el desierto, los “raiteros” que recogen a los migrantes en la frontera, los que cuidan las casas de seguridad, los cobradores, etc. (2010: 3 y 5).

Para muchos migrantes margaritenses que realizan el viaje desde sus ámbitos de origen resulta más seguro hacer su travesía hasta el vecino país contratando a los “polleros locales”, ya que según algunos el riesgo puede ser menor. Además, como algunos “polleros” son conocidos en la cabecera municipal existen algunos convenios de sanción que hace que el contratante de este servicio y los migrantes tengan confianza en la transacción. Respecto a ello, uno de nuestros entrevistados nos comenta:

“Pues cuando sales con los compas que pasan gente para el “otro lado” desde aquí en Las Margaritas, es más fácil y más seguro, claro que no va a ser seguro que te pasen hasta donde uno va en Estados Unidos, pero es difícil que te roben porque los conoces pues y algunas veces puede que la comunidad te apoye cuando ellos no cumplan, también en mi caso siempre me siento seguro.” (Julio de 2011, cabecera municipal).

La visión local respecto a los “polleros locales” es diversa. Mientras que algunos migrantes asumen sentirse seguros, algunos más prefieren cruzar la frontera de manera individual, aunque reconozcan que es más difícil. Por su parte algunos familiares de los migrantes y otros habitantes consideran que el “pollero local” tiene que ser una persona comprometida, que aunque sabe que el negocio sea ilícito, cumple una función de apoyar a los demás a realizar el cruce a Estados Unidos, así sea con dinero. Al igual que lo señalado por

Aquino Moreschi (2010) respecto a algunas comunidades en la selva Lacandona, en la cabecera municipal los “polleros locales” acuerdan con el migrante que este último tiene que pagar la mitad de lo acordado. La cantidad puede variar dependiendo de los contactos del pollero para hacer efectivo el cruce. Las dos personas entrevistadas me comentaron que el monto para cruzar está calculado entre veintisiete mil pesos y treinta mil pesos, mismos que se reparten de la siguiente manera:

Cuadro No. 5. Gastos del viaje y cuotas de pago a los “polleros locales”

Itinerario de viaje	Monto a pagar por el migrante (pesos)	Ganancia para el “pollero” (pesos)
Transporte hasta la frontera norte	1,300	300 por migrante
Gastos durante el viaje	1000	
Pago por seguridad en la frontera	1000	
Para dar el brinco en la frontera ⁹³	Entre 25,000 y 27,000	10,000 por migrante

Fuente: Diario de campo 2011.

Los migrantes que logran cruzar a Estados Unidos con éxito se comprometen a pagar la mitad del dinero en sus comunidades; el pago lo hará un miembro de la familia. Si después de dos o tres intentos no logran cruzar, sólo pagarán una tercera parte de lo acordado; es así como mantienen confianza con los “polleros locales” y éstos no podrían defraudar a los migrantes.

El “pollero” se mantiene al pendiente del cruce de sus migrantes en un hotel de seguridad en el punto de cruce en la frontera norte. Algo que es importante señalar es que las dos personas entrevistadas están conscientes de las sanciones que les pueden causar si ellos defraudan a los migrantes y que van desde perder credibilidad entre los futuros migrantes que intenten cruzar y poco a poco se va deteriorando su prestigio, hasta que algún familiar pueda ser amenazado o incluso ellos mismos denunciar ante las autoridades policíacas. Asimismo, en

⁹³ Uno de los entrevistados dijo que a veces hay que pagar dos mil pesos al “ranchero gringo” dueño del rancho de lado de Estados Unidos; esto lo paga el migrante y en el otro caso ya va incluido en el monto.

ambos casos relacionaron su “manera” de trabajar con la religión protestante. En este sentido comenta uno de ellos:

“Yo estoy consciente de lo que es mi trabajo, pero no hay otra manera de ganarse la vida en este lugar, en la iglesia nos enseñan apoyar al prójimo y quizás de esta manera pueda hacerlo, ya conocí allá con los gringos su forma de vida, donde chambear y entonces hay que apoyar a nuestros paisanos que quieran ir para allá, por eso es bueno que aprendamos eso en la religión” (Julio 2011, cabecera municipal).

Ambos “polleros locales” tienden a tener pocos migrantes debido al creciente número de personas que comienzan a ofertar este servicio en la comunidad y otros lugares aledaños; ambos logran pasar entre diez o doce migrantes al año, es por ello que tienen otras fuentes de ingresos como tienditas de abarrotes o rentan la poca tierra que tienen para la siembra de maíz o ganado. Sin embargo, “el pasar migrantes” sigue siendo su principal fuente de ingresos para ellos y sus familias. Al respecto nos comparten:

“Este oficio, así le llamo yo, no nos deja mucho como se imagina la gente, yo creo que hay muchas “personas que pasan gente” ahora y bueno por eso no es nuestro único oficio, hay veces que se tiene que dedicar a otras cosas, trabajar la tierra o vender algunas cosas, porque a veces pasa tiempo para que la gente venga para cruzar al otro lado” (Julio 2011, cabecera municipal).

Uno de ellos es hablante de tojolabal, sus principales clientes vienen de comunidades con la misma lengua; el otro, que no es hablante de alguna lengua, recurre más a mestizos de la cabecera municipal, muchos de ellos familiares o conocidos (incluso de otros municipios aledaños, aunque son pocos). En el siguiente apartado describiré cómo se planea el viaje y cómo se organizan los migrantes conjuntamente con los “polleros locales”.

3.6 Prepararse para el viaje hasta la otra frontera

Conseguir el capital para viajar a Estados Unidos es una odisea. La mayoría de los entrevistados se endeudaron por algún tiempo para poder obtener el dinero *del cruce*. Las dos empresas a las que se recurren regularmente para financiar el viaje son las casas de empeño y los prestamistas locales; estos últimos son los que más se cotizan dentro de las familias de migrantes.

En la cabecera municipal de Las Margaritas poco a poco aumentaron las empresas dedicadas al empeño. Según me comentaba la propietaria de un local que le rentaba a una de estas empresas entre 2008 y 2011, éstas aumentaron significativamente ya que antes de esos años había solamente una empresa con un solo local: Montemex. Posteriormente se incorporó Presta Mex; más tarde Western Unión, aunque esta última sólo es útil para recibir dinero de Estado Unidos. En mis últimas visitas al municipio contabilicé siete locales repartidos entre estas empresas en los primeros cuadros del centro de la cabecera.

Los prestamistas son otros actores que poco a poco han ido ganando terreno en la economía local. En numerosos anuncios por la ciudad se informa sobre préstamos con baja tasa de interés que van del 5 al 15 por ciento. No obstante, algunos migrantes me comentaban que a veces recurren más a familiares ya que existen lazos de confianza, aunque algunos elevan demasiado sus intereses (entre 10 o hasta 15 por ciento).

De esta forma, para hacer la travesía muchos migrantes acuden a cualquiera de estas dos vías, las casas de empeño y los prestamistas, y se complementa con la venta de algo de ganado, productos agrícolas o “echando mano” de los ahorros del padre o algún familiar que se encuentre fuera del lugar de origen.

La esperanza de poder cruzar es una importante utopía para muchos migrantes, ya que de lo contrario las deudas que se generen de ese intento fallido pueden resultar contraproducentes para ellos o sus familias.

Una vez que se obtiene el dinero para pagar al “pollero” comienza la angustia, la esperanza e incluso la ilusión de poder alcanzar el paraíso o el “sueño americano”. Durante la estancia en campo observé que muchos de los que iban a cruzar por primera vez llegaban a conversar con el “pollero” sobre cómo iba a ser la travesía, incluso se le preguntaba cómo era la vida en Estado Unidos, asimismo preguntaban ¿cómo comportarse en EU? Recuerdo en especial una charla con un migrante en la que me comentó que le preocupaba no conseguir tortillas porque quizás no quedaría satisfecho con las comidas de aquel país, ya que había escuchado que se comían muchas hamburguesas.

Por otra parte, hablan también acerca de la vida en los Estados Unidos. Era común que se abordaran las condiciones laborales, los pesares, incluso el ser joven: “Allá es común

encontrar gente que te va a querer chingar, hay muchos...”; “a veces sólo estamos entre países, porque hay libertad siempre que lleves tu dinerito en tu bolsa”; “hay muchos jóvenes que sólo quieren desmadre, así que uno sabe a lo que va...”. Frases como éstas eran comunes en sus pláticas. Asimismo, mencionaban la necesidad de ejercitarse, caminar y caminar, porque cruzar el desierto es un poco pesado, “más que andar en la montaña”.

En las mismas charlas comentaban las reglas de seguridad tanto del migrante como de él mismo antes de partir:

- 1.- Cuando estén a bordo del camión no debe decirse que viene “el pollero” o la persona que los acompaña, con los que no sean del grupo, la policía o autoridades que suban.
- 2.- Evitar ponerse nervioso cuando suba la policía y solamente decir: “soy mexicano”, “voy a visitar a uno de mis primos allá en el norte”.
- 3.- Acordarse de su clave de seguridad (es otorgada por la persona que los acompaña hasta el norte) al entrar a Altar, Agua Prieta en Sonora, para no tener problemas con nadie.
- 4.- Llevar memorizados los datos de la persona o familiar que los espera en Estados Unidos, en caso de tenerlos.

Después de las recomendaciones se acuerda el día que más convenga para la partida del grupo de migrantes y el “pollero”, quien realiza ciertos convenios con los dueños de los “autobuses que salen para el norte”.

Las llamadas “agencias de viaje” son negocios que poco a poco comenzaron a funcionar en los primeros años del siglo XXI en el estado. En Tuxtla Gutiérrez se empiezan a ofertar los servicios de estos transportes que se dirigían hasta algunas ciudades fronterizas del norte del país como Tijuana, Sonora, entre otras. Poco a poco se fueron extendiendo a numerosos municipios del estado donde se registraba numerosos desplazamientos de migrantes.

Estas empresas prestan sus servicios bajo la figura legal de “transportes turísticos”; con ello ofertan sus servicios a más bajo costo por lo que muchas personas pueden acceder a ellos sin tener que pagar demasiado para dirigirse a ciudades del centro, del caribe mexicano y norte del país. Los costos de los boletos varían: para el Distrito Federal, Puebla, Cancún, Playa del Carmen, entre otras, es de 350 o 400 pesos; para las ciudades del Norte: Tijuana, Mexicali en Baja California, Altar, Agua Prieta en Sonora, Chihuahua y otras, van desde los 1300 hasta 1600 pesos.

Al igual que lo señalado por López Espinosa et al. (2010) sobre San Cristóbal, en Las Margaritas estas agencias comienzan a establecerse en la cabecera municipal en el 2005. Uno de los primeros negocios fue “Transportes Santa Margarita”, propiedad de un hablante de Tojolabal y ubicada cerca del mercado municipal de esa ciudad. Las rutas que ofertaban eran a la Ciudad de México y Puebla, los días sábados; los miércoles hacia el norte del país, Guadalajara, Sonora y el destino final era Tijuana en B.C.

En un principio los pasajeros tenían que transportarse hasta la ciudad de Comitán y posteriormente a Tuxtla Gutiérrez en una Suburban; de ahí salían los camiones para el norte, creándose convenios con otras agencias de viaje, sin embargo, poco a poco los dueños se fueron haciendo independientes hasta comprar sus propios camiones -la mayoría de ellos llamados de “segunda clase”-. Respecto a ello refieren:

Antes había que irse a Tuxtla con el pasaje, pues para ir al norte había que irse con otras agencias de Tuxtla, allá tenían más camiones, pero poco a poco fue tomando fuerza y había bastante pasaje, con lo que fue necesario ir comprando un camión de segunda, aunque sea para que así pudiéramos hacer el trabajo pues. (Julio de 2009, cabecera municipal)

Los camiones eran de la marca SOMEX, algunos de ellos no cuentan con servicios de baño y aire acondicionado. En mis recorridos pude observar que en las distancias relativamente cortas como Ciudad de México o el Caribe se ocupan los más viejos, mientras que los más “nuevos”, que cuentan con algunos servicios, eran utilizados para ir al norte ya que la distancia es mayor.

Derivado de la demanda de personas que ocupaban este servicio, la mayoría jóvenes migrantes que se dirigían hacia las ciudades del norte para intentar cruzar a EU, fueron

apareciendo más empresas que ofertaban la transportación. “Turismo Jiménez”, cuyo propietario fue migrante y es hablante de Tojolabal; “Turismo Moisés”, que recientemente cambio su nombre a “Frontera Tours”. La mayoría de ellos tiene hasta dos locales cerca del centro de la ciudad.

Las rutas y los días de salida fueron incrementándose. Para ir a México y Puebla las corridas son los sábados; para ir a algunas ciudades del Caribe como Cancún, también los sábados y algunos hasta en domingo. La ruta Chihuahua: Tuxtla Gutiérrez, Córdoba, Puebla, Querétaro, Zacatecas, Gómez Palacio Durango, Chihuahua, Agua Prieta, Santana, Altar, San Luis Río Colorado, Mexicali y Tijuana, que sólo la ofertan dos: “Turismo Jiménez” y “Frontera Tours”, las salidas son los días miércoles durante todo el año. La ruta Pacífico: Guadalajara, Tepic, Mazatlán, Culiacán, Ciudad Obregón, Hermosillo y Tijuana, sale los días viernes y domingo, ruta que tienen la mayoría de las agencias. Cabe mencionar que algunos de esos camiones llenan cupo con migrantes de otros municipios como: Comitán y Frontera Comalapa, entre otros, mismos que son abordados en los mismos lugares. Las empresas de transporte funcionan todo el año, con un horario de 9:00 a 18:00 de lunes a sábado, en los locales donde la mayoría son rentados y en numerosas ocasiones son atendidos por algún familiar del propietario; las reservaciones o compras de boleto también se pueden hacer por teléfono.

Según uno de los propietarios, los periodos de alta demanda de sus servicios son en enero y febrero -por aquellas personas que llegan a pasar la navidad y luego se regresan-; entre julio-agosto es una buena temporada pues algunos llegan a la celebración de la patrona del pueblo y poco después se regresan.

Asimismo cada “pollero local” hace convenios con los dueños de los autobuses; las dos personas me comentaron que ellos los realizan con el propietario de “Turismo Jiménez” o de “Frontera Tours”, ya que ellos tienen buenos camiones y les hacen un descuento por el boleto de cada migrante.

Una vez expresadas algunas indicaciones para la seguridad del grupo y el “pollero”, así como la adquisición del boleto que los llevará hasta el punto de cruce, se establece el día de la partida. Algunos migrantes llegan un día antes; los que se encuentran más lejos de la cabecera

municipal se hospedan con algún familiar, incluso a veces se quedan en la casa del “pollero local”, esto, cuando son familiares de ellos.

Con respecto al día de partida observé que algunos familiares que acompañan al migrante se despiden de él: el llanto, los abrazos y las bendiciones surgen de los padres; algunos migrantes llevan consigo alguna imagen de un santo católico para que los acompañe y proteja de cualquier penalidad en el camino. Poco a poco empieza a llenarse de humanos el camión; se enciende el motor, pues ha llegado el momento de partir.

La angustia y el desconcierto de lo que ocurrirá se reflejan en el rostro de cada migrante. Al interior del autobús se va dibujando un pequeño paisaje social en el que poco a poco se registran trazos de voces de algunos migrantes, con temas distintos a la travesía; a veces es la voz del acompañante del grupo con el chofer, inquiriendo sobre el trayecto, el clima de los lugares por los que pasarán, y claro, los tiempos. En otro tramo está el paisaje de los más jóvenes, no hablan pero escuchan música desde sus celulares o reproductores, fijando la vista en el camino. Hay desazón e incertidumbre, pero también esperanzas que –seguramente- son las que sostienen el haber desafiado al poder que les había definido quedarse en el lugar de origen, y desde ahí, acomodarse con resignación.

En algún momento realicé el recorrido por autobús desde San Cristóbal hasta Guadalajara, un tramo importante. En el trayecto registré vivencias tan comunes pero tan llenas de sentido para quienes conforman el grupo de pasajeros. Percibí un cúmulo de sentimientos encontrados; mientras algunos estaban ansiosos de llegar a los puntos de cruce, a otros se les notaba el nerviosismo. A bordo del camión el chofer nos daba algunas recomendaciones: utilizar el baño sólo para orinar, se recomendaba que si necesitábamos hacer otras necesidades podríamos hacerlas en los baños públicos de casetas de autopistas o restaurantes ya que no se aguantaría el mal olor porque el camión llegaría hasta Tijuana en tres días. Insistía también que los pasajeros no se quitaran los zapatos para no generar malos olores dentro del camión.

Dentro del camión los “polleros locales” o las personas que acompañan van de incógnitos frente a los que no son del grupo, se hacen pasar por trabajadores migrantes para no causar sospecha. El viaje poco a poco resulta pesado ya que a pesar de hacer algunas

paradas para comer, ir al baño u otras, los migrantes padecen las inclemencias de los constantes cambios de clima de los lugares que recorre el camión. A este respecto, Ramón comenta:

Me acuerdo que cuando fui la primera vez, vas en el camión; al principio es divertido pues pasas muchos pueblos y aunque sea de paso los conoces, pero después de un día y medio estás aburrido, de hecho yo me aburrí un chingo allá en el norte, porque ves puros terrenos planos a veces sin árboles, el calor que es fuertísimo, pero aún si se chinga el clima ya valiste porque es horrible y además los olores de sudor y de patas son bastantes pues, hasta ganas de fumar da ganas para que el olor se vaya un poco. (Julio de 2011, cabecera municipal).

El recorrido dura tres días y es pesado para los migrantes, las angustias continúan para quienes lo hacen por primera vez. La travesía en el camión es el principio de la odisea de cruzar. Para algunos que ya tienen experiencia migratoria, el camión es una opción ya que algunas veces optan por hacer menos difícil el tránsito e irse en avión hasta alguna ciudad cercana al punto fronterizo.

3.7 Dar el “brinco” a Estados Unidos

Una vez ingresando a Altar o Agua Prieta, en Sonora, me comentaban que es más seguro el cruce hacia Estados Unidos; en estos momentos, los migrantes se identifican con códigos; es decir, ingresando a estos lugares comienza a ser válido la seguridad por la que pagaron para no ser detenidos por autoridades municipales o estatales, e incluso no ser secuestrados por el crimen organizado. En este sentido refieren:

Cuando vas entrando a los poblados donde están los cruces, en Altar, Agua Prieta u otro punto donde es un poco seguro cruzar con los gringos ahora, comienza a funcionar un código, por ejemplo, si no tienes eso a veces te puede detener la policía y te extorsiona, te pueden bajar algo de lana. Haz de cuenta: si te detienen y tú dices tu código, la policía habla por la radio y da ese código, entonces dicen es de tal persona, que es el jefe de la plaza, yo creo, así funciona, porque a veces ya he visto que detienen gente, muchos centroamericanos que llegan ahí o también algunos otros compas que tal vez no agarraron jale en sus lugares de origen. (Diciembre de 2012, Cabecera municipal)

Este código es conocido por los taxistas, en algunas tiendas y en los hoteles donde se hospedan mientras se preparan para el “brinco”. Llegando al hotel se le indica que descanse,

que coman bien; me comentaba un migrante que para salir lo hacen en grupo y acompañados del “pollero local”, que está al pendiente de ellos.

En los lugares donde son puntos de cruce cada día van aumentando los negocios de artículos que necesitan los migrantes. Uno de los migrantes comentó que hay tiendas donde venden ropa, tenis, mochilas y todo lo adecuado para cruzar el desierto. Se les pide que lleven ropa oscura para ocultarse de la migra; una camisola, guantes y gorra para cubrirse del frío por la noche. Además, se les indica cargar dos galones de agua y comida enlatada para aguantar la caminata por el desierto. Juan comenta:

Siempre les digo lo que van a llevar para hacer el “brinco”: ropa cómoda y una camisola, guantes y hasta una gorra para el frío de la noche, también el agua y algo de comida enlatada para soportar el hambre y sed. También les digo que hagan caso de las indicaciones del guía para que no tengan problema y que no se separen mucho del grupo. (Diciembre de 2012, cabecera municipal).

Los migrantes se preparan para “dar el brinco”; una camioneta pasará por ellos al hotel para trasladarlos a otro lugar con la finalidad de llegar al desierto y comenzar el cruce. Por su parte Juan, el “pollero local”, esperará en el hotel noticias sobre el cruce de su grupo de migrantes. Como él dice: “cuando ya cruzaron y están con el otro contacto, ya casi concluyó el compromiso de mi trabajo”.

Todo el que consigue cruzar la frontera se da cuenta de la realidad y de sus consecuencias, dice Gustavo, originario de Las Margaritas. En el momento de lograr el cruce para el “otro lado”, una persona se transforma *de facto* en un migrante con un estatus particular: desde la ley, se convierte en “mojado”, indocumentado, “ilegal”, extranjero; desde la etnia, son “latinos”, “hispanos”, “mexicanos”. En cuanto se deciden ir a Estados Unidos, interiorizan el sentido de “indocumentado” aun en territorio nacional, sin embargo, indica: “es distinto este sentir cuando ya se cruzó, cuando diste el brinco, sólo Dios y tu suerte van a definir tu futuro”.

Este sentido de vulnerabilidad les acompaña desde que dejaron la casa, aunque para ellos hay puntos en la trayectoria migratoria que son cruciales. Para la mayoría de migrantes que entrevisté, el desierto es el lugar donde se pueden quedar las esperanzas, donde puede terminar el sueño no iniciado, pero también hay relatos de jóvenes sobre el cruce que parecen

extraídos de alguna película mexicana sobre la frontera. En numerosas charlas me hablaron de este lugar como uno de los más difíciles durante la travesía. Gustavo Santis comenta:

Sí, ya por la gracia de Dios como digo, aquí en nuestro Chiapas hay comida pero como le vuelvo a decir, el sueño americano es, carajo, se oye qué barbaridad de mentiras, si no echas ganas como le vuelvo a decir, no eres nada, te echas a perder allá, te acabas allá, así como sales de este lugarcito vas a llegar, por la gracia de Dios.

Le digo pues que llegué en la frontera de México y Estados Unidos. Y pues ahora sí íbamos a pasar con un coyote, porque había que caminar un poquito en el desierto. Ahí me sucedió algo que no olvidaré: me acuerdo que vi quedar tirada a una muchacha como de 20 años, gritaba, cuando se me vino a la mente que tengo dos hijas solteras, no me va a creer, regresé y los compañeros gritaban “vente, déjala”; ya cuando vieron que la alcanzaba, regresó el coyote a ayudarme, así lo pasaron a la muchacha, aquí la planta del pie reventada, con pus se le puede decir, cocidas se ven las uñas, por eso no quería caminar, la cargué como un kilómetro, que cosas ni que cosas, ahí quedan tiradas las cosas, ahí se me vino a la mente pobre muchacha, la cargó el coyote también otro kilómetro y otro muchacho, así fue como la pasamos al otro lado, sufren las mujeres, la primera vez igual, quedaron perdidas otras dos oaxaqueñas, pero ahí no pude porque era primera vez y dije no, si me quedo, me pierdo y qué hago. (Julio 2011, cabecera municipal).

El recorrido en el desierto es visto como uno de los obstáculos más peligrosos para la mayoría de los migrantes. A pesar de las recomendaciones del “pollero” que ya no los acompaña, pues ahora lo hace otro personaje que se le denomina el “guía” o también “coyote”, muchos jóvenes que entrevisté referían que no se imaginaban lo difícil del cruce, algunos más decían que fue una experiencia emotiva que podrán recordarla y contársela a su hijos, ya que como ellos mismos refieren, “no cualquiera lo hace...”

La verdad pasar la frontera es bien difícil, aunque a veces como joven se siente la adrenalina y la sensación de aventarse chingón, mis primos que fueron ya me habían contado cómo era el desierto pero hasta que estás ahí te das cuenta, una vez vi una película mexicana donde cruzaban migrantes en el desierto y se veía que era cabrón, pero cuando llegué aquí no imaginaba lo que me esperaba (Julio 2011, comunidad de Guadalupe Tepeyac).

Un joven migrante nos comenta:

Yo me fui en 2005, fue un año muy peligroso, pasamos por milagro, pues el pollero nos dijo que lo peor que nos podía pasar no era toparnos con los de la migra, sino con los cazamigrantes tejanos (Minuteman), unos tejanos racistas que no se andan con medias tintas, matan a los que no somos gringos, a los que somos ilegales, porque dicen que ellos respetan la

ley y nosotros la violamos, yo no entiendo esto, porque vamos, pero vamos a trabajar, quiere decir que nos necesitan, verdad? (Julio de 2011, cabecera municipal).

Los migrantes son conscientes de lo difícil que es cruzar la frontera en el devenir del tiempo. Más aún, después del 11 de septiembre de 2001 es más difícil, pero como ellos mismos aluden: “hay que aprender a torear la frontera”; los más jóvenes tratan de sobreponerse siempre como un gran desafío en su imaginario y esperanza, aunque en la realidad sea mucho más de lo imaginado.

Cruzar la frontera no es tan fortuito para todos. Aunque algunos reconocen que tenían información sobre lo que significa cruzar la frontera para llegar a los “estados”, en sus relatos era constante escuchar que valía la pena el arriesgarse: *“uno se prepara, está uno dispuesto a todo, hasta la muerte, antes que desbaratar los sueños”*. Y así es, dicen: *“Aventarse a cruzar la frontera es poner la vida en juego, se te puede ir”*.

En las estancias de campo me comentaron algunos habitantes de la cabecera municipal que se registró un caso de secuestro colectivo, diez jóvenes. Uno de ellos fue obligado a llamar por teléfono a su papá y decirle que estaba secuestrado junto con sus otros compañeros, que les informara “a los otros papás, que estaban pidiendo 20,000 pesos por cada uno”. La negociación se realizó y los diez jóvenes fueron liberados en tierra estadounidense. Asimismo, escuché hablar de otros casos de migrantes que no pudieron cruzar la frontera, o peor aún, de algunos que habían muerto en su intento y sus cuerpos no fueron recuperados.

Capítulo IV



Fuente: Archivo fotográfico personal

Jóvenes migrantes: la irrupción de nuevas trayectorias socioculturales

No se nace joven, hay que adquirir la juventud. Y sin un ideal, no se adquiere.
(José Ingenieros, 1993)

Tal vez algún día dejen a los jóvenes inventar su propia juventud.
(Quino, 2000)

Mis primeros acercamientos al municipio de estudio con el propósito de estudiar a los jóvenes migrantes que se van a los Estados Unidos con fines laborales me produjo desconcierto, mi primera pregunta fue sobre la posibilidad de alcanzar uno de los fines que perseguía, esto es, lograr desplegar la teoría a una realidad social concreta y a sus representaciones sociales. A la primera tensión ya identificada en el desarrollo conceptual sobre jóvenes que privilegia la espacialidad del mundo urbano en detrimento del mundo rural y étnico, que hipotéticamente se espera su dilución con las transformaciones galopantes de la globalización y la incesante movilización o expulsión forzada de los jóvenes de su entorno rural, se sumaron otras tensiones que indudablemente derivan de las particularidades material y sociocultural.

En el municipio de estudio la migración internacional es un fenómeno crítico, su relevancia, además de ser un fenómeno reciente, lo es por la población que emigra: todos hombres jóvenes, y como lugar de destino único se registra los Estados Unidos. Además de interrogarme sobre la cuantía de esta migración, me preguntaba: ¿cuántos de los migrantes son jóvenes? y, sobre todo, lo que fue el centro de mi preocupación, si dado el tiempo relativamente corto del fenómeno migratorio internacional en el municipio de estudio, era posible dar cuenta de la trayectoria cultural de los jóvenes migrantes que posibilitara definir la construcción de una adscripción identitaria. El factor limitante, pensé, era la cuestión del

tiempo, es decir, el de los tiempos posibles para arribar a la construcción de una cultura migrante emergente o en proceso, con derroteros indudablemente inéditos por la rapidez de los cambios y la emergencia de contingencias que interrumpen toda posibilidad de regularidad.

Las temporalidades modernas están volcadas hacia el futuro, y poco importa la destrucción del pasado en tanto hace de la “novedad” la fuente única de legitimidad cultural, aunque ésta, vista desde el “progreso”, nada tiene de “revolucionario, ni turbador”. El tiempo de la sociedad contemporánea, siguiendo el eje analítico de Barbero (2010), está configurado por “la crisis de la moderna experiencia del tiempo, que tiene en el actual *boom de la memoria* una de sus manifestaciones más elocuentes, a la que se suma las *formas diversas de amnesia* que produce el mercado y los medios”. En este sentido, resulta definitoria la definición de *contemporaneidad* dada por el autor:

“Estamos, pues, ante una *contemporaneidad* que, con su culto al presente, <<un presente concebido bajo la forma de “golpes” sucesivos sin relación histórica entre ellos, y autista, cree poder bastarse a sí mismo>> (N. Lechner, 1995), confunde los tiempos y los aplasta sobre la *simultaneidad* de lo actual. Contemporaneidad que se alimenta especialmente del *debilitamiento del pasado y del bricolaje* de los tiempos que nos familiariza con cualquier otro tiempo sin esfuerzo, arrancándolo a las complejidades y ambigüedades de su época” (Barbero, 2010: 15).

Esta definición del tiempo en su contemporaneidad, construida desde los elementos que le definen y le configuran, incluyendo su negativo, el “incontenible deseo de pasado” que provoca “la obsolescencia acelerada y el debilitamiento de nuestros asideros identitarios”, se suma, en igualdad de importancia, a la del “espacio”: espacio *habitado*, que es “el espacio primigenio de los cuerpos y del territorio”, que remite a la vital necesidad del nicho-hogar; espacio *producido*, que es “el tejido de los muy diversos modos de la comunicación producidos o exigidos por los desplazamientos debidos tanto a accidentes de la naturaleza como a los viajes de explotación y de conquista” (Ibíd.: 16); espacio *imaginado*, “sobre la que se constituye la nación-Estado cuando la sociedad moderna entra a sustituir a la comunidad orgánica premoderna; y espacio *practicado*, que es el de la *ciudad moderna*, cuya apropiación es de “disfrute, padecimiento y miedo” (Ibíd.: 16 y 17).

El tiempo y el espacio que sustentan el vivir de los jóvenes migrantes margariteños —a la que se suma su ruralidad, en sentido amplio— son dimensiones estratégicas en la construcción social identitaria. Es el tiempo que marcan las *imágenes*, definidas por el desarrollo de la

información y las comunicaciones, es el tiempo que define al mundo como *imagen*; imagen como producción deliberada del mercado y los medios. Saben que llegan “tarde”, como ocurre con su lugar de origen, el estado de Chiapas; registran ansias por vivir lo no vivido, pero saben que hacerlo implica la conjunción de disfrute y miedo, y sobre todo, se sabe que los asideros identitarios de hoy no necesariamente serán los de mañana, ni son lo mismo “aquí” que “allá”. Y a este conocimiento, más de las veces tardío, le antecede la urgencia y el deseo de saltar tiempos y vivencia. Una tarea difícil, en tanto que al dejar el nicho-hogar, toda su construcción social se hará con los materiales de una migración que hoy vomita miedo y violencia, anonimato y registro, espectacularidad y soledad.

Tiempo y espacio, articulados a ese campo de acción y representación llamada migración internacional -en su estatus de emigración indocumentada-, se tornan en los materiales que abren y cierran intermitentemente el proyecto de tránsito hacia una identidad quizás desterritorializada de los jóvenes migrantes de hoy. Y cómo ya lo han señalado estudiosos de la cultura juvenil, la misma definición de jóvenes es una construcción social siempre definida por el tiempo y el espacio social (Valenzuela 2012, Nateras 2004, Urteaga 2007, entre otros).

En el plano más amplio, la literatura sobre los jóvenes migrantes, particularmente la de los organismos internacionales, privilegia una lectura del joven migrante como sujeto potencial para el desarrollo, ya sea en su lugar de origen o de destino. En el municipio de estudio esta visión es prácticamente imposible de corroborar, el fenómeno migratorio no logra su regularidad como para medir las variables cuantitativas que posibiliten afirmar o negar dicha lectura. Otra tesis ampliamente difundida por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y otros organismos internacionales similares, es la que plantea que los jóvenes migrantes en el mundo, 27 millones en 2010, representan un “inmenso potencial de acercamiento entre los pueblos, de diálogo intercultural y desarrollo”, aunque en paralelo, registran también la exclusión, la pobreza, la explotación y la discriminación.

Este planteamiento paradójico se hizo más cercano a mis preocupaciones, más la relación entre cultura y economía no deja de ser una lectura interesada en las prácticas y en las agencias de los jóvenes. Opté finalmente por reafirmar mi interés por la construcción de la trayectoria cultural de los jóvenes migrantes en el municipio elegido y privilegiar una opción

epistemológica y metodológica ampliamente desarrollada por los estudiosos de la cultura juvenil, esto es, *privilegiar la experiencia espacial y social vivida del joven migrante* como punto de partida y de llegada en su construcción que denote el sentido de movimiento tensado por la relación entre contingencia y regularidad. Es la experiencia migratoria contada por ellos, y comprende tanto su estadía en el espacio donde se le asume “ilegal”, sujeto a su criminalización por ser portador del delito de entrada sin documentos, como el regreso a su lugar de origen trayendo un baúl de experiencias, emociones e imaginarios que a todas luces entran en tensión con el orden social familiar y comunitario. Así, la opción fue salir de los casilleros que reducen a la juventud y a su capacidad de reproducción biológica y social en términos sistémicos, y que implica básicamente la asimilación e interiorización y práctica de los saberes dados por las generaciones que le anteceden.

Por todas las razones aludidas, particularmente las de naturaleza espacial y sociocultural, nuestra elección metodológica nos conduce a propósitos más modestos, no por ello menos importantes: tratar de recuperar la trayectoria biográfica y vivencial del joven migrante; una tarea que posibilita tejer fino, desde abajo, desde la cotidianidad construida social e individualmente, esto es, con rangos distintos de elección y toma de decisiones en atención a las distintas trayectorias que el entorno o contexto material y sociocultural ofrece. Algunas tensiones registradas en un trabajo de campo compartido con mi directora⁹⁴ propiciaron una recomendación invaluable: si la lectura analítica opta por la *escucha* de los sujetos de estudio, la lectura, sin obviar reglas esenciales del análisis social, tendría que ser la propia de un sujeto joven, como es mi caso.

Esta opción no descalifica la lectura técnica, funcional e interesada de un conocimiento cuantitativo que permita evaluar las trayectorias del horizonte migratorio local, articulado con la globalización y con las tendencias o manifestaciones de la migración internacional. Sin duda alguna, en la región de estudio y en otras regiones de Chiapas aún está ausente un estudio cuantitativo sobre los volúmenes y patrones geográficos de la migración y sus características básicas de género, etnia, edad y clase, así como las condiciones socioeconómicas estructurales y coyunturales que les define, una tarea que no es totalmente posible en lo que atañe a la

⁹⁴ En algunas de las entrevistas que realicé junto con mi directora, era recurrente cierto recelo en las respuestas, percibimos una tensión que era propiciada por la diferencia generacional, hecho que corroboramos cuando, sin el acompañamiento de mi directora, me introduje al mundo de ellos, en el parque central, en el café, en algún restaurante o en la misma parcela, en la que fue posible el reconocimiento y entendimiento mutuo.

migración internacional porque, de entrada, es una emigración indocumentada que imposibilita el dato y su confiabilidad; no lo es para la migración interestatal o la migración laboral transfronteriza sureña, y algunos esfuerzos en este sentido ya se están dando.

En el siguiente capítulo me acerco a los significados de ser joven migrante, se mostrarán esas experiencias inciertas, vulnerables y riesgosas en las que la migración internacional los coloca. Asimismo exploraremos la capacidad que tienen los jóvenes migrantes para afrontar, desafiar e incluso “darle la vuelta” a las adversidades del contexto de llegada, reconstruyendo, reinventando o resignificando ese mundo convencional y de dominio, para encontrar acomodo en los márgenes, en el *no lugar*, en la no morada. En suma, pretendo mostrar las experiencias vividas de los jóvenes margariteños en Estados Unidos. Es decir, los avatares vivenciados desde el trabajo, las relaciones en pareja, el consumo y otras prácticas más que hacen posible *ser joven migrante*.

Desde sus propios relatos, que no es tarea fácil pues abunda la parquedad, el silencio y las emociones que se intentan guardar o contener, podemos leer el significado que para ellos tiene transitar sin documentos a un país que no es el propio. Enfrentarse por primer vez a “polleros” que les cobran para atravesar la frontera; aceptar trabajos con salarios y condiciones que no eran las esperadas; enviar las remesas a quienes se quedaron y hacer llevadera la vida en un espacio no propio; saberse deficitarios en redes sociales y faltos de estudios e instrucción laboral para actividades más complejas y más remuneradas, representa una experiencia que sólo es posible entenderla desde los relatos y la camaradería de sus actores.

Desde este contexto vivencial es posible distinguir algunos elementos prácticos y subjetivos que dan la posibilidad de construir esta trayectoria desde la cultura, gestados allá y aquí por los propios jóvenes migrantes; que insinúa un campo propio con cierto sentido identitario, una construcción desde ellos, propia, que proyecta una construcción cultural migratoria emergente desde contextos paradójicamente adversos.

4.1 ¡Díganle a mi familia que ya estoy en Lamont, California! Los migrantes margariteños en Estados Unidos.

El Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) registra la emigración de margariteños hacia Estados Unidos, Playas del Carmen, Cancún, Distrito Federal, y Tijuana, entre las más importantes. De acuerdo a los indicadores sobre migración a Estados Unidos, el municipio está clasificado, desde 2000 y 2010, con un grado de intensidad migratoria “muy bajo” (Agenda Estadística, 2010).

Cuadro No. 6. Indicadores de migración

Categoría migratoria intermunicipal [1]	Equilibrio
Índice de intensidad migratoria a los Estados Unidos [2]	-0.83248
Grado de intensidad migratoria a los Estados Unidos [2]	Muy bajo

Fuente: Elaboración propia con base en datos del [1] CONAPO. Migración intermunicipal 1995-2000.
[2] CONAPO (2010). Índice de Intensidad migratoria México-Estados Unidos 2010.

Sin embargo, la realidad permite ofrecer otros datos respecto a las cifras oficiales; existen sobradas evidencias de que la emigración con propósitos laborales de margariteños a Estados Unidos es un hecho vivido por su población en edad laboral. El trabajo de campo en la cabecera municipal y en sus distintas localidades permitió entrevistarnos con autoridades oficiales y civiles que reconocen que el fenómeno migratorio se intensifica en los años que van del presente siglo, e incluso en algunos casos evidenciaron que el fenómeno se empezaba a dar con cierta regularidad en la última década del siglo pasado.

Otra fuente que indica la veracidad del fenómeno migratorio internacional es la instalación de la telefonía local y el origen de las llamadas: sus propietarios señalan que las llamadas desde Estados Unidos a Las Margaritas ocurre con fuerza mayormente desde la primera década del presente siglo. Una última fuente es la radio comunitaria.

A principios de 2009 inicié mis primeros recorridos y estancias de campo en Las Margaritas; un hecho común fue que durante el tiempo que realizaba la entrevista a familiares de migrantes, en las casas de ellos, se escuchaba la radio local, *La voz de la Frontera Sur XEVSF AM*, y los entrevistados estaban atentos a la información, referida a numerosos avisos que algunos migrantes que estaban en Estados Unidos enviaban a sus familiares residentes en Las Margaritas. Los mensajes hacían referencia a si se había logrado cruzar la frontera; si ya se había encontrado trabajo; si ya habían enviado remesas, para dar cuenta de algún incidente que les había ocurrido, o definiendo el uso preciso de los envíos de dinero. La radio local que pertenece al Sistema de Radiodifusoras Culturales Indigenistas de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), ubicada en el barrio de San Sebastián en la cabecera municipal⁹⁵, resultaba una primera fuente de información que nos dio pista sobre la importancia del fenómeno migratorio.

El personal de la radio, particularmente sus locutores, me describieron con detalles los momentos en que ellos empezaron a recibir avisos de migrantes que se encontraban en Estados Unidos, lo que les permitió registrar, primero, un fenómeno relativamente novedoso en la vida cotidiana de los margariteños, y después, su conversión en un hecho rutinario. Como comenta Noel:

El fenómeno migratorio es general y no sólo en la gente que vive en comunidades sino también la que vive en las zonas urbanas, como es el caso de la cabecera municipal. Yo vine a trabajar en los años noventa a Las Margaritas, y se sabía poco de la migración; eran pocos los que informaban a sus familiares de que habían “cruzado sin novedad”. Ahora, la migración está generalizada, cada vez está saliendo más gente. Y bueno, buscan cómo comunicarse. Sabes que aquí en nuestro estado de Chiapas no hay trabajo, básicamente porque la parte política no está muy clara, parte de los tres niveles de gobierno. Hay mucha migración y no sólo gente adulta, hasta familia entera, con niños y todos, lo han hecho mis vecinos, también se están yendo mujeres. Sí es en general la migración, sí en comunidades, pero también acá en la cabecera municipal. Ahorita tenemos aquí en la radio cuatro avisos: uno a las 6:30, el segundo a las 12:30; el tercero a las 15:30, y el último es a las 17:45.

A mediados de 2005, entre junio y agosto, se empezaron a registrar un número importante de llamadas y sus respectivos avisos, la mayor parte de ellos venían de Estados Unidos;

⁹⁵ Quiero agradecer al doctor Carlos Gutiérrez por apoyarme en el contacto con los directivos y locutores de la radio. Asimismo, al Director de la radio, Leonardo, y al locutor Noel, por el apoyo recibido y la socialización de algunas de las bases de datos de las llamadas telefónicas realizadas por los migrantes que se encuentran en EU.

nos rebasa el número de avisos, y también nos rebasaba los asuntos personales que son más locales, referidos a avisos familiares o pérdida de animales (Enero, 2011).

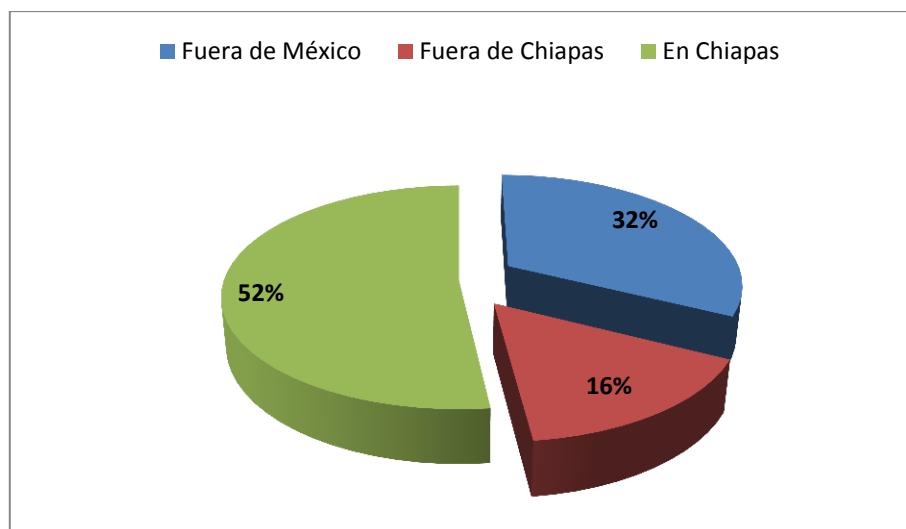
A partir del 2006 los locutores comenzaron a registrar los anuncios en una base de datos para conocer el origen de la llamada, sin embargo sólo aludían que se encontraban en Estados Unidos y a qué comunidades de Margaritas se dirigían los anuncios, así como el motivo del mismo. El número de avisos alcanza su punto álgido entre 2006-2009 y la gran mayoría del contenido de los anuncios se refería a “que se encuentran bien”, “ya cruzaron”, “ya están en los Estados Unidos”, sin dejar de registrarse las malas noticias concernientes a algunas defunciones o secuestros. Respecto a ello, nuevamente nos comenta Noel:

Los mensajes eran variados, “que no se preocupen que ellos están bien allá en Estados Unidos y nos comunicamos la próxima semana”, y hay unos avisos muy desesperados como tristes cuando uno de su familia se pierde. Se muere, pues, en el desierto, o están en EU pero tiene accidentes y allá no tienen seguro, ni una protección de trabajo; si no se accidentan, pues lo agarra la migra o muchos los secuestran que está ahorita de moda. No sólo aquí en México sino en la frontera y los familiares tienen miedo, entonces es una situación muy dolorosa porque hasta uno como locutor como que también se siente uno, pues, triste; como que uno se siente esa parte muy conmocionado porque somos parte de los mismos seres humanos, porque son esos avisos los que lamentablemente tienen que escuchar los familiares, pero es casi igual y otros a veces que los agarraron en la frontera y que tienen que depositar para su pasaje, también esos otros casos que se dan (Enero 2011).

En atención a la información obtenida en la radio local, realicé una revisión detallada de las bases de datos que tenían documentadas hasta 2009; asimismo revisé las papeletas que se llenaron de enero-junio de 2010. Esta información me permitió documentar cuantitativamente el alto número de migrantes de Las Margaritas en Estados Unidos de 2006-2009, periodo que concuerda con los años en que algunos investigadores han señalado una alta migración de chiapanecos al vecino país, mismos que se ven reflejados en el envío de remesas y los flujos migratorios (Villafuerte, 2006; Jáuregui y Ávila, 2007, entre otros).

De mayo a diciembre de 2006 se registraron más de tres mil mensajes en la radio, de los cuales la mayoría provienen del mismo estado de Chiapas y un porcentaje menor de otras entidades del país, ocupando un porcentaje importante las llamadas y los avisos que proceden de Estados Unidos (Ver Gráfica 4).

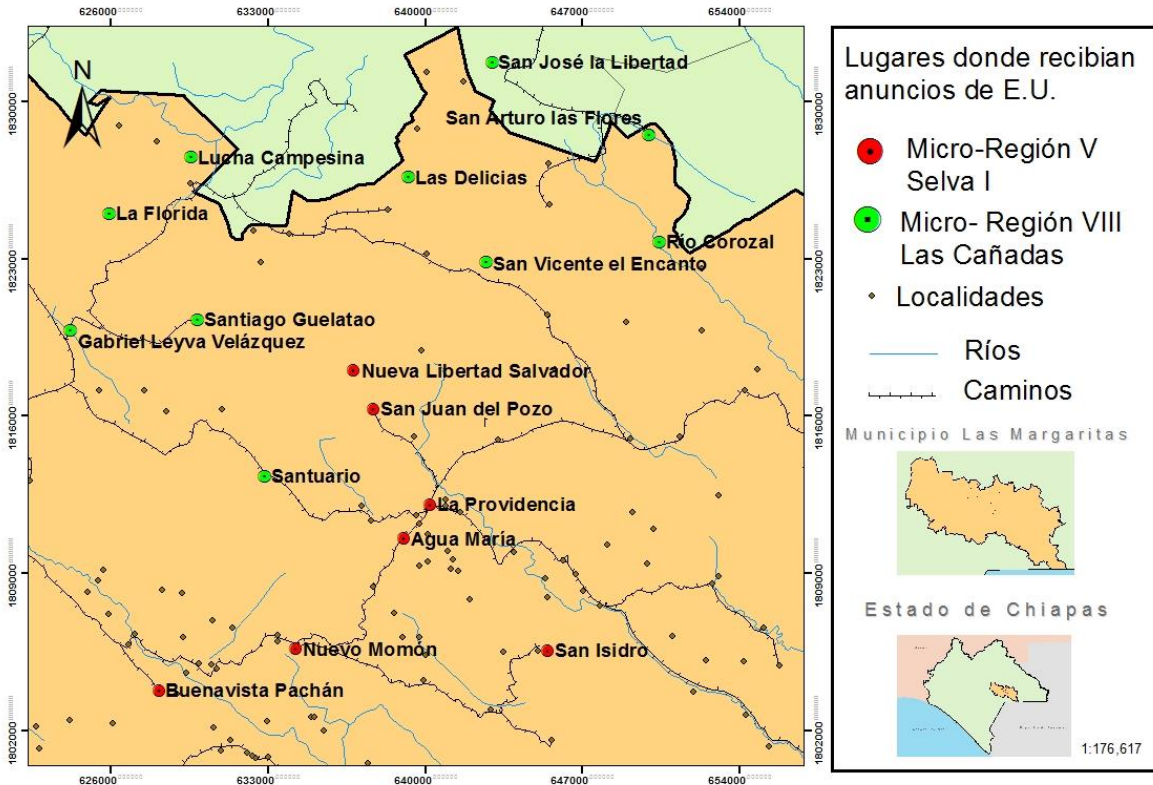
Gráfica No. 4. Origen de la llamada.



Fuente: Elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio

Dos hallazgos importantes de la revisión de las bases de datos fueron el hecho de que pocas veces se repiten los nombres de las personas que realizaron las llamadas, y que los anuncios se dirigían principalmente a la micro-región V, Selva 1 del municipio. Las comunidades mencionadas fueron: Libertad El Salvador, San Juan del Pozo, La Providencia, San Isidro, Nuevo Momón, Buena Vista Pachán y El Edén. En lo que respecta a la micro-región VIII, Cañada Lucha Campesina, las comunidades fueron: Santiago Guelatao, San Vicente el Encanto, San Antonio Las Flores, Rosario Buena Vista, Las Delicias y San José Libertad, entre muchas otras (Ver mapa 4). El contenido de los mensajes era mayormente para acudir a recibir llamadas en las casetas telefónicas de la cabecera o de la comunidad y a informar a los familiares que se encontraban bien en los Estados Unidos. Este dato es importante si nos atenemos a que la radio es un medio indígena en la que es posible la comunicación en la lengua tojolabal.

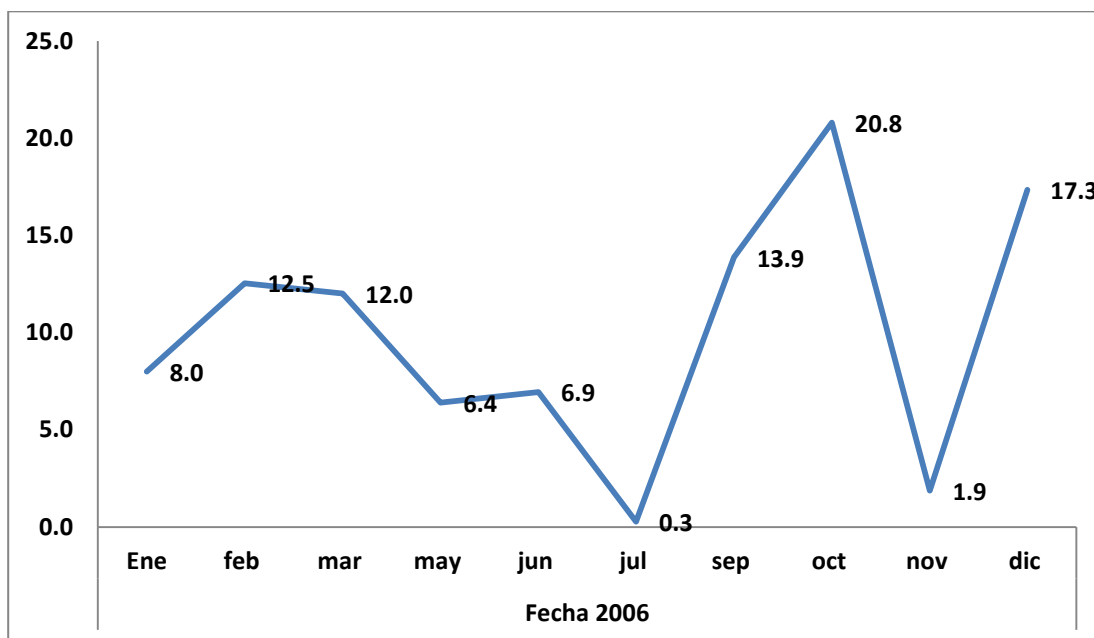
Mapa No. 4. Ubicación de los lugares que recibían anuncios en el municipio



Fuente: Elaboración de Iván Porraz y César Sánchez.

Ahora bien, otro dato que la información me permitió documentar fue que a finales del año 2006 las llamadas aumentaron considerablemente. La siguiente gráfica muestra que en octubre hay un repunte considerable, baja para el siguiente mes, pero en diciembre nuevamente se incrementan las llamadas proveniente de Estados Unidos, es decir, los anuncios aumentaron más en temporada navideña, probablemente de migrantes que no regresaron en esas fechas y terminaron anunciando el envío de remesas para sus familias o sus padres, en el caso de los solteros (ver gráfica 5).

Gráfica No. 5. Meses donde se registraron mayor número de llamadas.



Fuente: Elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

Respecto a ello, nuevamente nos dice Noel:

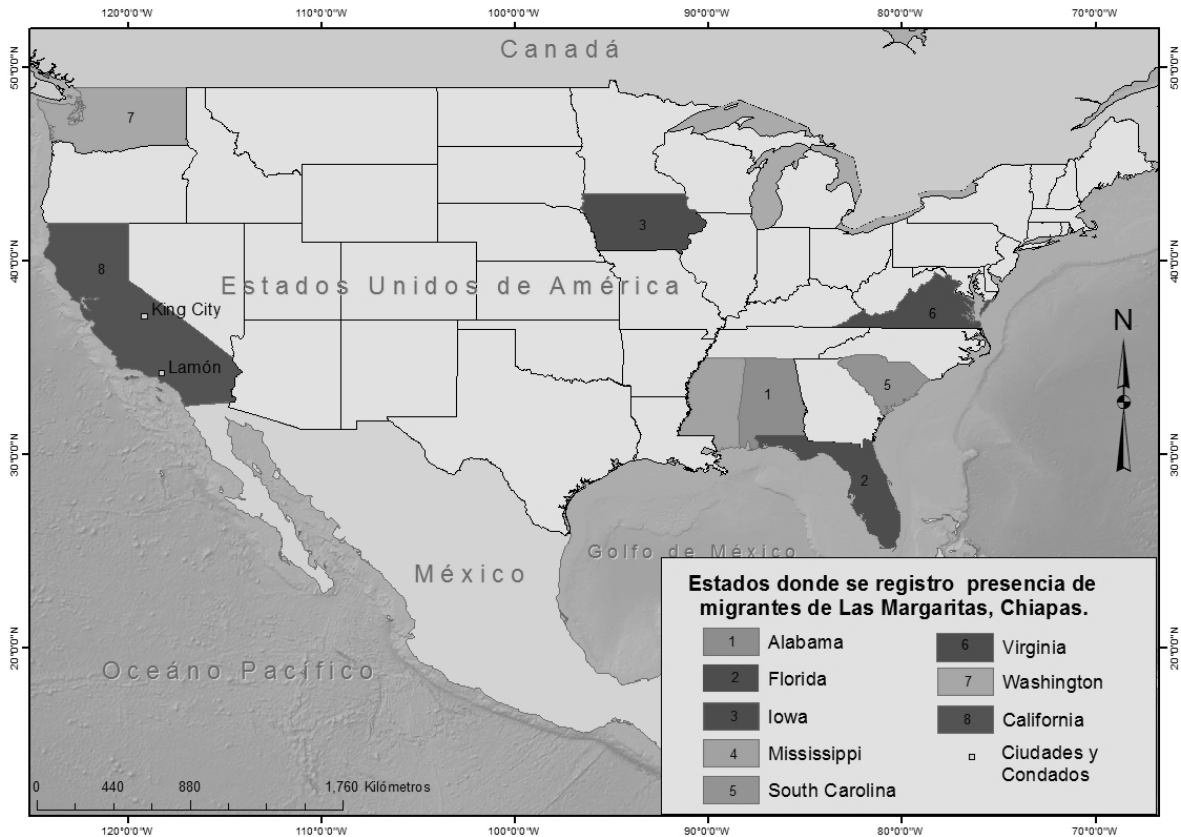
Más avisos hay en la zona cañada y selva. Menos un poco en la sierra porque se comunican por caseta, las famosas casetas de las comunidades, ahí van a recibir la llamada de sus familiares. Pero más aquí en la radio salen la voz de los hermanos tojolabales aquí a la Cañada, porque es de ahí más a dónde hablan, cuando se van dicen “ya me voy” y hablan de allá. Imagínate que también en estos años yo conocí muchos de mis paisanos en el barrio donde vivo, acá en la cabecera municipal, que se fueron a los Estados Unidos, es que en esas fechas se fueron un “chingo”, pero de verdad bastante gente (Enero, 2011)

A partir de 2007 se incluyó en los avisos la pregunta de qué parte de Estados Unidos llamaban, por lo que permite tener un panorama de los lugares donde se desplazaban los migrantes margariteños (ver mapa 4). En este sentido, nos comenta otro locutor de la radio:

Bueno pues, luego comenzamos a preguntar “¿de dónde hablan?”, ya que a veces sólo decían de Estados Unidos, de esa manera nos dimos cuenta que hay muchos de Margaritas en Minnesota, Utah, Concord, New York, y otros estados de Estado Unidos; también decía que estaban en California, Chicago, también Texas, están en varios estados. En este año hubo también mucha gente que hablaba a veces hasta en programas en vivo. Sí, si quieren un saludo lo pasamos al aire. Algunos inclusive ya aprendieron en inglés

thank you, lo dicen, si son bien abusados. Te digo que es una forma de comunicarse... con la migración y también creo que es un derecho, ¿no? (Enero, 2011)

Mapa No. 4. Lugares con presencia de migrantes de Margaritas, 2007

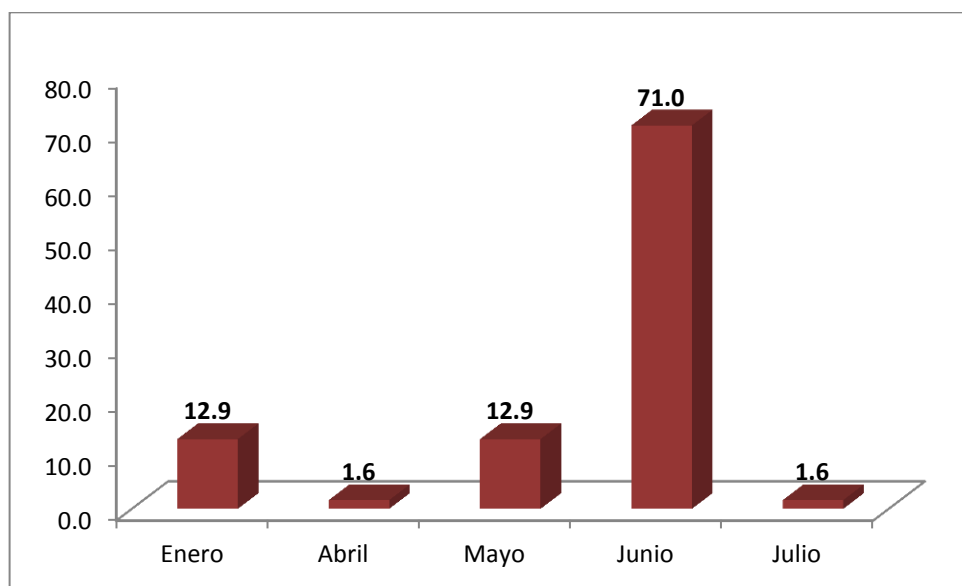


Fuente: Elaboración de Iván Porraz y César Sánchez.

El mismo locutor comenta que en este año se recibieron más llamadas, sin embargo no pudieron hacer el registro de todos los mensajes, es decir, no alcanzaban a llenar la ficha con los datos del migrante, solamente el nombre y mensaje de la persona. En las bases de datos pude observar que comenzaron a aparecer numerosas comunidades de las ocho micro-regiones de Las Margaritas; es decir, la migración a Estados Unidos se había extendido a casi todo el municipio. En este mismo año sólo se registraron las fechas de cinco meses; los demás no fueron anotados por diversas razones, no obstante, las llamadas fueron recibidas durante todo el 2007. Junio de este año fue el mes que se recibieron más llamadas; los locutores comentaron que quizás coincidía con las fiestas de la patrona del pueblo, en el mes de julio. Dentro de los

motivos de los anuncios predominan: “que salieran a recibir llamadas a la cabecera”, “que llegarían a la fiesta de Las Margaritas” o “mandaban dinero para sus familias” (ver gráfica 6).

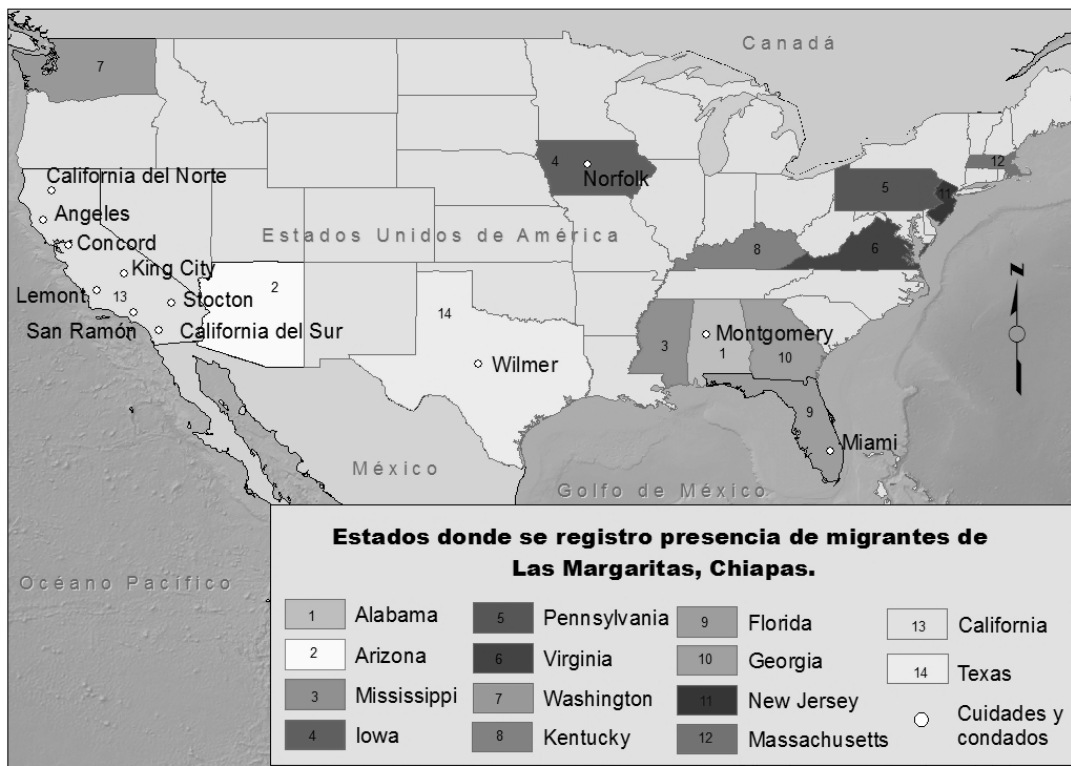
Gráfica No. 6. Meses con mayor número de llamadas de EU



Fuente: Elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

En el año 2008 las llamadas seguían incrementándose. Aparecían más lugares de la Unión Americana desde donde se comunicaban los migrantes, asimismo uno de los locutores de la radio comentó que entre los propios margariteños se socializaba el número de la radio en aquel lugar. Los tres principales lugares donde se encontraban más migrantes de Las Margaritas en este año fueron: Alabama, California y Florida, también hubo una mayor diversidad de los lugares de destino respecto al 2007 (ver mapa 5).

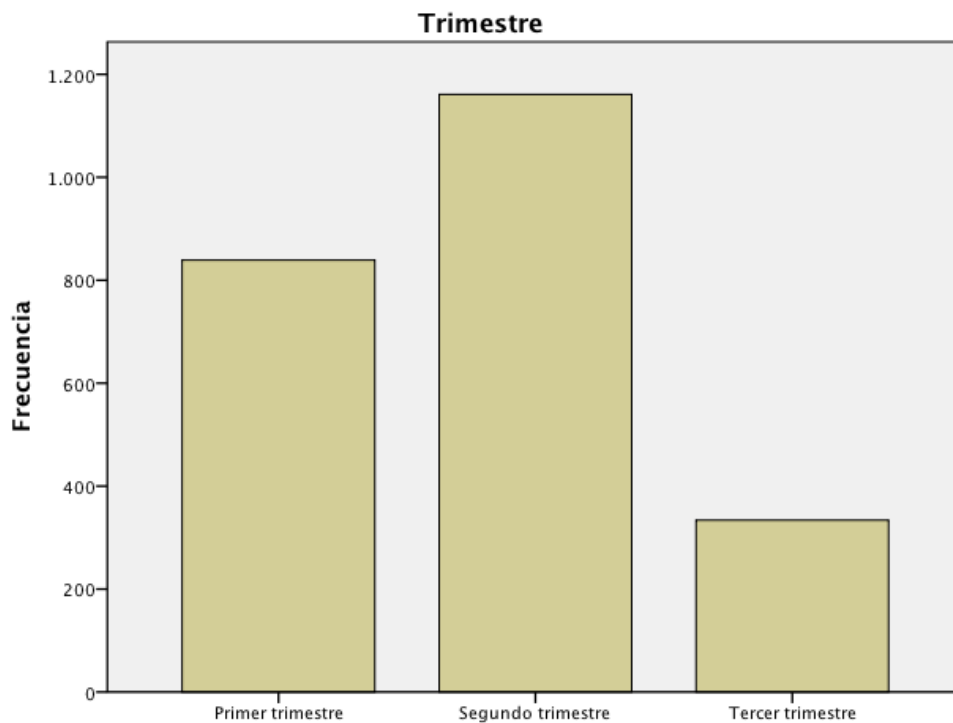
Mapa No. 5. Lugares con presencia de migrantes de Las Margaritas, 2008



Fuente: Elaboración de Iván Porraz y César Sánchez.

Algunos migrantes mencionaron el condado o lugar donde se encontraban dentro de los estados del vecino país, algunos más mencionaban sólo Estados Unidos sin especificar el lugar en que se encontraban. En este año se recibieron más llamadas en el segundo trimestre (que comprende los meses de abril, mayo y junio) con un total de 604 llamadas; el tercer trimestre (que comprende agosto, septiembre y octubre) las llamadas se redujeron en 206; noviembre y diciembre no pudieron ser registradas, pero los locutores me comentaban que en diciembre aumentaban considerablemente los avisos que llegaban de EU. (Ver gráfica 5).

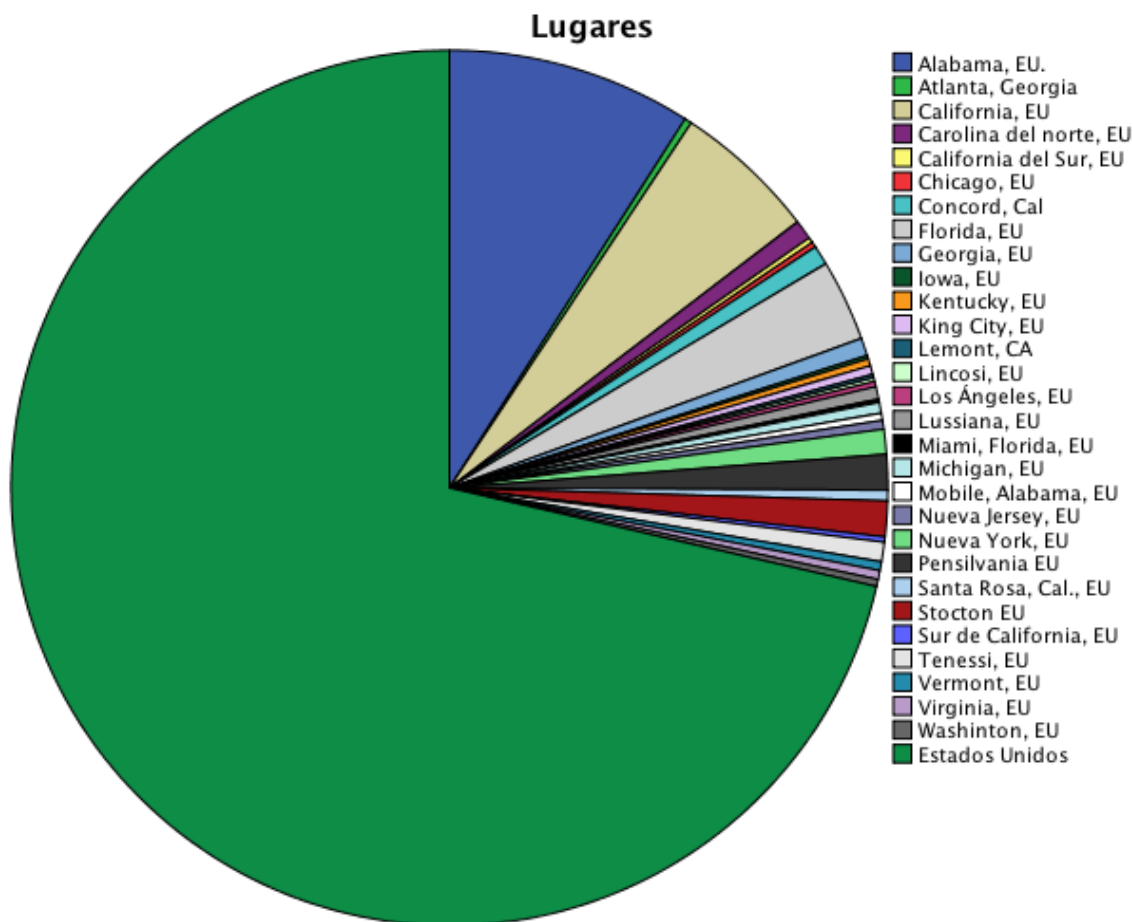
Gráfica No. 7. Trimestres con mayor número de llamadas de EU



Fuente: Elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

En el año 2009 las llamadas aumentaron considerablemente respecto al año anterior, pues se recibieron 1530 llamadas de EU en diversos meses; los mensajes en la radio se convirtieron en un instrumento de comunicación importante entre los migrantes de Las Margaritas y sus familias. Cabe destacar que poco a poco fueron hablando otros migrantes de municipios aledaños a Las Margaritas, como: Ocosingo, La Independencia, entre otros, donde tiene cobertura la radio. Para este año también aumentaron los lugares de destino de los margariteños (ver gráfica 8).

Gráfica No.8. Lugares con presencia de migrantes en EU.

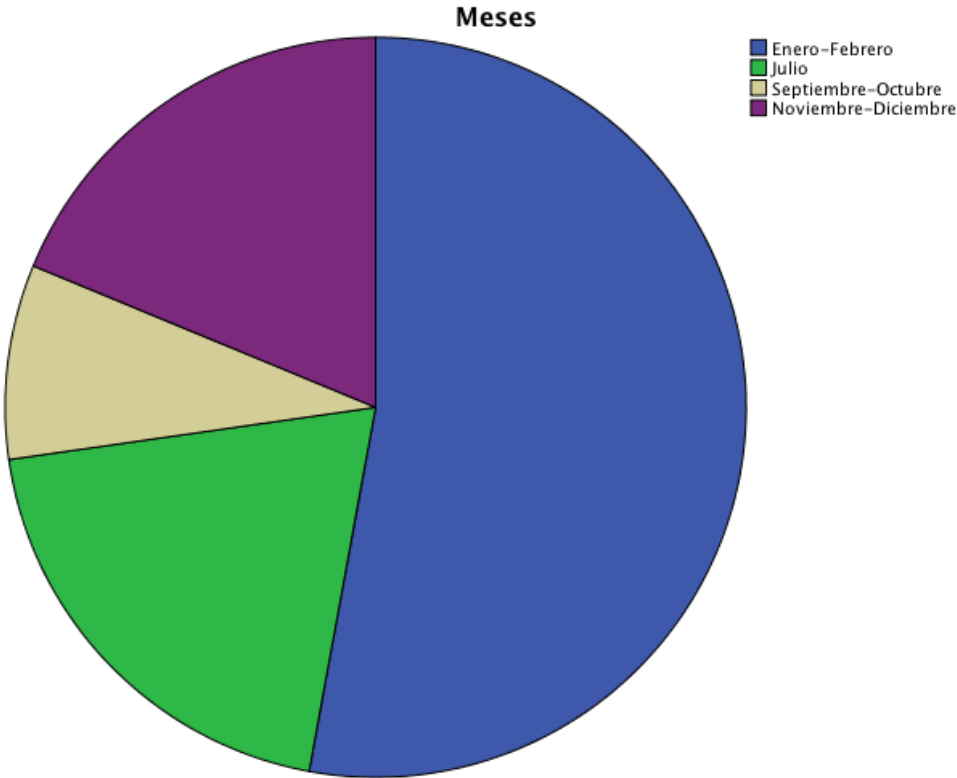


Fuente: Elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

Hay que señalar que un amplio porcentaje de los migrantes que enviaron mensajes para la radio, sólo refirió que se encontraba en Estados Unidos -sin especificar el estado, condado o lugar donde se encontraba en ese momento-; es por ello que la gráfica anterior muestra una importante porción de la misma nada más con esa referencia. En la misma gráfica se puede observar que de los lugares señalados seguían siendo importantes los estados de Alabama, California y Florida para trabajar, pero aparecieron otros como Chicago y New York. Respecto a los meses en donde se registraron más llamadas fueron enero, febrero y julio, con un total de 1113 llamadas (ver gráfica 8); por problemas técnicos entre los locutores no se pudieron documentar los meses de marzo, abril, mayo, junio y agosto. Sin embargo comentaron que se

recibieron llamadas en esos meses y que dentro del contenido de los mensajes era que “salieran a recibir llamadas en casetas telefónicas”. Es posible que algunos migrantes comenzaran a resentir la crisis que tenía su punto álgido, en este mismo año, en Estados Unidos.

Gráfica No. 8. Meses con mayor número de llamadas de EU



Fuente: Elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

Para el año de 2010 las llamadas siguieron recibándose en la radio, aunque disminuyeron; además, las bases de datos sólo se registraron hasta el 2009. A pesar de lo anterior existía un acervo de papeletas que se llenaban al que tuve acceso, pudiendo corroborar que seguían llegando llamadas de migrantes que se encontraban en la Unión Americana. Otra fuente con amplios registros fueron las llamadas que hacían a las casetas telefónicas; lamentablemente no pude tener acceso a los voucher de cobro, pues el dueño del local me negó el permiso. Con todo, pude entrevistar a los encargados, quienes mencionaron recibir

numerosas llamadas de migrantes margariteños que se encontraban en EU. Casi todos los fines de semana estos lugares eran abarrotados por familiares de migrantes que llegaban a la cabecera para recibir o hacer llamadas a Estados Unidos, la mayoría de ellos, hablantes de Tojolabal.

De esta primera fuente de información, varios elementos son rescatables. El fenómeno migratorio internacional es un hecho real en el municipio de estudio; ocurre de manera casi desapercibida a fines de la última década del siglo pasado y cobra importancia estratégica a partir de 2005. De igual manera, el fenómeno migratorio terminó expandiéndose a prácticamente las ocho microrregiones del municipio. La radio comunitaria es una fuente importante para registrar la importancia o la presencia del fenómeno migratorio internacional en las comunidades o localidades indígenas; el aviso es traducido a la lengua tojolabal -o a veces al mam-. La migración internacional es un hecho que se ha venido corroborando en otros estudios en el municipio (Moreschi, 2012). La información de la radio comunitaria da cuenta también de la movilidad laboral de los margariteños en Estados Unidos y la expansión que tuvo, tanto en el lugar de origen como en el de destino. Asimismo nos muestra los meses donde se registran más llamadas, con una tendencia generalizada en recepción de mensajes en julio y diciembre; el primer mes se realiza la fiesta patronal del municipio, mientras que el segundo coincide con las fiestas navideñas y de fin de año.

4.1.1 El Perfil de los jóvenes migrantes margariteños y sus familiares

La incorporación de los y las jóvenes en la migración internacional es un hecho real en el municipio de estudio. Sin embargo, poco sabemos de sus trayectorias de vida en los planos materiales y simbólicos, en parte porque el silencio es una estrategia común en los espacios en los que viven situaciones de crisis o transiciones sin rumbo -como las que hoy enfrentan miles de municipios y comunidades rurales del país-. En este apartado intentamos recuperar esas dimensiones del joven rural o semi-urbano que se incorporó al trabajo fuera de su país, a veces sin experimentar la migración al interior de su propio estado o a nivel interestatal (como tradicionalmente suele ocurrir). Esta reconstrucción se hará a partir de los resultados de 24

encuestas y 7 historias de vida⁹⁶ que nos permitirá bosquejar el perfil de estos jóvenes, sin dejar de reconocer el entorno más amplio en donde miles de historias se están tejiendo con los hilos de una experiencia que conjuga tragedias y triunfos, alegrías y tristezas latentes en una travesía soñada y, a veces, ya no tanto.

Los jóvenes encuestados tienen una edad que fluctúa entre 19 y 30 años; el 80 por ciento se asume soltero; tres dijeron vivir en “unión libre” y todos dijeron profesar una religión, en donde es visible el peso que vienen cobrando las religiones no católicas.

Cuadro No. 7. Religiones que profesan los jóvenes migrantes retornados

Religión que profesan	Núm. de jóvenes migrantes
Católicos	8
Presbiterianos	5
Protestantes	6
Testigos de Jehová	3
Católicos tradicionales ⁹⁷	2
	Total: 24

Fuente: Elaboración propia con base en trabajo de campo

Con respecto a la familia, un 80 por ciento comentó que sus padres viven, mientras el otro 20 por ciento que sólo vivía uno de ellos; la edad de los padres se sitúa entre los 46 y 60 años. El número de hermanos de los jóvenes migrantes es de 5 a 8 hermanos, donde predominan más los hombres. En el caso de la actividad de los padres, la mayoría dijo que su madre se dedicaba a las labores domésticas en el hogar, mientras los padres mencionaron las siguientes actividades (ver cuadro 8).

⁹⁶ Además de ellos, se cuenta con varias entrevistas informales con algunos habitantes de la cabecera municipal, familiares de varios migrantes, autoridades municipales y de la iglesia, que también son incluidas en la tesis.

⁹⁷ Los católicos tradicionales asumieron ser los que tienen un cargo en el poder político local y más fidedigno en cuanto a sus tradiciones y festividades, lo que los distingue de los católicos.

Cuadro No. 8. Actividad laboral del padre

Actividades	Núm. de padres
Agricultor (maíz)	15
Recolector de basura del ayuntamiento	2
Herrero y balconero	2
Albañil	1
No trabaja	1
	Total: 22

Fuente: Elaboración propia con base en trabajo de campo

Es importante anotar aquí un hecho que es significativo. En los recorridos de campo en las comunidades de las regiones mencionadas registramos familias con hijos migrantes en Estados Unidos, y en algunos casos estos jóvenes no necesariamente emigraron por falta de tierra o recursos para trabajar, pues la familia detentaba algunas parcelas con cafetales e incluso estaban inscritos en algunas organizaciones de productores de café. Ello de ninguna manera significa que las condiciones socioeconómicas tuvieran rango empresarial, pero sí la garantía de una reproducción social y biológica básica, en atención a las condiciones socioeconómicas de las comunidades del municipio. Aunque muchos jóvenes que emigran tuvieron fines económicos y esto sea cierto, es posible sostener la idea de cierta diversidad de razones para hacerlo -en buena medida propiciada por las experiencias exitosas o las experiencias vividas, que son prácticamente una novedad en la comunidad-.

Con respecto a la experiencia de la práctica migratoria resultó significativo el hecho de que el 60 por ciento registró que algunos de sus hermanos ya habían emigrado con fines laborales; un 40 por ciento registró no tener experiencia migratoria en la familia. Cabe señalar que dicha experiencia migratoria de un familiar, aunque no significa que ésta manifieste regularidad y solvencia, representa un antecedente que constituye el acervo de información de los jóvenes, acervo que se acrecienta con las experiencias de los otros tantos de aquí y allá que han emigrado, así sea por periodos relativamente cortos.

Este breve perfil de los jóvenes, todos hombres, da cuenta de un modelo de familia rural tradicional que encara las crisis y los déficits de la subsistencia familiar enviando a los hijos a un mercado laboral cada vez más lejano, sin dejar de considerar el sentido de atracción que esta decisión provoca en los jóvenes, quienes se han informado por diversas fuentes de historias tan reales o falsas sobre la experiencia migratoria internacional.

4.2 Vivir en Estados Unidos. ¿En qué se emplean los jóvenes margariteños?

En tiempos recientes la mayor parte de los seres humanos se enfrenta a un sistema capitalista marcado por la exclusión y condiciones sociales fragmentarias. Algunos autores han descrito esa realidad a través de metáforas que resignifican esos avatares cotidianos violentos: “la cultura del nuevo capitalismo” en Sennet (2006); “la modernidad líquida” en Bauman, (2003) o “la sociedad del riesgo” en Beck (2000).

Los jóvenes migrantes, así sea en su sentido genérico, vistos como una etapa de vida intermedia entre la adolescencia y la adultez se ven involucrados en esta dinámica frenética que los lleva a construir parte de sus propias biografías en otros espacios, marcados más por la violencia y la exclusión que por la buena acogida y la solidaridad.

Desde que parten del lugar de origen saben que son “indocumentados”, es un dato primario que se interioriza en el joven migrante. Esta percepción es generalizada, priva en ellos el sentido de inseguridad: “nos sentimos como si fuéramos centroamericanos”, es el comentario recurrente, percepción no alejada de la realidad pues no han sido pocos los casos en los que se les detiene, y aun cuando tengan credencial de elector, son enviados a la estación migratoria de Tapachula u otra cercana con fines de deportación. Se sienten más seguros cuando van en grupo y, desde el territorio chiapaneco, bajo el acompañamiento de un “coyote” conocido, de “aquí de la región”, aunque las peripecias de tránsito del norte de México a los Estados Unidos tienen sus mayores peligros y riesgos, pues les ha tocado vivir “en carne propia” el secuestro, un hecho que se ha hecho frecuente en el municipio de estudio, al igual

que otros municipios de Chiapas. Saben de la rudeza de la ley de los Estados Unidos: “lo más cabrón viene al pasar la frontera, estás expuesto a todo, a la muerte misma pues”. Comentan poco sobre las condiciones en las que realizaron el cruce.

Saben mucho de sus debilidades; no son “estudiados”, “apenas la primaria, la secundaria o alguna carrera técnica”; su fortaleza mayor es su fuerza de trabajo y las destrezas aprendidas en el campo y saben que esa fuerza física tiene demanda en el mercado laboral de Estados Unidos ¿Qué teoría de la migración internacional discute las formas en las que estas debilidades son interiorizadas y externadas por los jóvenes? ¿El saberse jóvenes y tener la fuerza física necesaria es suficiente para encarar el desafío migratorio? ¿La incorporación temprana o tardía al mundo laboral impacta la construcción de sentido en los jóvenes migrantes?

Después de dar el “brinco”, los jóvenes tojolabales y mestizos, todos hablantes de español, se enfrentan con una realidad laboral donde, como ellos mismos dicen, “cada día es más difícil encontrar un trabajo en el gabacho”. Aunque no tenemos muchas referencias analíticas, es posible sostener que la migración a Estados Unidos de los jóvenes chiapanecos y de otras entidades del sur del país es una migración de relevo, esto es, se ocupan de las actividades en las que el esfuerzo físico es mayor y el salario menor. Al escuchar sus experiencias laborales recordamos la investigación de De Grammont sobre las empresas agroexportadoras del norte y su creciente demanda de fuerza de trabajo que propicia la movilidad de miles de trabajadores de regiones inhóspitas de México, generalmente indígenas, cuando no la familia completa, que se convierte, ciertamente, en los “nómadas laborales” (1990: 20).

Los jóvenes migrantes de Las Margaritas ocupan un papel similar, que aunque no es lo mismo, es igual en términos de la lógica capitalista y de la globalización. Los mínimos apoyos de conocidos o familiares, sin redes sociales sólidas, sin una ruta migratoria laboral trazada con fines estratégicos, se convierten, como indica Moreschi (2012), en los “nuevos nómadas laborales”. El empleo precario es marcado por las oportunidades del mercado laboral y las posibilidades de acceder a éste. Al no tener una ruta migratoria definida, muchos jóvenes

migrantes de Las Margaritas transitan de California a Mississippi, de Florida a New York, entre otros. El sentido del riesgo y la audacia que caracteriza el ser joven hace posible este transitar y este construir en el momento mismo de la acción, el guión y el libreto, pues como señala Aquino Moreschi:

La ruta migratoria de estos jóvenes no ha dependido de una estrategia planeada desde el principio; más bien ha tenido que ver con las oportunidades laborales que se les presentan en el camino, los encuentros fortuitos, su capacidad para incorporarse a una red migratoria y su buen olfato para moverse en el momento oportuno y en la dirección correcta (2010:42).

Casi el 90 por ciento de los entrevistados dijo que su primer trabajo había sido la “pisca” de tomate, de naranja y pepino, es decir, se habían empleado en los campos de California y Florida. Asimismo, relataron que con el paso del tiempo fueron moviéndose a otros estados en busca de un mejor trabajo. Respecto a ello, Juan, un joven migrante, nos comparte:

“Después de cruzar, viene la parte de buscar chamba allá. Yo y como muchos que se van de acá de Margaritas conocemos un amigo o hay un familiar, a veces nos recomienda donde chambear, no es seguro que te lo den pero hay esperanzas, casi todos vamos al campo, yo trabajé más de un año en la pisca de tomate y de naranja, parece fácil pero el trabajo allá es duro” (Julio 2011, Ejido Belisario Domínguez)

La mayoría de los entrevistados dijo que el apoyo de un amigo, paisano o familiar fue importante en su primer empleo. No obstante, también relataron que poco a poco fueron encontrando otras oportunidades de trabajo mejor pagadas que el campo. Un 70 por ciento de ellos comentó que después de un tiempo y derivado de lo desgastante de laborar en el campo, buscaban otras alternativas como la construcción, trabajar en casinos o en fábricas donde se enlataban productos, pero para llegar a estos trabajos necesitaron relacionarse con otros migrantes, hablar algo de inglés, entre otras estrategias. De todas maneras, la oferta laboral se reduce a las actividades en las que se requiere la fuerza física. Miguel nos platica acerca de su experiencia:

“Algunas empresas en el campo te dan tu material para trabajar, guantes y ropa adecuada, en eso cambia mucho de acá, pero también hay unos cabrones, me comentó

un primo de acá de la cabecera de Margaritas que en los campos de EU que trabajó a veces no les daban ropa adecuada y los patrones eran cabrones, él se enronchó su cuerpo, yo creo que por el fertilizante o saber, además la chinga al paso del tiempo te vas dando cuenta que es cabrón la actividad del campo, parece fácil pero no lo es. Por eso yo un día dije me voy a aventar para otro lado donde pueda haber más jale, y lo hice pues trabajé en una fábrica enlatadora, aprendí un poco de inglés y de ahí para un casino, me animé y me iba bien, pero hay una gran diferencia, que yo soy soltero, muchos casados casi no quieren hacer eso porque hay un poco de miedo o no se arriesgan” (Julio 2011, cabecera de Las Margaritas)

Ramón, migrante de la comunidad de Guadalupe Tepeyac, nos comenta:

“Mi primer trabajo fue en el campo, en la pisca de tomate, ahí estuve un buen rato pero sí es difícil, al principio no lo sientes porque vas con la alegría de tener chamba y ganar dólares, después sí está cabrón, pero sabes, yo decidí que quiero trabajar en algo más y de ahí me voy a la chamba de la construcción, tenía suerte porque pasó un huracán y había chamba, ahí había un chingo de primos de acá de Margaritas. Yo creo que es cuestión de arriesgarse, porque muchos que son casados no quieren ir a otro lado por miedo o quizás no les gusta chingarse.” (Julio 2011, Guadalupe Tepeyac).

Enfrentarse a las dificultades laborales en tierra ajena coloca a los migrantes en la necesidad de toma de decisiones y la movilidad al interior de Estados Unidos es una de éstas y que no todos están en condiciones de asumir; aquí es donde juega un papel importante la edad, pero sobre todo, el estado civil. En las múltiples pláticas con los jóvenes migrantes fue reiterativo el sentido de la *audacia*, la *aventura*; el saberse joven y soltero abre mundos, parecen decir. Después de todo movilizarse con fines laborales no significa ir a donde se quiere, también está limitado a las actividades en las que se pueden emplear: la misma agricultura empresarial, las actividades del campo de la construcción y la de los servicios. Pero las dificultades son aún mayores, porque “la vigilancia es ahora fuerte”. “La mera verdad, está uno con el Dios en la boca”, pero “nos la jugamos”.

No todos los jóvenes migrantes margaritenses corren con suerte, existieron algunos casos donde movilizarse a otros estados implicó ser capturados por las autoridades migratorias y ser repatriados a México, aunque nuevamente volverán a intentar cruzar la frontera. Es el caso de Noel, otro migrante más, quien nos comenta su experiencia:

“Después de trabajar en el campo un tiempo, que decido irme a otro lugar donde había mejor trabajo, Mississippi, ahí sí no corrí con buena suerte porque en cada estado va cambiado la política, entonces, ahí en ese entonces yo no me di cuenta que había una redada donde se paraban en un camino y todos iban investigando los carros, y ahí me agarraron los de la migra. Va para atrás, pero con lo que no cuentan es que muchos vamos de nuevo a regresar” (julio 2010, Cabecera Municipal).

En sentido estricto, en el mundo laboral de Estados Unidos, los jóvenes migrantes son “los que sirven”; el significante social *juventud* se reduce a la edad y a su carácter *extranjero e indocumentado*. Ello se traduce en la construcción de una identidad social que se opone a la asignada por el mercado laboral y el poder que subyace tras él. En el campo de la *ajenidad* o del territorio no propio, es una identidad social construida por los jóvenes migrantes sobre frágiles entramados relacionales, articulados también en frágiles y quebradizos ámbitos de interacción y espacios movedizos en los que se producen y se intercambian los recursos y se definen las representaciones. Es una construcción social que la podemos traducir en el decir: “así nos vemos”, en oposición al “así les veo”, de la que se deriva una tensión latente.

Puede sostenerse que lo que define el proyecto migratorio laboral de los jóvenes migrantes margariteños es la ausencia del sentido de *regularidad* y la exigencia de una producción social primaria y recurrente de su símil, aunque definido por la contingencia. Es una producción difusa, fragmentada y a veces volátil. “No llegan para establecerse en un sólo lugar, son “golondrinos”, dispuestos a circular por varios estados de la Unión Americana y a cambiar de empleo, siempre precario”⁹⁸ (Moreschi, 2010: 64 y 65); el marco de interacción social con el entorno inicia con un mínimo y se amplía según habilidades y oportunidades. Construyen sus propias prácticas, intentan hablar “un mínimo del inglés”, relacionarse con otros iguales a ellos, e incluso establecer relaciones amorosas, para “sortear la vida en el gabacho”, como suelen decir.

No hay un balance preciso de la experiencia laboral vivida, en términos de una contabilidad económica de pérdidas y ganancias; dicen poco de ello, incluso aquellos que

⁹⁸ En última instancia, la condición del mercado laboral en EEUU. Hay que acordarse que el trabajo sigue al capital y el momento que les tocó a los chiapanecos fue el peor escenario: llegaron tarde a la migración, a diferencia de los poblanos o los zacatecanos, por ejemplo.

lograron algunas mejoras materiales en su lugar de origen, y aunque es crucial el balance, por las deudas contraídas para el viaje la experiencia vivida en sí parece ser la ganancia.

4.3 El tiempo libre: del futbol a la cerveza y conocer “la hierba”

Benja, un joven migrante de Las Margaritas, resume el sentido que para él tiene Estados Unidos:

Estados Unidos es un país donde se encuentra de todo. En los tiempo libres, donde no hay trabajo, puedes echar desmadre, si quieres ir a jugar futbol eso lo hacen varios que son casados o solamente salir a despejarse, pero también hay libertad para los solteros de ir por las chelas o “beer”, como se dice estando allá. Hay marihuana, hay desmadre, hay morras, hay vandalismo, de todo puede conocerse allá, pero con tus billetes en la bolsa. (Junio, 2011)

El tiempo libre es para muchos migrantes el momento de olvidar las penurias del trabajo, de olvidar que se es estigmatizado como ilegal, sin derecho a una ciudadanía en el país receptor. El tiempo y espacio de las horas no laborales constituye uno de los momentos más importantes en el que se intensifica la experiencia migratoria para los jóvenes migrantes, pues es desde ahí donde se puede construir la identidad social con los hilos, más que propios, con los hilos del mundo “gabacho”. Es recurrente, por la etapa transicional en el ciclo de vida, que se infiera que los jóvenes son potencialmente vulnerables y, al mismo tiempo, agentes relevantes para la sociedad por su aportación en la renovación de la fuerza de trabajo y la formación futura de nuevos hogares.

Desde esta lectura, el uso del tiempo libre representa una práctica negativa porque en ella está implícito el derroche del dinero ganado y el riesgo de caer en las adicciones; en el peor de los casos, está el incurrir en delitos de orden público (con todas sus implicaciones negativas). Sin embargo, puede decirse que la comprensión analítica del tiempo libre sólo es posible si entendemos el conjunto de acciones y prácticas que definen el tiempo del joven migrante en tierras extrañas.

Frente a la ausencia de instituciones sólidas que den sentido a la vida en el lugar que no es el suyo, se construye, desde abajo, con sus escasos márgenes de agencia, esos espacios que posibilitan un mínimo de relaciones e interacciones que den sentido y modulen un vivir cotidiano fincado en la irregularidad. El tiempo libre posibilita esta construcción y, quiérase o no, constituye el material con el que se constituye la condición juvenil del migrante indocumentado. Esto puede ser privativo de los jóvenes, porque los migrantes adultos sujetos a compromisos formales en sus lugares de origen difícilmente tienen el tiempo y la capacidad vivencial para dotarse por sí mismos de una identidad social que entraña experiencias que de manera transversal definen, más que un ciclo de vida, la de *ser* jóvenes.

Por ello cabe señalar que cuando las charlas tocan el tema del espacio libre, las voces de los jóvenes se tornan más fluidas y está presente un sentimiento de arrojo, de gloria por haber vivido lo que nunca se iba a vivir en el lugar de origen -sin dejar de reconocer a veces ciertas exageraciones-. El concepto que condensa estas vivencias del tiempo libre es el de *libertad*, que situada en el contexto norteamericano les significa, como eslogan principal, el “donde todo se puede”, aunque ello se traduzca a que se puede comprar desde una cerveza hasta un buen “toque” de marihuana, pues se llevan los dólares en la bolsa. El tiempo libre es el momento también de socializar con otros migrantes y relatar sus travesías y problemáticas en un país que, como muchos dicen, “no es el suyo, pero nos necesitan”.

Las voces escuchadas sobre el plano de la experiencia migratoria no distan de ser diferentes de las que hemos escuchado o leído en muchos trabajos sobre el tema de estudio; todos me hablaron de jugar fútbol, “armar retas con los del trabajo” o asistir a algunos conciertos, como tiempos y acciones que les permitió socializar con sus connacionales y otros migrantes de otras nacionalidades. José Vázquez comenta al respecto:

“Eso sí, allá es otra cosa en cuestión de pasarla bien, no como acá en la cabecera (refiriéndose a su municipio) que no hay nada, en Estados Unidos te puedes dar una vueltecita, así pongamos fui a ver a los Tigres del Norte en vivo, con otros migrantes teníamos un nuestro billete, y yo no soy uno de esos que por apantallar un billete de que vale mil pesos, pero también de lo que se gane hay que guardar algo para la diversión, o sea cuando tienes tiempo libre, me compré una gabardina de la cabeza hasta los pies y el charro, para salir con otros amigos. Cuando fui a ver a los Tigres del Norte me tomé la foto en el concierto del tigraso, son buenos esos grupos pero acá ni llegan, o sí pero cobran mucho dinero. A veces nos íbamos a tomar unas cervezas con otros, pero nuestro cotorreo era bueno. Allá es otro mundo, estuve también en la Casa Blanca, por fuera, estuve en las orillas, pero te diré que pude encontrar cosas como la

“hierba” y otras drogas que venden por allá, son parte de estar viviendo en los Estados Unidos” (Cabecera municipal, julio de 2010).

Ramón también comenta:

“Sí hay mucho qué conocer y hacer, pero con tu billete para un “chesco” o una cerveza, yo salía a jugar futbol con mis primos de acá de Margaritas, también con otros migrantes de Guatemala y otros más que eran del trabajo, era bueno pues las retas eran de apuesta y de ahí para ir por una cervezas o hasta fumar “hierba”; el tiempo libre puede aprovecharse de muchas maneras, pero a veces los que somos más jóvenes éramos desmadre” (Guadalupe Tepeyac, julio 2011).

Los relatos que son múltiples suenan a veces distintos, pero son iguales, todos hacen referencia de que el tiempo libre, unas horas o un día, les posibilita experimentar algo distinto a la jornada laboral: lo “chido” de “vivir” lo que ya les habían platicado; “nos estrenamos”, “lo sentimos”, se “enchina el cuerpo”, “se olvida la tristeza” -aunque sea por un rato-. Los relatos sobre este breve tiempo mina la parte dura de la experiencia migratoria. Cuando les insistí sobre cómo vivieron el racismo, la discriminación o el desprecio del hombre blanco -pues seguramente no podían ir a todos los lugares que quisieran-, emitían generalmente una sonrisa un tanto congelada. Y es que la migración internacional también está marcada por la clase y la etnia: “trabajador”, “mexicano” y “chiapita” o “indito”, son clasificaciones no necesariamente del hombre blanco, sino del que le sirve al hombre blanco, a veces mexicano, guatemalteco, salvadoreño, uno más del Sur. Pero en el tiempo libre se “va a los lugares donde van todos los migrantes” o los latinos y, allí, el racismo es lo mismo que allá, en la tierra nuestra.

Debe entenderse que la condición juvenil del migrante y la construcción identitaria que la contiene está inmersa en las relaciones de poder social, pero éstas no decantan ni de manera directa ni de manera inmediata, están mediadas y el accionar de los jóvenes suspende, paraliza o hace más lento sus impactos. Es posible que estemos frente a una realidad en que las relaciones de poder, aun siendo relaciones de poder, cambian de formato, y que dicho cambio devenga precisamente de la pérdida de poder de los adultos, sean padres o autoridades, debido a que se desprendieron de la responsabilidad en la formación y en el mantenimiento de la jerarquía generacional.

Si ello es así, puedo aventurarme a decir que los jóvenes migrantes de hoy son la generación que vive las tensiones mayúsculas que abre una sociedad que ha terminado por mercantilizar al mundo como un todo. Ser libre de vivir como quieras, siempre que puedas; “si tienes dólares ya la hiciste”, es la frase que encierra el sentido de la mercantilización y ello trae aparejado el “arriesgue” a disfrutar de nuevos estilos que, si bien son dados por el mercado, se van construyendo sin ser exactamente una “apropiación”; dichos estilos pasan por el tamiz del mestizaje, por lo propio. Lejos está en ellos el discurso ideológico diferenciado entre ser un joven responsable, un joven casado o un joven soltero, aunque se sabe que el soltero es “más libre”; a los otros los ata el compromiso con la esposa y sus hijos, aunque a veces intentan zafarse, y eso es todo.

No hay comportamientos uniformes. Los relatos también registran el sentido religioso como un bien para mitigar la parte dura de la experiencia migratoria, o para sentir la cercanía con lo propio. Este fue el caso de Javier, quien nos comenta:

“En mis tiempos libres me iba a jugar basquetbol o futbol con algunos compas de otros lados que conocí, muchas veces te gana la tentación de ir a tomar cervezas con algunos otros, o hasta consumir alguna droga, pues allá muchos solteros hacen eso, más los que luego quieren andar en pandillas. Pero pues yo decidí y también conocí unos amigos que me invitaban a la iglesia, así que cada domingo me iba y también leía la Biblia, puedes hacer muchas cosas, pero yo me gusto más eso y también te voy a decir que hice más amigos de otros países” (Ejido Saltillo, julio de 2011).

Antonio, un joven hablante de tojolabal, también nos comparte sobre su experiencia:

“Yo salía a pasear los domingos, me gustaba. También en mis tiempos libres me gustaba ir a una iglesia en California, llegaban muchos latinos, ahí conocí muchos hermanos migrantes y hasta inglés aprendí, bueno un poco, tampoco hablo mucho pero sí entiendo. Creo que muchos que somos jóvenes allá tenemos muchas cosas buenas y malas que hacer, pero pues es decisión de cada uno pues” (Ejido Belisario Domínguez, julio de 2011).

La confianza alcanzada con los jóvenes margariteños me permitió tocar uno de los temas que más preocupa a la sociedad de origen. Nos referimos al tema de las drogas. El consumo de enervantes también está presente en la vida de algunos jóvenes migrantes de Las Margaritas. La mayoría de los entrevistados dijo haberla consumido en algún momento de su

estancia en aquel país, asimismo asumieron que “se la rolaban otros migrantes”; su acercamiento fue para socializar, para olvidarse del lado triste de la realidad vivida en ese país. Ramón nos comenta:

“Muchos migrantes le entran a la mota pues, yo mismo le entré y me gustaba, pero si caes en eso y no lo controlas te puedes perder y tener muchas broncas allá. Yo conocí casos de algunos que fueron encarcelados pues la policía les encontró “hierba”, pero creo que a veces como joven eso te ayuda para conocer más gente y también algunas veces cuando el corazón está triste por allá, bueno, eso depende de cada uno...” (Julio de 2011).

La experiencia migratoria relativamente corta de los jóvenes migrantes entrevistados sólo posibilita inferir que para ellos el consumo de la mariguana en Estados Unidos es un hecho generalizado. Como migrantes “te contaminas” pues casi todos llegamos a “probarla”; cuando regresamos a la casa, “algunos la siguen consumiendo”, pero “son poquitos”, aunque como aquí todo se sabe, se genera un “desmadre” en la comunidad y en la familia, sobre todo “si le sumas la nueva vestimenta” en su versión norteña o en su versión “pocho” o “cholo”.

4.4 Vivir con las “gringas” es otra cosa: las relaciones de pareja en Estado Unidos

Las masculinidades no son homogéneas, sino que probablemente estén divididas internamente. Las vidas de los hombres con frecuencia encarnan tensiones entre deseos o prácticas contradictorias. W. Connell. *The Men and the Boys* (2001).

La vida sexual y erótica de los jóvenes migrantes fue un tema que cobró relevancia en las pláticas que sostuve con ellos. En el marco del “tiempo libre”, el espacio para iniciar la experiencia sexual en tierras ajenas y que tiene tras de sí la idea de que es un espacio diferente al propio, que va más allá de la realidad cotidiana, así como la conciencia de que será una experiencia del aquí y el ahora -con secuelas impredecibles-, constituye uno de los elementos más socorridos en las narraciones del ser joven migrante y en la formación de una identidad social como tal.

Está ligado con la dimensión estética y lo breve del presente. Ir al concierto de los Tigres del Norte con un “atuendo”, sea la gabardina “de la cabeza a los pies” -como señala José-, o la vestimenta propiamente “norteña”, produce en ellos placer, un “sentir chido”, un olvidarse de la necesidad del tiempo y su materialidad, un abrirse a formas distintas de actuar o de cómo les gustaría ser. Este placer sentido en este descubrir está ligado, acaso como culminación de esta experiencia, con el tener una novia “gringa”, o simplemente tener una novia en “Estados Unidos”. Hablar sobre esta experiencia sexual es para los jóvenes hablar de un evento individual inédito y el marco de referencia de comparación inmediato lo es el modelo tradicional del lugar de origen, la novia del pueblo y el ritual seguido que implica la consumación del acto sexual. Así, tras haber bebido un par de cervezas, los relatos se conjugan, pasan de la experiencia del *debut sexual* en sus comunidades, el cual relataron que fue con trabajadoras sexuales en el vecino municipio de Comitán, Chiapas, a la experiencia sexual en el “gabacho”. En este sentido, Ramón me relató:

“Eso de las relaciones sexuales, es diferente acá, pues me acuerdo que yo me fui con mis primos que viven acá, ahorramos nuestro dinero y así en bola nos fuimos ahí en la zona de tolerancia de Comitán, la verdad nunca hablamos de eso con nuestros padres, pero entre amigos sabemos de “nuestra primera vez” (julio, 2011, Guadalupe Tepeyac).

González López describe lo que experimentan algunos jóvenes en su iniciación sexual: palabras más o palabras menos, indica que el debut sexual de un joven varón “es un rito de paso a la hombría que con frecuencia es orquestado por los compañeros de su grupo de edad y la iniciación sexual no es tan sólo acerca de un joven que explora lo erótico con una mujer por primera vez” (2009: 87).

En el discurso de los mismos jóvenes se aprecia la aventura sexual más como una manera de vivir y sobre todo reafirmar la masculinidad ante otros hombres de sus mismos lugares de origen. Estas experiencias son narradas con relativa naturalidad. La conversación continúa y los jóvenes siguen charlando sobre sus experiencias sexuales, pero ahora las experimentadas en Estados Unidos. El repertorio de experiencias acumuladas era extenso, algunos comentaron que después de migrar su experiencia sexual fue influida por el lugar de recepción y lo que ofrece ese espacio. En este sentido, Bernal comentó:

“La verdad compa, pues yo soy de un pueblo chico, acá en Margaritas, te das cuenta que los que vamos a migrar para el otro lado es diferente. Cuando estamos allá hay muchas

cosas que ofrecen las ciudades en Estado Unidos, una de ellas, las chavas son diferentes, las “gringas” son aventadas pero un poco locas, las latinas, hay también mujeres chinas, como llegan igual que nosotros a buscar chamba, pues hay influencia de todo eso, hasta para tener “relaciones” o andar con una de ellas a veces para no estar solos, pero hay unas cabronas que sólo quieren tu dinero” (julio, 2011, cabecera municipal)

Las relaciones en pareja que establecen los jóvenes migrantes, sobre todo los solteros, los llevaba a seguir ampliando sus experiencias sexuales con otras mujeres migrantes, así como también las historias de sus noviazgos que comparten con los amigos del trabajo. En las mismas pláticas, los jóvenes migrantes aluden a las relaciones que establecen con las personas oriundas de Estados Unidos como una forma de incorporarse más rápidamente al lugar de recepción. Julio comenta respecto a ello:

Cuando llegué a los Ángeles, California, encontré un lugar muy diferente al mío, pero eso mismo me motivó a seguir adelante, ya que no tenía más opciones. Me acuerdo que trabajé en una cafetería de mesero y ahí conocí a la que ahora es mi esposa, gracias a ella pude aprender inglés y además de que me apoyaba en todas las cosas que para mí era extraño, por ejemplo, cuando intentaba mandar dinero para hacer ahorros en México me apoyó mucho, así estuvimos mucho tiempo pero un día decidimos casarnos para poder ser regular allá con los gringos, eso ya tiene algo de tiempo. Pero también puedo asegurar que esa relación me salvó el pellejo muchas veces para no tener problemas con la justicia, también en mi persona fue diferente ya que no son como las mujeres de mi pueblo, allá sí te meten al bote, y las mujeres parece que se protegen más con los gringos que con los mexicanos, pero pues ahí aprendí a ver la vida de otro modo, gracias a ella... (Enero, 2010, Cabecera municipal).

De igual forma, Daniel nos dice:

Cuando viví en Mississippi, allá en los Estados, viví un tiempo con una güera de allá. Pero sabes que esa es una muy buena estrategia de muchos latinos que llegan allá, pero también de las gringas. Un compa de allá me pasó el tip que muchos hacen para conseguir una pareja. Muchos ven bastantes ventajas pues ellas pueden hacer los trámites más rápido; también ellas ya conocen cómo se hace todo el movimiento en los bancos y algunos papeles. Pero hay que tener cuidado porque algunas son buena onda y otras son bien cabronas, conocí a un paisano que se lo estaban haciendo creer, le pasaban sancho pues, y también le bajaban su lana. Los compas que ya tienen tiempo allá, en especial los solteros, son los que te dicen de dónde y quienes son buena onda, pero también algunas te hablan con sinceridad, si quieres llegar a cierto acuerdo con ellas, por ejemplo, vivir un tiempo y ayudarlas con sus gastos, yo conocí a varias de ellas y mi plan era casarme para que tuviera mis papeles bien allá, pero no se pudo porque me deportaron. Pero muchos compas hacen eso con las de allá para que uno que es de fuera no le cueste mucho incorporarse a la vida de allá, y además son otras experiencias pues... (Diciembre, 2009, Cabecera municipal).

Para muchos jóvenes migrantes las relaciones amorosas que establecen con mujeres de Estados Unidos representan una manera de incorporarse más rápido al nuevo espacio. En el caso de los jóvenes solteros se propicia un intercambio de códigos culturales, de vivenciar el cuerpo, es decir, el joven migrante también construye alternativas para que su incorporación no sea tan problemática, pero también sus relaciones en pareja cambian -al menos en ese contexto-.

Se asume una nueva forma de vivir el noviazgo, aquello clasificado como prohibido en sus costumbres locales poco a poco se va transformando mientras se comienza a inventar una nueva forma de relacionarse con los otros. Paralelamente existe un cuestionamiento a su masculinidad y en algunos casos se llegan a cuestionar su rol de género. En este sentido, Daniel nos relata:

“Como te digo, allá las mujeres también son más cabronas, estratégicas pienso, porque no es igual que en tu pueblo, que van hacer tortillas o que las mandan a hacer de todo, acá a veces te responden, y tú ves que tienen y gozan más de su libertad. Me daba cuenta que las latinas van a bailar, a tomar y tienen sus novios; acá en Las Margaritas imagínate una de ellas haciendo eso, ni de chiste, habrá algunas pero no muchas, es bueno relacionarse con otras mujeres de otros lados, si no creo que no me doy cuenta de esos cambios, creo que son otros tiempos también.” (Enero, 2010, Cabecera municipal).

Los jóvenes migrantes reflexionaban sobre el cambio que han experimentado las mujeres latinas que migraron a Estados Unidos y es evidente la tensión cultural que priva en la percepción que tienen de la mujer. Hablan de ellas en sentido negativo, como lo es el haber convertido la libertad que tienen “allá”, en libertinaje; o el vivir en “exceso” en el “desmadre”. La lectura recurrente es la preferencia de casarse con una mujer de su lugar de origen, en lugar de las novias o parejas que hicieron en Estados Unidos, tal como señala Bernal:

“Yo prefiero casarme con una mujer de acá, de Margaritas. Creo que ellas pueden ser más fieles, allá las “gringas” son más canijas, a veces lo hacen muchos por los papeles pero también lo “machito” se te puede ir quitando con ellas. Por eso yo tenía claro tener novias allá, pero quiero una esposa de mi pueblo” (julio, 2011, Cabecera municipal).

Las vivencias del ser joven migrante son plurales. También existieron algunos casos donde relacionarse con alguna pareja trajo consecuencias: desde consumir más drogas, tener problemas con la ley, hasta ser deportado. Dentro de los relatos se registraron comentarios de algunos casos de jóvenes migrantes de Las Margaritas que al relacionarse con una mujer

“gringa”, fueron inducidos a consumir drogas como cocaína y otras sustancias más fuertes. También existió un caso donde su pareja lo denunció ante las autoridades migratoria, y por ende, fue detenido y deportado. David declara:

“Una de las razones de por qué me regresé de allá es que tenía una pareja en California, la pasábamos bien pero luego cuando tomábamos demasiado, nos bronqueábamos. Recuerdo que en una ocasión me insultó y me quiso pegar, pero yo respondí; se fue de la casa y al otro día regresó con sus hermanos y me golpearon, llamaron a la policía y luego pues me detuvieron y a las pocas semanas me regresaron, no tenía papeles, fue algo duro pero creo que es uno de los riesgos que asumes allá también... (Julio, 2011, Cabecera municipal)

El caso de David es uno de muchos migrantes que vivieron estas problemáticas cuya consecuencia fue ser deportado o retornar de manera forzada. Sin embargo existieron otros casos de jóvenes margariteños que decidieron retornar con sus parejas hacia su lugar de origen.

Establecer una vida en pareja en Estados Unidos revela lo que Gonzales López (2009) llama “economía política del riesgo”, que inevitablemente puede incluir riesgos en las vidas sexuales de los migrantes, como el caso de David. A pesar de todo, para muchos más fue un momento de vivir una vida sexual sin tabús, una forma de adaptarse al contexto de llegada, e incluso, una nueva forma de estar dentro de la masculinidad ya que ante los amigos que no migraban se mostraba las fotos de las novias que dejaron en Estados Unidos. Tal como describe nuevamente Gonzales López:

El empleo remunerado, el dinero y el sexo, se combinan todos ellos para exponer las relaciones de género, de clase y de raza que configuran la renegociación del poder y el control por los participantes en el interior de la familia o la pareja a medida que se convierten en componentes productivos y esenciales de la economía estadounidense (287:2009).

Esta posibilidad de transgredir la cotidianidad laboral es lo que particulariza la experiencia de los jóvenes migrantes de estudio, una experiencia devenida en acción social en la que se pone en juego la interacción y la negociabilidad de la vida individual y colectiva en un espacio y segmento temporal que reiteradamente alude a la “otra cultura”, pero que resulta atractiva no sólo porque se tiene la posibilidad de acceder a ella, así sea en su parcialidad, sino también porque priva el deseo de experimentar y asumir esas prácticas e imaginarios “otros”, ya como una experiencia biográfica o quizás como una opción que implica su apropiación, para

desde ahí, construir las fronteras de sus diferencias con los “otros”, tanto en el lugar de destino como en el de origen.

4.5 Entre la fascinación y el dolor del “billete verde”: los jóvenes migrantes margariteños.

Durante las conversaciones con los jóvenes migrantes margariteños fue visible una lectura de la tierra “gabacha”, aludiendo a imágenes de un mundo con valores y formas de vida cuya trama de significaciones intersubjetivas modulan la cultura norteamericana en lo que tiene de común y de plural. La comparación con lo “propio” fue reiterativo, apuntando específicamente a la diferencia cultural que entraña un marco normativo y de valores que define la acción social de sus miembros, y estructura prácticas de comportamiento en las distintas esferas de la vida social comunitaria. La imagen del mundo y de conducción de la vida cotidiana en ambos complejos culturales, es evidente y reiterativo en los jóvenes. En esta demarcación cultural, cabe señalar un hecho que es importante: el vivir, aunque sea temporalmente, en un país distinto y contrastante al propio en términos culturales, no arroja necesariamente una “crisis” de sentido. Y es quizás esta actitud lo que es propio de los jóvenes: el gusto por lo nuevo o la novedad y el desafío de experimentarlo, vivirlo, de reelaborarlo estética y discursivamente. Este proceso de interiorización de expresiones y valores externos al mundo social de origen del joven migrante, que no es un proceso lineal ni definitivo, constituye un desafío analítico.

Sabemos que la teoría de raigambre fenomenológica plantea que el “mundo de la vida cotidiana”⁹⁹ es el espacio donde se construyen los significados; es prácticamente un espacio con un orden dado, los significados socialmente establecidos se interiorizan por medio de la sociabilidad¹⁰⁰, desde donde se visibilizan que los términos de nuestras relaciones sociales están

⁹⁹ El mundo de la vida cotidiana es el “ámbito de la realidad en el cual el hombre participa continuamente en formas que son, al mismo tiempo, inevitables y pautadas. El mundo de la vida cotidiana es la región de la realidad en que el hombre puede intervenir y que puede modificar mientras opera en ella mediante su organismo animado (...) sólo dentro de este ámbito podemos ser comprendidos por nuestros semejantes, y sólo en él podemos actuar junto con ellos” (Schütz, 1977: 25). La vida cotidiana es un componente del “mundo de la vida”, definida esta última como el extenso horizonte de sentido que abarca el universo social, esto es, todos sus campos finitos de sentido. Son sus componentes: sus significados que son construcciones sociales, la intersubjetividad y los actores o personas sujetos que se mueven con un “acervo de conocimiento a mano”.

¹⁰⁰ Entendida como el conjunto de relaciones interpersonales y de las actitudes de las personas que son producidas y reproducidas –o modificadas- de manera pragmática.

dados por los acuerdos de su aceptación, de donde deriva la tesis de que el significado se construye intersubjetivamente¹⁰¹. En este modelo interpretativo en donde la producción de significados, tanto subjetivos como objetivos, se establece con suma claridad, su producción es objetivamente significativa y sus expresiones culturales son compartidas socialmente. Se trata de lo que Schutz define como la “relación-nosotros”, es decir, lo que en antropología se define como una relación *cara a cara*, una relación en la que más allá de la rutina es posible la construcción de nuevos conocimientos, nuevas experiencias, a través de prácticas de verificación y modulación de las ya existentes.

Sin embargo, la desestabilización de ese “mundo cotidiano” definido por la regularidad y el acuerdo, provocado por los violentos procesos de globalización y crisis del pensamiento social de la modernidad, trastoca los términos de la construcción de la realidad social, específicamente la construcción de significados generados intersubjetivamente. Este es el caso de los jóvenes migrantes rurales cuyo desafío en la construcción de su realidad social; no es ya encarar el tránsito rural-urbano, sino el de construirlo con los materiales que abonan violencia y exclusión social, en un tiempo definido por la contingencia y en un espacio tensado por la homogenización y la fragmentación o crisis de las organizaciones portadoras de orden y sentido.

Es inevitable no reconocer que para los jóvenes margariteños lo que analíticamente se puede identificar como un choque de dos mundos culturales, la experiencia de vivir en la tierra estadounidense, es para ellos prácticamente una aventura, una avidez por “vivir” y “sentir” lo distinto, por desembarazarse de lo *coercitivo* de su mundo cultural periférico y rural minimizando el reconocimiento de la naturaleza externa, pero también coercitiva y de dominio de la cultura por conocer y por vivir. En sentido estricto, siguiendo las teorías de estirpe fenomenológica, los significados objetivos de la cultura norteamericana son construcciones sociales, son significados o códigos sedimentados, pero abiertos y temporales cuyo aterrizaje implica la acción y la elección, como es propio de toda cultura. Por lo demás, un eje que está

¹⁰¹ La intersubjetividad definida por Schütz como el proceso en el que compartimos nuestros conocimientos con otros en el mundo de la vida, que, en atención a Berger y Luckmann, pone de relieve fáctico el universo de significaciones construido colectivamente a partir la interacción social, cuya aprehensión implica la dimensión fenomenológica y la construcción empírica de las construcciones humanas de la realidad (1993: 21).

presente en esta asunción y decodificación de la cultura, y que es de corte estructuralista, es la fuerza que hoy tiene el mercado, la mercantilización de la vida toda, presente en los nuevos núcleos de experiencia de los sujetos, de los sujetos jóvenes migrantes. Y no es posible obviar este hecho en un país receptor como lo es Estados Unidos.

Acción y elección son términos que nos remiten al concepto máspreciado del liberalismo, el de la libertad, y es éste el concepto al que reiteradamente aluden los jóvenes migrantes, jugando con el concepto en varios sentidos: en el sentido de poder “hacer”, pero también en el sentido de “no todo lo que se quiere hacer se puede” por las restricciones o limitaciones, diríamos sistémicas, en la singularidad del país receptor; un país del Norte, un país imperial para nosotros. Este hecho es reconocido en las múltiples pláticas con los jóvenes, en las que flotan frases como “un país chingón”, pero también “un país hijo de puta” -en alusión a hechos o situaciones que vivieron y que les violentaron-. “Lo que es, *es*, pero le damos la vuelta o ¿no?”, me dijo un joven migrante al referirse a su experiencia cultural en Estados Unidos, aludiendo a hacer “ruido allá”, pero también “hacer ruido aquí”, sabiendo que allá “yo no dejo huella”, pero “acá sí, porque no soy sólo yo, hay otros compas, que estamos queriendo cambiar nuestro mundo, que ya se quedó chiquito”. Indirectamente nuestro entrevistado, que se sale un poco del patrón de los otros jóvenes entrevistados, toca un tema problemático por la complejidad que encierra: la capacidad de los jóvenes para transformar su universo cultural, su capacidad para interpelar los significados objetivos de las culturas y para construir nuevos objetivos, así sea en su parcialidad, pues involucran relaciones de poder que implican imposición o dominio pero también, aunque en términos hoy reducidos, involucran resistencia, oposición y negociación.

Inevitablemente llegamos al punto crucial de nuestro análisis, centrado en la interrogante de si realmente con los materiales hallados es posible definir analíticamente una trayectoria o experiencia cultural migratoria propia de los jóvenes, si es posible identificar una correlación entre las prescripciones de la cultura “gabacha” y la interiorización o internalización de éstas en las prácticas cotidianas de los jóvenes y sus intereses, con un sentido de relativa *regularidad*, o como señala Urteaga, como la “cultura que viene” (2011).

Los materiales concretos y abstractos con los que se teje la experiencia migratoria de los jóvenes migrantes margariteños, resulta incompleta, fragmentada, y es visible que no se trata de experiencias o trayectorias homogéneas, pero sí definidas o moduladas por un entorno más amplio que reduce o amplía las alternativas o tomas de decisión. En sentido estricto, la migración como fenómeno social e individual y la experiencia cultural que le es propia es un campo del sentido y de representación social que impide hacer de los hallazgos verdades últimas, pues la producción de sentido es continua e interpretativa. Y ello no inhibe a la representación como productora de sentido de la vida, creadora de realidad social en la que, como ya se señaló, pesan las estructuras sociales y culturales que heredamos de quienes nos han antecedido en el mundo social (Schutz: 2001: 90), pero en las que pesan también las acciones de la realidad social del *día a día* que modifica o reelabora lo ya dado.

Es la naturaleza dinámica y en constante elaboración o reelaboración del sentido y de las representaciones lo que posibilita sostener el registro de una trayectoria cultural migratoria propia de los jóvenes migrantes, en la que se conjugan acción y subjetividad que derivan en una interpretación de su realidad y proyecta un horizonte, quizás una “cultura por venir” que resulta difícil de calificar en el sentido al que están acostumbrados los adultos a calificar las prácticas de los jóvenes.

El sentido de clase pesa en la cultura, sobre todo si pensamos la cultura, no como una cultura única, sino en su configuración parcial, en la que se particularizan distintos universos de significación y de códigos sociales; de ahí las denominaciones de “alta” y “baja” cultura (García, 2014). Desde esa parcialidad, los jóvenes migrantes, trabajadores en los campos o en actividades terciarias de baja retribución salarial, son atraídos por un sistema cultural en el que están imbricados tanto el valor real y simbólico del “billete verde”, como elementos propios de una cultura híbrida entre lo latino, lo norteño y la diversidad cultural del mundo de la periferia y la marginalidad.

Las relaciones que se establecen con la posesión del “billete verde” entrañan relaciones de significado con una dimensión simbólica que configura una imagen de mundo o imaginarios de mundo, cuyo núcleo de experiencia es la mercantilización de la vida toda. Se vive con la

idea, y se asume como práctica, de que con el “billete verde todo se puede”. No obstante, la realidad los coloca en el reconocimiento de la imposibilidad, para ellos, de hacer de este predicado una realidad interiorizada como marco cognitivo relativamente duradero -en términos de práctica cotidiana-.

En las pláticas pareciera que se refieren a un reconocimiento como realidad concreta, vivida momentáneamente en una acción o práctica de “fin de semana”, de tiempo libre – tomar la “beer”, invitar a una “morra”, ir a un concierto, comprarse y lucir un atuendo- y también el reconocimiento de su escasez, de la imposibilidad de su posesión duradera. De ahí la adhesión de representaciones plásticas, móviles y pragmáticas, en atención a márgenes de oportunidad, tiempo y poder.

Es una idea contundente para los jóvenes entrevistados que sus vivencias se hacen visibles en las experiencias de carácter estético en las que se conjugan tanto las normas estereotipadas del mundo global en su afán por definir con sentido biopolítico la experiencia y su sentido, como los elementos o componentes emocionales que proyectan la resistencia o la subversión de los jóvenes, sabiéndose excluidos del orden corporal racionalista. Decíamos que la elección de determinados marcos simbólicos y códigos culturales tiene el sentido de clase. Dejar el típico atuendo del hombre campesino y rural, así sea momentánea o regularmente, por atuendos propios del joven urbano y atuendos “al grito de la moda” o eminentemente subversivos, no cancela la condición de clase; no obstante, dicha condición tampoco cancela ni el proyecto de dominio global que pretende -además de imponer el consumismo- regular las expresiones corporales, ni el proyecto o la acción subversivos de quienes entre el marasmo del mercado y sus prédicas hedonistas y consumistas rehúsan su sometimiento al control o la regulación sistémica, desde donde se construyen los desafíos a las normas establecidas.

Sólo en la tierra “gabacha” fue posible un vivir desde el “yo” que alimenta la percepción emocional del cuerpo y activa la subjetividad. El gusto y las sensaciones tan “suyas” por comprar y vestir atuendos tan distintos a los atuendos del lugar de origen, deja de ser una cuestión de simple “mudanza” (poner y quitar) para tornarse en una experiencia estética sentida, interna, productora de subjetividad que apuntala un horizonte de vida distinto al

anclaje definido por la globalización y el biopoder y su racionalidad dicotómica cuerpo-mente. Es una experiencia que va más allá de los jóvenes margaritenses; asombra su desplazamiento y arraigo entre los miles de jóvenes mexicanos con experiencia migratoria en Estados Unidos.

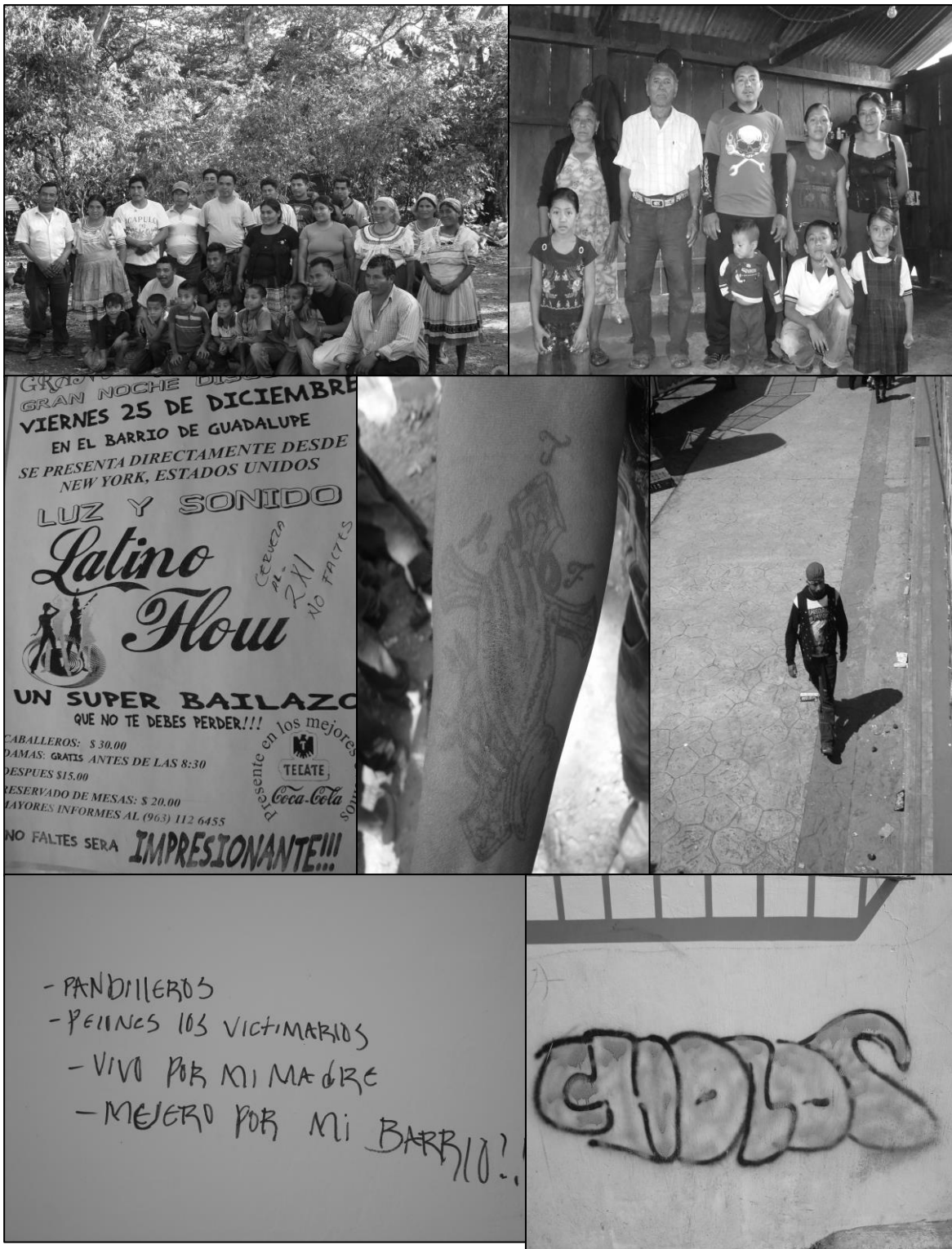
Sin embargo, el punto tensional -visible en la academia y en la sociedad adulta, en la que se internaliza con fuerza el régimen estético-político del mundo moderno o tradicional- es la evaluación o valoración de si la expresión práctica de dicha mudanza apuntala al cambio y a qué tipo de cambio. Esta tensión o conflicto es la expresión práctica más generalizada y la valoración generalmente tiende a ser negativa, sin espacios para su comprensión más integral, aun cuando se reconozca que es una mudanza generacional y en su particularidad. Se le teme, dicen algunos de ellos, por la conversión real de lo que prefigura el atuendo: la pandilla, el drogadicto o el narcotraficante, esto es, figuras que se mueven en el terreno de lo sancionado y por ello la expansión del miedo de la gente y la estela de estigmas y estereotipos mediáticos que se vierte sobre los jóvenes, induciéndolos en muchos casos a ser lo que no querían ser, amén de la fractura entre los jóvenes y las mediaciones del Estado y sus instituciones.

En el país receptor, Estados Unidos, que es el espacio donde se inició la interiorización de elementos culturales, subjetiva y corporal, los impactos son imperceptibles puesto que espacialmente hay fronteras y los migrantes conocen de suyo los espacios en los que pueden externalizar acciones con fines de “distracción”, convivencia y rebeldía. Sabemos de casos en los que la incursión de jóvenes migrantes a códigos culturales propios de ciertas adscripciones juveniles fue con el tiempo. Por otra parte, en la misma dinámica laboral, salvo en algunos renglones del sector de servicios, el cambio de la indumentaria no se tornó cotidiana, sino circunscrita al tiempo libre; las camisetas con las figuras de los equipos norteamericanos y la mezclilla o dril.

Las tensiones mayores se darán con el retorno. Regresar con lo “vivido”, con la experiencia que les propició desafíos y complacencia, entraña las tensiones más importantes de una construcción cultural migrante en la que se define una opción de continuidad o el “regreso al redil”, como suelen decir en son de broma, pero en el que no está ausente un dejo de melancolía y resignación. El retorno, como veremos en el siguiente capítulo, implica la

definición de presente y futuro inmediato de los jóvenes migrantes retornados. Es la búsqueda de canales que permitan la adecuación o modulación de los acervos culturales traídos a sabiendas de la percepción negativa de los moradores del lugar de origen. Se dan contradicciones y conflictos desventajosos para el joven, se registra un trastocamiento de la estructura significativa del mundo social, la sociabilidad del mundo cotidiano se antoja restringida o reducida y rotos los vasos comunicantes que hacían posible la comunicación activa y participativa.

Capítulo V



Fuente: Archivo fotográfico particular

¡Mi vida ya no es la misma, es mejor, no lo sé! Jóvenes migrantes retornados, familia y entorno local.

...para mí la escritura surge precisamente del desplazamiento y de la pérdida: pérdida de un punto de partida, de un lugar de origen, en suma, de una casa irrecuperable.

(Sylvia Molloy, 2005)

Y al cabo de muchos años estaban de vuelta en su tierra de origen, y nunca habían olvidado nada.

Ni al irse, ni al estar, ni al volver:

Nunca habían olvidado nada.

Y ahora tenían dos memorias

y tenían dos patrias.

(Eduardo Galeano, 2008)

El presente capítulo es la culminación de la tesis doctoral. Pretende ser la construcción de las respuestas que nos hemos planteado sobre el presente y horizonte de futuro de los jóvenes migrantes. La gama de experiencias que los jóvenes viven en el “retorno” a su país y lugar de origen se presenta como el guión de una película sin final, pese a sus dramatizaciones o a sus momentos de excitación triunfalista. Como en ningún otro momento de la experiencia migratoria, el “retorno” constituye una fase en la que se ponen en juego los imaginarios instituidos e instituyentes, donde las instituciones, como órdenes simbólicos que definen normas y dispositivos legítimos que ordenan la vida cotidiana, se confrontan con imaginarios abiertamente desafiantes de jóvenes que tras la experiencia migratoria no logran acomodar sus necesidades en el marco de lo instituido, de manera que construyen imaginarios que aspiran a su reconocimiento social, reconocimiento en el que privan las mayores tensiones o conflictos, tan alejadas de un marco relacional fincado en el acuerdo o consenso.

Puede decirse con seguridad, siguiendo la vertiente de “imaginario social” de Castoriadis, que el potencial heurístico del imaginario social nos posibilita la identificación

analítica de los elementos que se ponen en juego para prefigurar o enunciar necesidades y sensibilidades inexistentes, pero que su sola enunciación y despliegue en acto posibilita su concreción social, aunque prive la ausencia de su legitimación social (García, 2014). En este marco, es posible sostener que los jóvenes migrantes retornados, con sus rebeldías, anhelos y esperanzas, hacen certeras las tesis sobre el carácter de indeterminación de la sociedad y su orden social. Por ello la centralidad analítica es el campo de la subjetividad en el que la imaginación opera como constructo simbólico y cultural que define el sentido.

En el capítulo anterior recuperamos la vivencia y la interiorización de prácticas y valores culturales que bordan en la construcción de una identidad cultural migrante, visible en sus prácticas y expresiones corporales y lingüísticas, es decir, en la forma en que los cuerpos y sus prácticas definen los sentidos, manifiesto en el lenguaje, un lenguaje que crea pero que también suprime, usurpa e impone. Señalamos también la posibilidad de evaluar si los elementos de estas identidades tienen un carácter “emancipador” o de “alienación”, aludiendo a los contenidos de clase, poder y dominio que les envuelve, en un contexto de globalización y desterritorialización que atrapa y tensa prácticamente a todas las esferas de la vida social, entre ellas, el cuerpo y la conciencia.

Esta tensión entre subjetividad y materialidad la pensamos inicialmente como una dimensión que dificultaría trabajar con una perspectiva fenomenológica y antropológica como habíamos proyectado, pues la materialidad y los contextos macro y meso son hoy definitorios en la construcción de los imaginarios individuales y colectivos. Sin embargo, la idea, ampliamente compartida por los estudiosos, de que la cultura también entraña externalidad y coerción para los sujetos o actores, me abre la posibilidad para reconocer el peso de las estructuras de otras esferas de la vida social, como lo es la propia economía, más densa y con mayor sentido de regularidad.

Esta lectura posibilita reconocer la migración internacional de los jóvenes del Sur como un campo social tensado por la violencia y el desafío que se asume con tan sólo las armas corporales e imaginarias del ser joven, pues está ausente tanto la responsabilidad del Estado nacional en la protección y la garantía de los derechos fundamentales de su población nacional

joven, como la del Estado receptor. La expresión de la globalización y el neoliberalismo en la población joven migrante internacional asume ciertamente una expresión en la que pesa una relación desnuda entre el capital y el trabajo, una relación sin mediación alguna que proteja la vida y los derechos fundamentales de los trabajadores jóvenes migrantes. El cuerpo viviente de los jóvenes migrantes, siguiendo la reflexión de Virno (2003: 171), es para la sociedad norteamericana el mal a pagar, pues en tanto el valor de uso que ofrecen los jóvenes, y que no existe fuera de ellos, el capital tropieza con ese “cuerpo viviente”, en palabras del autor, con el “insuperable tabernáculo de lo que realmente importa: el trabajo como subjetividad”¹⁰². A resumidas cuentas, como señala Martín-Barbero (2010), con la presencia del inmigrante, en los nacionales se instala la desconfianza como comportamiento “normal” y se extiende la sospecha “a los gestos, las voces, las vestimentas”. “[...] con su hablar y gesticular desordenan la normalidad”.

Si nuestra lectura es correcta, estamos reconociendo el peso que entrañan las estructuras y sus dinámicas, que no necesariamente son reconocidas como constricciones por parte de los actores migrantes, y con ello abonamos en una mejor comprensión de las acciones emprendidas por los migrantes y su producción intersubjetiva en tanto formas de interacción social. El peso de la globalización y las transformaciones que trae consigo en la sociedad alteran las prácticas e identidades que han particularizado a los jóvenes, se difumina la regularidad y el material temporal de su constitución es la contingencia; de ahí una subjetividad diversa y diferenciada, en tanto se articula de modos múltiples con las estructuras sociales de las que derivan formas culturales y simbólicas igual de diversas y en permanente construcción (Reguillo, 2000; Valenzuela, 2003; Nateras, 2001).

En el capítulo anterior señalamos que la construcción de una identidad migratoria privilegia el espacio no propio; es ahí donde los jóvenes migrantes se involucran en la reconstrucción de una identidad juvenil en ciernes visible en el vestuario, los gustos, el lenguaje corporal y los gestos; es ahí donde nace la iniciativa de poner en juego sus posibilidades de ser

¹⁰² “El cuerpo viviente, desprovisto de cualquier dote que no sea la pura vitalidad, deviene el *sustrato* de la capacidad productiva, el *signo* tangible de la potencia, el *simulacro* objetivo del trabajo no objetivado. Si el dinero es el representante universal de los valores de cambio, la *vida* es el equivalente intrínseco del único valor de uso “no materializado en un producto”” (Virno, 2003: 171-172).

agentes sociales, movilizándolo sus escasos recursos para definir su disidencia y los términos de sus interacciones con esferas y actores del mundo global. El territorio norteamericano y su sociedad como espacio demandante de fuerza de trabajo, así como la densidad cultural que le define, se torna en un territorio “imaginado” y “vivido” antes y durante la estancia en éste. Las concepciones y las experiencias que los jóvenes viven en ese territorio que temporalmente habitan, se traduce en las diversas formas de conjugación de vivencias reales e imaginadas en las que priman los deseos, las esperanzas, los temores, el miedo, la gloria o el fracaso; sensibilidades todas que, diríamos, se acuerpan en la dupla “vulnerabilidad-desafío”.

Es esta conjugación paradójica de sensibilidades lo que hace complejo el análisis de la subjetividad de los jóvenes migrantes, pues en su construcción no se devela una oposición dicotómica entre elementos culturales “míos” y elementos culturales del “otro”, sino los que se asumen como propios, más allá de su distinción, es la conjunción de ambos, esto es, una subjetividad “mestiza” -siguiendo la línea de los estudios sobre la cultura de Martín-Barbero (2010)-. En otra perspectiva analítica, no necesariamente contraria, Parrini (2012:43) reitera un planteamiento ya reconocido por los estudios de las culturas juveniles, en el sentido de que la constitución de la subjetividad y el cuerpo están íntimamente anclados en procesos histórico-social y político, es decir, es un proceso de constitución parcial que no es creación necesariamente en “positivo” y con clave “finalista”, sino que también descrea, su construcción es también negativa y siempre oscila en lo abierto y lo inconcluso.

Este planteamiento nos lleva a discernir el campo de los límites de la constitución social de la subjetividad y del cuerpo, siendo uno de ellos el lenguaje, y en su acepción más amplia, está en juego lo que Parrini (2008: 14) define como un deslinde “entre la historia que se hace y las condiciones que no se eligen”, esto es, la “inscripción histórica de la subjetividad y el cuerpo”, una inscripción que no es coherente, unitaria y estable, sino fragmentaria, múltiple e inestable (Ibíd.: 15). Esta perspectiva es pertinente para la comprensión de lo que hemos definido como la construcción de la trayectoria cultural del joven migrante, que aterrizada en el estudio de caso, es trayectoria fracturada y sin libreto que defina la finalización de su trama.

En un sentido similar, Valenzuela, Nateras, Reguillo y otros estudiosos de las culturas juveniles, reconocen el peso crucial que tienen los contextos en la comprensión de la producción/reproducción de las adscripciones identitarias. Estos planteamientos que exigen dar cuerpo a esa inscripción histórica de la subjetividad y el cuerpo son una historia presente, que si bien dominada por la contingencia y el acontecimiento, su dinámica está atravesada por las relaciones de poder imperial en contexto de globalización. Como nunca en la historia de la migración internacional, su administración mundial había dado un vuelco tal como el presente, al incorporársele al paquete de lo que se denomina “globalización negativa” y a su combate con un sentido de guerra. Las deportaciones de mexicanos indocumentados y documentados que ha emprendido el gobierno norteamericano constituyen la expresión violatoria extrema de un marco internacional supuestamente reglamentado bajo principios democráticos. Los impactos para los afectados asumen expresiones que violentan el derecho mismo a la existencia social y biológica.

En el capítulo anterior intentamos registrar tanto los imaginarios que privan en la idea o proyecto de emigrar con fines laborales a los Estados Unidos, como las experiencias vividas, es decir, definir si éstas apuntaban a la construcción de una identidad juvenil migratoria. Los hallazgos, como hemos descrito, hacen referencia a esa tensión entre “imaginario” y “realidad”. Entre lo que puede hacerse “con el billete verde”, en particular para los jóvenes no casados, está la de vivir experiencias ya prefiguradas en los medios de comunicación y tangibles en las urbes, algunas tan distintas y lejanas a las del lugar de origen. No obstante, el núcleo duro de la migración es la experiencia laboral, donde los jóvenes migrantes experimentan el hecho real del trabajo y la mísera “paga” que éste devenga; “vivimos”, nos dijeron, con el “dios en la boca”. El miedo los hace presos ante la posibilidad de la detención y la expulsión.

Bajo esta paradoja se construyen las subjetividades de los jóvenes migrantes. Los materiales de su construcción no dependen totalmente de una libre elección, menos aún en un tiempo y contexto internacional en el que priva el sentido del “enemigo” y su combate. Sin embargo, son estos jóvenes, en territorio ajeno, los que ponen en juego la construcción subjetiva en clave corporal y lingüística, aunque los materiales -como dicen los autores consultados- tienen el sentido del “mercado” y de poder, e incluso de “clase”. En efecto, el

abánico de productos “culturales” se acota a escenarios alentados por el mercado, definidos por la música gruperá, el rock a veces, los equipos de basquetbol o “americano” y la mercadería que le es propia, pasando por prácticas que tienden a la experiencia intersubjetiva con las “otras”, como “ligarse” a una “gabacha” o una “gringa”. El consumo de alcohol, las “beers”, es consumo cotidiano en los tiempos libres y el uso social de las drogas que oferta el mercado –y que es consumo “normalizado” para la mayoría de la población norteamericana– resulta altamente atractivo para los jóvenes migrantes. De igual manera está la atracción por las agrupaciones juveniles y “las pandillas”. Las consecuencias de esta asunción subjetiva y corporal son altamente visibles en los hechos vividos por los jóvenes migrantes en la tierra americana: la ley y el abuso policial y social los pone en alerta y se evita; cuando esto no es posible, las consecuencias son fatales.

Las cosas cambian cuando se retorna al lugar de origen, lugar donde se pone en juego la precaria capacidad de agencia de los jóvenes migrantes retornados y se hace evidente la conflictividad que trae consigo poner en práctica y asumir como propios, los elementos culturales que dan contenido a un cambio de adscripción identitaria. Este capítulo intenta dar cuenta de estas tensiones que quizás, más allá de sus expresiones fenomenológicas y etnográficas, avizoran de la mejor manera la ruptura y debilitamiento real de las mediaciones –el Estado, la sociedad y la familia– que tradicionalmente regulan el comportamiento de los jóvenes. Las vivencias del retorno de los jóvenes migrantes alude a una dinámica social y conflictiva que los coloca al “filo de la navaja”; el desentendimiento entre el joven con sus “otros”, sea la familia, la comunidad o la autoridad, provoca trayectorias que oscilan entre la adscripción a grupos que provocan el miedo social y la represión de la autoridad, hasta la formación de pequeños grupos que viven el breve espacio de ser joven, sin que ello los exima de la mirada autoritaria de los actores de su entorno inmediato (la familia y la comunidad). En muchos casos, se propicia la expulsión social del joven migrante, y ello no necesariamente es una expulsión “directa”, pero sí una expulsión silenciosa constreñida a la violencia emocional del joven.

El retorno, objeto de este capítulo, lo hemos definido como la síntesis de una experiencia migratoria en la que se juega la vida presente y futura en el sentido amplio de la

expresión, es decir, vida material y simbólica. En su construcción, que es social y deliberada por el juego de los poderes imperiales, poderes que se extienden por exigencia sistémica a los Estados de los propios países de los migrantes, están presentes redes simbólicas globales que la hacen posible, incluso con el consentimiento -directo o indirecto- de las sociedades expulsoras y de recepción. Daremos cuenta de esta tensión visible desde el juego relacional que priva entre “infiltración” y “atajo” o “expulsión” y las consecuencias dramáticas en un puñado de jóvenes a los que se les ha arrebatado no sólo el derecho a una vida digna en sus lugares de origen, sino también en los lugares en donde como fuerza física sin más, se les demanda. De igual manera enfatizaremos, con la información biográfica y de las entrevistas, los significados que tiene el retorno en sus vidas presentes y sus posibles horizontes.

5.1.- El retorno en tiempos de globalización y securitización

La palabra “retorno” posee numerosas acepciones referidas al regreso, al lugar de donde se partió; a regresar a una situación anterior o a volver atrás¹⁰³. Suele definirse como la última etapa que cierra el proyecto del ciclo migratorio laboral, el regreso a casa que implica reinserción laboral o social, en tanto agente con posibilidades de impulsar acciones vinculadas al desarrollo local (Levitt, 2001; Papail, 2002; Durand, 2005).

En este marco, el esquema conceptual que inicialmente dominaba mi perspectiva analítica para analizar el retorno era aquella sustentada en la lógica de la migración circular que privó en los estados de tradición migratoria, localizados en el centro y en el mismo norte del país, y que pese a sus tensiones instituyeron el sistema migratorio México-Estados Unidos, objeto de múltiples investigaciones (Durand 1994, 2004, 2005; Durand y Massey, 2003; Guarnizo, 1997; Massey, Douglas, Durand y González, 1987; Moctezuma 2011; García Zamora, 2003). Buena parte de la bibliografía revisada me llevaba a la idea de la migración como un fenómeno social definido por fases o etapas: la del viaje, cruce, destino y retorno; ésta

¹⁰³ Un texto referencial en los estudios sobre el retorno (migratorio) es el de Russell King, “Generalizations From the History of Return Migration”. Publicado en 2002 por la OIM, en un texto más amplio: *Return migration. Journey of hope or despair?* Recientemente el tema del retorno cobra centralidad por el marco de criminalización y de securitarización que priva en los países del norte receptores de migrantes.

última como la fase final del ciclo migratorio, que llevaba -como era de esperarse- a la reinserción laboral y social del migrante en su lugar de origen.

Sin embargo, frente a los cambios profundos que ha venido experimentando el fenómeno migratorio internacional, muchos autores reconocen que el modelo analítico tradicional registra serios déficits para explicar y comprender hechos y fenómenos que han perdido el sentido de regularidad y certeza que posibilitaban una investigación social direccionada y con un final de alguna manera predecible. Estos cambios, como derivados o expresiones concretas de la globalización, están impactando al conjunto del fenómeno migratorio mexicano, pero para una entidad de reciente incorporación a los flujos migratorios internacionales sus impactos son drásticos y puede sostenerse que si no estamos en presencia de nuevas formas migratorias, sí estamos frente a una reformulación profunda de las formas ya existentes. Chiapas siempre llega tarde a los procesos nacionales (Villafuerte y García, 2010) y su inserción al circuito migratorio internacional no es la excepción.

No es ninguna sorpresa que la inserción de la población chiapaneca en edad laboral al circuito migratorio internacional ocurra en un momento, digamos, fatal. Desde el prisma de las dinámicas internacionales globales y neoliberales puede decirse que la migración de los jóvenes se hace en condiciones de violencia institucional que allana y atrae, además, a las violencias privadas. No es que la violencia sea un fenómeno nuevo o que se particularice a los jóvenes migrantes, pero hoy adquiere otro sentido que tiene que ver con la construcción deliberada de un marco simbólico que define las cuestiones de la inmigración como una <<guerra en casa>> (Butler, 2010: 47), y con un desplazamiento del Estado constitucional de derecho a un <<Estado de la economía>> abiertamente “global” y neoliberal. La “seguridad nacional” y su traducción en un presente y un horizonte propio de la guerra construye y modula los “enemigos”, entre los que incluye a los inmigrantes indocumentados, “ilegales” en la jerga jurídica.

Siguiendo el ejercicio de comprensión analítica que realiza García (2012) sobre la globalización, la aparente paradoja de ésta es que si bien se le define como “las formas de relación y organización social que desbordan los espacios tradicionales y se expanden hasta

abarcar el mundo todo” (Vallespín, 2000), también se le define como “aquello que por definición puede localizarse en cualquier parte, aunque tenga un origen local. Lo local no se opondría a lo global, sino que sería uno de sus elementos constitutivos (Santos, 50, citado por García, 2012), definición que se expresa en una realidad internacional en la que Estados Unidos, portador universal del mercado y la democracia parlamentaria, extiende su influencia a nivel planetario, cuyo despliegue coincide con lo que Naïr define como Imperio, esto es, “un sistema mercantil hoy mundialmente dominante, que funciona particularmente en el ámbito económico y en el del consenso; un “imperio de nuevo tipo, que supera y abarca a Estados Unidos”; es “un imperio mercantil, oligopolítico, mundial y democrático” (Naïr, 2003, citado por García, 2012).

Esta línea de pensamiento, la relación entre globalización y Estado, es igual de compleja, pues si bien el Estado pierde centralidad y presencia en las dimensiones sustantivas de la vida económica (–sector financiero y tecnología de la información- y social –crisis del Estado de bienestar-), el sistema mundo imperial es “un imperio informal, no está institucionalizado, fundado y reconocido como tal” (Naïr, 2003: 2). Sintetizando, señala García:

[...] lo que la globalización registra es el desplazamiento del modelo de pensamiento político clásico del “contrato social” que en los países de Occidente devino en Estado de Derecho con forma constitucional (Mercado, 2003), y que por extensión sistémica es también privativo de los Estados nacionales de los países de la periferia y semiperiferia, con democracias incipientes y degradadas por un entorno internacional que produce desestabilización y desigualdad creciente (Monedero, 2003). En resumen, se registra el trastocamiento del Estado constitucional de derecho, en aras de una estrategia global de “gobierno de la economía mundializada”, antagónica a la de un “gobierno público de la economía” (Mercado, 2005; Maresca, 2005).

La dialéctica presencia-ausencia del Estado-nación en el concierto de la globalización, Santos la visibiliza en la configuración de un <<Estado paralelo>> que crea zonas *salvajes* y zonas *civilizadas*; un Estado que privatiza los bienes públicos y, digamos con Harvey, que impulsa la acumulación por *desposesión*; un Estado desvinculado del riesgo cotidiano provocado por la precariedad laboral y la ausencia de capacidades individuales y colectivas para controlar las condiciones mínimas del mundo de vida cotidiana. [...] si hay una retirada del Estado-nación del concierto de la globalización, ésta es *selectiva*, pero no es cosa menor, pues como señala Mercado (2005: 120), el proceso de globalización coloca al Estado y al Derecho en “un nuevo escenario en el que sus funciones, sus finalidades y sus actores resultan transformados de una manera significativa” (García, 2012: 3).

Particularizando este contexto internacional global y neoliberal al fenómeno migratorio internacional y a sus actores, los migrantes, mayoritariamente jóvenes, caben destacar los “atentados del 11 de septiembre” como un punto de inflexión en el que se desparrama toda una serie de políticas y estrategias que conjuntan los males que configuran la “globalización negativa” (Bauman, 2013; Kapuscinsky, 2012), y que se sintetizan en la centralidad de las *fronteras* como espacios de contención militarizada, violentando principios y valores propios de los derechos humanos, así como la construcción de un *derecho penal del enemigo* que, ante el imperativo de la seguridad nacional, deriva en acciones y prácticas que revelan la contigüidad entre el “estado de excepción” y la “soberanía” (García y Villafuerte, 2014).

Vale detenernos en este punto por los impactos que el comportamiento del gobierno norteamericano -en materia migratoria- tiene sobre México y su población migrante, entre ellas los migrantes jóvenes de estudio. Después de esa fatídica fecha, la política internacional de ese país está nucleada por la seguridad nacional. A la migración indocumentada de mexicanos, centroamericanos y de otros países del continente americano y de otros continentes, se le define como un riesgo de seguridad nacional y se le correlaciona con toda la negatividad del crimen, el narcotráfico y el terrorismo. Las políticas antiinmigrantes impulsadas desde años atrás cobran vida en estrategias y acciones bien definidas. La construcción de bardas y muros, la puesta en marcha de sistemas tecnológicos de vigilancia y la militarización de la frontera sur de los Estados Unidos, es su evidencia más visible. El otro factor a considerar es la crisis económica de ese país, referida a una crisis crediticia e hipotecaria que causó la quiebra de bancos y entidades financieras, arrastró a los valores bursátiles y minó drásticamente la capacidad de consumo y de ahorro de la población. Durante 2008 la crisis se agrava y el gobierno interviene, entre otras, en la compra de activos respaldados por hipotecas. En 2011 la nota periodística es que la crisis sacude “la deuda soberana del país, llevando a la crisis del techo de deuda”.

La crisis económica de los Estados Unidos impactó a México. Su dependencia en el comercio exterior y la caída sistemática de las remesas se tradujo en un desempleo abierto y en la imposición de altas tasas de impuestos; derivando más tarde en una crisis de la economía en su conjunto, visible en la depreciación del peso mexicano frente al dólar estadounidense

(perdió alrededor del 25% de su valor hacia 2009) y la pérdida de reserva de divisas internacionales por más de 20 mil millones de dólares estadounidenses. La CEPAL indicó que de la región latinoamericana, México sería el país más afectado al registrar una contracción de 7% de su PIB.

Estos dos eventos son el marco contextual que define las condiciones de inserción de los chiapanecos en edad laboral al circuito migratorio internacional. Dos eventos que, en términos de sus impactos, pueden comprenderse desde el “retorno”, categoría de análisis que se amplifica en sus expresiones empíricas y en sus significantes concretos y múltiples sentidos. Una de esas expresiones del retorno -producto de políticas derivadas del 11 de septiembre y de la crisis económica estadounidense- son las *deportaciones* de los migrantes indocumentados, pero también de personas ya con residencia formal en el vecino país. Sin obviar, como indica Guillén, el endurecimiento de la barda fronteriza, “destaca la legislación de los estados en materia migratoria, y lo más grave, las deportaciones de mexicanos que ya residían en este país”.

Se trata, pues, de políticas deliberadamente antiinmigrantes, políticas que -como bien señala el autor- tampoco son nuevas, pero sus expresiones después de ambos eventos definen cambios de orden profundo en el tratamiento migratorio. El carácter ideológico y su politización, conectados a coyunturas políticas y de crisis económicas, han definido las deportaciones. En relación al penúltimo ciclo de deportaciones que va de 1983 a 2006, Guillén (2012: 169) las define como de “altas cifras, relativamente estables, girando alrededor de 1 millón de casos por años”. No obstante registra que después de los atentados del 11 de septiembre y la recesión económica, se dan cambios en las deportaciones -particularmente en el perfil de las personas deportadas-.

“[...], en EE. UU., el mapa institucional de la política de migración y sobre las fronteras ha experimentado un giro conceptual y operativo de amplia escala, de efectos severos sobre su visión de los flujos migratorios y de los migrantes. De manera indirecta -en ocasiones, directa-, la migración no autorizada pasó a ser parte del desafío de la seguridad nacional, una potencial amenaza para ésta y, de manera eventual, un objeto susceptible de confrontación física”.

Con estos cambios, se comprende que ya no estemos ante las tradicionales detenciones y repatriaciones de los años anteriores: ahora se trata de *removais*, expulsiones en un sentido fuerte, como reivindican los informes del ICE. Hasta el lenguaje debió adaptarse” (2012: 173)

Lo significativo de estos cambios, indica Guillén (2012), es que si bien se han intensificado las detenciones y repatriaciones de personas en el espacio fronterizo con México (con muy reducido tiempo de cruce o en el intento), hoy se deportan personas que residen –al menos durante un año- en Estados Unidos. En términos de datos duros, la información es precisa. Entre 2007 y 2011, las detenciones y deportaciones pasaron de 876 mil a 340 mil. Estos datos son coincidentes con los datos de la EMIF: pasó de 807 mil a 357 mil eventos. Los flujos migratorios de sur a norte también disminuyeron en el mismo período, disminución que -explica el autor- está relacionada con la recesión económica estadounidense que impacta al empleo y el endurecimiento de la frontera. El hecho real, concreto, es para Guillén (2012) la reducción del número de cruces de las personas que carecen de algún documento de entrada. No obstante, quienes lo hacen enfrentan los riesgos y los incrementos en los gastos que se pagan por el cruce.

A menor flujo, menores detenciones y deportaciones. Sin embargo, en lo que insiste Guillén (2012) es en el perfil social de las personas deportadas, expulsadas. Los datos duros registran que las personas repatriadas por autoridades estadounidenses que declararon vivir en Estados Unidos se incrementó, pasó de 4.4% en 2000 a 6.3% en 2003 y 33.1% en 2011. Las personas repatriadas con un tiempo de permanencia en Estados Unidos de 3 a 6 años, pasó de 1.1% en 2000 a 1.7% en 2007 y a 13.6% en 2011. Con tiempo de permanencia en Estados Unidos de 6 a 12 años, pasó de 1.4%, a 1.8% y a 17.1%. Con permanencia de más de 12 años, las personas repatriadas alcanzaron el 8.3%.

Se está en presencia, pues, de una abierta violación a los derechos fundamentales de las personas con impactos dramáticos para las familias residentes en Estados Unidos que han visto la deportación de algunos de sus miembros; significa, indica Guillén (2012), “la ruda separación de familias sin la menor consideración sobre sus críticas consecuencias emocionales, familiares, económicas, sociales y comunitarias”. Indica que el mismo ICE registra entre 1998 y 2007 la expulsión de más de 100 mil padres con hijos nacidos en Estados Unidos, y que sólo entre

enero y junio de 2011 se llegó a más de 46.5 mil padres repatriados. Concluimos con las palabras últimas de nuestro autor: “No estamos ante una simple variación de números: son otras reglas del juego. De hecho, es otro *juego*” (cursivas nuestras).

No es un dato menor el hecho de que la migración al vecino país es un factor clave para la economía mexicana, en particular para entidades federativas que han hecho de las remesas el factor definitorio de sus estrategias de reproducción biológica y social. A pesar de ello, para entidades “emergentes” como Chiapas -pero también Veracruz y Puebla-, de reciente incorporación al circuito migratorio internacional, la crisis y la securitización del país de destino simplemente significa la destrucción de la única alternativa dada por el concierto económico nacional y global. Sólo basta una lectura a “vuelo de pájaro” sobre las estadísticas del empleo y los ingresos de entidades como Chiapas, para comprender el impacto y el drama que ocasiona la pérdida de un recurso que estaba solventando, o solventa aún, las necesidades vitales.

La crisis económica estadounidense interrumpe la tendencia creciente que había mostrado el monto de remesas (en el caso de Chiapas), de manera que como sostienen Villafuerte y García (2014), desde la crisis del país del norte hasta el presente año, la entidad ha visto disminuir las remesas en aproximadamente 41%. Las deportaciones y los controles fronterizos también hacen lo suyo, pues aunque no se tienen estadísticas confiables, es evidente que dichas prácticas del gobierno estadounidense están afectando a los migrantes chiapanecos, que han optado por establecerse en las entidades del norte del país con la idea de aprovechar alguna oportunidad para re-ingresar a la Unión Americana.

Este es el contexto que hoy define a la migración de jóvenes chiapanecos que recientemente se han incorporado a la movilidad laboral internacional. Desde el país de origen y de destino, pesan los intereses de los poderes económicos y políticos -y éstos están más allá de las afectaciones humanitarias que traen consigo-. Las deportaciones son la expresión más violenta del retorno: regresan porque los regresan. Y los migrantes, reiteramos, son en su mayoría jóvenes; el INEGI registra que del total de los que emigraron a Estados Unidos, el 68.6% tienen entre 15 y 29 años; de ellos, 37.8% con edades que fluctúan entre 15 y 19 (INEGI, 2010: 54).

5.2.- “El fin del sueño o despertar a mi realidad”: el retorno desde la biografía de los jóvenes migrantes y de su entorno familiar y comunitario

No digo nada nuevo al reconocer que la experiencia de la migración internacional en los jóvenes migrantes de estudio, altera la biografía de cada uno de ellos en su individualidad y en las relaciones con su entorno inmediato, pero a diferencia de una experiencia que adquiere el carácter de regularidad por los períodos duraderos que registra la práctica migratoria, la de los jóvenes migrantes del municipio de estudio genera -por su precariedad temporal- impactos que tensan las relaciones presenciales propias de los espacios locales, al confrontar la mirada propia, de lo dado socialmente, con la mirada internalizada del “otro”, de otras formas de vida, otras formas de sociabilidad, otro mundo social. Se trata de una tensión irresoluble en los términos de todo juego, ganar o perder, y quizás este sea el punto crítico del mundo global: el suspenso, el sostenerse por fuerzas que no se controlan ni se definen por una u otra dirección con fines programados o planeados. Los jóvenes migrantes que retornan, salvo quienes aceptan “volver a lo mismo”, transitan en líneas impredecibles.

Las tensiones que viven los jóvenes migrantes inician, de alguna manera, desde el lugar de origen. El mundo de vida construido con márgenes restringidos de privacidad, intensas relaciones presenciales y fuerte incidencia de presiones y mandatos externos, no es el propio, no es suyo, y desde el silencio priva una rebeldía latente y el ansia de vivir un mundo distinto, ampliamente ofertado por los medios de comunicación. Al margen de lo anterior, hemos insistido que los jóvenes migrantes chiapanecos se insertan en condiciones adversas en prácticamente todos los planos de la experiencia migratoria. Sin exclusión alguna, son portadores del estatus de “indocumentados” y carecen de redes sociales, salvo algunos nexos precarios o incipientes con una población minoritaria establecida bajo el mismo estatus en los Estados Unidos. En su gran mayoría, quienes logran ingresar y trabajar lo hacen en el sector agropecuario, en la construcción o en establecimientos comerciales e industriales como estibadores.

Ambos hechos, el origen y las condiciones de su inserción en los flujos migratorios y laborales, ya modulan o definen el carácter del retorno: cuando se regresa con un sentido triunfalista, éste es precario, parcial y con un horizonte nada atractivo en términos laborales, salvo excepciones. Con todo, desde ambas experiencias -la rebeldía y el ansia de *ser*- va tomando cuerpo una construcción lenta o rápida de adscripción identitaria que, por frágil que ésta sea, le posibilita incorporar, reinterpretar e interpelar lo dado, asiéndose de nuevos significados y símbolos que le permiten valorar y definir los posibles cursos de acción y dar sentido a su vida presente.

Inicié el trabajo de campo con la idea primaria de un conversatorio con jóvenes chiapanecos que se habían ido a trabajar a los Estados Unidos y que por alguna razón estaban de regreso en sus lugares de origen. Iniciar y mantener la relación con estos jóvenes fue de suma importancia, pues mi interés era poder construir analíticamente la trayectoria y experiencia migratoria de ellos, particularmente de quienes pretendían volver a los Estados Unidos, ya con una oferta de trabajo en mano, ya con la intención de volver a “probar”, de “hacerla” de nuevo (desafiando los riesgos ya vividos o por vivir). En el transcurso de la investigación fue evidente la importancia del “retorno”. Delante de mí se exponía una diversidad de experiencias vividas y el retorno indicaba algo nuevo, un más allá complejo y definitorio para los jóvenes y su construcción identitaria.

5.2.1. ¿Por qué se retorna?

La pregunta primaria con la que inicia fue: ¿Por qué se retorna? Las respuestas fueron diversas, no obstante, en su mayoría están referidas al campo de las tragedias vividas y que contemplan desde las experiencias con la migra, los coyotes y las policías -que derivaron en la detención y expulsión-, hasta la diversidad de experiencias individuales que amalgaman razones diversas de retorno e incluso la idea de repetir la osadía de emigrar. Detrás del retorno está, pues, la historia vivida en Estados Unidos, que contempla tanto la experiencia penal y carcelaria por hechos “lesivos” cometidos por ellos, como la experiencia relativamente exitosa. Antes de registrar las respuestas de ¿por qué se retorna?, he de indicar un hecho que seguramente es recurrente en el actual contexto. Me refiero a que por diversas razones muchos jóvenes con

quienes venía estableciendo un diálogo sistemático, abandonaron el lugar de origen. Habían retornado pero nunca supe si lograron irse de nuevo a los Estados Unidos, o bien se fueron a algún estado del norte de México, a la Riviera Maya o a una entidad del centro del país. El hecho más drástico fue cuando familiares o amigos de la comunidad me dijeron no saber nada de ellos.

Otro evento que es necesario registrar son los secuestros como factor de retorno. En una comunidad cercana a la cabecera municipal se reportó el caso de 10 jóvenes secuestrados y se dijo que el secuestro había ocurrido una vez pasada “la línea”, es decir, en “tierra americana”. Los secuestrados hicieron contacto con la comunidad y con el padre de uno de los secuestrados. Exigían 20 mil pesos y dieron un número de cuenta en la que debía ser depositado el dinero, bajo amenaza de que si informaban a la autoridad las consecuencias serían contra sus hijos. Inevitable fue que esta información ocasionara un “revuelo” en la comunidad, no obstante, los padres sólo acudieron a un profesor para que les explicara que estaba significando este hecho. Se llevaron días tratando de conseguir el dinero del rescate, finalmente avisaron que ya tenían el dinero y lo depositarían en el banco; después de ello, los secuestradores se comprometían a dejar libres a los jóvenes. Ocurrió que fueron al banco con la cantidad fijada por los secuestradores, pero no sabían que debían pagar por el monto a depositar otra cantidad de dinero y ninguno de ellos tenía dinero; fueron a ver al profesor y éste les ayudó a conseguir el monto a pagar por el depósito, cuestión que les llevó dos días más. Finalmente se realizó el trato. Los hijos pudieron comunicarse con sus padres, algunos de ellos (4) se quedaron en Estados Unidos, pues incluso los secuestradores les habían dicho que “aprovecharan” y trabajaran para pagar el secuestro y las deudas que tenían sus padres por el viaje a los “estados”. Seis jóvenes se regresaron por insistencia de sus padres, pero como comentaba un padre de familia:

“Eso fue lo que pasó, yo ya sabía algo de los secuestros, pero pensaba que eso ocurría con los guatemaltecos, no con los mexicanos, pero nos pasó, amenazaron, pero ve usted que yo creo que son una banda y que alguna relación hay con gente de aquí que sabe quiénes se van, no los agarraron en el cruce, sino después. Sí, todos son chamacos, el que más edad tenía creo era de 22 o 23 años, mi hijo de 21. Pero mire lo que pasó, después del susto y de la gran cuenta con los prestamistas, los que ya regresaron están que quieren volver a irse, son necios,

dicen que se van a ir aunque los papás no lo quieran”¹⁰⁴. “Sí, supimos que en otras comunidades de Las Margaritas han pasado cosas como las que nosotros pasamos, secuestraron también a sus hijos en los “estados”. (Enero, 2011)

Ahora bien, la experiencia individualizada del retorno está acompañada de la historia de estancia en Estados Unidos y es este entrecruzamiento el que define una imagen de conjunto. Diego nos dice:

“En Estados Unidos me sentía bien, a veces disfrutando del trabajo y de la vida allá, de muchas cosas, pero no pensé que un problema me fuera a llevar a muchos más, la verdad que cuando mejor me iba, me pasó una tragedia pero quizás fue mi error, me aventuré a pasar algo que está prohibido allá y pues la policía me arrestó, estuve en la cárcel y bueno acá me tienes de regreso”. “Fue por poquita cosa” (Enero, 2011).

La historia de Diego es similar a la de numerosos migrantes mexicanos. El retorno forzado fue una tragedia que los hizo regresar al país en condiciones que no preveían; el anhelo de ahorrar para una “troca”, una casa, se evaneció; él no tenía planeado el regreso a su lugar de origen, su idea del “sueño americano era vivirlo allá”. Los problemas con la justicia norteamericana lo llevaron a quedarse imposibilitado de volver a cruzar. Nuevamente nos comenta:

“La neta, yo no quería regresar a este lugar, yo decidí que quiero estar allá, pero no se pudo, y más aún cuando tienes problemas con las autoridades, sí, está más cabrón pues allá si te tienen fichado y cruzar la frontera era arriesgarse a que me encerraran unos buenos años más en la cárcel, y yo no quería eso ya” (Enero, 2011)

Otro caso similar fue el de Noel, quien en un principio no quería contar su experiencia migratoria en Estados Unidos. Mientras sus amigos me relataban sus aventuras, sus amoríos y otras anécdotas, Noel permanecía callado y reafirmando lo que algunos amigos suyos decían. Recuerdo que esa tarde no pude platicar con él, fui a buscarlo y no lo encontré, hasta que poco a poco la confianza fue generándose. La historia de Noel es la de un joven migrante que

¹⁰⁴ Este evento ocurrió en el 2010; supe tiempo después que dos de los jóvenes finalmente se habían ido a los Estados Unidos, pero primero se fueron a trabajar en unas exploraciones de Pemex en Veracruz. Del resto de jóvenes, quienes se habían quedado en Estados Unidos, no supimos que pasó con ellos, en algún momento varios familiares o vecinos nos dijeron que llegaban de visita y que sí habían ayudado a sus padres, e incluso me comentaron que “algunos de los padres estaban construyendo” tal vez las casas de sus hijos que viven en los Estados”.

disfrutaba de su soltería, de la “libertad” y de sus dólares en EU. Sin embargo su vida cambió a partir de una relación con una joven en California, tal como me comentó:

“Mira a veces no quiero ni recordar lo que pasó, pues me da tristeza y no esperaba que terminara así, estuve viviendo con una chica de los Ángeles, en California, y pues la pasábamos bien, trabajábamos mucho pero también echábamos mucho desmadre, yo era adicto a la coca, al polvo pues, y en una ocasión yo me puse loco con ella, nos golpeamos y llegaron sus amigos y me “navajearon”, tengo cicatrices en mi brazos, me llevaron al hospital unos amigos, me detuvieron y se acabó todo para mí, no hubo demanda en mi contra, pero pues me sacaron de los “Estados” (Julio, 2011).

Noel fue deportado por las autoridades migratorias, sus sueños parecían truncados ya que no había ahorrado durante el tiempo que estuvo en Estados Unidos; él quiso obtener la nacionalidad pero las cosas no resultaron así, pues como él indica, “tener cuentas con la autoridad gringa es cabrón”.

El factor de la salud es otra de las razones esgrimidas en el retorno. Benjamín es un migrante joven que tuvo graves problemas de salud en Estados Unidos por lo cual retornar al lugar de origen era preciso para salvar su vida:

“Me acuerdo que la segunda vez que fui, todo iba bien, hasta que me enfermé allá, primero del dolor de estómago, luego comenzó más grave y me dijeron que tenía un problema de salud grave y necesitaba operación, pero quizás mi salud si me preocupaba pero fue más que debía pues presté para el cruce, ahí sí está duro, en las noches pensaba, voy a venir a Margaritas, voy a terminar de vender mi casa y quedar rentando o si tenía algún animalito a venderlo, para poder salir de esa cuenta y de la enfermedad. Pero, le digo yo, que sí está difícil regresar, imagínese que para entrar a trabajar de policía aquí en México ya necesitas tener tu secundaria. Si no, no hay trabajo, ni para rejuntar bolitos (borrachos), no hay, si no tiene estudios. La verdad que sí la pasé un poco mal, después de eso regresé para México, pero acá me echaron la mano para que me operaran pues era algo del hígado y pues ya estoy bien, pero fue duro, acá pienso de repente que no se me dio vivir el sueño americano otra vez, pero tenía que ver o hasta despertar que esta es mi realidad acá en México” (Julio, 2010).

Después de realizar el cruce, Benjamín tuvo ciertos problemas de salud que algunas veces lo imposibilitaban a trabajar, por lo cual decidió que retornar era viable para no perder la vida, y más aún, para poder solventar la deuda que había generado migrar a EU. Después de mejorar su salud y pagar la deuda, se dio cuenta que podría regresar nuevamente, sin embargo,

está latente su experiencia no fortuita en aquel país, además de que ya sabe que ir ahora a Estados Unidos es como “jugársela con la muerte”.

Otra respuesta que cruza la experiencia en el país del norte con la idea del retorno es la consecución de los objetivos que se habían propuesto, donde resulta importante el tiempo de estancia. De alguna manera registramos una correlación del retorno positivo entre quienes tuvieron una estancia laboral de tres años o un poco menos. La mayoría de ellos valoraron su estancia como exitosa, pues lograron la mayoría de sus propósitos: ahorrar para la construcción de una casa o comprarse una “troca”, incluso se registraron casos de migrantes que iban con un propósito definido, y que una vez alcanzado éste, iniciaron el retorno. No obstante, están conscientes de que la situación en la localidad es precaria e inestable: “aquí nada se puede hacer”, “no hay trabajo, y si lo hay, está mal pagado”. Una buena parte de los entrevistados comparte esta realidad, trayendo a la plática el temor -acompañado de un sentido de resistencia- de que en pocos años se vean como sus padres, viviendo de una economía de subsistencia que ya no da más. En palabras de Juan:

Yo decidí regresar a mi lugar de origen, no por cosas malas, sino que pude ahorrar y sentí que necesitaba a mi familia. Es chido estar allá, pero, la verdad, llega un momento en que sí sientes angustia y tristeza. Ahorré algo para una casita y pensé que mi objetivo iba cumpliéndose. También te voy a decir que pensé que ya no quiero regresar al trabajo del campo, pues veo como mi papá trabaja; trabaja y no puede hacer muchas cosas, apenas saca para la tortilla, y el gobierno ya no cuenta (julio de 2011).

El sentimiento de Juan es frecuente en muchos jóvenes migrantes. Son conscientes de que en su presente se van cancelando las viejas estrategias de mediano y largo plazo¹⁰⁵. En la decisión de emigrar pesó *la responsabilidad* de solucionar los problemas de la familia e incluso sentirse *depositario* del mejoramiento o subsistencia de su nicho familiar; ambas tareas lo configuran como un sujeto con un capital vital: el *ser joven*, capital con el que ya no cuentan sus padres. A pesar de todo, al mismo tiempo se trata de un capital “en bruto”, le toca al joven materializarlo y con ello—si eso pretenden— ganar una mejor posición en el entramado social, local y familiar.

¹⁰⁵ Corto plazo: el vivir cotidiano que contempla los campos del estudio, del trabajo, la relación con los padres, los hermanos, esparcimiento, cortejo, servicios, desarrollo de la presencia social adulta; de largo plazo: matrimonio, profesión, acumulación económica, herencia, prestigio, medio vital (Donas Burak, 1998).

En otra entrevista con un joven migrante de la cabecera municipal con estudios medio-superiores terminados, nos hablaba sobre el significado que para él tuvo vivir la experiencia migratoria internacional y posteriormente retornar; insistía en que los jóvenes que van a Estados Unidos y regresan, son *todos héroes*.

Hay de tres: regresas como triunfador porque la hiciste; regresas como triunfador a medias. Si lo mides por lo que hiciste en términos de bienes –casa, carro, terrenos-; o vienes como fracasado. Yo creo que sólo por haber ido debíamos ser todos héroes. Porque desde que cruzas ya te la estás jugando: la migra o los cazamigrantes, que están en toda la frontera norte de México, te están esperando. Los primeros te agarran y te deportan, los segundos te matan. Ahora es más peligroso el cruce, hay que hacerlo desde Altar o Sásabe para llegar a Tucson. Ahí te puedes morir, porque es puro desierto y no todos aguantan; te puedes quedar. Lo cabrón de estar allá, y por eso te digo que uno debe ser visto como héroe, es porque ahí uno vive una experiencia que si no la libras, te acaba. Uno tiene que aprender a vivir, o a medio vivir, con el desprecio de los de allá, pues es la tierra de ellos. Y lo más cabrón es que tenés que cambiar tu modo de vida, para empezar, con la comida, pero a eso se le junta otras cosas; lo más difícil es no caer en los vicios, y eso ocurre con muchos migrantes mexicanos, la tristeza los lleva a juntarse los fines de semana para echar trago y gastarse la lana que ganaron. También lo de las *viejas*, es otro cuete. Pero lo más triste, que se da más en los jóvenes, son las drogas, es un vicio que si caes, ya valió nada tu vida (julio de 2011).

Para estos jóvenes la idea de traspasar la frontera supone un hecho extraordinario en su travesía migratoria. En su lenguaje particular, ser héroe es parte de un todo que implica afrontar las penurias y problemáticas en el viaje, el cruce, la estancia, e incluso el retorno. Ellos, los jóvenes migrantes, internalizan el sentido de la globalización como *su propio tiempo*, con códigos y claves de acción que se construyen en la misma contingencia; un vivir con una sensibilidad que les posibilita entender y otorgar significado al mundo, y en especial, a “su mundo”. El mismo joven de la cabecera municipal nos compartía nuevamente:

Han regresado muchos muchachos así de mal, viciosos, y son mal vistos no sólo por los de su localidad, sino hasta por su propia familia. Está mal eso, deberían ayudarlos. También son héroes, pues tuvieron... (agallas) para hacerlo. También he visto que muchos que han regresado ya traen la moda de jóvenes migrantes que viven allá en *los Estados*, se juntan y hacen sus pandillitas; también se les ve mal. Pero también creo que la gente, su gente y el Gobierno tiene que entenderlos que ya no son los mismos; les gusta esa moda y tienen derechos. Otra cosa es cuando ya caen en el vicio, ahí sí tienen que ayudarles, darles alternativas para que se regeneren, pues también ellos tuvieron...(agallas) para irse y vivir lo que vivieron, que seguramente fue un “infiernito” (julio de 2011).

En similar tenor, otro migrante añadía:

Yo regresé por voluntad propia, y la verdad es difícil cruzar. Primeramente, estar allá, trabajar, mandar dinero. Bueno, es difícil siempre estar lejos de la casa de uno, por eso creo que cuando uno regresa tiene uno que valorar su vida y también se deben de sentir orgullosas nuestras familias que ya fuimos y regresamos bien, con vida y algunos ahorros (enero de 2011).

5.2.2. ¿Qué dicen los padres, vecinos y la sociedad margaritense de los jóvenes migrantes retornados?

Es, diríamos, “normal” la percepción negativa de los familiares y vecinos cuando el joven migrante regresa sin los elementos que le doten de gloria y triunfo, el reverso es la percepción contraria. El joven que emigró es un nuevo sujeto para la familia; si regresa con el cometido alcanzado, se gana un lugar especial en el seno familiar. Así, la analogía del “héroe” resulta adecuada para describir la percepción de este retorno, que se puede considerar exitoso. El dinero obtenido a través de las remesas que enviaba el joven a su familia para ahorrar puede verse ahora materializado en la construcción de la casa familiar, la que cuenta con materiales más sólidos como ladrillo, blocks o cemento. Los pisos son de concreto y ya no de tierra; los baños también se modernizan, desapareciendo las letrinas. La nueva casa se vuelve un símbolo de esa migración exitosa; la “troca” estacionada representa también ese esfuerzo de haber atravesado la frontera.

En términos muy sintéticos, las respuestas siempre van a girar en un núcleo narrativo afianzado a una idea de triunfo o fracaso -sin mediar una interpretación más humana y consensada entre la familia y la comunidad-. Ese núcleo está fincado en las remesas o el ahorro traído de Estados Unidos, o en la ausencia de estos bienes. En charlas personalizadas logré acercarme a los padres de algunos jóvenes retornados, así como a sus vecinos y autoridades. Y no es nada sorprendente las lecturas y las percepciones que tienen; es una valoración que se reduce a dos planos: el material referido a remesas y ahorros, y el de los cambios en el comportamiento cultural. El padre de Juan nos comentó:

Yo siento orgullo por mi hijo, pues migró. Conoce otro lugar y porque ya está haciendo su casita; a nosotros nos ha apoyado, también a sus hermanos, y eso es importante. Creo que

ahora se viste un poco diferente y tiene tatuajes; es su nueva forma de ser. Pero yo siento que lo importante es que hizo algo ahora que regresó. Con sus ahorros ya está haciendo algo que muchos de acá no lo van lograr (Enero, 2011)

El padre de otro joven migrante también comentaba:

Cuando se fue mi hijo era triste, mi esposa lloraba pero estábamos seguros de que acá en el pueblo era difícil que sacara algo de dinerito, pues no hay chamba. Ahora regresó, me siento feliz y veo que está haciendo sus cositas. En la familia ya se le ve diferente, pues ha migrado; y a pesar de que veo que tiene otras sus ideas y pensamientos, eso no me importa mucho, siempre y cuando llegue a hacer algo con sus ahorros (Enero, 2011)

Otra percepción que es recurrente pero provoca tensiones en la localidad o el barrio está referida a la defensa del hijo o pariente migrante que llega con intenciones de “innovar” la cotidianidad de la vida social. Don Pedro sostiene:

Mire, mis dos hijos se fueron a los Estados, también el hijo de otro vecino. Ellos estuvieron cerca de tres años, o poquito más, y pa’ que le digo que no, sí regresaron cambiados y con unas ideas que no son bien vistas por acá. Ahorraron para comprar sus instrumentos de música, acá trabajan, pero en las tardes ensayan y se dedican a la tocada. La gente empezó a verlos mal, porque usan un arete en la oreja y ya no se visten como nosotros, pero no le hacen daño a nadie. Yo los defiendo y su mamá también, pero los cuidamos de que no fumen “la mariguana” (Enero 2010)

Las expresiones de estos padres, más afortunadas, contrastan con otras percepciones en las que, si bien no está ausente un dejo de tristeza cuando se trata del hijo propio, pesa la fuerza de la tradición. Un ejemplo de ello son las palabras de la madre de un joven migrante:

“Es mi hijo, pero regresó mal, sin un peso en la bolsa y con muchos malos modos, mi familia no quiere que esté aquí, ya no se diga la autoridad y los vecinos. Si viera cómo se fue de emocionado a los Estados; tenía buenos pensamientos, ayudarnos a mejorar la casa y ayudar a sus hermanos, no sé qué le pasó. Se ha ido muchas veces, acá cerca, pero regresa, dice que se va ir y “ya nunca va a volver”, que se vaya y que Dios lo ayude” (Enero, 2011).

La percepción de vecinos y autoridades locales de la cabecera municipal es mucho más sentenciosa. La gente local tiende a relacionar al joven migrante retornado que viste y porta atuendos “raros”, con el de un posible delincuente que lo hace portador de riesgo para la

sociedad. En una de mis estancias de campo en la cabecera del municipio tuve la oportunidad de conocer a Diego, un migrante retornado que días antes, en el barrio de Sacsalum (de la cabecera municipal), se rumoraba que había amenazado con pistola en mano a un señor del barrio de San Sebastián que debía dinero a su papá. Ese señor, de nombre Armando, a quien también había entrevistado unos meses atrás, me platicó el incidente que había tenido con Diego:

Mire, yo estaba necesitado de dinero una vez; era una emergencia. Entonces fui a buscar a un señor de Sacsalum; es conocido porque presta dinero (y que es el papá de Diego). Me prestó como cuatro mil pesos, pero sucede que este señor estaba prestando el dinero que le enviaba su hijo del otro lado, según eran sus ahorros. Lamentablemente, este muchacho estuvo con broncas en Estados Unidos y regresó. Según dicen, andaba en cosas malas allá. Además, si usted lo ve, son de esos jóvenes que vienen con otras costumbres y hasta otra forma de vestir. Yo había quedado con su papá en los pagos; lamentablemente me he atrasado. Pero este muchacho llegó un día a amenazarme que si no le pagaba me iba a matar. Y bueno, se hizo un gran alboroto pues (Diciembre de 2009).

Algunos días después de conversar con don Armando, busqué comunicarme con Diego. Sin embargo él se negó a ser entrevistado. En esa misma semana, mientras salía de una cantina de la cabecera municipal, accedió a platicar conmigo. Desde el primer momento percibí que su salida de Estados Unidos había sido por problemas con la ley. En nuestra conversación insistió en el hecho de que después de ocho años de estar en aquel país, no quería regresar a Las Margaritas:

Hace tiempo que salí de Las Margaritas; la verdad me fui porque me sentía sólo acá. Necesitaba dinero también. Mi mamá había muerto hace unos años; me quedé con mi papá y dos hermanos menores más. Era difícil, pero me fui al otro lado. Como te dije hace rato, crucé y hice un poco de mi vida allá, pero, la verdad, yo decidí que no quería volver acá. En primera, porque si te das cuenta, es un pueblo donde no hay chamba; no hay mucho que hacer, pero yo ya había decidido estar allá. Los que migramos pal otro lado y después regresamos a nuestro lugar de origen, nos sentimos como extraños en la comunidad; hace como ocho años que no había regresado y a veces me siento incómodo, ya me había acostumbrado a vivir allá. Y luego también a uno lo critican por vestirse de cierta manera; en cambio allá, en los *Estados*, no hay nada de eso, porque hay muchos que se visten igual que uno, así es la moda pues; en cambio, aquí de todo se espantan (Diciembre de 2009).

Poco me dijo de la versión de don Armando, ciertamente éste no quería pagar y Diego lo amenazó, no obstante, los rumores sobre Diego no se hicieron esperar y con ello la percepción estigmatizada de la gente sobre este joven migrante retornado.

5.2.3. ¿Qué sientes tú de lo que dice tu familia y la comunidad por cómo retornaste?

Los jóvenes migrantes me narraran lo que dice la familia y su comunidad de su retorno; es un tramo muy difícil, no sólo porque las experiencias se tornan individuales y existe “pena” por reconocer percepciones negativas de los “otros” hacia ellos, que los coloca en una posición diríamos degradada, sino porque en algún momento “puede” que éstos tengan razón.

Registro que las respuestas de la mayoría de los jóvenes deliberadamente obvian o relativizan el objetivo central que dio origen a su experiencia migratoria internacional, esto es, la de ir a trabajar para enviar remesas o traer dólares. Este fue el objetivo primario desde donde se proyectó la aventura de emigrar a tierras lejanas, ello explica, por tanto, que el sentido del retorno se mida desde la lente monetaria. Se van con el peso de la deuda en las espaldas de los padres, bajo la promesa de que los primeros dólares ganados serán enviados para saldar dicha deuda, cuyos intereses son altísimos. “Es la gloria” cuando logran ese cometido. Lo es más cuando se regulariza el envío de remesas, que no son cuantiosas como inicialmente se suponía. Sin embargo, mayoritariamente destacan los casos en que las remesas o el ahorro no es tal, o cuando existe es mínimo, casi nada. Los casos no tan extremos son los de jóvenes que no la hicieron por la “maldita deportación”.

Afortunadamente esta dificultad dialogal se disipó, dando lugar a una plática abierta, dejando que se desparramara ese conjunto de sentimientos tan íntimos, pero también compartidos; dejando aflorar esos pequeños triunfos de unos y esos “fracasos” de otros para, desde el lazo de solidaridad que da la edad y las vivencias, mitigar las causales de haber tenido buena o mala suerte en sus experiencias migratoria.

Una parte de las respuestas a esta pregunta tiene un sentido muy personalizado pero también social y se refiere al campo de la intersubjetividad, a los sentimientos que ellos

interiorizan y recrean por cómo son vistos, además de las respuestas que en abierta defensa o desafío manifiestan a lo que los otros dicen de él o de ellos. Es un drama o gozo abierto porque es *in situ*, *cara a cara* e íntimo, porque está en juego la relación con las personas más amadas: los padres, los hermanos, los amigos, la sociabilidad comunitaria.

Es un drama para el joven migrante retornado que no consiguió ahorrar, comprar un bien; lo es más cuando el regreso trae consigo un equipaje visible en una nueva forma de vestir y de sentir lo juvenil, o más bien, cuando regresa con la intención de inaugurar lo juvenil, porque debe decirse, la edad que devela el ser joven no existe en la comunidad, pues el tránsito generalmente pasa de la niñez a la adultez. ¡Ay de aquel que regresa con 23 o 24 años, solo y sin nada! “Se le acabó su tiempo” -dicen. Además, la concepción sobre los jóvenes retornados “fallidos” se traduce en factor de riesgo: abierta o veladamente se le induce a una auto-expulsión.

Para la mayoría de los jóvenes con los que establecí un diálogo espaciado durante un tiempo que va de tres a cuatro años, el retorno fue como “sentirse extraño en el lugar donde se nació”. La mayoría de estos jóvenes habían tomado la decisión de no regresar a Las Margaritas, sin embargo, por azares de la vida estaban nuevamente ahí y sentían que no eran los mismos; que aquel hogar, aquella esquina del barrio, aquella comunidad ya no les sabía igual. “No me siento cómodo” era una frase recurrente en gran parte de estos jóvenes.

El sentido de sus respuestas apunta con cierto dolor a que la imagen que se tiene de él es por haber fallado. Noel recupera la historia de la muerte de su madre siendo muy niño y su incorporación a la migración internacional en plena adolescencia. Fue, como indicamos páginas atrás, deportado por un altercado que llegó a los golpes con su pareja norteamericana. El costo mayor fue el regreso a su casa: sin ahorro alguno, su presencia generó conflictos con sus hermanos y su madre. Nos cuenta:

Cuando regresé a mi casa, fue bien complicado. Mi mamá y mis hermanos pensaron que me habían matado allá, pues sólo se enteraron del conflicto que surgió con mi exnovia. No tenía ahorros porque no pensaba regresar. Imagínate, después de varios años estoy de vuelta y me siento extraño; además no me acostumbro, este lugar ya no es el mío. Yo no quiero trabajar la poca tierra que tiene la familia y no hay otro empleo donde puedan pagarme mejor; soy

mecánico pero ya hay un chingo de talleres. Mi familia me ve mal, dicen que sólo he traído problemas, en el fondo quieren que me vaya y tal vez tengan razón (Julio de 2011).

Diego, al igual que Noé, reconoce que su llegada ha sido “mal vista”; ni la familia ni la comunidad consienten su regreso y de muchas maneras se le dice que se vaya a otro lado.

“No es que me estén corriendo, pero algo hay de eso. No es sólo porque no traje paga, sino también porque vine cambiado, sí, me gusta una vida libre, sin que me estén diciendo qué es bueno y que es malo. Cambió mi forma de vestir y sí le entré a la droga en los estados, pero ya no, y la gente de aquí dice que soy drogadicto o algo peor” (Julio de 2011).

Continúa:

Siento que mi propia familia me ha excluido y me ha hecho de menos; veo que otros padres sienten orgullo y hasta presumen de que sus hijos que fueron al otro lado. Mi mamá no dice nada, siempre callada. De hecho, sus hermanos, mis tíos, le han aconsejado que me diga que me vaya de la casa, porque, según, no quiero trabajar; que me han visto tomando en las cantinas de Margaritas, que me ven fumando mi cigarro. Me pregunto: será que es porque no pude construir una casa, por cómo me visto o ¿por qué pasa esto? (Julio de 2011).

Estos hechos narrados por los jóvenes migrantes y reafirmado por los familiares, vecinos y autoridades, apuntan a la tensión o conflicto que se genera por haber traído a la comunidad muchos de los elementos culturales “gringos” que alteran las tradiciones del pueblo. No se trata de tradiciones propias de los pueblos indígenas, sino, sobre todo en la cabecera municipal, de reglas y normativas propias del mundo social local, aunque en algunas comunidades se apela a ciertos principios normativos propios de una tradición fuertemente erosionada. Tampoco es un hecho novedoso, pues la literatura constata que emigrar implica por su misma naturaleza, la apropiación de prácticas y conocimientos vinculados a las culturas –juveniles- y modelos de vida de dichos contextos. Entonces, resulta contradictorio que cuando se retorne y se traiga consigo el cambio cultural que no concuerda con la cultura de origen, nazca como respuesta local la exclusión, el rechazo abierto o el temor como pretexto para justificar su pronta salida del lugar de origen. Esos jóvenes solteros que han “fracasado”, como señalan Bertely, Saraví y Abrantes (2012:8), “no siempre tienen voz para expresar sus opiniones y sentimientos al interior de sus familias y comunidades; sólo los adultos discuten y toman decisiones”.

El hecho novedoso es, sin embargo, el contexto que hoy define a la práctica migratoria. Tiene que ver con el ambiente de inseguridad que hoy priva en la sociedad, en cualquiera de sus niveles espaciales y sociales; inseguridad que lleva a la búsqueda de culpables o posibles amenazas. Esto está ocurriendo hoy en muchas localidades de Chiapas, pues como señala Julio -el migrante con estudios-, la lectura del retorno por los locales es lapidaria: si regresan con vicios, con “atuendos raros” que son propios de las “pandillitas”, ya les fue mal, tienen un futuro quebrado en su localidad “*y más les hubiera valido no haber regresado*”.

Al registrar las impresiones de los adultos sobre estos jóvenes que no lograron “hacerla”, se lograba percibir que las adjetivaciones de “amenaza” o de “riesgo” sirven como excusa para generar unas formas relacionales con una clara incitación a la confrontación. El hecho tangible que hace que estos jóvenes migrantes no tengan cabida en la familia y la comunidad, hace de ellos un sujeto que asume su nuevo estatus de “extraño”; se vuelve el extranjero que después de un tiempo no encuentra su espacio como cuando se fue “al otro lado”, aunque en su fuero interno se crea capaz de sobrevivir en ese espacio que fue suyo y ahora se le niega.

5.3.- Un intento de comprensión analítica del retorno de los jóvenes migrantes margariteños: comunidad y familia

Señala Bauman que el tiempo global después de las promesas incumplidas por la modernidad vuelve a ser “tiempo de miedos”; y miedo “es el nombre que damos a nuestras *incertidumbres*, a nuestra *ignorancia* con respecto a la amenaza y a lo que hay que *hacer* –a lo que puede y no puede hacerse- para detenerla en seco, o para combatirla, si pararla es algo que está ya más allá de nuestro alcance” (2010:10). Recupera la centralidad de lo que se define como un <<miedo derivativo>> que “orienta la conducta de los seres humanos tanto si hay una amenaza inmediatamente presente como si no”; un concepto de Hugues Lagrange (1996), quien lo define como “un fotograma fijo de la mente que podemos describir mejor [...] como el sentimiento de ser susceptible al peligro: una sensación de inseguridad [...] y de vulnerabilidad”, frente a la ausencia de confianza en las defensas disponibles (Ibíd.: 11 y 12). El punto central de ese <<miedo deliberativo>> es que resulta fácilmente <<disociable>> en la

conciencia de quienes lo padecen, de los peligros que lo causan, esto es, las acciones y reacciones defensivas “pueden entonces ser separadas de los peligros realmente responsables de la presunción de inseguridad” (Ibid.:12).

Este planteamiento ilumina hoy la comprensión del miedo generalizado en toda la sociedad mexicana, en donde la “búsqueda de culpables y productores del mal” viene siendo tarea de autoridades y medios de comunicación, de un Estado aparentemente minusválido que se constriñe a atacar los peligros de la seguridad personal desde el ámbito de la <<política de vida>> operada y administrada a nivel individual (Bauman, 2013: 13). Los jóvenes, como demuestran numerosas investigaciones, son el blanco de ataque al definirlos como portadores de riesgos y miedo, y si son migrantes internacionales del Sur al Norte, posibles terroristas o narcotraficantes.

5.3.1. Retorno y comunidad

Es sorprendente cómo en un espacio local, como lo es un municipio sureño, se teje una narrativa delictiva con los jóvenes retornados que portan lo que el contexto global les ofrece y que es propio de su construcción identitaria juvenil, íntimamente vinculado con las narrativas de combate a la inseguridad o la delincuencia que hoy ofrece un Estado y un poder incapaz de enfrentar las realidades violentas que el propio sistema capitalista global genera. La sociedad de Las Margaritas ha tratado de nombrar y hacer vivibles los cambios que traen los vientos de la globalización, y en el marco de éstos, sus impactos que tienen que ver con hechos que hoy cobran centralidad -como lo es la violencia en sus distintas manifestaciones-. La migración internacional o interestatal, que por naturaleza es gestora de cambios, hoy se le define como portadora de riesgo. Esta lectura tiene como actores centrales a los jóvenes migrantes retornados.

La estigmatización de los jóvenes migrantes retornados es visible, como visibles son los nuevos y diversos estilos, así como las prácticas juveniles que les distinguen. Una lectura simple y falsa define la percepción local. Veamos el siguiente comentario de un habitante de la cabecera municipal:

“Me he dado cuenta que a veces los que regresan de Estados Unidos, en especial los jóvenes, ya vienen bien diferentes, por ejemplo, con sus vestimentas de otros lados; a veces ya te quedan mirando feo y ni respetan a los mayores, también usted puede ver como ya aparecen pintadas en las paredes de las casas eso de: “banda cholos”, “barrio 13”, yo pienso que han de ser de esos jóvenes que regresan de allá (refiriéndose a Estados Unidos) y como son solteros vienen a hacer sus perjuicios aquí”(Diciembre de 2009).

Otro habitante del barrio de San Sebastián, de la cabecera municipal, comenta:

“Acá en el barrio se puede dar cuenta que de los migrantes que regresaron, los más cambiados son los jóvenes solteros, esos ya vienen con sus vestimentas de otros lados y aquí mismo ya se juntan en las esquinas con otros muchachos; a veces están fumando y tomando cervezas, hay algunas pintas en las paredes que dicen “barrio 13” y otros que dicen “cholos”, a veces ha habido conflictos porque molestan a las muchachas y otros cuando están borrachos se ponen agresivos con la gente que va pasando en la calle, por eso digo que cuando regresan ya no son los mismos, hay que tener cuidado con ellos pues...” (Enero de 2011).

La percepción de los migrantes jóvenes como portadores de temor o peligro tiende a generalizarse, y alude a una idea de cambio inevitable: “porque se fue” es así, tal como comenta María, una habitante del barrio de Sacsalum, en la cabecera municipal:

“Los jóvenes que regresan de Estados Unidos ya son diferentes en su persona, en sus formas de vestir y en sus actitudes, acá ya ve uno muchos jovencitos con sus cigarrillos, con las cervezas, yo por eso no dejo salir a mis hijas solas en la noche, pues ya se escucha que asaltaron unas muchachas en este barrio, que se vuelve peligroso porque estos muchachos traen cosas malas de allá. Mis vecinas ya tienen miedo, a veces por eso dejamos bien cerradas nuestras casas y cuando veo este tipo de muchachos, que son conocidos porque a veces sus papás viven aquí, mejor me doy la vuelta o cambio de banqueta porque a veces me pueden hacer algo a mí o a alguno de mis familiares.” (Julio, 2011)

La construcción discursiva que en lo local se crea sobre el joven migrante retornado toma direcciones que van más allá de los comentarios y de algunas acciones vecinales. Los medios de comunicación locales contribuyen ampliamente a socializar información que propicia la seguridad de la existencia de ese temor como real y posible. En mis visitas a la cabecera me acostumbré a revisar los diarios locales, y en algunas ocasiones, registré encabezados como: “riñas de jóvenes migrantes en la cantina la cueva” (*Fronterizo*, junio de 2011), “jóvenes indígenas migrantes roban tienda en el centro de Comitán de Domínguez”

(*Fronterizo*, junio 2011). Otras notas daban cuenta de presuntos robos protagonizados por jóvenes (“imitación de mareros¹⁰⁶”) de Las Margaritas en tiendas del vecino municipio, así como de jóvenes migrantes que fueron detenidos por portación de drogas. La información periodística que tiende a exhibir las fotografías de los jóvenes, a la que se suma la información de las radios, constituyen los dispositivos estratégicos para la socialización de un imaginario colectivo del miedo hacia jóvenes que en su confrontación con la sociedad viven dramas internos -entre ellos, también el del miedo-.

El fondo que ocultan los dispositivos mediáticos alimentados por una información de las instituciones de seguridad y gobierno local, son precisamente los peligros que están más allá de lo inmediato y cercano; peligro como una palabra fuerte, porque no le puede combatir o enfrentar -de ahí la búsqueda de peligros cercanos-. Los jóvenes migrantes se tornan en ese peligro cercano y para ellos sí existen dispositivos sociales e institucionales con fines penales o rehabilitativos. Después de todo el miedo, como dice Reguillo, “es una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida” (200:189).

El horizonte de los jóvenes migrantes en esas sociedades locales encara nubarrones que van más allá de la imposición de un orden local que hoy resulta imposible por la naturaleza caótica y destructora del mismo capitalismo global y neoliberal. En estos espacios locales se esparcen las imágenes televisivas de la denominada “guerra contra el narcotráfico” y de manera ya cotidiana se exponen abiertamente rostros y cuerpos de los “delincuentes”, definidos por su crueldad o monstruosidad. La socialización de esta información y los intereses de poder ocultos, sumados a registros de hechos de la delincuencia organizada, han creado en la frontera sur un imaginario que vuelve a tener en los jóvenes migrantes a los sujetos idóneos para vincularlos con organizaciones mafiosas.

En 2009 un hecho ampliamente notificado en los medios escritos y radiales fue que en el municipio de Comitán, colindante con Las Margaritas, se había capturado a presuntos narcotraficante vinculados con los “zetas¹⁰⁷”, mismos que días antes habían secuestrado a un habitante de dicho municipio. Un hecho más dramático, en la misma fecha, fue el

¹⁰⁶ Miembros del agrupamiento juvenil Mara Salvatrucha.

¹⁰⁷ Diario el Fronterizo, 18 de febrero de 2009.

enfrentamiento que sostuvieron presuntos “zetas” con policías judiciales en el municipio de Frontera Comalapa, de la región Fronteriza, que dejó un saldo de tres policías muertos, una joven estudiante de secundaria y siete policías heridos¹⁰⁸. Sirva esta información para dar cuenta de los imaginarios que se van construyendo en una región fronteriza, un territorio que conjuga lo real con lo imaginario, con el afán de buscar culpables presenciales y sujetos de castigos para inhibir los peligros reales que están fuera de su alcance.

El relacionar a los jóvenes migrantes retornados con el crimen organizado, pero en realidad de los jóvenes como tal, es un paso recurrente en el imaginario y el comportamiento de la gente local. De manera ligera y sin mediar una comprensión reflexiva, las opiniones son impactantes. Este es el comentario de una vecina del barrio de Sacsalum:

“Escuché lo que pasó en Frontera Comalapa; mataron algunas personas, por eso creo que es importante que las autoridades hagan algo con los jóvenes que vienen de Estados Unidos; muchos de ellos ya vienen cambiados, puede ser que al rato ellos secuestren personas o se metan al narco, porque no tienen ni oficio, ni beneficio...” (Julio de 2009)

En términos similares, otro habitante de la cabecera municipal comentaba:

“Con eso que está pasando en los otros municipios, hay que tener cuidado acá, no vaya a ser que la violencia y el narco se venga para nuestro municipio, pues aparte acá hay muchos jóvenes de esos que fueron a Estados Unidos y regresaron con mucha maña, pueden meterse de matones de esos narcos o peor aún que inicien los secuestros acá...” (Julio, 2009)

“Pueblo chico infierno grande”, es una frase hecha verdad en las pequeñas localidades. Lo es más cuando del imaginario se pasa a la acción deliberada con propósitos precisos que afectan a personas determinadas, sean jóvenes de la localidad o no. Y se pone en acción a las instituciones erigidas para el resguardo del orden social. En Las Margaritas, frente a los hechos ocurridos en los otros municipios en 2009, la policía municipal incrementó sus rondines por las noches. Según me comentó un habitante de la cabecera municipal, las escuelas eran vigiladas por algunas patrullas ante los rumores de la escalada de violencia; en algunos barrios de la cabecera municipal se desplegaron algunos anuncios como: “se prohíbe tomar alcohol en lugares públicos”, “si se detecta a grupitos de jóvenes en las esquinas serán multados por los

¹⁰⁸ Diario Meridiano, julio de 2009.

habitantes de este barrio”. Es decir, se ejercieron dispositivos de control que vinculaban tanto al joven migrante, como el que no ha migrado, como un “sujeto portador de riesgo”.

La vinculación desmedida y falsa entre jóvenes migrantes retornados y delincuencia tiene su símil en la vinculación ideologizada y punitiva de los Estados Unidos entre inmigrante del Sur y la delincuencia organizada o terrorismo, así sea como posibilidad. Los peligros hechos realidad de la llamada globalización negativa se enfrentan con la idea deliberada de que “cambie para que todo siga igual”. Esto es, hacer del miedo, cuando no un bien con el cual lucrar, sí su usurpación en tanto sentimiento para legitimar el combate a lo que obstruye la ganancia como fin primario y último de la globalización. Los jóvenes son hoy una masa superflua que bien puede sostener la mentira sobre la que se construye ese “mundo consumo” hecho “sociedad líquida” que derrama “miedo líquido”, algo sobre lo que atinadamente reflexiona Bauman (Bauman, 2010). Valenzuela (2012), como muchos investigadores de las culturas juveniles, reconoce hoy la centralidad que ocupa el miedo en los imaginarios colectivos de América Latina: “con los imaginarios del miedo y la violencia, los espacios sociales se atrincheran y se saturan mediante dispositivos de seguridad, vigilancia y omnipresencia policiaco-militar” (2012: 111).

Una segunda esfera analítica sobre los impactos del retorno de los jóvenes migrantes en las localidades, en particular en comunidades indígenas, es el rechazo a las palabras y propuestas de los jóvenes sobre la vida social comunitaria. Hablamos aquí de jóvenes que retornaron con un capital humano que los capacita para opinar y proponer acciones sobre los términos de la organización de la vida cotidiana familiar y comunitaria. De alguna manera, estas tensiones se dan en el plano de las diferencias de poder individual, familiar, grupal y social. Sobresalen dos campos de la vida comunitaria en las que los conflictos son perceptibles: el de la religión y el de la política. El primero deriva de la conversión religiosa del joven migrante, conversión que representa un “insulto” al catolicismo tradicional de la comunidad; el segundo deriva de la opción más plural o reflexiva sobre los partidos políticos.

Durante el trabajo de campo que realicé en algunas comunidades indígenas de Las Margaritas identifiqué a jóvenes retornados, a quienes les pregunté sobre lo que sienten y viven

en sus comunidades después de la experiencia migratoria. Casi todos reconocen que la gente de la comunidad, e incluso los familiares, han cambiado el trato que tenían con ellos antes de irse.

“Nosotros sí cambiamos cuando regresamos, hasta me siento diferente, también ha cambiado mi forma de ver las cosas en mi localidad, pero eso no les gusta a muchos de acá, a veces nos critican que nos vestimos diferente, porque les digo lo que pienso sobre algunas decisiones que no comparto con ellos, eso hace que a veces quieran tener problemas conmigo, o siempre me dicen que soy un alzado” (Enero, 2011)

Otro migrante comenta sobre su experiencia:

“Te voy a decir que primero me ven diferente por qué me fui muy niño y ahora físicamente soy otro, pero no sólo eso, también mi forma de ver los asuntos de mi comunidad. Me criticaron mucho porque ahora ya soy Testigo de Jehová, también porque muchas veces ya no quería cooperar para las fiestas y esas cosas que hacen los católicos, cambiaron mis ideas y hasta mi forma de vestir pero a veces la gente de acá no entiende que uno es otro...” (Julio, 2011).

Algunos de los migrantes retornados, que además de hablar el español hablan su lengua original, el Tojolabal, también encuentran un espacio tensado. Algunos jóvenes hacen énfasis en que el conflicto con ellos es por el cambio de religión, es una cuestión seria porque puede intervenir, de hecho lo hace, la asamblea comunitaria, y la sanción en un caso extremo puede llegar a la expulsión. El otro factor de tensión lo es la intervención de los jóvenes para que la gente se adscriba a otros partidos políticos, distintos a los que la comunidad tradicionalmente viene apoyando. La gente de la comunidad no está receptiva a los cambios, pues como nos comenta don Armando:

“Acá en Saltillo hay varios que fueron a Estados Unidos, algunos estaban casados, otros más son solteros, pero lo que me doy cuenta es que cambian en sus maneras de ser, ya opinan más en las reuniones y también hay otros que ya hasta quieren cambiar de partido, se vale pues, pero después pueden traer conflictos acá en la comunidad, eso he visto, por eso lo comenté...” (Enero de 2011).

Otro habitante de la comunidad de Belisario Domínguez indica:

“Acá sí hay muchachos que regresan y ya cambian de religión, pues eran católicos y ahora ya son protestantes o evangélicos, pero a veces la comunidad no ve bien eso, porque aquí somos

católicos y con eso nacimos, creo que esas son otras costumbres de allá donde van (refiriéndose a Estado Unidos)...” (Enero, 2011)

Un joven migrante retornado sostiene:

Te voy a decir lo que ocurre. Si nos vamos a los estados, pues allá encuentras de todo, lo más mejor es cuando encuentras apoyos en las iglesias pero éstas no son de la religión de aquí, católica, pero también con reglas muy de aquí, de la comunidad. Regresamos, y quienes han cambiado de religión lo mejor que pueden hacer es volver a la religión de siempre, pues de lo contrario van a tener problemas. No es que el problema haya nacido de los que nos fuimos a los Estados; aquí mismo en Las Margaritas, desde hace mucho tiempo, llegaron muchas religiones que no son de la católica. Pues la gente de las comunidades poco a poco, como sale, pues va metiéndose a esas otras religiones y han llegado, con el apoyo de los pastores, a defender su derecho de libre religión, pero ya ves, aquí todavía el uso y la costumbre pesa. Aquí hay casos en que migrantes que regresaron se han vuelto a ir, a veces a otras comunidades o a lugares donde el gobierno les da tierras para que empiecen a vivir (Febrero, 2011).

Con relación a la esfera política, vale ofrecer una visión muy sintética del desarrollo político partidista reciente de algunas comunidades de Las Margaritas. Hasta el gobierno de Patrocinio González Garrido, toda la región de la Fronteriza estaba dominada políticamente por el Partido Revolucionario Institucional (PRI); sin embargo, en las elecciones de gobernador de 2000 el PRI perdió. En la región, en particular en el municipio de Las Margaritas, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) cobró una fuerza política indiscutible. Y es que el municipio es el más grande en términos territoriales y domina en todo su territorio la Diócesis de San Cristóbal, quien dio cobijo a una oposición partidista y a organizaciones campesinas adheridas a ésta, como fue el caso de la CIOAC -vinculada al PRD-. Ello explica que muchas veces los conflictos políticos tomaran el matiz de conflictos religiosos, donde la CIOAC apoyaba a las comunidades indígenas que legitimaban el trabajo de la Diócesis.

Doce años después se registra una crisis del PRD, pierde la gubernatura y pierde también muchas presidencias municipales, como fue el caso de Las Margaritas, donde ganó el Partido Verde Ecologista (PVE). Los jóvenes retornados se enfrentan a este escenario donde se han abierto posibilidades para que participen en otros partidos políticos, aunque implica abrir tensiones con la gente de la comunidad que de alguna manera tenía poder. Ahora bien,

quienes han perdido en las elecciones piensan que los migrantes retornados tienen algo de culpa, pues registraron que muchos de ellos hicieron campaña, incentivaban a sus familiares y amigos para que cambiaran de partido político. En algunos casos el vínculo entre partido no dominante y credo religioso es el pretexto de fuertes acusaciones sobre los jóvenes migrantes retornados, aunque las acusaciones privan a otros miembros de las comunidades que no son necesariamente migrantes retornados. Como quiera que sea, cuando el conflicto se densifica las consecuencias suelen ser dramáticas -al imponerse, en algunos casos, la expulsión y la pérdida de tierras-.

5.3.2. Retorno y familia

Bernardo Kliksberg (2005) refiere que las encuestas indican que la familia¹⁰⁹ es una de las instituciones que tiene más credibilidad entre los jóvenes. Frente a su desconfianza en muchas instituciones, la familia es un reducto afectivo, el lugar donde pueden expresarse a plenitud, donde pueden volcar sus confidencias, encontrar guía y orientación. Con todo, en tiempos actuales muchas familias están siendo desarticuladas por el avance de la pobreza y la exclusión que impulsan desafortadamente una mercadotecnia que ofrece objetos y materiales culturales trastocando la simpleza de los lazos y horizontes de vida común.

En este escenario muchos jóvenes intentan cada vez volverse más independientes, pese a las condiciones adversas de nuestro tiempo. Otros más se hacen responsables de sus propias familias, es decir, desarrollan una actividad económica o trabajan dobles jornadas laborales. Es una práctica ampliamente analizada, con fines de subsistencia de la familia rural, la

¹⁰⁹ La familia ha sido abordada desde diferentes perspectivas en el campo de las ciencias sociales y humanísticas, en especial la sociología. Se ha considerado como un eje de organización social, con particular interés en el parentesco que establece un elaborado sistema de jerarquías, vínculos y reciprocidades en virtud del cual cada integrante del grupo familiar ocupa una determinada posición social. Respecto a ello, Cicchelli realiza un breve recorrido histórico sobre el tema: Las corrientes que más han contribuido a definir y caracterizar a la familia son la socioantropología, la psicosociología, entre otras. Según estas corrientes, se pueden distinguir dos puntos de vista diferentes. El primero de ellos podría denominarse "macrosociológico", estudia la familia tomando como referencia a la sociedad de manera global. Comparten este punto de vista la mayoría de los antropólogos clásicos como Morgan, Taylor, Bachoffen y Mein, entre otros; Freud, desde el punto de vista del psicoanálisis; Durkheim, desde el punto de vista propiamente sociológico; y Engels, bajo la perspectiva del materialismo histórico. El otro punto de vista, llamado "microsociológico", y que en términos generales se ha desarrollado en el seno de la antropología social británica, sobre todo tras los trabajos de Malinowsky, se refiere básicamente al análisis de hábitos y costumbres familiares en el seno de un mismo grupo social... (2000:45).

incorporación de más miembros en el mercado de trabajo (especialmente de la jefa del hogar, los jóvenes, e incluso de los niños)¹¹⁰. Algunos autores destacan, en el contexto de globalización neoliberal, el papel central que juega la familia en este proceso transicional. En el campo del contexto institucional destaca la cultura, en particular la cultura familiarista.¹¹¹

En los regímenes latinoamericanos se registra un escaso desarrollo institucional e impulso de políticas públicas orientadas a las familias y los jóvenes; hecho que ha contribuido a reproducir el modelo cultural *familiarista* de solidaridad y dependencia intergeneracional, en el que las familias asumen en el ámbito privado el bienestar de los jóvenes y de los niños. Particularmente en México y otros espacios en el que es visible la precariedad o la ausencia de políticas públicas orientadas al desarrollo de los jóvenes y la ausencia de políticas laborales frente a un mercado laboral precarizado, se hace de la familia una institución donde se registra una acogida más prolongada de los hijos jóvenes, e incluso la institución familiar se convierte en el espacio que hace posible el periodo transicional a la vida adulta de los jóvenes (hecho más visible en el ámbito urbano del país).

La migración internacional es un fenómeno de masas que en tiempos recientes realizan con más intensidad los y las jóvenes de zonas tanto rurales como urbanas. Son ellos y ellas quienes, desde el seno familiar -como señala Kliksberg (2005)-, son los primeros en verse forzados a emigrar, sea por encontrar una mejor oportunidad de vida o por presiones de sus padres para solventar los gastos familiares, sea por vivir la aventura de la travesía.

¹¹⁰ El estudio sociológico de las migraciones campo-ciudad en nuestro país tiene una trayectoria que posibilitó, desde sus inicios, la incorporación de la familia o la unidad doméstica como el espacio social desde donde analizar las migraciones internas del campo a la ciudad, asumiendo que éstas constituyen una estrategia de sobrevivencia biológica y social de la familia, frente a la pérdida total o parcial de su fuente económica -en ingreso y producto- representada por la unidad económica campesina (Arizpe, 1985). Son las familias quienes toman la decisión de migrar y lo hacen en atención al número de hijos e hijas, tornándose la migración en una práctica recurrente y estratégica. Esta perspectiva analítica que dota de centralidad a la familia o unidad doméstica en las decisiones de migrar -particularmente del campo a la ciudad-, cobró sus impulsos en los años ochenta, y guarda estrecha relación con las teorías de corte estructuralista que ponderan el cambio social por efecto de la penetración de las relaciones capitalistas, desde donde se visibiliza a la familia como una instancia de intermediación entre los procesos macroestructurales (motores de los desplazamientos) y las decisiones individuales (véase Ariza y Oliveira, 2004). Se puede inferir que esta perspectiva analítica tiene su correlato con las teorías de la “nueva economía” en tanto mantiene un postulado similar, pues un principio central de éstas es que la decisión de migrar no la toma el individuo sino la familia de los migrantes potenciales.

¹¹¹ Define a la cultura familiarista “como una forma de solidaridad e independencia intergeneracional en contextos institucionales de limitada atención a las cuestiones familiares, la transición a la vida adulta se ha entendido como un proceso que se inicia y realiza en la familia” (Moreno, 2007:20).

En los espacios rurales el análisis de la familia en relación al joven migrante posibilita reconocer las relaciones entre el fenómeno migratorio y las transformaciones en el modelo de las generaciones; lo anterior, derivado de la debilidad que hoy observa la familia nuclear y el regreso de la familia extensa o con otras modalidades organizativas -pero que modifican los patrones tradicionales-. A la deserción escolar por fines migratorios y el afianzamiento de una estructura laboral precaria que expulsa de manera violenta a la población rural en edad laboral, se suman otros hechos con impactos en la familia, que pocos conocemos. Uno de ellos es el del retorno y sus problemáticas en la familia ¿Qué pasa con los jóvenes retornados en el contexto de su familia? ¿El retorno de los miembros que emigraron implica cambios, conflictos y fracturas en la familia? ¿Si es así, qué los explica?

Al analizar las situaciones de conflicto que vivía el joven migrante retornado, un referente -en tanto significativo de primer orden- es la familia. Si bien para algunos jóvenes emigrar es una decisión que se ha ido interiorizando en la conciencia ante la desesperanza que provoca la vida en el campo, la decisión última es la que más se define en el seno de la familia por parte de sus integrantes mayores, los padres. Es poco probable que en el marco de la familia rural de estudio exista una valoración precisa de los posibles candidatos a emigrar en términos de la edad y la capacidad para enfrentar un mundo laboral por conocer.

Hemos indicado que en el ámbito rural el concepto de joven es inexistente o recientemente incorporado en la valoración de las familias y sus capitales, pues como señala Feixa (1998), para que exista la juventud deben darse, por una parte, una serie de condiciones sociales como normas, comportamientos e instituciones que distinguen a los jóvenes de otros grupos de edad, y por otra parte, una serie de imágenes culturales: valores, atributos y ritos específicamente asociados a los jóvenes. Esta reglamentación formal y sentida es de reciente data en el mundo rural, en sus instituciones y sus sociabilidades.

No obstante, la migración con fines laborales es de vieja data y lo hace la familia como conjunto, como es el caso de comunidades del centro del país a regiones productoras de hortalizas y otros productos agrícolas. La incorporación individual de los hijos/hijas al

mercado de trabajo tampoco es tan reciente, pues el centro de la decisión, amén de las necesidades de la familia, ha sido el hecho de que tengan la fuerza requerida para el trabajo, aunque generalmente estuviese de por medio el acompañamiento de familiares o vecinos que van con un fin similar, el de trabajar.

Hay que reconocer que a pesar de que algunos estudios han demostrado que los jóvenes al migrar experimentan un proceso de emancipación de la familia de origen y de articulación de una identidad propia expresada en el ámbito público o laboral (fenómenos legitimados para los hombres, pero no así para muchas mujeres), un hecho posible con el tiempo es que la familia sigue teniendo presencia en las decisiones de emigrar y en tratar de regular, sancionar y hasta generar conflictos con el joven migrante retornado.

En el conversatorio con los jóvenes, al preguntarles sobre las relaciones de ellos con la familia durante el lapso que estuvieron trabajando en Estados Unidos y ahora con el retorno, las respuestas marcan los temas o problemas más importantes de dicha relación. El primero tiene que ver con las remesas y su administración. Sabemos que los jóvenes solteros tienden a enviar las remesas a nombre del padre. Reconocen que la decisión de enviar remesas es un compromiso moral que asumieron, una vez pagado el préstamo para sufragar el viaje. Sin embargo, una mayoría de jóvenes sostuvo que las remesas enviadas al padre tenían como fin el ahorro para ser invertido cuando ellos regresaran, salvo otro acuerdo¹¹².

Las respuestas tienen en su mayoría el sello del conflicto. Comentan que muchas veces los padres, o han gastado el dinero enviado, o han hecho mal uso de éste. Por ejemplo, Diego nos comenta de los problemas que se dieron con la familia al retornar a su hogar.

“Mira, mi jefe se pasó, porque yo enviaba mis ahorros y también una su lanita para él, porque mi jefa te dije que ya murió; es otra cosa lo que pensaba mi papá, también mis hermanos, sienten que uno gana mucho dinero en Estados Unidos y no se ponen a pensar o a tomar en cuenta que uno también sufre allá, mi papá nunca imaginó que regresaría, de hecho ni yo, pues, pensé que estaría acá, pero siempre envié dinero, quería ahorrar por alguna necesidad. Pero él

¹¹² Otro es el caso de las remesas enviadas a mujeres esposas, o a madres, en las que el fin de las remesas es para cubrir los gastos de la sobrevivencia biológica y social. En estos casos es recurrente que el joven migrante tenga una cuenta propia donde hace algún ahorro para una inversión futura.

se puso a prestar el dinero de mis ahorros y eso no se vale, yo tengo conflictos con él ahorita, por eso quiero recuperar como sea ese dinero y lanzarme de este pinche lugar...” (Julio, 2011).

Al igual que Diego, otros jóvenes me relataron situaciones parecidas: que los problemas se dieron luego del retorno, porque sus padres habían gastado sus ahorros y no habían respetado el trato que habían hecho, el de que los ahorros serían para poder comprar algún bien o sostener algunas actividades laborales propias. El conflicto entre el joven migrante y el padre es el punto de partida para que las relaciones familiares irradian en todos sus integrantes. La actitud de los padres deviene del viejo patrón de relación padre-hijo. Asumían tener derechos sobre las remesas que ahorran sus hijos migrantes. Para ellos, los padres, tenían el derecho de disponer de ese dinero como el hacer préstamos a familiares o vecinos, o bien disponer de los ahorros para realizar algún tipo de inversión que creyesen conveniente, pero sin consultarle al hijo migrante (dueño de los ahorros).

Aunque en las charlas trataban de encontrar una razón a las decisiones de sus progenitores, al final expresaban un resentimiento hacia ellos. No obstante, la algeidez del conflicto está en relación con el hecho que explica el retorno. Cuando el retorno obedeció al mal comportamiento del joven migrante como castigo de la ley, o incluso porque se les detuvo y al carecer de papeles se les expulsó, la actitud de los padres, dicen los jóvenes, es peor de la que esperaban, pues prácticamente se les desprecia -a veces por todos los integrantes de la familia-. Lo que está en juego es que el joven migrante vuelve a depender de la economía familiar.

Dentro de la misma familia hay voces que disienten de las actitudes negativas que asumen los padres con respecto a los hijos que retornan. La tía de uno de los jóvenes me comenta:

“La verdad me doy cuenta con mi sobrino que acaba de regresar, se dedicó a hacer su desmadre allá, lo deportaron de nuevo a México, no creo que tenga sus ahorros, pero yo como lo veo, mi hermano es medio injusto, porque él enviaba sus remesas cada que podía y ahorita que se regresó, a veces ya ni la comida le quieren dar, ahí lo tienen en un cuarto que era una bodega, porque el otro hermano, cuando él se fue, llegó a vivir con la esposa, yo veo que eso no es justo, es inhumano, pues cada uno tiene sus errores...” (Junio, 2011)

Otro familiar comentó en el mismo sentido:

“La verdad es que este muchacho la pasa mal ahí con sus familiares, está bien que sea visto medio pandillero, con otras modas de otro lugar, pero no creo que sea justo que porque ya no está allá y no manda su lana, lo traten así ¿no cree? Además uno como padre hay que entender que ya son otros tiempos, la vida está más dura en estos tiempos, pero sí creo que está fea esa situación de ese joven, que no es el único, así ha de haber varios casos acá y en otro lado” (junio, 2011).

Además de los conflictos familiares derivados del uso de las remesas, otro conflicto igual de intenso en el seno familiar es el relacionado con las herencias que dejan los padres a los hijos. Los casos más socorridos hacen referencia a la muerte de los padres y la exclusión del hijo migrante de los bienes que dejaron los padres, como fue el caso de un joven migrante del barrio de San Sebastián, que me contó un pastor:

“Yo conocí el caso de este muchacho, no recuerdo su nombre pero fue muy sonado, va usted a ver que los canijos de los hermanos le vuelan su herencia al muchacho. Cuando regresó, porque lo deportaron, exigió su parte pero los hermanos no le dieron nada, hasta demanda hubo y no por parte de él sino de sus hermanos. Saber que le pasó al muchacho, porque vivía en casa de una su tía, eso sí es injusto, quien sabe si no hasta sus ahorros le habrán quitado, porque dicen que mandaba dinero a su papá, pero sí da lástima ese muchacho porque a pesar de que cambien, yo creo que no es justo que se haga eso con ellos, se fueron muy muchachos y algunos regresan todavía jóvenes.” (Junio, 2011).

Otros casos relacionados con el tema de las herencias son aquellos referidos a la decisión de no dejarle herencia al joven migrante, porque se parte del supuesto de que está en la tierra donde se gana bien; si no envía remesas, se supone que tiene sus ahorros en los mismos Estados Unidos. Retornar y saber de esas decisiones de los padres impacta los sentimientos de los retornados con respecto a la familia. Sienten -nos comentan. El retiro de la solidaridad familiar desune a la familia, pues lo primero que se les ocurre al retornar es volverse a ir, aunque ya no sea a los Estados Unidos, pero irse y no vivir con la familia. Como señala Guarnizo (1997), los conflictos se dan por la fragmentación familiar y la dispersión de los espacios residenciales constituye una de las consecuencias de los procesos de globalización.

Otros conflictos no menores, atendiendo a las particulares de la familia, se relacionan con un retorno que implica el acompañamiento de la pareja “gringa”, lo que coloca a la familia

en el centro de los “chismes” de los vecinos. Generalmente el desenlace deriva en la separación y el regreso o la salida de la familia del joven retornado, trayendo consigo conflictos y dramas familiares. Son pocos los casos registrados, pero abre una reflexión sobre la naturaleza de las transformaciones que vive la familia ante el registro de la migración como factor de estabilización o desestabilización de la institución familiar.

Debe señalarse que la emigración laboral es una constante en las estrategias familiares del municipio de estudio. Se refiere no sólo a la migración internacional, los Estados Unidos, sino a la migración interestatal que hoy se ha intensificado y está en abierta consonancia con las transformaciones económicas del país. Como ya hemos señalado, los movimientos migratorios de Chiapas registran fuerte emigración hacia entidades del norte del país, y en particular, al circuito de entidades que configuran la llamada Riviera Maya.

El impacto de este fenómeno migratorio tiene marcas más drásticas en la configuración presente y futura de las familias rurales. Los jóvenes migrantes, al posponer los tiempos del matrimonio, impactan a su género opuesto, las mujeres jóvenes, quienes o se han incorporado al circuito educativo, o se han integrado al circuito migratorio interestatal -particularmente en el de la Riviera Maya-. Las vivencias en los lugares de trabajo condicionan el proyecto de familia, algunas jóvenes conocen a jóvenes -no necesariamente del lugar de origen- y emprenden proyectos de matrimonios, al igual que los jóvenes migrantes, quienes se lían con alguna pareja “gringa” o de otra entidad de la República mexicana o de otro país, en especial de Centroamérica.

5.4. Lo que está en juego ¿Qué cultura?

En el pensamiento de la modernidad se inscribió la idea, hecha práctica, que los y las jóvenes eran los receptáculos del conocimiento de la modernidad, fincada en una concepción racional y calculada como materia estratégica para pensar y vivir el mundo moderno afianzado en los vectores del progreso y el orden. Los jóvenes de hoy no sólo han perdido esa garantía – instituida en educación- y las posibilidades, para desde este nicho bienestarista, luchar por una adscripción identitaria propia, sino también han perdido la brújula que oriente, explique y les

dote de un mínimo entendimiento o comprensión de lo que es *este* mundo, el de *ahora*, y el lugar que en *él* ocupan, si es que tienen lugar alguno. No saben por qué vivir y cómo vivir, menos prever un horizonte de vida como antaño solía ocurrir, con el acompañamiento de los padres o de las instituciones.

A los jóvenes migrantes retornados, con un origen rural, les tocó abrir un espacio para una fase de vida y vivencia llamada “juventud”, pues ellos, después de los estudios de secundaria, si es que lo lograban, asumían el compromiso de ayudar en los trabajos del campo para inmediatamente casarse y formar un hogar. Los jóvenes que compartieron sus experiencias en la tesis, muchos casi niños al conocerlos, se atrevieron a desafiar a su sociedad, desafío de alguna manera consentido por los padres ante la profunda crisis económica que padecen las familias, posponiendo el ciclo del trabajo en la parcela y el matrimonio para emigrar a los “Estados”, tierra de sueños y temores, tal como señalan:

“Es cierto lo que estás diciendo, todos aquí se casan muy jóvenes, aunque más jóvenes las mujeres, ya está cambiando eso, pero la regla general es esa, por eso cuando me decís que hay una cultura de jóvenes no te entendía. Pa’ que te cuento el relajo con lo de irse a trabajar a los Estados, pero había ya mucha gente que se había ido, puro varón, nosotros después del zapatismo se nos calentó la cabeza y nos fuimos. Allá vivimos cosas nuevas, bonitas pero también feas, fue como entrar a las brasas por lo caliente de la vida que es allá, siempre te la estás “jugando” y todo pasa tan rápido, como un relampagón, sí, como eso. Ya te conté mi vida y ya sabes que cuando regresé no traje mucho dinero, aunque mandé remesas poco se hizo con eso, las cosas como dice mi papá, no es como las pintan; sí aprendí, fueron años buenos para mí, y me gustó también disfrutar mis años que decís son años de joven. Pero pasó, me casé, como no quiero seguir como mi papá, pues me he vuelto a ir, pero la verdad es que cada vez que salgo me pierdo, ya no sé para qué se vive o porque se vive. Y eso que yo tengo algo seguro aquí en la comunidad, imagínate a los compas que se perdieron en el camino y que ahora están perdidos en Tijuana o en los mismos estados” (Noviembre de 2011).

Reflexionar sobre ese pequeño espacio temporal y social que les dio la globalización o que se la expropiaron al desafiar sus reglas para darle contenidos más propios, es un verdadero desafío. Es como caminar a tientas, muchas veces sobre un camino con niebla, pues parece que se tiende a confundir el desconcierto y desacierto de los jóvenes migrantes retornados con los de quien pretende entender y explicar lo que considera son las experiencias de los

entrevistados. Este espacio anómalo amenaza con ser “normalidad”, y con ello, su aprehensión analítica se torna igual de incierta, anómala.

En el capítulo anterior se intentó esbozar analíticamente lo que consideramos es una trayectoria cultural migratoria de los jóvenes migrantes. La cultura aquí tiene el sentido del “acceso” propio del mercado, desde el cual seleccionar individual y socialmente los materiales que configurarán una identidad cultural migratoria. Puede pensarse en dos posibles bifurcaciones: los productos culturales instituidos por el mercado restan el sentido de autonomía; sin embargo, su selección y la trasgresión de su uso mercantil implica también un sentido de autonomía por parte de los jóvenes frente al mercado y lo instituido como cultura. Esta tensión entre lo heterónimo y lo autónomo hace posible pensar la identidad juvenil como el campo de poder, pero en el que, como señala Martín-Barbero (2010), se tiende a la hibridez cultural ante identidades paralelas y a la necesidad de ser tal en contextos situados; lo que no excluye o cancela esa realidad concreta de lo que Bauman define como “escasez de puntos de orientación *sólidos y fiables*, y de guías *fidedignas*”, que es lo propio de esta sociedad líquida (2012: 41).

Con estas armas precautorias dibujamos los imaginarios que fluyeron en esos jóvenes migrantes sureños al vivir la experiencia migratoria internacional. Ciertamente se apropiaron de materiales y contenidos de un mercado cultural que define modos y formas de vivir la cultura en tiempos globales, y cuando intentaron romper los límites impuestos pagaron su costo: la simple detención y expulsión. La dramatización ocurrirá en los lugares de origen, particularmente en los lugares desde donde se emigró.

En este capítulo hemos dado cuenta de las tensiones que ocasionan los materiales culturales traídos y su puesta en práctica en el terruño local; las historias se asemejan mucho a esas viejas disputas entre sociedades que intentan mantener lo propio y distinguirse de los otros, o a las tensiones ampliamente conceptualizadas entre tradición y modernidad -tal como se señaló en el primer capítulo-. A pesar de todo, algo hay de cierto -pero no totalmente-. Primero, porque estamos en un contexto distinto al del viejo debate entre tradición y modernidad; segundo, porque los materiales culturales -globalizados- están anclados como

nunca a un mercado cuyo marco productivo es estructural, esto es, son materiales que implican mercado, y con ello, la pervivencia del sistema capitalista global.

Hemos realizado varios ejercicios reflexivos que nos permitieran aterrizar en una esfera de pensamiento que irrumpa el sentido trágico que solemos otorgar a esta realidad social, pero no lo hemos logrado, así que aventuramos un camino ya caminado: volver a nuestros actores y a los actores de su entorno, pero ahora bajo un eje que cruce la interrogante: ¿Qué cultura?

5.4.1. Los tatuajes y la vestimenta: las nuevas corporalidades en los jóvenes migrantes retornados

Inevitablemente se reconoce que cuando de la noche a la mañana los jóvenes migrantes retornados hacen presencia en el espacio público local con atuendos, rostros y movimientos totalmente opuestos al vestir y ser propio de la cotidianidad local, provocan un golpe fuerte para la población local, y no es su número, es simplemente su presencia y ese *estar* lo que desasosiega a sus habitantes.

¿Qué significado tienen los tatuajes en la piel? ¿Qué les significa a los jóvenes usar el piercing u otras perforaciones en el cuerpo, traer las playeras de equipos de basquetbol, béisbol o futbol americano: San Diego Chargers, Dogers LA., Lakers, Yankes de NY., entre otros? ¿Serán acaso las nuevas marcas que representan signos identitarios de la migración? ¿Los tatuajes son acaso una forma de representación del migrante joven retornado? Estas fueron las primeras preguntas que me hacía a la par de mi acercamiento a los jóvenes identificados en el parque central de la cabecera municipal. Ciertamente había razones para hacerme las preguntas, pues registraba que muchos de ellos no sólo estaban tatuados o “pintados” sino que habían sido o eran migrantes internacionales.

La literatura de ciencias sociales señala que los tatuajes forman parte del vivir y sentir la migración; cada tatuaje es simbolizado con algún momento de la vida cotidiana que marca, que duele, que representa la vivencia del viaje, situaciones que quedaron marcadas en la vida misma. Son parte de las nuevas corporalidades que los jóvenes retornados “han traído”, y se

socializan con los más jóvenes que aún no tienen la experiencia migratoria pero que la anhelan (Valenzuela, 2012; Nateras, 2014).

Ahora, ¿por qué se representa en el cuerpo? La reflexión en torno al cuerpo ha estado presente en el devenir del tiempo, constantemente relacionándose con la lógica de signos y significaciones que configura el universo de hombres y mujeres. Como nos dice David Harvey: “El cuerpo no es una entidad cerrada y sellada, sino una “cosa” relacional que se crea, limita, sostiene y en última instancia se disuelve en un flujo espacio-temporal de procesos múltiples” (2007:121).

Las corporalidades—término elaborado desde los estudios del feminismo y el género—resultan de gran valía para nuestro análisis. Y es que un elemento central de las corporalidades es que los cuerpos son producidos por intervenciones estéticas o prácticas. Como dice Muñiz, permite colocar esas prácticas junto con los discursos como materializadoras de los cuerpos (2010:10).

Si bien las decoraciones y “alteraciones” de las corporalidades no es algo nuevo, en Las Margaritas cada vez más se hace recurrente entre la población juvenil, sobre todo en los que tienen experiencia migratoria. Sin embargo, entre los jóvenes migrantes retornados se plasma en la piel en partes definidas del cuerpo como un pasaje de la travesía migratoria. En esta dirección, Diego me comentaba:

“Yo estoy pintado, tatuado pues, cómo se dice. Tengo dos tatuajes, uno en el brazo y otro en la espalda: el de mi espalda me lo hice allá en el “gabacho”, es una cruz con el nombre de mi morra que tenía; el del brazo es de la virgen de Guadalupe, que siempre me protegía en cualquier momento de peligro” (Julio, 2011)

Las imágenes religiosas son comunes entre los tatuajes, pues constituyen el símbolo de la protección divina en cualquier circunstancia de peligro. Otro símbolo común son los nombres o rostros de las “morras” con las que mantuvieron un noviazgo o una aventura en EU. En una conversación sobre el significado de sus tatuajes, Noel sostuvo:

“Me puse un tatuaje en una cicatriz que me dejaron en una pelea allá, pues los hermanos de mi “exmorra” intentaron navajearme pero sólo me chingaron el brazo, por eso me puse un tatuaje y la fecha de esa vez, pues de ahí vinieron los problemas para mí, pues.” (Julio de 2011).

Otro joven migrante nos comparte:

Mis tatuajes tienen que ver con lo que yo he vivido. La verdad fui un desmadre allá, y me gustaba todo esto de los tatuajes, me hice uno que representa a mi pandilla allá, con los que me hacían “paro” (ayuda). Tengo el rostro de una novia que quise mucho, y el de esta cruz que significa mi arrepentimiento de todo lo que hice. Por eso si te das cuenta, tengo varios, pero cada uno tiene su historia” (Enero, 2009).

Los tatuajes pasan a formar parte de los espacios públicos. La exhibición de estas nuevas corporalidades, que no se observaban en el pasado reciente en Las Margaritas, se torna cada vez más visible y tiene el sentido de llegar para quedarse. En la fiesta patronal, en la plaza central, en las cantinas, en las esquinas de la cuadra, observaba que los jóvenes que habían vivido la experiencia migratoria interestatal e internacional, usan camisetas sin mangas para que los “otros” notaran sus tatuajes o las perforaciones producto de las prácticas o de la experiencia de salir del pueblo. Al final: “El cuerpo es usado como una especie de espacio o territorio de la decisión de sí, en el entendido de que con él se puede hacer relativamente lo que venga en gana” (Nateras, 2009: 183).

Estas corporalidades son cada vez más tendenciosas entre los jóvenes migrantes retornados y poco a poco aparecen también entre los que no han migrado. Es decir, se pueden establecer continuidades y rupturas en las formas de ser joven, con nuevas rutinas, estilos o hasta nuevos consumos que se manifiestan en el cuerpo considerado como el efecto de una construcción social y cultural (Le Breton: 2002).

Tanto en la cabecera municipal como en las comunidades en que realicé trabajo de campo, el piercing y los tatuajes forman parte de ese nuevo espacio que deja las marcas de la migración. Marcas que si bien para algunos muestra las vivencias de la migración, son igualmente parte de ese nuevo cuerpo que ya tiene su toque de “originalidad”. Es simultáneamente objeto privado y público destinado a la apreciación de los otros, aún si pertenecen al dominio íntimo y contribuyen a la construcción del individuo (Nateras, 2009).

Además de los tatuajes, la vestimenta es parte de esta nueva forma de representarse como joven migrante retornado. Las playeras de algún jugador o equipo profesional de Estados Unidos son objeto de identificación, de huella de que se fue migrante. Durante las festividades públicas es común observar en los bailes a los jóvenes lucir sus playeras o “casacas” debajo de la cintura, largas y guangas, con sus pantalones flojos, gorras con la visera detrás, estilo “cholo” o “rapero”. Otros se presentan con vestimenta de “norteños”, con el sombrero, camisa y pantalón vaquero, sin olvidar las botas bien blanqueadas y la gabardina de piel o imitación.

La vestimenta como símbolo es identificada por la población. Tal como me mencionaba un habitante de la cabecera municipal:

“Usted puede ver en los bailes de la feria de Santa Margarita como hay muchos migrantes que ya vienen presumiendo sus vestimentas de otro lados, algunos con sus aretes, sus gorras, sus playeras largas, también hay otros que ya vienen más “anorteñados”, con sus buenos sombreros, presumiendo sus cadenas y pulseras de oro, pero la verdad algunos son más “creiditos”, también veo que ya rápido la juventud de acá ya los quiere imitar con sus vestimentas de los que ya migraron para el “otro lado” (Enero, 2009)

Un joven migrante también refería respecto a ello:

“Los que ya fueron para el otro lado se ve rápido. Pues ya vienen con tatuajes, con aretes, creo que la mayoría son los jóvenes, los adultos casi no hacen eso por eso critican, pero tienes que darte cuenta en su ropa, ya es diferente pues traen las playeras largas, gorras de equipos de Estados Unidos, a veces esos estuvieron en pandillas pues así se visten los que les llaman cholos en los Ángeles, hay otros que sólo están como norteños y hasta presumen sus trocas de allá...” (Julio, 2011).

Otro joven que no ha migrado, también comentaba sobre el tema:

“Yo tengo primos que ya fueron a Estados Unidos, y vienen acá a la moda, con otra ropa, bien chida, pero si te das cuenta los están usando ya no sólo los que ya fueron al “otro lado”, algunos amigos les gusta mucho vestirse así, y ya imitan a los que fueron allá con los gringos...” (Enero, 2009).

Algunos jóvenes me compartieron también sus ideas sobre la estética del cuerpo o el embellecimiento, formaba parte de esas nuevas corporalidades. Mientras que los tatuajes para

algunos eran símbolo de la migración, otros más dijeron que se reafirmaba más su masculinidad y a veces los “adornos en el cuerpo” eran más seductores para las mujeres en general. En este sentido, refiere un migrante:

“Mis tatuajes y el piercing que tengo, no me los hice porque significara algo para mí, pues veo que a veces las mujeres les atraen los hombres con aretes, tatuajes o que se peinan diferente, por eso antes de regresar acá en Margaritas, me hice estas cosas para poder ser diferente y hasta más atractivo con las morras de aquí” (Enero, 2011).

Las marcas de la migración: perforaciones, vestimenta norteña, vestimenta de cholo, rapero, el tatuaje en cualquier parte de cuerpo, el corte de cabello, la troca, entre muchas más, son símbolos de esas nuevas adscripciones juveniles en el ámbito rural.

Como he descrito, el tatuaje puede tener numerosas significaciones para los jóvenes migrantes retornados. Puede ser una “marca corporal dibujada en la piel que establece una diferencia para la búsqueda del significado y de identidad, es una especie de firma mediante la cual el individuo se afirma en la identidad que ha elegido” (Le Breton, 2010: 74), puede ser también una marca que describe algún pasaje de la travesía migratoria o bien un elemento que reafirma la hombría frente a los otros.

Las corporalidades de los migrantes retornados nos llevan a conocer esas manifestaciones de sus travesías, de sus emociones, de sus vivencias, así como su materialización en su ámbito de origen. Por ejemplo, en la cabecera municipal no existen tatuadores locales para hacer este tipo de manifestaciones estéticas, pero sí existen peluquerías donde te cortan el cabello estilo “reguetonero” o “cholo”, rapado en la parte inferior de la cabeza y dejando poco pelo en la parte de arriba, que poco a poco se convierte en una moda compartida por muchos jóvenes del municipio. Asimismo hay un grupo de jóvenes que practican break dance los jueves y viernes por la noche en el quiosco del parque central, algunos de ellos vivieron la experiencia migratoria, otros más intentan aprender e integrarse en ese nuevo baile.

Es inevitable que en la búsqueda analítica de aprehender lo que es propio de una identidad juvenil en tiempos de globalización, el punto de partida sea el interrogar al propio

joven *in situ*, recuperando la fotografía del cuerpo, el rostro, su indumentaria, y que irreflexivamente se llegue a una “imagen” casi fija, definiéndosele como “enemigo” de los adultos en términos de su oposición o contraposición irreflexiva de proyectos que a todas luces “terminan mal”, es decir, en la delincuencia, la drogadicción, el bandolerismo o en la indigencia. Es posible también una lectura académica que reconoce que los materiales con los que se construyen las identidades juveniles son materiales construidos desde los poderes del mercado y de los medios de comunicación, estando ausente un posicionamiento de cambio, es decir, una lectura evaluativa desde la contribución o no de las culturas juveniles al cambio social y sistémico, o bien ponderando que los jóvenes de hoy son presas inevitables del mercado global.

Afortunadamente, en las ciencias sociales existen voces críticas que abocadas a los estudios de las culturas juveniles rechazan esas visiones parciales y adultocéntricas; yo mismo rechazo esa visión para asumir como núcleo de análisis lo que es propio de los jóvenes, lo que es un mundo cultural construido, como señala Urteaga, “desde sus propios términos”, dotando de centralidad la vida social de las microculturas juveniles (2011: 154). Es desde este marco que intentamos posicionarnos, que se legitima una analítica de un todo articulado entre cuerpo, deseos y lenguaje, elementos todos de las subjetividades y sus magias para visibilizar o invisibilizar prácticas de repliegue y de liberación. Puede establecerse con convicción que esta es la propuesta analítica de los investigadores que nos han ayudado a recorrer esta travesía analítica, desbrozando las complejidades de una realidad social, la de los jóvenes, tan inaprehensible por la gama de intereses que -en sus distintas escalas y tiempos- están en juego (Valenzuela 2012, Nateras 2001 y 2014, Reguillo 2006 y 2009, Urteaga 2006 y 2009, Feixa 2001, entre otros).

La interrogante ¿Qué cultura?, no debe plantearse en términos de su utilidad ni como expresión de contraposiciones entre el joven y los actores de su entorno, hegemonizado por significantes y sentido adultocéntrico (Valenzuela (2012: 112). La respuesta entonces se torna relativamente sencilla, pues la cultura de referencia, la cultura juvenil descrita desde su cotidianidad y contingencia, es ese conjunto de prácticas y visiones gestoras de significados *in situ* construidos desde lo “propio”, juvenil, en abierto movimiento, interacción y socialidad,

desde lo propio de lo juvenil y sus estilos que externalizan vestimenta, actitudes y repertorio gestual con sentido de identidad y lealtad a ésta (Urteaga, 2011: 155). Un marco de sentido que, como indica Simmel (1986), propicia confianza y entendimiento. Entraña alteridad y diferencia, pues sus prácticas y sensibilidades le son propias, tensadas siempre con el sentido heterónimo de lo dado e instituido.

5.5. Vivir en la globalización o de la vulnerabilidad y el riesgo en los jóvenes migrantes

Los estilos juveniles como material identitario son sólo una parte de los repertorios juveniles, pues propios a su condición social internalizan y conjugan otros repertorios identitarios como estudiantes, trabajadores, hijos, activistas, hombre/mujer, indígena, campesino, activista, entre otros, sin obviar las adscripciones religiosas o partidistas (Valenzuela, 2012: 82). Este dato real, esto es, las adscripciones articuladas que le definen una identidad derivada de la autodesignación y la designación externa, que le dota de una identidad particular, la de ser jóvenes, se *fractura* en el tiempo presente. Es una dislocación o desarticulación *perversa* -propia de los tiempos globales- que posibilita construir al sujeto joven desde determinados estilos juveniles para asignarles el título de *portadores de riesgos* y miedos sociales, y no su contrario. En el espacio local es común que la percepción negativa del joven migrante retornado se construya a partir de los estilos juveniles y su corporalidad -que portan como producto de su experiencia migratoria en Estados Unidos-. Es la forma de vestir, de visibilizar el cuerpo y las prácticas que comparten con sus pares jóvenes, lo que les define ser portadores de riesgos y miedo.

Frente a esta designación se erige otra interpretación que hace de los jóvenes sujetos de vulnerabilidades y riesgo, pero es una interpretación que se explica desde la articulación del conjunto de los repertorios identitarios de los jóvenes, en suma, como sujetos sociales en los que la juventud es un estadio de *vida*, con todo lo que implica el concepto de vida y que posibilita sostener que la identidad es un proceso dinámico que se construye a lo largo de la vida, sin anclas fijas o esencias determinadas. Este planteamiento de entrada es importante para abordar el último párrafo de la tesis.

Empíricamente demostrado por numerosos estudios, la condición de los jóvenes en tiempos de globalización neoliberal es la de *vulnerabilidad* y su correlato con el concepto de *violencia* (en tanto ejercicio y padecimiento del daño). Este planteamiento es el que mejor expresa la condición del joven migrante internacional irregular, una condición siempre colocada en el *límite*. El concepto de vulnerabilidad definida como la susceptibilidad “a ser herido o vulnerado, a recibir un daño o perjuicio, a ser afectado”, posee dos sentidos: una que tiende a su naturalización social, en tanto afectación propia de determinados individuos o sectores; el otro sentido, “reduce el significado general de afectación a aquel de daño” en el que el concepto de *vulnerabilidad* se relaciona con el de *violencia*. La dupla vulnerabilidad y violencia se presentan como una pareja que alude “al ejercicio y padecimiento del daño, respectivamente” (Rodríguez y Lindig, 2013: 360 y 361).

Cavarero (2009: 10 y 11), sin recuperar el concepto de vulnerabilidad, advierte en el contexto actual de la destrucción humana y violencia contemporánea, la instancia de la *casualidad* como un nuevo estatuto de las víctimas, propia de los atentados. “Inermes, compartimos un estatus de indiferenciación que nos convierte, a cualquiera de nosotros, en un blanco perfecto”. Se trata, como dice la autora, de “crímenes que traspasan la condición humana misma”. Aunque este planteamiento la autora lo hace en referencia a los escenarios que sintetiza en el concepto de “horrorismo”, su analítica es plausible para la comprensión de los crímenes que bordan las guerras contra el narcotráfico en México, y su extensión a países del Sur, bajo la direccionalidad de los Estados Unidos, primer consumidor de los enervantes (García y Villafuerte, 2014).

La vulnerabilidad se torna así en un “proceso multidimensional que confluye con el riesgo o probabilidad del individuo o comunidad de ser herido, lesionado, dañado ante cambios o permanencia de situaciones internas y/o externa”; reclama condiciones de indefensión, fragilidad y desamparo; expone al individuo, la familia o comunidad al riesgo y se lee como debilidad interna (Busso, 2001). Este sentido de indefensión de la vulnerabilidad propicia la instrumentación de políticas públicas. El Estado reconoce, por ejemplo, la indefensión de los jóvenes en atención a su edad y a los riesgos que pueda enfrentar y que lo tornen incapaz de transitar a la adultez con las herramientas necesarias. Sin embargo, si bien

dicha vulnerabilidad es cierta, las políticas públicas no sólo brillan por su ausencia, sino que hoy tienden a emitir diagnósticos en los que se transita de la otrora “indefensión” de los jóvenes, a la *falta* de responsabilidad de los jóvenes y a la irresponsabilidad de los padres como actores de su entorno inmediato (Valenzuela, 2012).

El concepto de vulnerabilidad, visto así, entra en conflicto o en un círculo vicioso. Nos aproxima a una parte de la película que nos lleva a exigir que el Estado reconozca la vulnerabilidad de los jóvenes como población “indefensa”, y el Estado a medio cumplir o abiertamente, como viene ocurriendo, emprender la retirada o asumir políticas de corte *biopolítico*. Es posible superar esta flaqueza analítica si nos preguntamos sobre los materiales con los que se construye la vulnerabilidad, lo que nos lleva a recuperar, citado por Martínez y Cisneros (2013), una analítica de la vulnerabilidad, desarrollada por Judith Butler, sustentada en una “ontología de los cuerpos” que lleva a definir la vulnerabilidad como “la disposición de cualquier cuerpo a ser afectado”, es decir, la vulnerabilidad es una condición ontológica de todo cuerpo” (Ibíd.: 361). Pero la vulnerabilidad no es un hecho natural, es creada, construida y regulada por la sociedad contemporánea y sus poderes; es histórica, productiva y reproductiva, como también lo es su siamesa: la violencia.

Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad social es selectiva y está determinada por el poder. Siguiendo la línea de pensamiento de Butler (2010), la vulnerabilidad de los jóvenes es una vulnerabilidad creada: son vulnerables porque en su gran mayoría -del Sur y pobres- son *superfluos*; es una vulnerabilidad construida porque el Estado y sus instituciones abandonan la protección, el cuidar y el desarrollo de su población joven mayoritaria en prácticamente todos los planos de su vida, particularmente en educación, salud y condiciones dignas de trabajo.

Los jóvenes que en condiciones de irregularidad trabajan en Estados Unidos, decíamos, se les explota su fuerza vital que frente al exceso, no sólo se les disminuye su retribución salarial sino que también se les detiene y se le expulsa. ¿Le importa al Estado mexicano la vida y el desarrollo material y social de estos jóvenes que envían remesas y contribuyen a resarcir los grandes déficits de sus obligaciones como Estado-nacional? Bustamante (2005) acertadamente ha indicado que la vulnerabilidad de los migrantes en Estados Unidos es la *ausencia de todo poder*

del migrante, pero se acrecienta ante el silencio cuando no la complacencia de las autoridades mexicanas.

La vulnerabilidad de los jóvenes migrantes cala aquí y cala allá. Aquí, porque todas las vulnerabilidades visibles en riesgos y daños infligidos deviene de la devaluación de éstos como personas con derecho a un desarrollo de vida digno y de calidad; allá, porque la globalización, en la figura del Estado norteamericano, erosionó todo principio ético de la llamada comunidad internacional e impuso como el principio de toda relación internacional el paradigma de la “seguridad nacional”, cuya expresión extrema deviene en el despliegue práctico y real de los viejos conceptos de *enemigo* y de *guerra*, visibles hoy en el Derecho y los normalizados “estados de excepción” de las potencias del Norte (García y Villafuerte, 2014). A este respecto resulta importante recuperar el análisis complejo de los <<marcos>> de guerra de Butler (2010: 47), definidos como “las distintas maneras de repartir selectivamente la experiencia como algo esencial a la conducción de la guerra”.

Concluimos con el sentido que para los jóvenes migrantes de estudio tiene la vulnerabilidad:

“mi papá nos contaba que cuando vivían sus abuelos la vida en la comunidad y con la familia era segura, no faltaba nada, la familia producía el maíz, el frijol, a veces el café y se tenía un montón de gallinas, algunos se especializaban en producir algún otro producto, alguna señora hacía los vestidos, otro hacía los guaraches, los cinturones, había señoras que sabían de remedios y casi no se iba a la ciudad a ver al doctor, dice él que se acuerda que era una vida buena, todos tenían sus cositas y los problemas se resolvían entre las familias de la comunidad, se respetaba a los viejos. De eso que te estoy contando ya no hay nada, ahora pura necesidad, casi todo se compra y no hay dinero, casi todos nomás crecemos nos vamos a trabajar, pero no es fácil, a veces no hay trabajo por más que se le busque. Yo tengo 26 años, y ya soy casado”.

“Tengo ahora 21 años y nada de lo que cuentan de cómo se vivía acá me tocó verlo. He visto muchas penas y no sólo en mi casa, lo más nuevo que todavía se cuenta acá es lo del zapatismo porque estuvimos cerca, la gente se fue y se regresó. Creo que con el zapatismo se dio mucho la migración, a todos lados, acá cerca pero también en otros lugares más lejos, la de Estados Unidos, “Estados” decimos acá, es lo que más me ha llegado. Yo casi nacía cuando lo del zapatismo, pero que digamos que las cosas han mejorado, no. Mi papá dice que desde hace muchos años empezaron a amolarse económicamente. A los 16 años salí a trabajar, me fui con unos tíos, llegamos hasta Tabasco pero pura agricultura. Yo me animé a

entrarle a la construcción con otros compas, nos iba un poco mejor, pero se acabó el trabajo y nos regresamos, bueno, siempre regresábamos pero siempre volvíamos a irnos a trabajar, pero de repente se acabó el trabajo, así nomás, de repente íbamos y regresábamos sin nada. Ahora quiero irme a los Estados, pero me dicen que está también duro allá, pero lo que me detiene es que no tengo paga y no quiero que mi papá se endeude, ha habido mucho problema con las familias, varios papás han tenido que hacer los pagos o perder alguna propiedad, porque el hijo que se fue regresó por muchas cosas: que lo detuvieron, que no encontró trabajo, que se metió con la ley de allá, al saber”.

“tuvo bien cabrón, nos detuvieron nomás pasando la frontera, como si nada aparecieron unos tipos, no creas que gringos, como nosotros, nos metieron en un camión de radila y pusieron un “nailo” (plástico) para taparnos. Luego llegamos a quien sabe qué lugar y nos metieron a un cuarto grande, como bodega. Nos habló un señor, hasta educado parecía, y nos dijo que estábamos secuestrados, que íbamos a hablar con nuestros papás y que lloráramos y les dijéramos que mandaran luego el dinero del secuestro. Así lo hicimos pero no todos los compas tenían número porque habían quedado que después, cuando tuviéramos trabajo, iban a mandar dinero para que compraran un celular porque desde allí íbamos a hablar. No nos golpearon pero sentimos bien cabrón, pensamos que nos iban a matar o a llevarnos con esos del narco para que les trabajáramos y después nos mataran, porque dicen que así es. Pues quien sabe cómo le hicieron pero nuestros papás consiguieron el dinero y les llegó a los secuestradores. Nos dijeron que nos iban a soltar en la noche, nos iban a llevar a un lugar donde no estaba la migra, de ahí podíamos conectarnos con unos contratistas, que para qué regresar que mejor trabajar y así ayudar a la familia que ya había gastado mucho por nosotros, sí, no nos golpearon, te diré, hasta comida nos dieron. Éramos 10, nos quedamos pocos, otros se regresaron porque sí quedaron bien asustados. ¿Nuestra edad? Nombre, todos chamacos, digo, el más grande tenía 22, si te contara cómo fue que nos animamos a ir a los Estados, te vas a reír”.

“A los de acá, a los viejos, todo les puede. Yo creo que ellos tienen la culpa de lo que les ha pasado a muchos compas que se fueron a los Estados y que regresaron cambiados, porque eso sólo era un “pasón”, parte de la vida pues, te digo, pero ellos, la gente, se lo tomaron en serio y los obligaron a que se rebelaran y así se quedaron. Pero te digo que están en su derecho, desgraciadamente son pocos los compas que aguantan, la gente como es más, hace bola, hacen que muchos que regresaran se vuelvan a regresar, ya no a los Estados pero sí a otros lugares de acá de México. Yo por un pelito es que la estoy contando”

“Estando en Tijuana yo me sentí perdido, caminaba sin saber qué rumbo, ni quien te pregunte a dónde vas o si querés un taco o siquiera agua. Preguntaba, ni sabía qué pero me daba igual porque sólo me quedaban viendo y no me contestaban, como que ni existiera, bueno así me sentí yo también, como si no viviera. Perdí la dirección de un compa, pero ya me había dicho dónde estaban los lugares donde iba a encontrar gente como yo, me fui pues al mercado y luego a una terminal. Así estuve varios días, ya no tenía varo (dinero) pero pensé que había que

ver la movida de ahí y tratar de encontrar trabajo. Encontré de todo, algunos buenos compas que me ayudaron, pero también otros que me querían chingar o de plano me hicieron a un lado. Fui una vez a una avenida muy grande, al centro, donde hay de todo, cervezas, drogas y mujeres. Le entré, pero para hacerla había que robar, no solo, en grupo. Te diré que me gustó, sobre todo la marihuana, pero no es fácil, como robé sentía que en cualquier rato me iban a agarrar, pero también me sentí mal, porque a veces tienes que golpear al que le robas, y eso no me lo habían enseñado en mi comunidad. Me sentí perdido te digo, pero cuando regresé también me sentí perdido, aquí más cabrón, no puedes ser tú, todos te quieren decir que vas a hacer, pero ni tanto, porque también aquí todo es pobreza, todo falta en la casa y tampoco hay un trabajo que te deje un tu dinerito para vivir”

Pensar la migración de retorno, pensar a los jóvenes migrantes del sur: algunas conclusiones para debatir

¿En esta orilla finalmente se acaba nuestra pesadilla? Cuando esta se acaba una nueva empieza. *Sueño Americano*. Lo llaman progreso. Esta es una tierra de personas frías que en nadie confía. Siempre tienen prisa, pasan la jornada cada uno en lo suyo. ¿Y lo tuyo qué es? Lo tuyo es vivir escondido siempre, trabajar duro por buena moneda. Aprender inglés¹¹³.

Colofón situacional...

Al momento de concluir esta investigación, pensé en dos posibilidades: poner un punto final o dejar mis reflexiones en puntos suspensivos. Si bien la realidad nunca permanece inmóvil, ni es estática, es posible encontrar puntos de referencia, entrecruzados, es decir una serie de ideas o preguntas que nos lleven a encontrar líneas de fuga, de análisis, de discusión desde los contextos, desde el Sur de México, desde Chiapas mismo, sin perder los flujos “particularizados” de la globalización que le impactan, le define y le trastoca.

Pensar la migración de retorno de los jóvenes migrantes del sur, compromete. Y compromete en dos sentidos: en la responsabilidad de dar cuenta de una realidad social, como la migratoria, que deviene en una descarnada violencia sobre sus actores, los migrantes, y en la necesidad de asumir un posicionamiento académico crítico, pero también, político y ético (García y Villafuerte, 2014). Resulta significativo que en pleno siglo XX, tiempo de globalización y de democracia liberal, como sistema único de gobierno en el sistema mundial, tengamos la urgencia de volver a las lecturas y lecciones dadas por pensadores que vivieron, como indica Arendt, en “tiempos de oscuridad”, tiempos que hoy regresan con una fuerza devastadora, que hace posible la confusión, el caos y la pérdida del sentido mismo de la crítica, esto es, el sentido del cambio fincado en la restitución de la dignidad humana aclamada por Arendt (2008), y en la virtud de la esperanza, desde el pensamiento de Ernest Bloch (2000). En

¹¹³ Ulises, teatro de los andes, Bolivia, 2008

el centro de esta tormenta están los jóvenes del Sur que, como estrategia de vida, definen la huida de sus lugares de origen, emigran y violentamente son expulsados.

Pensar la migración internacional no significa pensar solamente en cifras, estadísticas, envío de remesas, y posibilidades del desarrollo local fincado en los recursos que los migrantes envían a sus lugares de origen, significa sobre todo pensar en sus actores protagónicos, los migrantes, reducidos a “nuda vida”, no sólo por el “mercado imperfecto de la fuerza de trabajo” que define Bustamante (2002), sino por la sociedad receptora más amplia que los coloca en condiciones de vulnerabilidad absoluta. Y resulta aparentemente incomprensible, cómo frente a este territorio espacial y social minado, el fenómeno migratorio no sólo se configure por hombres en edad laboral, sino también por mujeres, jóvenes y niños, hecho que dice mucho de las condiciones de vida y de la violencia en los lugares de origen de éstos y éstas.

Chiapas no escapa a este contexto global y a sus dinámicas más violentas. Participa hoy en el flujo migratorio internacional e intensifica su migración laboral hacia entidades del norte del país que activa en el imaginario individual y colectivo la idea de “estar a un pasito del sueño americano”, sin restarle importancia a los estados del Caribe mexicano, bajo el dominio del capital de la construcción dado el fuerte impulso al turismo. Y son los actores de la migración internacional los jóvenes varones, y de la migración interestatal, la población en edad laboral, entre ésta, los jóvenes de ambos sexos.

Repensar la migración de retorno...

Los jóvenes migrantes chiapanecos han resentido las políticas de “seguridad nacional” de Estados Unidos, “les cortaron las alas” y “al saber por cuánto tiempo” comentan. Su expresión directa lo es el *retorno*. Portan el estatuto de indocumentados y por ello, sujetos a las estrategias y políticas de seguridad nacional que ha colocado en la misma bolsa a narcotraficantes, terroristas, traficantes de personas y migrantes. Estas son, sin que se les reste importancia a la crisis vivida en EU y el mundo, las razones del *retorno* actual. El contexto securitario diluye los atributos tradicionales o clásicos del retorno, como una decisión

individual y racional del migrante, para tornase en una política propia del “enemigo” (García y Villafuerte, 2014).

Hasta cierto punto, las condiciones en que ocurre el retorno contemporáneo son inéditas, aunque para muchos autores era predecible. Es visible el sentido violento de las deportaciones y las detenciones en las fronteras; lo es también la criminalización que se hace de los migrantes, sin embargo, también lo es la necesidad de esta fuerza laboral, pero sobre todo, la capacidad individual y colectiva de una “infiltración” que va más allá del simple cruce y de la venta violenta de la fuerza de trabajo. Estas capacidades están situadas en las esferas de las *subjetividades* propias del análisis comprensivo, como lo son las ciencias de la cultura.

Entender el retorno de los jóvenes de estudio exigió recuperar esa perspectiva analítica de la antropología y la sociología, dándole un lugar privilegiado a los migrantes y sus voces, desde donde es posible comprender acciones y prácticas que nos pueden parecer atrevidas, desafiantes, e incluso que anuncian una resistencia o una oposición, así sea contingencial, caótica, a veces voluntarista, sobre todo *sin* libreto. Es lo propio de los jóvenes, sostienen los estudiosos de lo juvenil y de sus expresiones socioculturales (Valenzuela, 2012; Nateras, 2014). El *retorno* significa la adquisición, así sea prematura, de una experiencia de vida que si bien no es homogénea, sí registran aspectos comunes que son los propios de lo juvenil, “ir a los estados, te cambia hermanito”. Y todos refieren ese vivir común a la práctica y experiencia de hacer suyo los dispositivos culturales que ofrece el mercado, pero que son apropiados, resignificados y puestos en práctica, atendiendo a sus condiciones socioespaciales.

Pensar a los jóvenes migrantes retornados del sur...

Si una conclusión registra esta investigación, es la de la *vulnerabilidad* del joven migrante rural chiapaneco. Lo paradójico es que esta vulnerabilidad, a veces absoluta, se registra en el regreso a la casa, a la comunidad, se es bienvenido, si la migración fue un éxito medido en remesas o ahorros. Sin embargo, la vulnerabilidad a que hacemos referencia va más allá del éxito o fracaso monetario. Lo que es propio de los jóvenes, estos es, las manifestaciones culturales incorporadas con cierto sentido de libertad, provocan temores, miedos y desasosiegos familiar y comunitario. Sí, la mayoría de los jóvenes migrantes retornados, en este

trabajo, confronta esta primera tensión, inédita, y por ello con un desenlace generalmente negativo para los jóvenes, ante la falta de experiencia vivencial de quien retorna y de quienes son sus receptores. Las sensibilidades familiar y comunitaria mudan de ropaje, y lo que ayer era protección casi paternal se torna castigo o pena.

La razón de estas mudanzas no es cosa menor. Asusta el equipaje sociocultural adquirido, un equipaje no necesariamente afianzado por los años, pero que sí tiene el suficiente poder de ser apropiado, aprehendido y asumido como propio, así sea por “un rato”, “lo chido es vivirlo”. Sin duda alguna los jóvenes rurales margaritenses “viven la migración” y la “experiencia migratoria”, y es más que un dato. El mercado, los modos de acceso a los circuitos de distribución y consumo material y simbólico, abiertos por la globalización, impactan la vida del joven migrante. También impactan las manifestaciones abiertas y a veces provocadoras, esa nueva forma de vivir la migración y representarla, visibles en el vestuario, los gustos, el lenguaje corporal, y los gestos, que articulados a las prácticas de sustentación material, configuran nuevos modos de vida individual y grupal de estos jóvenes en sus lugares de origen; es esta tensión vivida por los jóvenes retornados la que ya es visible en localidades rurales. Los juicios son severos, y lo hemos datado en la tesis, de ahí la *urgencia de socializar una cultura de la tolerancia y la comprensión del significado de ser joven migrante retornado* en el medio rural.

Cierto que no todos los jóvenes migrantes retornados rompen con la tradición familiar y comunitaria, es posible un registro en el que se recupera la experiencia y el uso eficiente de las pocas remesas traídas, pero lo que es importante de señalar es que se posibilita en los jóvenes retornados la creación de un estilo de vida distinto y propio. Hacen suyo el espacio local, su barrio, su cuadra, esto es, una mudanza socioespacial que ya es visible, y debe decirse también que los jóvenes que no han migrado hacen suyo estos nuevos estilos.

Pero insistimos, la vulnerabilidad deviene cuando la incompreensión hace presa a la familia y a la comunidad y deviene el abandono silencioso del joven migrante de su tierra y de los suyos, para reingresar de nuevo a los laberintos de la violencia y la exclusión.

Cerrando la experiencia del sueño americano...

La investigación la inicié y la terminé con las entrevistas, los conversatorios y aprendizaje con los jóvenes de Las Margaritas, por lo que son ellos, los que definen buena parte de nuestras reflexiones finales, todas, tentativas. Comencé con la búsqueda de jóvenes que tuvieran la experiencia migratoria internacional; en la cabecera del municipio fue relativamente fácil que los pobladores me indicaran de algunas familias que tienen hijos migrantes y que habían regresado; la desconfianza inicial con los familiares me llevó a merodear espacios donde era posible establecer alguna conversación con jóvenes y en este ambiente exponer directa o indirectamente mis intenciones. Ello fue posible, como también lo fue extender la búsqueda. A través de los trabajadores de la radio comunitaria y de algunos pastores de iglesias no católicas y autoridades municipales, a quienes solicité me indicaran de algunas comunidades o localidades de Las Margaritas que registraban el fenómeno de estudio, fue posible registrar y establecer relaciones con jóvenes migrantes de varias localidades.

Las preguntas y las respuestas se fueron dando, a manera de tanteos y de externar mis deseos de conocer las experiencias de ellos, resaltando los desafíos, las penas y las alegrías por ellos vividos, se fue abriendo el espacio para hacerme partícipe de experiencias cargadas de emoción y de tristezas por el retorno. La mayoría de ellos recuerda que la idea de los varones del municipio de migrar a los “estados” casi, casi, se dio después del 94, con el movimiento zapatista, en el que ya se registraba la práctica migratoria de algunas personas mayores y jóvenes en el municipio y otros municipios de la región Fronteriza; sin embargo, los momentos más visibles en el que se registra la migración de los jóvenes ocurre entre 2004, 2006 y 2008, cuando la migración se convirtió en la ambición soñada por los jóvenes.

La narrativa de emprender el viaje, de llegar al norte del país, y de ahí “dar el brinco” a los “estados”, fue relativamente escueta, aunque sí se registra que es una fase inquietante, de riesgos y vulnerabilidades, sobre todo decíamos, por las semejanzas fenotípicas con los hermanos centroamericanos. Se les hace tan incomprensible el porqué de tantos peligros, si “no vamos a robar, sólo a trabajar”, si “somos gente de bien”. De ahí los sentimientos encontrados con respecto a la Unión Americana: “tierra de sueños”, pero también “una tierra de cabrones”. De los registros primarios sobre el número de jóvenes con los que trabajé, hubieron “bajas”, esto es, jóvenes que no los volví a encontrar, y los familiares también me indicaban no saber de ellos. El pastor de un barrio de la cabecera municipal me platicó que

ciertamente muchos jóvenes estaban prácticamente “perdidos” y las familias desconsoladas, amén de tragedias visibles como la muerte de algunos migrantes y las implicaciones tan dramáticas de los traslados a su tierra natal.

Registraba nuevos jóvenes retornados e iniciaba mi conversatorio con ellos. Continuamos con las experiencias vividas y el significado que para ellos era el haber vivido en los “estados” y el cómo de ese vivir, entre el trabajo y los de fines de semana, como espacio de diversión dentro de los límites espaciales marcados. Es un breve tiempo, para algunos, pero la experiencia de vida en los “estados”, les permitió concretar algunos de los imaginarios y sueños construidos desde sus lugares de origen sobre ese espacio mítico y lleno de sorpresas.

Si hemos de hablar de cultura migratoria, se puede decir que ésta se construye en este breve tiempo y espacio, es decir, la vida experimentada en los Estados Unidos. Ciertamente priva una ausencia fuerte de relaciones entre el “yo” y el “otros”, entre el “nosotros” y “ellos, los otros” en el que deliberadamente los otros, los nacionales abonan ese sentimiento de “enajenación” en los extranjeros o migrantes. Sin embargo, aun con esa precaria o inexistente relación intersubjetiva, se abren espacios para construirse un mundo en *ese* lugar y en *ese* tiempo, es decir, una vida concreta y social, un consumir y un reconstruir de una cultura que no es propia pero tampoco ajena, una dialéctica quizás de irrupción, así sea fragmentada y precaria, de las fronteras de lo propio y lo ajeno, visible en la adquisición de dispositivos culturales y en las relaciones amorosas con las “gringas”, o el consumo mismo del alcohol y las drogas. Es este, el espacio de la cultura migratoria, que no excluye el sentido de ser “mexicano”, “chapita” o “indígena”, “latino”, pero alberga, por magia del mercado o de los propios sujetos, el poder de sustracción de lo ajeno aunque ello interpele al poder de los “otros” que poseen el sentido de poder de lo propio y la vigilancia violenta sobre los extraños.

Esta cultura “líquida”, por el sentido de la contingencia y el vértigo como sensación primaria, es vivida y modulada por los jóvenes migrantes en atención al espacio social no propio. Sin embargo, en nuestros hallazgos, registramos que es en el *retorno*, donde las definiciones se tornan inevitables: continuar portando el menú de la cultura migratoria o intentar despojarse de la misma. Esta realidad es una de las más apremiantes en los jóvenes migrantes retornados. El peso de la cultura tradicional, aún con todas las transformaciones que

vive la sociedad rural, ejerce un dominio social fuerte, que posibilita escenarios violentos que pueden definir el futuro inmediato del joven retornado.

“Pueblo chico infierno grande” reza la voz popular. Ese infierno es vivido por muchos jóvenes ante la decisión de un vivir *distante* de las formas de vida social de la familia y de la comunidad, es una decisión que implica la confrontación con los actores de esos entornos inmediatos. Las narraciones de los jóvenes retornados que enfrentan este conflicto, destilan sentimientos de incompreensión y desesperanza; proyectan en sus voces y sus palabras, esa tensión entre pérdida de rumbo y rabia que se torna en abierto desafío.

La agenda pendiente

Es difícil aventurar conclusiones de la realidad pero podemos pensarlas como reflexiones. Los hallazgos de la investigación que abren nuevas interrogantes a las ciencias sociales, en particular al campo de la cultura en tanto concepto abarcativo de lo social. Concluimos con unas pinceladas de la agenda pendiente de las ciencias sociales en el campo de las investigaciones y estudios sobre la juventud rural e indígena que asume como práctica inevitable la migración.

1.- El viaje analítico en torno a los jóvenes migrantes rurales retornados, nos colocó en un terreno de indefensión conceptual. Si las teorías sobre los jóvenes y lo juvenil se construyen desde los contextos sociohistóricos macros, generalmente en los espacios de las grandes urbes, los retos se definen en la construcción de las mediaciones para hacerlas aprehensibles en las escalas meso y micro. Sin embargo, la reflexión conceptual sobre los jóvenes de origen rural o indígena es aún precaria, más aún la de los jóvenes migrantes campesinos o indígenas, su importancia deviene de su presencia en las ciudades, o en la importancia que cobran, con su presencia corporal, en el país receptor.

En el caso de Chiapas, la mirada del gobierno sobre los jóvenes no ha ido más allá de la que es propia de una visión que intenta “formar” para evitar desórdenes y conducir a la juventud por tránsitos sistémicos a la adultez; y de una mirada más contemporánea que deviene de las políticas públicas promovidas por las agencias internacionales, sobre el cuidado del

cuerpo, y la de las expresiones juveniles que quedan reducida a fomentar concursos como “señorita joven de Chiapas”, “jóvenes en pro del deporte” mismas que se reducen a programas estructurados en atención a los contenidos de la “corrección política” o “afirmativa”. La investigación sobre los jóvenes rurales o los jóvenes de las periferias de los países del sur, es prácticamente inexistente. Se ha señalado, y tiene mucho de cierto, que en el ámbito rural e indígena el joven es un sujeto inexistente, de la niñez se pasa a una etapa de compromisos propios de personas adultas. Sin embargo, este hecho ha venido cambiando, los jóvenes existen y, hoy por hoy, ocupan un espacio y son productores de procesos sociales en íntima relación con la formación de la subjetividad y el cuerpo, relaciones abiertas por los procesos de globalización pero también por los actores jóvenes.

Los jóvenes rurales e indígenas de ayer no son los jóvenes de hoy. Hacen suya la estrategia migratoria y con ello interiorizan un estilo que cuando no implica el cambio de morada, implica la *importación* constante de elementos y dispositivos vivenciales propios de la sociedad de consumo a sus lugares de origen y del mercado, pero el significado de estos cambios va más allá de los sentidos de la llamada “nueva ruralidad”, pues invoca cambios que alteran identidades y modos de relaciones al interior del propio espacio rural y de éste con los entornos más amplios. Es visible prácticas que anuncian la presencia de los jóvenes en el espacio rural o indígena, abriéndose un campo decisional que ya les es propio. La decisión más importante es acaso la de irrumpir el peso de las responsabilidades matrimoniales apenas cubierto los estudios de primaria o secundaria y quedar sujetado al campo y a sus actividades, y la decisión de experimentar nuevos espacios y práctica que abren el espacio del tiempo juvenil, son dos hechos significativos por la magnitud de los cambios que provoca. No son hechos generalizados, pero sí, ambos caminan demasiado aprisa. *Las ciencias sociales deben dar cuenta de estas transformaciones que posibiliten estrategias de políticas públicas centradas en y desde los jóvenes.*

2.-Una segunda conclusión que abre una agenda para el estudio de los jóvenes en el sur de México, está referida particularmente a las proyecciones del presente y futuro de los jóvenes rurales e indígenas. La persistente pobreza de la sociedad rural sureña toma causas dramáticas por la imposición de un nuevo patrón de acumulación de capital, definido por Harvey como “acumulación por desposesión”, visible en la apropiación privada de las tierras, para explotación de energía eólica y cultivos altamente comercializables, de los cerros para

explotaciones mineras, de los recursos hídricos, y de nichos culturales hoy en abierto mercadeo para megaproyectos turísticos. *¿Qué le depara a la población joven rural campesina o indígena? ¿Migrar? Las respuestas deben ofrecerlas las ciencias sociales y las instituciones públicas con políticas públicas centradas en el desarrollo digno y con calidad de los jóvenes.*

3.-Es ausencia de proyecto futuro no es una cosa menor. Hemos realizado un recorrido analítico de la experiencia migratoria internacional de unos jóvenes rurales de un municipio fronterizo de Chiapas, a los que se les está negando el derecho de vida, de formación intelectual y de trabajo en su propia tierra. Emigran para ganarse el derecho de vida pero la multiplicidad de barreras que se le imponen rebasa lo humanamente permitido. Deportación, expulsión violenta y criminalización, son los dispositivos que están detrás del llamado “retorno”. “Si ni aquí ni allá, entonces ¿dónde tienen lugar? Urge traer la centralidad del pensamiento social hacia esta realidad vivida por los jóvenes hoy día. *Cambiar la perspectiva del análisis para centrarla en estos jóvenes expulsados (¿superfluos?) y en las nuevas condiciones de vulnerabilidad a la que están hoy expuestos, es una exigencia vital para la sociedad. También lo es la recuperación analítica de los jóvenes como actores dinámicos con respuestas y posibilidades de acción, acaso construyendo como señala Valenzuela (2009, 2012) una “biorresistencia” o una “biopolítica menor” en los términos de Agamben.*

4.- La cuarta conclusión está referida a la necesidad de una construcción conceptual y categorial de la *vulnerabilidad* de los jóvenes, en particular de los jóvenes migrantes en tiempos globales y de seguridad nacional. Constituye una veta analítica para los estudiosos de lo juvenil, en tanto los materiales de la vulnerabilidad de los tiempos globales, se construyen con una multiplicidad de hilos, que si bien tienen en común el poder y el dominio de sus tejedores, los del capital, la gama de hilos que se activan disloca los términos del dominio proyectado y, con ello, se des-configuran los términos de orden, conflicto y violencia.

5.- La quinta reflexión es el reconocimiento de una *ausencia*. En Las Margaritas, al menos los lugares que recorrí, se constató que *las* jóvenes no emigran con fines laborales a los Estados Unidos, lo hacen invariablemente *los* jóvenes. Ellos fueron nuestros actores de estudio. Se pensó que indirectamente, el impacto de esta migración de los jóvenes tiene consecuencias en las jóvenes de la cabecera municipal o de las comunidades. Si bien en los conversatorios con los jóvenes insistí sobre las “novias” que dejaban, éstos sólo sonreían y no le daban importancia. Mis observaciones, también compartidas por mi directora, son las siguientes: se

registra que las mujeres jóvenes de comunidades tienden a trasladarse a la cabecera municipal para continuar sus estudios (secundaria, preparatoria o una carrera técnica). Se registró también, que muchas jóvenes se han insertado a los circuitos migratorios interestatales, en particular, hacia los estados de la llamada Riviera Maya, específicamente a Quintana Roo (Cancún, Playa del Carmen, Chetumal, Cozumel, entre otros), en atención a la demanda de los hoteles, restaurantes y el comercio. Es un colectivo que ha venido creciendo y con ello también alterando los sistemas de significación familiar y comunitario.

En otras investigaciones con poblaciones indígenas, se ha registrado el incremento de jóvenes solteras, muchas de ellas sin posibilidades de movilidad, por lo que quedarse en la comunidad les significa el aplazamiento, cuando no la cancelación, en los tiempos de un posible matrimonio, con las implicaciones dramáticas que para ellas le significa. En las Margaritas registramos fenómenos nuevos, pero a falta de mayor investigación, nos quedamos con una idea compartida por los pobladores: Las jóvenes asumen como positivo posponer los tiempos para acceder al matrimonio, su incursión en los circuitos migratorios interestatales por razones laborales, tiene un propósito definido, quizás mayor preciso que el de los jóvenes hombres: el de contribuir con la generación de recursos monetarios para la subsistencia de la familia.

Sabemos poco de las jóvenes rurales, tanto de las que emigran con fines laborales, o de educación, como de aquellas jóvenes que se quedan en la comunidad con la promesa del joven migrante de un feliz retorno que posibilitará el matrimonio anhelado. Sabemos poco o casi nada, de las jóvenes que se quedaron ya casadas que recibieron algunas remesas para después experimentar la ausencia y la falta de noticias del esposo joven migrante. *La investigación sobre éstas jóvenes y sus cambios vividos es otra tarea que habrá que registrar en la agenda de los retos de las ciencias sociales en el Sur de México y en particular, Chiapas.*

En suma, como hemos dicho, “Más allá del sueño americano” está la agenda de la investigación sobre los y las jóvenes campesinos e indígenas del Sur, de Chiapas, que habiendo incursionado en las dinámicas migratorias interestatales e internacionales, están hoy construyendo representaciones y prácticas juveniles “como metáforas del cambio social”, una realidad inédita, pero que hoy es posible registrar en las relaciones desde ellos y sus mundos

culturales, pero también desde ellos con los actores de su entorno. Son estos *espacios juveniles* los que deben ser hoy el centro de atención desde la academia y la sociedad misma...

Glosario de términos

Andar bolo: estar borracho

Andar fumigado: estar mariguano

Chesco: refresco

Creidito: ser alzado/insolente

Dar el brinco: cruzar la frontera entre México y Estados Unidos

Enviar ralla: mandar remesas

Güerear: Tener novias originarias de Estados Unidos

Hacerla de tos o madrearse: golpear a una persona

Ir al desma: ir a la fiesta

Ir para atrás: ser deportado de Estado Unidos

Jale: Trabajo, empleo

La migra: agentes policiacos que resguardan la frontera de lado de Estados Unidos

Meter al bote: estar en la cárcel

Primo: amigo, conocido del barrio o la comunidad

Pescar güera: Traer novia de Estados Unidos al lugar de origen del migrante

Sortear la vida: sobrevivir

Ser cabal: ser muy hombre

Traer de los verdes: regresar con dólares de Estados Unidos

Tener clave: andar con “pollero local”

Ver la movida: checar el trabajo

BIBLIOGRAFÍA GENERAL CONSULTADA

Agamben, Giorgio. 2006. *La comunidad que viene*, España, Pre-textos.

Aguayo, Sergio. 1985. *El éxodo centroamericano*. México: Secretaría de Educación Pública.

Ángel Díaz de Rada, Honorio Velasco, 2009. *Investigación etnográfica, un modelo de trabajo para etnógrafos de escuela*. España. Editorial Trotta.

Angulo, Jorge, 1994. “Población y migraciones campesino-indígenas de Los Altos de Chiapas”, en *Anuario de Estudios Indígenas IV*, Instituto de Estudios Indígenas, IEI, Universidad Autónoma de Chiapas, UNACH, Tuxtla Gutiérrez.

----- 2010. Estrategias familiares y comunidad, migraciones y procesos socioculturales en dos comunidades de la región sierra, Chiapas. *Tesis de doctorado en Ciencias Sociales y Humanísticas*. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México.

Alfaro Aramayo, Yolanda y Lorena Izaguirre Valdivieso (2010), Migración y perspectivas de trabajo, estado de la situación. *En Cuadernos de Reflexión*, Cochabamba: CESU-UMSS. Bolivia.

Ammassari, Savina (2004), “From nation-building to entrepreneurship: the impact of élite return migrants in Côte d'Ivoire and Ghana”, *Population, Space and Place*, 10 (2).

Arias, Patricia, 2009. *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. CUCSH. México. Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Arizpe, Lourdes. 1985. La migración por relevos y la reproducción social del campesinado. *Cuadernos del CES*, Núm. 28, México. El colegio de México.

Arendt, Hannah (2008), *Hombres en tiempos de oscuridad*. España, Gedisa.

Aquino, Moreschi Alejandra 2010. Migrantes chiapanecos en Estados Unidos: Los nuevos nómadas laborales. *Migraciones Internacionales*, Vol. 5, Núm. 4, julio –diciembre.

----- 2012. *De las Luchas indias al sueño americano. Experiencias migratorias de jóvenes zapotecos y tojolabales en Estados Unidos*. México. CIESAS, UAM-Xochimilco.

Artola, Juan. 2005. Debate actual sobre migración y seguridad. *En Migración y desarrollo*, núm. 5, pp. 136-150.

Bauman, Zigmunt, 2003. *Modernidad líquida*. México. Fondo de Cultura Económica (FCE).

----- 2009, *El arte de la vida. De la vida como obra de arte*. Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina.

----- 2010. *Ética posmoderna*, México, Siglo XXI.

----- 2010. *Mundo moderno. Ética del individuo en la aldea global*, Buenos Aires, Paidós Contextos.

----- 2013. *Miedo Líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, México, Paidós.

Basail Rodríguez, Alain, María del Carmen García Aguilar y Daniel Villafuerte Solís (2007), “Migración y religión en Chiapas. Mapas migratorios y espacios religiosos a través de estudios de casos”. En: Alain Basail Rodríguez y María del Carmen García Aguilar (coord.) *Travesías de la fe. Migración, religión y fronteras en Brasil/ México*. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. México.

Beck, Ulrich. 2000. *Un Nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona. Paidós.

Betancourt Aduen, Darío 1997, *Bases regionales en la formación de comunas indígenas urbanas en San Cristóbal de Las Casas*, Universidad Autónoma de Chiapas, UNACH, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Bertely, María, Saraví, Gonzalo y Abrantes, Pedro. 2012, *Adolescentes Indígenas en México: Derechos e Identidades*. UNICEF y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). México.

Blasco, López Juan Miguel, 1995, “Historia de sus barrios.” *En guía de San Cristóbal de Las Casas y cercanías*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Fray Bartolomé de Las Casas.

Bourdieu, Pierre, 2003. *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Editorial Anagrama. Barcelona, España.

Burstein, John, 2007. Comercio agrícola México-Estados Unidos y la pobreza rural en México. En México-Washington, Woodrow Wilson International Center For Scholars. Informa elaborado en un grupo de trabajo de Instituto México del Centro Woodrow Wilson y la Fundación IDEA.

Bustamante, Jorge A., 2013. La responsabilidad de Estado y las migraciones internacionales. En María Eugenia Anguiano Téllez y Rodolfo Cruz Piñero (coord.) *Migraciones internacionales, crisis y vulnerabilidades: perspectivas comparadas*. Colef. Tijuana, Baja California, México.

Busso, Gustavo, 2001. *Vulnerabilidad social: Nociones e implicaciones de políticas para Latinoamérica a inicios del siglo XXI*, seminario internacional, las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, CEPAL/CELADE, 20 y 21 de junio.

Butler, Judith (2010), *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, México, Paidós.

Carling, Jørgen (2004), “Emigration, return and development in Cape Verde: the impact of closing borders”, *Population, Space and Place*, 10 (2).

Cámara Barbachano, Fernando. 1998. *Sociedades, comunidades y localidades*, Universidad Autónoma de Yucatán, Facultad de Ciencias Antropológicas, Mérida, Yucatán, México.

Cayuela Gally, Ricardo, 2002. “Entrevista con Ryszard Kapuscinsky. La fragilidad del mundo”, México, *Letras Libres*, julio, 2002, Año IV, Número 43, pp. 24-30.

Cavarero, Adriana, 2009. *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*, Barcelona, Anthropos, UAM-Iztapalapa.

Cobo, Salvador (2008), “¿Cómo entender la movilidad ocupacional de los migrantes de retorno? Una propuesta de marco explicativo para el caso mexicano” *Estudios demográficos y urbanos*, enero-abril año/vol. 2, n° 001. El colegio de México.

C. De Grammont, Hubert, 2004. *La nueva ruralidad en América Latina*. En Revista Mexicana de Sociología, año 66, número especial. México.

C. De Grammont, Hubert y Sara Lara Flores. 2005. *Encuesta a bogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur, y Jalisco*. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.

----- 2010. Nueva ruralidad ¿un concepto útil para repensar la relación campo-ciudad en América Latina? En Revista Ciudades, Núm. 85, enero-marzo de 2010, RNIU, Puebla, México.

Castellanos, Alicia y María Dolores París Pombo, 2002. Inmigración, identidad y exclusión socioétnica y regional en la ciudad de Cancún. En Arturo León López, Beatriz Canabal Cristiani y Rodrigo Pimentela Lastra (coord.), *Migración, poder y procesos rurales*, México, UAM-X, Plaza y Valdés.

Castles, Stephen, Miller J., Mark. 2004. *La era de la migración. Movimientos internacionales de población en el mundo moderno*, México. Fundación Colosio/Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa/Instituto Nacional de Migración.

Consejo Nacional de Población, Indicadores sociodemográficos, 2005-2030. CONAPO. México.

Consejo Nacional de Evaluación de la Política en Desarrollo Social. <http://www.coneval.gob.mx>. México.

Consejo Nacional de Población, Indicadores sociodemográficos, 2005-2030. CONAPO. México.

Cruz, Jorge y Gabriela Robledo. 2001. "Cambio social y movimientos de la población en la Región Fronteriza de Chiapas". En *Convergencia*, núm. 26, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 33-53

----- (2001b). "De la selva a la ciudad. La indianización de Comitán y Las Margaritas". En *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, Vol. XLIV, Distrito Federal, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 133-153

Cruz, Salazar Tania, 2009, "Mudándose a muchacha. La emergencia de la juventud en indígenas migrantes". En *de crianzas, jaibas e infecciones. Indígenas del sureste en la migración*. Graciela Freyermuth y Sergio Meneses (Coordinadores), Publicaciones de la Casa Chata, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México.

Cruz, Manuel. 2007. "Juventud, ¿Divino tesoro? Una generación, vista desde fuera", en Bergalli, Roberto e Iñiqui Rivera Beiras (Coords.). 2007. *Jóvenes y adultos. El difícil vínculo social*, OSPDH/Anthropos, Barcelona, pp.28-42.

Cuadriello Olivos, Hadlynn y Olivos, Rodrigo Megchún Rivera. 2006. *Los Tojolabales, Pueblos Indígenas del México Contemporáneo*, colección CDI, México.

Dean, Matteo, 2011, *Ser migrante*, Frontera prees, Sur, Oaxaca, México.

Deveraux, George, 1999. *De la ansiedad al método en las ciencias sociales del comportamiento*. México. Siglo XXI.

De Vos, Jan. 2002. *Una tierra para sembrar sueños*. México. Fondo de Cultura Económica (FCE).

_____ 1992. Oro Verde. *La conquista de la Selva Lacandona por los madereros tabasqueños*. México: Fondo de Cultura Económica y El Instituto de Cultura de Tabasco.

Durand, Jorge y Massey, Douglas, 2003. *Clandestinos: Migraciones México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México. Universidad Autónoma de Zacatecas-Porrúa.

De la Torre, Ávila Leonardo (2011), Más notas sobre el retorno cíclico boliviano, control y libertad entre los proyectos de movilidad de España y Bolivia. *Ponencia presentada en IV Congreso de la Red Internacional de Migración y Desarrollo*. Quito, Ecuador.

De la Torre, Leonardo y Yolanda Alfaro (2008). *La Checanchada. Caminos y sendas de desarrollo en los municipios migrantes de Arbieta y Toco*. La Paz:CESU/DICYT UMSS/PIEB.

Deleuze, Gilles y Claire Parnet. 1980. *Diálogos*. Trad. de José Vázquez. Valencia: Editorial Pre-textos.

Deleuze, Gilles y FelixGuattari. 2004. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*. Trad. de José Vázquez. Valencia: Pre-textos.

Domínguez Ruvalcaba, Héctor (2010), Ciudad Juárez: la vida breve. *En revista Nexos*, junio, num.53. México, DF.

Durand, Jorge (2004), “Ensayo teórico sobre la migración de retorno. El principio del rendimiento decreciente”. *Cuadernos Geográficos*, 35 (2004-2). pp. 103-116.

Durand, Jorge y Douglas Massey 2003, *Clandestinos. Migración mexicana en los albores del siglo XXI*. México: Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Escalona, Victoria José Luis 2001. “Pluralismo y mediaciones: imaginario sociopolítico en Chiapas.” En Salvador Maldonado, *Los dilemas del Estado Nacional*, Editores Aranda, Colegio de Michoacán AC, CIESAS, México.

----- 2009. Política en el Chiapas Rural contemporáneo. México. UNAM, COLMEX, UAM, INAH, CIESAS.

Egea, Carmen y José Antonio Nieto, 2001. El retorno a la provincia de Jaén de emigrantes jubilados. *En Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Número: Extraordinario 5, Fascículo: 94. Barcelona, España.

Espinosa, Víctor (1998), *El dilema del retorno. Migración género y pertenencia en un contexto transnacional*. El Colegio de Michoacán-El Colegio de Jalisco.

Encuesta sobre Migración en la Frontera Sur de México (2004-2008). INM, CONAPO, COLEF.

Estimaciones del CONAPO, Índices de marginación 2005 y CONAPO (2011).

Falla, Ricardo, 2008. *Migración trasnacional retornada, Juventud indígena de Zacualpa, Guatemala*. Avancso. Ciudad de Guatemala.

Fábregas Puig, Andrés 1985, *La formación histórica de la frontera sur. México*. Ediciones de la Casa Chata, Ciesas-Sureste.

Feixa, Carles, 2006. Generación XX. *Teorías sobre la juventud en la era contemporánea*, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, Vol. 4, No. 2, pp. 3.

----- 1998. *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*. México. SEP-Causa Joven.

Freyermuth Enciso, Graciela, 2009. De crianzas, jaibas e infecciones. Indígenas del sureste en la migración. CIESAS, México.

Fox, Jonathan, Rivera-Salgado, Gaspar (coord.). 2004. *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*, Cámara de Diputados, LIX Legislatura, Universidad de California Santa Cruz, Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa, México.

García Canclini, Néstor 2005, (coord.), *La antropología urbana en México*, México: CONACULTA, UAM, FCE.

García Aguilar María del Carmen y José Luis Póntigo. Las reformas económicas del Estado en la cafeticultura nacional, en Villafuerte Solís, Daniel. 1993. *El café en la frontera sur. La producción y los productores del Soconusco*, Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, pp. 45-51

García Aguilar, María del Carmen, Alain Basail Rodríguez y Daniel Villafuerte Solís. 2007. “Migración y religión en Chiapas. Mapas migratorios y espacios religiosos a través de estudios de casos”. En: Alain Basail Rodríguez y María del Carmen García Aguilar (coord.) *Travesías de la fe. Migración, religión y fronteras en Brasil/ México*. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. México.

García Aguilar, María del Carmen y Mercedes Olivera. 2006. “Migración y mujeres en la frontera sur. Una agenda de investigación”. En *El Cotidiano*, Revista de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Núm. 139, Vol.21. México, pp. 31-40.

----- 2012. “La frontera sur de México en tiempos de globalización. Una lectura desde las violencias institucionales y privada”, ponencia presentada en el XVI Encuentro Internacional de la Red de Investigadores en Ciencias Sociales y Humanas: la Frontera una nueva concepción cultural, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, febrero de 2012.

García Aguilar, María del Carmen y Daniel Villafuerte Solís, 2014. *Migración, derechos humanos y desarrollo, aproximaciones desde el sur de México y Centroamérica*. México. UNICACH, Juan Pablos Editor.

----- 2012. Migración y seguridad: del Estado Constitucional de derecho al Derecho Penal del enemigo, en Baltar, Enrique, María Da Gloria, Marroni, Daniel Villafuerte Solís (coordinadores). 2012. *Viejas y nuevas migraciones forzadas en el sur de México, Centroamérica y el Caribe*, Universidad de Quintana Roo/SITESA, México, pp. 115- 142.

García, Quiñones Rolando, 1994. “Un tipo singular de la migración de retorno: el caso de los mexicanos indocumentados deportados”. *Papeles de población* n° 001. Toluca- México, Universidad Autónoma del Estado de México.

Gellner, Ernest. 1998. *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Barcelona. Gedisa Editorial.

Grelet, Stany, y MathieuPotte-Bonneville. <<Una biopolítica menor>> Entrevista con Giorgio Agamben, en Vacarme, Número 10, invierno 1999-2000, traducción y notas de Javier Ugarte Pérez, Ugarte Pérez, Javier (comp). 2000. *La administración de la vida. Estudios biopolíticos*, Anthropos, Barcelona, pp.171-190.

González López, Gloria, 2009. Travesías eróticas. La vida sexual de mujeres y hombres migrantes de México. Miguel ángel Porrúa, INM-CEM.

Gonzales Montes Soledad y Vania Salles, 1995. Mujeres que se quedan, mujeres que se van... continuidad y cambios de las relaciones sociales en contextos de aceleradas mudanzas rurales. En Soledad Gonzales Montes y Vania Salles (coord.), *Relaciones de género y transformaciones agrarias*, México, El Colegio de México. México.

Gobierno Municipal constitucional del municipio de Las Margaritas, Chiapas. Plan de desarrollo de Las Margaritas, Chiapas 2002-2004. México.

Gobierno Municipal constitucional del municipio de Las Margaritas, Chiapas. Plan de desarrollo de Las Margaritas, Chiapas 2008-2010. México.

Gómez Hernández, Antonio y Mario Humberto Ruz. 1992. *Memoria baldía. Los tojolabales y las fincas. Testimonios*, México: UNAM-UNACH.

Guillén López, Tonatiuh, 2012. Entre la convergencia y la exclusión. La deportación de mexicanos desde Estados Unidos de América. *En realidad, datos y espacio. Revista Internacional de Estadística y Geografía*. Vol. 3 Núm. 3 septiembre-diciembre, México.

Harvey, David, 2000. *Espacios de esperanza*. España. Editorial Akal. Madrid.

Herrera Carassou, Roberto. 2006. *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*, México. Editorial Siglo XXI.

Hernández Borge, Julio, 2000. El retorno reciente de emigrantes españoles. *En Vivir la diversidad en España. Aportación Española al XXIX Congreso de la UGI Seúl 2000.*

Ianni, Octavio. 1998. La sociedad global, México, Siglo XXI

Instituto Nacional para el Federalismo (INAFED) URL <http://www.inafed.gob.mx/wb2>.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), 2010.

Izaguirre Valdivieso, Lorena, 2011. De la relativa ausencia a la creciente presencia: la migración de retorno en el escenario de la Región Andina. Los casos de Perú y Ecuador. *Ponencia presentada en IV Congreso de la Red Internacional de Migración y Desarrollo.* Quito, Ecuador.

Jáuregui Díaz, José Alfredo y María de Jesús Ávila Sánchez. 2007. “Estados Unidos, lugar de destino para los migrantes chiapanecos”. *En Migraciones Internacionales*, Revista del Colegio de la Frontera Norte, Num. 001. México, pp. 5-38

Kliksberg, Bernardo. 2008. *El contexto de la juventud en América Latina y el caribe: interrogantes, búsquedas, perspectivas.* Argentina. CEPAL.

----- 2005. *El contexto de la juventud en América Latina y el caribe: interrogantes, búsquedas, perspectivas.* Asociándose con la juventud para construir un futuro- Conferencia dictada en Sao Paulo, Brasil.

King, Russell, 2002. “Generalizations from the History of Return Migration”. En: *Return migration. Journey of hope or despair?* Ghosh, Bimal (ed.) International Organization for Migration and the United Nations.

Lamy, Brigitte (coord.), 2013. *Impactos socioculturales de la migración.* Universidad de Guanajuato. México. Miguel Ángel Porrúa.

Lindstrom, David, 1996. “Economic Opportunity in México and Return Migrant From United States. *Demography*, vol. 33, nº 3.

Loza, Torres Mariela e Ivonne Vizcarra Bordi, et al. 2007. “Jefatura de hogar, el desafío femenino ante la migración transnacional masculina en el sur del Estado de México.” *En Migraciones Internacionales*, Revista del Colegio de la Frontera Norte, Núm. 2, Vol. 4. México, pp. 33-60.

Lyotard, Jean-Francois. 1989. *La fenomenología.* España, Paidós, colección Studio.

Le Breton, David 2002. *Sociología del cuerpo*, trad. Paula Mahler, Buenos Aires. Nueva visión.

----- 2010. Firmar o rasgar su cuerpo, las nuevas generaciones. En Elsa Muñiz (coord.). *Disciplinas y prácticas corporales, una mirada a las sociedades contemporáneas*. México. Anthropos, UAM- Azcapotzalco.

Lenkersdoft, Gudrun, 1989, “Contribuciones a la historia colonial de los tojolabales”, en Mario Humberto Ruz, *Los legítimos hombres. Aproximación antropológica al grupo tojolabal*, vol. IV, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas.

León Vega, Emma (2005) *Sentido ajeno. Competencias ontológicas y otredad*. España, Anthropos, CRIM/UNAM.

López De Lera, D. 1995. La inmigración en España a fines del siglo XX. Los que vienen a trabajar y los que vienen a descansar. *En Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n° 71-72. Madrid, España.

Mezger, Cora (2009), who comes back? The case of Senegalese returning to Dakar Disponible en: http://www.ined.fr/mafeproject/mezger_tom09.pdf.

Palacios, Gamaz Ana Berónica 2000, Identidades colectivas barriales en San Cristóbal de Las Casas siglos XVI, XIX Y XX. Barrios de Mexicanos, San Ramón y María Auxiliadora. *Tesis de maestría en estudios regionales con especialidad en desarrollo urbano*, facultad de ciencias sociales, UNACH, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Palacios, Gamaz Ana Beronica 2009, De ciudad real a capital del infierno. *En revista ciudades* 81, enero marzo 2009. México.

Partida Bush, Virgilio 2010, “Migración interna”. En Brígida García y Manuel Ordorica (coord.). *Los grandes problemas de México, población*. México. El Colegio de México.

Parrini Roses, Rodrigo (coordinador), 2008. *Los contornos del alma, los límites del cuerpo: género, corporalidad y subjetivación*, México, Colección Seminario PUEG-UNAM.

Paniagua, Mijangos Jorge, 2003. “Del ritual al barrio. Imaginario urbano de una identidad ladina en San Cristóbal de Las casas.” *En Anuario de Estudios Indígenas*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: IEI-UNACH.

Pérez Martínez, Edgar Federico. 2005. Relaciones interétnicas y procesos de construcción de espacios de control político en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas (1994-2004). *Tesis de Licenciatura en Antropología Social*, Universidad Autónoma de Chiapas, UNACH, Facultad de Ciencias Sociales, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Pimienta, Lastra Rodrigo y Marta Vera Bolaños. 2005. *Dinámica migratoria interestatal en la República Mexicana*. México. EL Colegio Mexiquense, A.C.

Pérez Islas, José Antonio. 2008. "Juventud: un concepto en disputa", en Pérez Islas, José Antonio, Mónica Valdez y Ma. Herlinda Suárez (Coord.). *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*, México. UNAM-Miguel Ángel Porrúa, pp. 9-33.

Ramos Maza, Roberto, 2000. *Comitán y la región de Los Llanos, libros de Chiapas, México*. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes.

Reguillo, Rossana. 1977. "Culturas juveniles. Producir identidad: un mapa de interacciones", Jóvenes. Revista de estudios sobre juventud, núm. 5 (julio-diciembre). México. Secretaría de Educación Pública.

----- 2000. "Las Culturas Juveniles. Un Campo de Estudio. Breve Agenda para la discusión." En Medina Carrasco, Gabriel: Aproximaciones a la diversidad Juvenil. México: El Colegio de México, pp. 19-39.

----- 2005. La Mara: contingencia y afiliación al exceso. En América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales, vol. 40. Salamanca, España, pp. 70-84.

Robles Camacho, Sergio, 2004. Migración y retorno en la Sierra Juárez, Oaxaca. En Fox Jonathan y Gaspar Rivera Salgado, *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México. Miguel Ángel de Porrúa, Universidad Autónoma de Zacatecas.

Rodríguez, Circe y Erika Lindig, 2013. "Vulnerabilidad (estudio de vocabulario), en Martínez de la Escalera, Lorenzo y Erika Lindig Cisneros (coordinadoras). *Alteridad y exclusiones. Vocabulario para el debate social y político*, México, UNAM, Juan Pablos Editor, pp. 360-363.

Rivera Farfán, Carolina, María del Carmen García, Miguel Lisbona, Irene Sánchez, Salvador Meza. 2005. *Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas. Intereses, utopías y realidades*, UNAM/CIESAS, Secretaría de Gobernación, Gobierno del Estado de Chiapas, México.

Rivera Sánchez, Liliana, 2009. "¿Quiénes son los retornados? Apuntes sobre el Migrante retornado en México contemporáneo". Ponencia presentada en la IV Reunión del Grupo de Trabajo Migración, Cultura y Políticas del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-CLACSO: *La construcción social del migrante. Reflexiones desde América Latina y El Caribe*. Ciudad de Guatemala, Guatemala, 14- 16 de octubre de 2009.

Ruz Mario Humberto. 1982. *Los legítimos hombres. Aproximación antropológica al grupo tojolabal*, vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas.

- Martínez de la Escalera, Lorenzo y Erika Lindig Cisneros (coordinadoras), 2013. *Alteridad y exclusiones. Vocabulario para el debate social y político*, México, UNAM, Juan Pablos Editor.
- Martín-Barbero, Jesús, 2010, *De los medios y las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, España, Anthropos/UAM-Iztapalapa.
- Morin, Edgar y Alfredo Nateras Domínguez (coord.), 2009. *Tinta y carne, tatuajes y piercings en sociedades contemporáneas*. México. Ediciones contracultura.
- Mina Valdés, Alejandro. 2005. “Dinámica demográfica de la región Sureste de México”. En Hugo Ángeles Cruz (coord.), *la población en Sureste de México*. ECOSUR, Sociedad Mexicana de Demografía.
- Muñiz, Elsa. 2010. Introducción. En Elsa Muñiz (coord.). *Disciplinas y prácticas corporales, una mirada a las sociedades contemporáneas*. Anthropos, México. UAM- Azcapotzalco.
- Nair, Sami, 2003. *El imperio frente a la diversidad del mundo*, Barcelona, Areté.
- Nateras Domínguez, Alfredo, 2004. “Trayectos y desplazamientos de la condición juvenil contemporánea”. *En el cotidiano*, Revista de la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco. Julio-agosto. Núm. 126. México.
- Nateras Domínguez, Alfredo, 2001. *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. México. Miguel Ángel Porrúa.
- Nateras Domínguez, Alfredo, 2014. *Vivo por mi madre y muero por mi barrio. Significados de la violencia y la muerte en el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha*, México, SEDESOL, IMJUVE, UAM.
- Narvárez Gutiérrez Juan Carlos. 2007. *Ruta transnacional: a San Salvador por los Ángeles. Espacio de interacción juvenil en un contexto migratorio*. Colección América Latina y el Nuevo Orden Mundial. México: Miguel Ángel Porrúa, UAZ, Instituto Mexicano de la Juventud.
- Salazar, García Rodolfo. 2009. *Crónica histórica del municipio de Las Margaritas, Chiapas*. Mimeo. México.
- Sepúlveda, Gáelas Mauricio, 2011. *El riesgo como dispositivo de gobierno en el campo de las drogas: exotización, vicio y enfermedad*. Tesis de doctorado en antropología. Universitat Rovira I Virgili. España, Tarragona.
- Sennett, Richard, 2000. *La corrosión del carácter. Las consecuencias del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- Urteaga, Maritza. 1995. La privatización afectiva de los espacios comerciales por las y los jóvenes. *Revista Ciudades N°27*. México: Culturas del Espacio Público.

----- 2008. Lo juvenil en lo étnico. Migración juvenil indígena en la sociedad contemporánea. *Revista Porto-e-vírgula* N°4. Brasil, pp. 5-19.

-----2011, *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*. México. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa/División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Antropología. Juan Pablos Editor.

Valenzuela, Arce, José Manuel, 2009. *El futuro ya fue, sociantropología de los jóvenes en la modernidad*. México. COLEF, Casa Juan Pablos.

----- 1998. *El color de las sombras, chicanos, identidad y racismo*. México. COLEF, Plaza y Valdez.

----- 2002, "Identidades juveniles", en "Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades". María Cristina Laverde (editora). Siglo del Hombre Editores. Departamento de Investigaciones Universidad Central. Bogotá, Colombia.

----- 2012. *Sed de mal. Femicidios, jóvenes y exclusión social*, México, El Colegio de la Frontera Norte, Universidad Autónoma de Nuevo, León.

Vallespin, Fernando, 2000. *El futuro de la política*, Madrid, Taurus.

Van Dijk, Teun A. 2003. *Dominación étnica y racismo discursivo*, Barcelona. Gedisa.

----- (comp.), 2007. *Racismo y discurso en América Latina*, Barcelona. Gedisa.

Vázquez García, Francisco, 2005. "Empresarios de nosotros mismos. Biopolítica, mercado y soberanía en la gubernamentalidad neoliberal". En Ugarte Pérez, Javier. *La Administración de la vida. Estudios biopolíticos*, 2005, Barcelona. Anthropos.

Velasco Ortiz, Laura (coord.), 2008. *Migración, fronteras e identidades étnicas transnacionales*. México. COLEF. Miguel Ángel de Porrúa.

Villa Sepúlveda, María Eugenia, 2011. "Del concepto de juventud al de juventudes y al de lo juvenil", *Revista Educación y Pedagogía*, vol. 23, núm. 60, mayo-agosto, 2011.

Villafuerte, Solís Daniel, María Del Carmen García, Salvador Meza, 1997. *La cuestión ganadera y la deforestación. Viejos y nuevos problemas en el trópico y Chiapas*, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Gobierno del Estado, Chiapas, México.

----- y María del Carmen García Aguilar, 2008. "Algunas causas de la migración en Chiapas". *En: Economía y Sociedad*, Revista de la Facultad de Economía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Núm. 21. México.

----- y María del Carmen García Aguilar, 2006. “Crisis rural y migraciones en Chiapas.” *En: Revista Migración y Desarrollo*, primer semestre. México, pp. 102-130.

----- y María del Carmen García Aguilar, 2009. “Crisis rural y contracción de las remesas en Chiapas, *ponencia presentada en el VII Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales*, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México.

----- et al, 2002. *La tierra en Chiapas. Viejos problemas nuevos*. México. Fondo de Cultura Económica.

Viqueira, Albán Juan Pedro, 2002. “Chiapas y sus regiones”, en Mario Humberto Ruz y Juan Pedro Viqueira (eds.), *Chiapas, los rumbos de otra historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 19-42.

----- 2008. Cuando no florecen las ciudades. La urbanización tardía e insuficiente de Chiapas. En Ariel Rodríguez Kuri y Carlos Lira, *Ciudades mexicanas del siglo XX. Siete estudios históricos*. México. El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

Virno, Paolo, 2003. *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporánea*, Madrid. Traficante de Sueños, MAPAS 7.

Zahniser, Steve, 1999. “One Border, two transitions. Mexican Migration to the United States as a Two-way transitions”. *American Behavioral Scientist*, vol.42, n°. 9.

Zapata Martínez, Adriana, 2009. Familia transnacional y remesas: padres y madres migrantes. En revista *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, de la Universidad de Manizales y el Cinde, vol. 7, núm. 2, (julio-diciembre). Colombia.

Consulta hemerográfica

El Universal, 10 de septiembre de 2006.

El Universal, 11 de septiembre de 2006.

El Universal, octubre de 2007.

El Fronterizo, febrero de 2009

Diario Meridiano, julio de 2009

Cuarto Poder, 8 de febrero de 2010

Diario Fronterizo, julio 2011

Bibliografía revisada

Arrollo, Alejandro Jesús, Adrián De León Arias y M. Basilia Valenzuela Varela, 1991. *Migración rural hacia Estados Unidos, un estudio regional*, México. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Augé, Marc, 2007. *Por una antropología de la movilidad*, España. Editorial Gedisa.

Bustamante A., Jorge, Delaunay, Daniel y Santibáñez, 1997. Jorge (coord.). Taller de medición de la migración internacional, México. El Colegio de la Frontera Norte-OSTOM.

Clifford, James, 1999. “*La diáspora*”, en Itinerarios transculturales Barcelona, Gedisa.

Cohen, Robin, 1996. “Diaspora and the Nation-State: from Victims to Challengers”, en *International Affairs*.

Durand, Jorge, 2000. “Un punto de partida. Los trabajos de Paúl S. Taylor sobre la migración mexicana a Estados Unidos”. En: *Frontera norte*, Revista del Colegio de la Frontera Norte, Num. 23. México.

Erikson, Erik H, 1985. *Sociedad y adolescencia*. México: Siglo XXI. (Novena edición).

Gobierno del Estado de Chiapas, 2004. *Propuesta de política migratoria para el Estado de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Mimeo.

Leyva, Xóchitl y Gabriel Ascencio, 1995. “La tierra prometida.” En *Etnografía contemporánea de los pueblos indígenas de México*, Instituto Nacional Indigenista/Secretaría de Desarrollo Social. México.

Londoño Mota, Jaime Eduardo, 2003. “La frontera: un concepto en construcción”. En *Fronteras. Territorios y metáforas*. Medellín, Colombia: Hombre Nuevo Editores.

Robinson, William I. 2003. *Transnational Conflicts. Central America, Social Change, and Globalization*. London/New York.

Rodríguez, Castillo Luis, 2004. "Microregiones y participación ciudadana en Las Margaritas, Chiapas." En: Rodolfo García del Castillo (coord.). *Gestión local creativa: experiencias innovadoras en México*. Premio Gobierno y Gestión Local. CIDE, Secretaria de Gobernación, INAFED, Fundación Ford, México.

Morales Gamboa, Abelardo, 2003. "Globalización y migraciones transfronterizas en Centroamérica", *En Revista Liminar*. Estudios sociales y humanísticos, Vol. 1, Núm. 1, junio, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-UNICACH, México.

Mummert, Gail, 2000. "Por los estudios de frontera: Experiencias de la interdisciplinariedad en México". En miguel Hernández Madrid y José Lameiras Olvera (eds.) *Las ciencias sociales y humanas en México*. México. El colegio de Michoacán.

Vila, Pablo, 2001. "*Versión estadounidense de la teoría de frontera: una crítica desde la etnografía*". Papeles de Población, Año 7. México.

Van Der Har, Gemma, 2002. "Graining ground. Land Reform and the Constitution of Community in the Tojolabal Highlands of Chiapas, Mexico". Tesis doctoral, Universidad de Wagenigen.

Zárate Hoyos, Germán A. 2004. *Remesas de los mexicanos y centroamericanos en Estados Unidos. Problemas y perspectivas*, México. Miguel Ángel Porrúa, El Colegio de la Frontera Norte.